

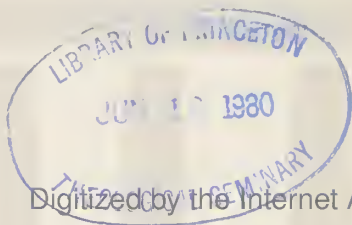
Fr. JUAN FALCONI, O. DE M.

CAMINO DERECHO PARA EL CIELO



BV4813
.F18

JUAN FLORS, Editor



Digitized by the Internet Archive
in 2014

EV4613
.F18

CAMINO DERECHO PARA EL CIELO

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el «Centro de Estudios de Espiritualidad»
de la Universidad Pontificia de Salamanca

Directores:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ
De las RR. Academias Española
y de la Historia

LUIS SALA BALUST
Catedrático de la Universidad
Pontificia de Salamanca

Serie A
TEXTOS

TOMO III

Fr. JUAN FALCONI, O. de M.

CAMINO DERECHO PARA EL CIELO

✓
FR. JUAN FALCONI, O. DE M. CF PRAYSTO:V

CAMINO DERECHO PARA EL CIELO

Edición e introducción

de

ELÍAS GÓMEZ, O. DE M.

Doctor en Teología



JUAN FLORS, EDITOR

BARCELONA

1960

Texto del original manuscrito
(Madrid, Bibl. Nac., Ms. 7.038)

© JUAN FLORS, Editor - Barcelona, 1960

DEPÓSITO LEGAL, B. 40 - 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. — Barcelona



Ven. P. Fr. JUAN FALCONI,

de la Orden de la Merced,

gran maestro de espíritu y celoso propagador de la Comunión Diaria.
N. Piñana (Guzdix) 24 Marzo 1596 † Madrid, 31 Mayo 1638.

Cuadro de Ricardo Escribano, que conservan los Mercedarios de Sarria (Lugo), basado en la mascarilla existente en las Trinitarias Descalzas de Madrid.



ÍNDICE GENERAL

Capítulos

Páginas

INTRODUCCIÓN, por el P. Elías Gómez O. de M.	1
I. Fray Juan Falconi. — II. El “Camino Derecho”, obra falconiana. — III. El Manuscrito. — IV. Primera y única edición. — V. Falsa imputación del “Compendio breve de la eminentísima perfección cristiana”. — VI. Doctrina del “Camino Derecho”: A) Enfoque general de la vida espiritual, y el entronque en ella, de la oración: B) Doctrina de los tres primeros Libros: C) Doctrina del cuarto Libro. — VII. Fuentes doctrinales y bibliográficas. — VIII. Repercusiones. IX. Nuestra edición. — X. Trozos del Ms. que suprime la edición del P. Menéndez.	

CAMINO DERECHO PARA EL CIELO

CAPÍTULO PROEMIAL DEL AUTOR. — Que el intento de este libro es enseñar el camino verdadero de la oración e imitación de Jesucristo Nuestro Señor, porque éste debe ser el blanco del perfecto cristiano	55
---	----

LIBRO PRIMERO DE LA ORACIÓN

I. Que el intento de este libro es tratar de la oración mental y no de la vocal, y que ésta no consiste en el modo ordinario que hay de rezar sólo con la boca	61
II. En qué consiste la oración, y del modo que se ha de tener	62
III. Que no se ha de meditar siempre, sino que se ha de pasar a la contemplación	68
IV. Cuánto tiempo se ha de gastar en meditaciones y cuándo se ha de pasar a la contemplación	72

Capítulos	Páginas
V. Explícase por qué el no poder ni gustar de meditar; y aplicarse a la contemplación, sean señales de que ya no hay que fiarse más en la meditación; y de que Dios levanta el alma al nuevo estado de contemplación .	79
VI. Explícase y compruébase por qué el gustar y aplicarse a perseverar en aquella noticia general de Dios sea la señal segunda para pasar a la contemplación; y de que Dios levanta y llama a ella	82
VII. Respóndese a una duda ordinaria, que aquí a algunos se les ofrece	87
VIII. Explícase por qué razón algunos no perfectos pueden usar de este ejercicio, aunque sea oración de los más aprovechados: y pruébase con doctrina de Santos y del Padre Suárez	88
IX. Prosiéguese la razón por qué pueden los no perfectos usar de este ejercicio y respóndese a los que dicen que es soberbia el usarlo .	91
X. Cuán fácil es contemplar: y así no hay que extrañararlo en algunos imperfectos a quien Dios diere tal don	95
XI. Cómo los no perfectos, aunque no estén purgados, pueden usar esta contemplación; porque con ella se purga mejor que con las meditaciones, ni con otros cualesquiera ejercicios penales	100
XII. Explícase más cómo los imperfectos pueden usar este ejercicio	105
XIII. Explícase la doctrina de los capítulos pasados y muéstrase cómo el aplicarse algunos impedimentos a la contemplación nace de que estaban ya sazonados con actos y meditaciones sueltas sin entenderlo ellos	106
XIV. Explícase cómo no han de empezar los principiantes por la contemplación y que no es bueno atar a nadie a que vaya por ella o por la meditación; sino por el camino que Dios la llevare y a que más se aplicare .	110
XV. Advertencia importante: cómo esto que se ha dicho de que se quita a veces la gana de meditar no se ha de entender para nunca jamás meditar	115
XVI. Doctrina importante para acostumbrarse a orar en la contemplación	116

XVII. Conclusión y compendio que se infiere de todo lo dicho en este primer libro	118
---	-----

LIBRO SEGUNDO DE LA ORACIÓN

I. Pónese el otro segundo modo de oración de contemplación	121
II. En qué consiste este segundo modo de oración de contemplación	122
III. En que se muestra cuán alto modo de oración sea éste, y que es doctrina de todos los santos	123
IV. Prosíguese el intento con doctrina del V. P. Fray Luis de Granada y de la Santa Madre Teresa de Jesús	128
V. Continúase el mismo intento	132
VI. Prosíguese el intento con otras autoridades de Santos	135
VII. Enseña y explica también maravillosamente esta doctrina el Venerable Padre Baltasar Álvarez; y responde con gran facilidad a las dudas que contra ella se puedan ofrecer	139
VIII. Refiérense las dificultades y respuestas que de ellas dió el Padre Baltasar Álvarez: con que explica maravillosamente este ejercicio	142
IX. Prosíguese las respuestas que daba el Padre Baltasar Álvarez	145
X. Compruébase más la doctrina dicha con otras autoridades	150
XI. Propónese una objeción, en cuya respuesta se verá más claramente la doctrina hasta aquí dicha: y cómo esta oración en sola fe, sin otra meditación es eficacísima para mover al amor de Dios e imitación de Cristo	154
XII. Que la fe puede mover la voluntad al amor de Dios	156
XIII. Cómo el moverse al amor e imitación de Cristo con sólo la luz que la fe da, sin otra razón ni meditación, es lo más conforme al estado del cristiano y el más connatural modo para llegar al amor de Dios	160
XIV. Que muchas veces estorba al amor el añadir sobre la fe imaginaciones y discursos	166
XV. Prosíguese cómo la fe sola mueve a amar a Dios	171
XVI. Compruébase lo mismo con autoridades de otros Santos	174

XVII. Explíquese qué sea creer simple, sencilla y puramente	178
---	-----

LIBRO TERCERO DE LA ORACIÓN

I. Cómo se ha de practicar este segundo modo de oración de contemplación	183
II. Práctica de este ejercicio	184
III. Advertencia acerca del modo de oír Misa, Comulgar y otros ejercicios	187
IV. Del desahogo y libertad de espíritu con que se ha de usar este ejercicio	189
V. Pónese una advertencia importante acerca de por qué no se ha de discurrir, ni querer nada en esta oración	192
VI. Advertencia en que se explica, cómo el concepto, que se ha de formar en la contemplación ha de ser no sólo de la Divinidad, sino también de la Humanidad	195
VII. Que este ejercicio lo puede hacer cualquier persona en cualquier estado, oficio u ocupación que tenga	198
VIII. Que lo que más nos ayuda, puestos allí delante de Dios para negociar que nos llene de sus bienes y misericordias, es el resignarnos totalmente en su voluntad	200
IX. Continúase cuánta es la alteza de esta resignación	202
X. De otra más pura y desnuda resignación, que han de procurar las personas más aprovechadas	203
XI. Que una de las más principales cosas, que en este ejercicio se ha de hacer es fiarse de Nuestro Señor	206
XII. Respóndese a una objeción, con que se explicará más lo dicho en el capítulo antecedente.	208
XIII. Qué es lo que se colige de lo dicho en este capítulo, y el antecedente	210
XIV. Cómo el alma no está ociosa en esta oración, y que con este ejercicio se hace a Dios un sacrificio agradabilísimo de nuestra vida y alma; y se triunfa de nuestros capitales enemigos	212
XV. Cuánto más se negocia con Dios con este ejercicio de contemplación, en fe, y resignación, que con hablar, rezar y discurrir	214

XVI. Prosíguese cuánto importa resignarse en las manos de Dios	218
XVII. Que con este ejercicio se negocia también por los que se han encomendado en nuestras oraciones, y cómo con esta resignación se adquieren las virtudes	221
XVIII. Que aprovecha más esta resignación muchas veces, que las meditaciones, y que con ella hay verdadera devoción, aunque haya sequedad	224
XIX. Respóndese a una objeción, de por qué razón no se ha de discurrir, ni meditar en esta oración de contemplación	227
XX. Respóndese a una objeción contra lo dicho en estos capítulos antecedentes, con que del todo queda clara la doctrina dicha	231
XXI. Satisfécese a otra duda como la pasada con unas palabras muy notables del angélico Doctor Santo Tomás	234
XXII. Cómo sea de más importancia el estar entregado en la voluntad de Dios, que el estar discurriendo	235
XXIII. Que la razón que hay fuera de las dichas, porque no se siente lo que allí se hace, procede de que entonces es verdadera oración de contemplación	237
XXIV. Explícise, cómo cuando uno piensa a su corto entender, que no hace allí nada y que va perdido, entonces hace más, y va más ganado: y que estas materias no se han de entender y querer palpar con los ojos, sino fiarse de Dios	240
XXV. Cómo allí se cree y ama a Dios puestos en aquella resignación y sequedad	242
XXVI. Continúase el intento pasado, de que el alma no está ociosa en la contemplación, y cómo adora a Dios en este ejercicio, y cuánto importa que la oración sea de rodillas	245
XXVII. Que aunque una persona puesta en aquella resignación, no esté imaginando en Dios, está con todo eso entonces más llegada a Dios su alma por la fe; y que el más alto modo de conocer a Dios es no imaginándole con figuras, sino creyéndole como es en sí mismo	249
XXVIII. Explícise más cómo se ama a Dios más de veras en esta resignación, que con discurrir y meditar; y del gran provecho que causa en	

Capítulos	Páginas
	las almas, sacándolas de sus vicios, y pecados 253
XXIX. De algunos inconvenientes que tienen las meditaciones en los poco cautos, y que con usar este otro ejercicio se libran las almas de muchos engaños del demonio	257
XXX. Explícate por qué razón en este ejercicio no hay necesidad de formar imaginaciones para entender, ni creer	259
XXXI. Cómo se ha de ejercitar aún con más perfección este segundo ejercicio de resignación y contemplación	264
XXXII. Que aunque más pensamiento, disparates, y tentaciones vengan a la imaginación, cuando se está en oración, y aunque más sequedad, e indevoción sensible haya, no nos quita el estar allí negociando con Dios, y amándole, ni de tener oración	268
XXXIII. Explícate más cómo se tiene oración con una buena voluntad, y deseo de tenerla aunque haya más pensamiento	273
XXXIV. Explícate en particular cómo el intento y fin, que se pretende en este ejercicio, es una perfecta, y verdadera imitación de Cristo Redentor Nuestro, y de su Vida y Pasión	275

LIBRO CUARTO DE LA ORACIÓN

I. Si estando delante de Dios en oración, o fuera de ella, enviase su Majestad algún regalo, o ternura, ¿si será bien estársele gozando, o desecharle por Dios? Y cuánto bien hay en padecer sequedades, desabrimientos, y penas, en la oración	281
II. Que los principiantes podrán revivir los regalos sensibles en la oración, pero no otras visiones y novedades	287
III. Que estas materias de oración, y de espíritu, no se han de comunicar, ni pedir parecer, sino es a los Confesores, y Maestros, que saben bien de ellas, o tuvieren experiencia, porque echarán a perder los penitentes	293
IV. Por qué razón no se han de comunicar estas materias espirituales con todos los Maestros, aunque sean doctos, si no es que sean experimentados en ellas	295

Índice general

XI

Capítulos	Páginas
V. Prosíguese la razón del capítulo pasado . . .	302
VI. Que el tratar de tener oración es importante se enseñe a los de pequeña edad también . . .	308
VII. Que para servir a Dios no es menester andarse matando con penitencia, y ayunos, y de la discreción, que ha de haber en esto . . .	309
VIII. Cuánto importa el silencio y hablar poco . . .	312
IX. Que vale más tener pocas devociones, y rezarlas bien, que muchas sin esta calidad: y qué es lo que se ha de rezar, o qué tanto para hacerlo bien	312
X. Cómo se habrá una persona para vencer las tentaciones; y en otra cualquier cosa buena, o mala	316

The first part of the paper discusses the general theory of the
 subject, and the second part discusses the application of the
 theory to the case of the present case. The theory is based on
 the assumption that the system is in a state of equilibrium, and
 that the forces acting on the system are constant. The theory
 is then applied to the case of the present case, and the results
 are compared with the experimental results. The results show
 that the theory is in good agreement with the experimental
 results, and that the forces acting on the system are constant.

INTRODUCCIÓN

SUMARIO: I. *Fray Juan Falconi*. — II. *El "Camino Derecho", obra falconiana*. — III. *El Manuscrito*. — IV. *Primera y única edición*. — V. *Falsa imputación del "Compendio breve de la eminentísima perfección cristiana"*. — VI. *Doctrina del "Camino Derecho"*: A) Enfoque general de la vida espiritual, y el entronque, en ella, de la oración; B) Doctrina de los tres primeros Libros; C) Doctrina del cuarto Libro. — VII. *Fuentes doctrinales y bibliográficas*. — VIII. *Repercusiones*. — IX. *Nuestra edición*. — X. *Trozos del Ms. que suprime la edición del P. Menéndez*.

I. FRAY JUAN FALCONI¹

A setenta kilómetros de la ciudad de Almería, se encuentra el pueblo de Fiñana, en las faldas de una cordillera. Aires de Alpujarra, efervescencia de Moriscos. Año 1596. Precisamente el día 7 de abril, en la iglesia parroquial, se bautiza al recién nacido *Juan Falconi de Bustamante*. Su padre, llamado también Juan Falconi, es el alcalde de la villa; la madre, María de Bustamante.

Los *Falconi*, descendientes de la familia real francesa, por línea bastarda, ejercieron puestos de altura, preferentemente en la administración de justicia. Los Bustamante traían su raigambre de tierras guadalajareñas, familias hidalgas y cristianos viejos.

¹ Sobre este asceta español, sobre sus escritos, proyección apostólica, Proceso de Beatificación, etc., hemos hecho, poco ha, un documentado estudio que mereció los honores de que le respaldaran con su indiscutible autoridad, la Universidad Central de Madrid, y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se trata de: *Fray Juan Falconi de Bustamante, teólogo y asceta* (Escuela de Historia Moderna, Consejo de Investigaciones Científicas; Seminario de Historia Moderna, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, Madrid, 1956).

Con la dulce carga de tres hijos — Juan el mayor y dos niñas —, el matrimonio Falconi-Bustamante se encuentra en Madrid poco antes de 1611. Fecha en que el primogénito viste la librea de la Merced. Convento grande de los Remedios.

Los estudios de Artes irá a cursarlos a Burceña (Vizcaya), haciendo después brillantes oposiciones a colegial de la Veracruz de Salamanca. El alma mater salmantina le recibe en sus gloriosas aulas teológicas, durante los cursos 1615-1619, según rezan lacónicamente los Libros de matrículas. Exitos. Destellos fulgurantes. Ordenado sacerdote, ocupa famosas Cátedras en la Orden Mercedaria, que desempeña con la máxima preparación científica. Brilla la claridad, la concisión y profundidad del sabio Lector, muy pronto ya Presentado. Se convierte, con velocidad de vértigo, en astro luminoso, cuando la Provincia de Castilla estaba cuajada de primerísimas figuras intelectuales. Y lo que es más; el joven y portentoso catedrático de Teología y Artes, es un consumado dechado de las más auténticas virtudes. Sacrificado, dulce, observante, comprensivo. Rara aleación de santidad científica, humana, heroica.

No sé por qué razones, cerca de las cimas del magisterio, Falconi renuncia a la mejor cátedra que venía desempeñando: la cátedra de Alcalá. Y es entonces cuando sus superiores cometen con él un desacierto, hablando al modo humano. Destinan al culto, lanzan al apostolado de confesión, etc., a un individuo de maravillosas promesas científicas, que, en solos seis o siete años de consagración científica, había dado tan sazonados frutos. Sin duda alguna, de no haber cortado en flor esta marcha, Falconi hubiera superado los vuelos de Zumel, y otras excelsas figuras de la teología española. Porque estaba dotado de un talento natural excepcional.

Lanzado al apostolado, Falconi — que no sabía hacer ninguna cosa a medias —, se embarca con todo el bagaje — físico, intelectual, espiritual —, en tamaña empresa. Siempre en Madrid. Más de 10 años de faena apostólica, cual no la recuerdan las páginas de los mayores apóstoles cristianos. Abarcando su acción desde los reyes de España — pasando por la nobleza, con-

ventos de Religiosas —, hasta la más humilde gente del pueblo.

Dirección espiritual, confesonario, conferencias. Métodos nuevos, briosos, que la misma Iglesia adoptará más tarde: comunión y meditación diarias, etcétera. Acontecimiento espiritual sorprendente, eficaz — realizado heroicamente y en silencio, al estilo de los santos —, que ha hecho vibrar, estremecer, toda la Villa y Corte en sus años de capital del Imperio. El proceso de Beatificación de este Venerable, que guardamos los Mercedarios cual tesoro y reliquia sin par, habla con elocuencia, lo mismo que la Historia de la espiritualidad Mercedaria, en donde a excepción del Fundador, S. Pedro Nolasco, nadie produjo dentro de la Orden una corriente espiritual tan bienhechora. Hizo que la recolección reformista se hiciera entre los Calzados, sin precisar del aparato externo.

Y muere en la brecha, mártir de las almas. Madrid, 1638. A los 42 años de edad.

En el terreno científico, amén de sus lecciones de cátedra, nos legó Falconi varios escritos de auténtico valor, que han tenido muchísimas ediciones, en varias lenguas. Con el conjunto de sus obras, podemos hacer tres grupos, atendiendo a la cronología y al asunto:

- | | | |
|-----------------------|---|--|
| A) Obras Teológicas . | { | <i>Tratado de las Misericordias.</i>
<i>Vida de Dios.</i>
<i>Pan nuestro de cada día.</i>
<i>Momentos de la Misa.</i> |
| C) Epistolario . . . | { | <i>Cartilla primera.</i>
<i>Cartilla segunda.</i>
<i>Camino Derecho.</i> |
| B) Obras Ascéticas . | { | <i>Carta a una hija espiritual.</i>
<i>Carta a un Religioso.</i>
Y otras varias cartas cortas. |

La división no puede ser del todo exacta, ya que las obras *teológicas* llevan también marcado sello ascético. En la fase teológica (años de catedrático) compuso las teológicas; en la fase apostólica, las ascéticas.

Cada una de estas obras merece un estudio especial. Siendo una pena inmensa que autores, tenidos por

graves, hayan juzgado los escritos falconianos, sin conocerlos. Se ha carecido hasta ahora — por ignorarse la sistemática falconiana, imposible de saber desconociendo la totalidad de sus obras, los originales de éstas, etcétera — de los elementos necesarios y precisos para emitir un juicio exacto sobre la doctrina del Mercedario. Por eso — y otras muchas razones más —, la introducción en el Índice de libros prohibidos, de cierta traducción italiana de algunos pequeños escritos de Falconi, obedeció exclusivamente a razones extrínsecas a las mismas obras y ajenas al autor.

Las obras de marcado matiz ascético forman todas ellas una serie de arcos concéntricos, de menor a mayor. Ampliándose, completándose cada vez más. Empieza por *Carta a una hija espiritual* — célula embrionaria, ininteligible de por sí sola —; sigue por *Carta a un religioso*, *Cartilla primera*, *Cartilla segunda*. Para concluir en *Camino derecho para el Cielo*.

De estos cinco escritos, *Camino derecho* es el más completo y amplio. Y, justamente, es el más desconocido, y que menos ediciones ha tenido. De él vamos a ocuparnos en adelante, con singularidad.

II. EL CAMINO DERECHO, OBRA FALCONIANA

En un principio tuvimos ligeras dudas sobre la paternidad falconiana de esta obra. Ni el autor de *Vida Anónima*,² ni ninguno de los Declarantes en el *Proceso de Beatificación*, hacen mención del escrito oracionista más científico de Falconi. Parecía cosa extraña. En algunas Declaraciones se nos antojaba vislumbrar alguna alusión, como por ejemplo, en las de Sor Ambrosia de San Antonio,³ en donde parece se está leyendo el capítulo proemial del *Camino*. Et sic de caeteris. Pero, una alusión explícita y expresa nunca la hemos visto en el *Proceso*. Ni tampoco el Procurador de la Causa lo presenta entre las Obras del Siervo de Dios.⁴

Sin embargo, Falconi había prometido escribir una

2 Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 4.473.

3 Fol. 478, n.º 21.

4 Fol. 317.

obra tal como es *Camino Derecho*. Lo indica en primer lugar, en *Cartilla primera*.⁵ "Esta *Cartilla* habla con los que pueden meditar y se aplican a eso; que, para los que no pueden meditar, haremos después *otra*, siendo Dios servido, o un *libro que trate de eso*." Otra, se refiere a la *Cartilla segunda*; un libro que trate de eso, es el *Camino Derecho*. Ya, años más adelante, en *Cartilla segunda*,⁶ casi asegura como un hecho, lo que en la *primera* planteaba como mera probabilidad, o simple proyecto: "Pero, la razón por que no pueden meditar, y en que se funda eso (según las sentencias de Santos y Maestros de esto) no deja la brevedad, que pretendo, que la demos ahora; y porque esto más toca saberlo a los Maestros que a los discípulos, que es con quien se habla. Y así, ahora sólo va la luz que basta para ellos; *que de lo demás, otro día, quizá saldrá algo más a la larga, si Dios lo dispusiera*."

En el capítulo proemial del *Camino* se dice expresamente que, el Libro y la obra que cristaliza estos deseos e intenciones manifestadas en las dos *Cartillas* es *Camino Derecho*: "Y aunque es verdad que tengo dados algunos principios para esto en la *Cartilla primera*, que salió a luz este año, y en otra que, siendo su Magestad servido, se dará a la estampa muy presto; con todo eso, me ha parecido el reforzar este intento, redoblando la verdad con razones vivas y autoridades de Santos y Padres de la Iglesia, de que se pueden aprovechar los doctos y leídos... Lo cual no pude hacer en las demás obras, así por haber pretendido en ellas la brevedad, como porque allí hablo con la gente sencilla."

La correspondencia y exacta relación entre lo prometido en las *Cartillas*, y lo realizado en *Camino Derecho*, es perfecta; tanto más, cuanto que en éste se desarrolla el mismo asunto allá indicado, de manera científica. Es, pues, ésta una razón no despreciable en pro de la paternidad del Venerable.

Rojas es el primer biógrafo que hace clarísimas referencias al *Camino*, sin aún citarla con el título propio. Después de decir que las *Cartillas* y la *Vida de*

5 Parte 3.^a, cap. 12.

6 Trat. 1, cap. 1.

Dios fueron impresas repetidas veces, escribe: ⁷ “Ahora se han de esforzar con *otro (libro)* que se quiere imprimir... y *dejó escrito* el Siervo de Dios, en que también trata de la oración de fe sencilla y de la eminentísima perfección cristiana.” Ese libro es, sin duda alguna, *Camino*; porque “trata de la oración de fe sencilla”, y porque, al final, en su manuscrito y en su primera edición, se incluía un breve compendio “de la eminentísima perfección cristiana”.

Dos años después de Rojas, otro biógrafo falconiano, Felipe Colombo, escribe rotundamente unas palabras que expresan el título de la obra y, al mismo tiempo, descubren, en parte, la razón del misterioso silencio habido largos años en torno a este libro: “Mucho escribió (Falconi) que se malogró con su muerte, pues, al verlo de su letra, la piedad lo guardó por reliquia, haciendo al mundo agravio la indiscreción de su celo. Uno descubrió Dios, en gran parte de letra de Falconi, lo demás de algún hijo que le ayudó, y encomendado por el mismo Padre. Intitúlase: *Camino derecho para el cielo, hallado en la oración, y imitado del Camino único de la vida eterna, Cristo Jesús*. El cual, queriéndolo Dios, saldrá presto a la luz.” ⁸

Deducimos de las palabras de Colombo que el manuscrito del *Camino* estuvo guardado ocultamente, por una no bien entendida devoción y que, quizás, el mismo Colombo proyectaba publicar.

Hacia mediados del siglo XVIII, Fr. Antonio Ambrosio Hardá,⁹ entre las indiscutibles obras de Falconi, incluye el *Camino Derecho*, inédito aún y que, según él, se trataba también de publicar.

Garí y Saumell,¹⁰ hablando del P. Pedro Esteban Menéndez, escribe: “Dió a la prensa *Camino recto para el Cielo*, del V. P. Falconi, inédito, impreso en

⁷ Maestro Fray JUAN DE ROJAS: *Candelero del Templo*, Madrid, 1674, págs. 193-194. Ya insinuaba algo en la pág. 172.

⁸ En la *Vida* de Falconi, que precede a la edición de *Obras Espirituales*, Barcelona, 1676, pág. 130. Más atrás, pág. 65, se había ya referido a: “un libro que dejó escrito, llamado *Camino para el cielo*, que queriendo Dios, saldrá presto a la luz”.

⁹ *Bibliotheca Scriptorum Regalis ac Militaris Ordinis... Mariae de Mercede*, Ms. en la Biblioteca de la Academia de la Historia (Madrid), sign. E. 39-40, fol. 177 de la copia hecha por Arques y Jover (Duque de Sexto, 32, Madrid).

¹⁰ *Bibliotheca Mercendaria*, Barcelona, 1875, pág. 180, n.º 14.

Madrid, 1783", sin poner en tela de juicio la atribución falconiana. Lo mismo que el P. Mcnéndez, que había hecho la dicha edición, tuvo la menor duda sobre la paternidad de la obra.

Amén de estas razones y pruebas extrínsecas, existen las intrínsecas. El Ms. de *Camino derecho*, número 7.038, de la Biblioteca Nac. de Madrid, pregona que fue escrito por Falconi; y el título: *Camino derecho para el cielo, hallado en la oración y imitación*, es autógrafo del Venerable; si bien, todo lo que sigue, ya no es autógrafo suyo. El estilo, en general, es idéntico a las demás obras falconianas. La doctrina es exactamente la misma expuesta en las dos *Cartillas*, *Carta a una hija espiritual* y *Carta a un Religioso*. Las dos *Cartillas* las cita muchas veces el autor, como suyas.¹¹

Queda, pues, probado que esta obra salió de la pluma falconiana. Cosa que nos urgía mucho demostrar, aunque nadie, por ahora, lo haya discutido.

¿Fecha de composición? Al Mercedario, dedicado exclusivamente al apostolado de dirección de almas, restábase poco tiempo para escribir. Tenía que hacerlo, tratándose de obra un tanto amplia, a ratos libres, a retazos. Así, parte del *Camino* fue escrito por los años 1632-1633;¹² parte, se escribía corriendo 1635-1636.¹³

III. EL MANUSCRITO

Como queda indicado, en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Ms., con la signatura 7038, se halla el Ms. del Camino Derecho.¹⁴ Acaso haya ido a parar allí, desde el Archivo General del Convento de los

11 Cap. proemial; lib. 1 (caps. 1, 2, 4, 6, 12, 16); y frecuentemente en los tres libros siguientes.

12 Según se deduce del Lib. 1 (cap. 7), y Lib. 4 (cap. 5), en donde refiriéndose a la Vida de San Juan de la Cruz, escrita por José de Jesús María, dice: *escrita ahora de nuevo*. Y sabido es que la segunda edición de esta dicha obra tuvo lugar en Bruselas, el 1632.

13 En el Cap. proemial, hablando de la cartilla primera, escribe: *que salió a luz este año*. Cosa que no pudo suceder antes del 1635 (fecha en que están firmadas las *Aprobaciones* de la dicha *Cartilla*); ni después del 1636, pues al menos del 1637 conocemos otra edición de la dicha *Cartilla*.

14 El título completo del Ms. aparece en la fotocopia que adjuntamos.

Remedios, pues, según indica el P. Menéndez,¹⁵ estaba entonces en aquel convento, en donde estaban también las Aprobaciones de Carmelitas y Franciscanos que le preceden y forman parte del mismo volumen manuscrito.

Dicho manuscrito forma un volumen regular, integrado por varios juicios sobre la obra, el texto del *Camino*, y el apéndice del *Compendio breve*. En el orden que diremos.

A) El primer juicio sobre la doctrina y sobre el autor del *Camino* es el: *Elogio en favor de esta obra y su autor, firmado por los RR. PP. del Religiosísimo Convento del Calvario, del Orden de nuestro P. San Francisco, de la más estrecha observancia.*¹⁶

¹⁵ Prólogo a la edición del *Camino*.

¹⁶ He aquí el texto íntegro del dicho *Elogio*: "La oración de este camino fundada en las divinas letras y autoridades de experimentados Maestros, hallada en la imitación de Cristo Nuestro Señor y distribuida en cuatro libros y compendio de oro, quintaesencia; y lo muy fino y acendrado de ella, es breve, fácil, recta, simple, callada, verdadera, pura, sólida, segura, mortificativa, muy útil y meritoria. Breve, porque aunque se dilaten los discursos en persuadir la con eficacia de razones y autoridades de Doctores, que de ella tuvieron experiencia: sólo consiste en tres precipuos puntos, que son creer, esperar y totalmente resignar a la voluntad de Dios. Fácil, porque Alberto Magno (1, Lib. de Virt. cap. 33) dice: "Meditatio est cum labore, et fructu. Contemplatio sine labore, cum fructu." Cesan en ella las fatigas del examen; el molesto peso de las ponderaciones; los prolongados caminos del discurso; la inquisición solícita de las verdades; el ansioso golpear de la fuerza racional; y el profundo escrutinio, que revela el tesoro escondido de la verdad para motivar en el afecto el amor de Dios y resignación en su santísima voluntad. Recta, pues dijo San Buenaventura (1, de Reduct. Art.): "dicitur rectum, cuius summitas est sursum erecta, in quo manifestatur Dei, animae unio. Cum enim Deus sit sursum necesse est, quod apex ipsius mentis sursum erigatur. Hoc autem est cum rationalis assentit primae veritati propter se, super omnia". Eleva lo supremo y cima de la mente y dirige la Fe actualmente por su acto a que asienta a la primera y altísima verdad: toca con ese ápice en Dios; indicio manifiesto de la unión admirable, que entre tan distantes extremos se celebra. Simple, porque ni la simple inteligencia ratiocina, ni el acto de fe formal, e inmediatamente es discursivo. Lo primero lo enseña Ricardo de S. Victore (1, Lib. de Contempl. cap. 9): "simplicem intelligentiam dico, que est sine officio rationis". Lo segundo lo enseña Santo Tomás (2, 2.2. quaest. 183 art. 3) sobre aquello de San Dionisio: "necesaria est uniformis convolutio intellectualium virtutum ipsius. Ut scilicet (explica) cesante discursu figurat ejus intuitus in contemplatione unius simplicis veritatis". Decláralo también el doctísimo Suárez (3, De Religión, tom. 2, lib. 2, cap. 10, número 5): "atque hoc modo facillimum est, quod ait Divus Thomas contemplationis actum esse simplicem sine discursu: talis est enim assensus fidei, licet suponat discursum ad sufficientem, proximam objecti applicationem". Callada, porque la boca del corazón es la oración cogitativa, o de meditación, que no se hace sin discurso:

Firman el "Elogio", en el dicho Convento salmantino del Calvario, a 18 de enero de 1665, los PP. Luis de San Buenaventura, "Padre de Provincia", y Balta-

"es cordis, dice San Gregorio (4, Mor. 17, cap. 15) es meditatio, seu cogitatio". Verdadera, porque en ella la voluntad totalmente se resigna: que es lo que dijo Gerson (1, In mist. spec. Lib. 65, lit. P.): "Solum enim amor perfectus, perfecte Deo adhaerens, veraciter orat, fiat voluntas tua".

Para, lo uno, porque en ella no tiene vez lo imaginable: Ricardo (2, Ubi antea.) "puram vero (supple voco) quae sine incursione imaginationis". Lo otro, porque está libre de la enfadosa invasión de los fantasmas, multitud de corpóreas semejanzas, de átomos ejército confuso, que fáciles se representan y oponen a las brillantes luces de aquel ilustre Sol, cuya celsitud triunfa de ellos gloriosa. San Bernardo (3, Serm. 52. In Cant.) "sed non te elongasti; nisi irruentia undique phantasmata corporearum similitudinum transvolare mentis puritate praevaleas". Y no es mucho que de estas groseras imágenes y sombras se halle exenta cuando en este sobre intelectual ejercicio aun las mismas espirituales formas e intelectivos actos por manchas y tropiezos se reputan. El Vercelense (1, 5 In Cant.) sobre aquel "lavi pedes meos" de la Esposa, dice: "quomodo iterum coinquinabo illos umbris, imaginibus temporalium, cum etiam intellectuales operationes, forme in hoc loco insuper intellectuali exercitio reputentur maculae, ofendicula?" En fin, llega lo perfecto de esta oración a tan sublime pureza, que de ella dice San Buenaventura (2, In Mist. Theolog.): "nec ab ipso vero diligente debet diligi dulcedo, vel suavitas concupisci": el perfecto no debe poner su mira en los sentimientos suaves, ni desear las dulzuras sensibles y devotas que resultan. Prosigue la materia el Santo: "omnis vis, officium intellectualis virtutis extirpari, derelinqui praecipitur". Niéguese a la satisfacción, que al entendimiento de los actos reflexos le proviene. No conozca con ellos el acto sencillo de fe, en que está la mente, ni la amorosa resignación de la voluntad. Niéguese a la misma actividad de los actos directos con que cree, espera, ama y se resigna, quedando tan sin sí propio en su resignación, que de él se pueda verificar el pati divina, de que habla este venerable Maestro.

Sólida, porque es acto de fe, de cuya certidumbre dijo Santo Tomás (1, In 4. Joan. Lect. 2.) "certitudo fidei nititur rationi divinae, cui contradici non potest". Segura, porque se tiene con lo profundísimo de la mente, cuyo sagrado y receso de diabólicas decepciones vive inmune. Así lo siente el mismo Santo Tomás (2, I. Corint. cap. 2. Lecte. 2.): "sed neque malus Angelus ea quae in corde hominis latent scire potest, nisi in quantum per aliquos effectus manifestantur". Mortificativa, porque con ella se cautivan y ponen en servidumbre entendimiento y voluntad: aquél le cautiva la fe, dice San Antonio de Padua (3, 2. pst. Trinit): "fides enim dominari nescit, subesse cupit": está por la resignación, y el amor. San Dionisio (4. Q. de Divin. nomin.) "divinus amor non sinit hominem sui ipsius, sed eius, quod amatur": nada es suyo, y todo lo que tiene es del amado. Mortificación tan eminente, que a la de la carne excede tanto como cuanto en preciosidad y valor el oro a la plata sobrepuja. Santo Tomás (1, Srm. de Sant. Margar.): "denarius argenteus est corpus, argento emit, qui dat corpus, quod fit per carnis mortificationem. Denarius aureus est anima, auro emit, qui dat anima, quod fit per propriae voluntatis abdicationem". Trata de la compra del Reino de los Cielos. Aquí abiertamente declara la imitación de Cristo Nuestro Señor, blanco de este venerable Padre.

sar de la Concepción, "Definidor y Lector de Mística".

No he tenido datos a mano para perfilar la personalidad de estos dos Religiosos franciscanos, que sin duda

Véase San Juan (2, Cap. 6): "descendi de Coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui missit me". Y expone Santo Tomás (3, Opuse. 18, Cap. 10): "in quo dedit nobis exemplum, ut sicut ipse suam voluntatem humanam abnegabat, supponenda eam divinae; ita nos nostram voluntatem. Deo totaliter supponamus".

La última, y nobilísima condición con que se adorna y hermosea esta devotísima obra, es el ser muy proficua y meritoria. Lo primero, por lo que dejo dicho inmediatamente, que la mortificación de la voluntad, excede tanto a la mortificación de la carne, como el oro a la plata en el valor. Lo segundo, por dos principios, que pone Santo Tomás (1, Opúsc. cit.). El uno: "Nihil est homini naturaliter amabilius libertate propriae voluntatis." El otro: "Nihil est etiam, quod homo naturali affectu magis efugiat, quam servitutem": lo que el hombre naturalmente más estima es la libertad de la propia voluntad: y lo que naturalmente más rehuye la servidumbre y cautiverio de ella. Luego lo más que puede dar uno por otro es su propia libertad. Conclúyese de lo dicho, e infiere Santo Tomás: "unde nihil posset homo pro alio amplius impedere post hoc, quam se ipsum in mortem pro eo traderet, quam quod se servituti ejus subjugaret". Sólo halló el Santo tener privilegio de ser más meritoria la acción de entregarse por otro a la muerte. Y lo califica Cristo Nuestro Señor: "majorem charitatem", c. Luego si hacer cautiva la libertad es la obra más perfecta, entregándose por Dios en esta oración, entendimiento y voluntad, será la acción más perfecta. Luego más meritoria. Luego más útil: porque lo que naturalmente más se estima, es la libertad. Luego es la que más vale despreciada por Cristo. También lo que nuestro natural más repugna es la servidumbre o cautiverio de esa libertad; luego en lo que más se merece es en aborrecerla por amor de Dios. Bien deducido de los principios y menor puestos por Santo Tomás, que se contienen virtualmente en esta universal, que antes tiene; inter alia autem quanto aliquid magis amatur, tanto perfectius contemnitur propter Christum. Bien pues dijimos al principio que esta oración era breve, fácil, recta, simple, callada, verdadera, pura, sólida, segura, mortificativa, muy útil y meritoria.

Siendo tal como queda dicho y pasando en lo íntimo y secreto del alma, no es mucho que San Buenaventura (1, In mist. Theolog. capítulo 3, pág. 4) pronúnciase de ella el que no haya estilo que cumplidamente la explique; ni palabra que perfectamente la declare: "haec cognitio occulte consistit in corde, ut neque studio, nec verbo ad plenum valeat enodari". Pero con todo, del modo que se puede enseñar, es el Venerable Padre Falconi de aquellos que con más claridad, fervor y erudición la persuaden; habiéndola primero participado del inaccesible Sol, Dios infinito; cuyas flamantes luces así penetraron y llenaron su corazón, que no pudiendo contener dentro tan copiosas avenidas de la gracia, le fué necesario dar lugar a que se trasladasen a la pluma tan misteriosas y encendidas doctrinas. Siguió en esto al Príncipe de la mística Teología San Dionisio (2, 4 Eccles. Hyer), que dice: "oportet divina prius participare, quam divulgare; quia, qui praesumunt abusive docere divina antequam conversentur, omnino a docendi studio sunt extranei". Es presunción, temeridad y abuso introducirse Maestro de experiencias divinas, quien en ellas ni aun puede llamarse principiante: porque aquél sólo puede segura, confiadamente tratar del aprovechamiento ajeno, que es muy perfecto en él propio. San

eran hombres de letras.^{16 bis} Elogio se refiere solamente al *Camino Derecho* sin mentar para la nada *Compendio breve*.

B) Al Elogio sigue el: *Sentir del Colegio de San Eñas de PP. Carmelitas Descalzos de Salamanca*,¹⁷ fe-

Buenaventura (1: postea confidenter, esto es, después de perfectamente purgado, e iluminado) "potest ad aliorum profectus exire, ut eos possit adjuvare": que lo demás es peligroso. San Ambrosio (2, Li. 3 de Virg.): "cursus ad superiora est tutus, descensus ad inferiora periculosus". Y tanto, que al imperfecto que intenta tal atrevimiento condena San Bernardo (3, Serm. 28, in Cant) a que pierda eso poco: "rursum quod tuum est expargis, perdis, si priusquam infundaris tu, totus semiplenus festines efundere". Pero San Bernardo condena al imperfecto en estas materias, que pretende enseñar; más amenaza no menos al perfecto, que se retira de hacerlo, con estas misteriosas palabras: "sane cavendum est, aut dare, quod nobis accipimus, aut quod erogandum accepimus retinere. Rem profecto Christi retines tibi si (verbi causa) plenus virtutibus cum sis, forisque nihilo minus donis scientia, eloquentiae adornatus, autosegnitie, aut nimis discreta humilitate, verbum bonum, quod posset prodesse multis, inutili, in mó damnabili ligas silentio: certe maledictus, qui frumenta abscondis in populis".

Todo lo tuvo nuestro Venerable Maestro: Llenóle Dios de multitud y variedad de virtudes: adornóle de los dones de ciencia y elocuencia: y reconociendo, que el no comunicarlas era retener el patrimonio y bienes de Cristo, por no incurrir en la maldición con que amenaza San Bernardo, al que teniendo tan soberanas partes, o por temor, o indiscreta humildad, o negligencia envuelve en silencio vicioso la palabra buena, que pudiera aprovechar a muchos: celosísimo del bien de las almas (toda es ardiente su doctrina) y reconociendo de su experiencia el grande útil que había de causar con esta enseñanza del cielo: se halló estrechamente obligado a manifestarla a todos. Por lo cual, esta santa doctrina está tan lejos de repugnar a nuestra fe, y buenas costumbres, que antes el no darla luego a los ojos de los prójimos, es impedir el aprovechamiento en una y otras; y aún incurrir la sentencia de San Bernardo. Más quiero, que atiendan los que le leyeren lo que dice Gerson (1, Lib. 2, trat. 2, de Cantichordo, ante literam V.): dicta doctorum ad anagogicos excessus exercitatorum, quibus non credere disipere est, quos imitari noñe stultitia, insipientia cordis". Este es nuestro sentir, salvo & C. Dado en éste del Calvario de Franciscos Descalzos de Salamanca en 18 de enero de mil seiscientos sesenta y cinco.

FR. LUIS DE SAN BUENAVENTURA,
Padre de Provincia.

FR. BALTHASAR DE LA CONCEPCIÓN,
Definidor, y Lector de Mística.

^{16 bis} Ni en el P. Matías Alonso, en *Chrónica Seraphica de la Santa Provincia de la Purísima Concepción* (tomo 1, Valladolid, 1734) a la cual Provincia pertenecía el Convento del Calvario; ni en las *Bibliotecas franciscanas*; ni en los *Annales Minorum seu trium Ordinum...*, continuados por el P. Ancito Ciapini y sus colaboradores PP. Julian Palazzolo Matinangeli; hallé datos referentes a estos franciscanos, firmantes del *Elogio*.

¹⁷ Cuyo texto es como sigue: "La doctrina que este libro contiene, es el mayor elogio que en alabanza de su venerable

chado en la ciudad del Tormes, a 31 de marzo de 1665, firmado por los siguientes PP.: Fr. Nicolás de Jesús María, Rector; Fr. Antonio de Santa María, Lector de

Autor se puede decir: pues en ella como en claro y limpio espejo al vivo se representan lo sublime y docto de su ingenio; lo heroico de sus virtudes; su levantado espíritu y encendido amor de Dios que le animaba; porque cada palabra es una centella que abrasa el corazón más frío y toda esta escritura un volcán encendido, que no pudiéndose contener en el corazón, pareciéndole breve esfera la del pecho, salió a comunicarse al mundo.

Es del Cielo la doctrina que este libro contiene, no aprendida en las escuelas; que es muy limitado el caudal de los Maestros de ellas, para comunicar a sus discípulos tan ricos tesoros de sabiduría: y sólo se aprende en la Escuela del amor, siendo el Divino Espíritu Maestro: y por eso se llama Mística Teología, que es lo mismo, que ciencia escondida; porque ninguno la alcanza, sino sólo aquél a quien este Soberano Doctor liberalmente la comunica: ni bastan desvelos, ni aprovechan discursos; porque esta casa de la sabiduría escondida, sólo Dios la edifica (1, Psal. 120: "Nisi Dominus aedificaverit domum in vanum laboraverunt qui aedificant eam": es querer contar los átomos al Sol, o agotar los cristales del Océano, persuadirse el hombre que por sus propias fuerzas (aunque sean ayudadas de la gracia que ordinariamente se comunica) llegará a beber la agua de esta fuente: pues si lo que se pretende es unir con Dios la alma por amor, y transformación de voluntades, de tal suerte, que la voluntad humana sea divina; y, si los medios han de ser proporcionados al fin que se pretende; atrás se ha de quedar todo lo que el discurso alcanza: pues es tan disimil cuanto dista el Criador de la criatura. "Etenim te ipso dijo San Dionisio Areopagita (1, Apud Bonav, in itin, ment. in Deum capítulo 7.), omnibus, immensurabili, absoluto purae mentis excessu, ad super essentialem divinarum tenebrarum radium, omnia deserens, ab omnibus absolutus ascendis." Y si la fe sola es segura guía y medio proporcionado para llegar a conseguir esta dichosa unión; y la vista sencilla y amorosa, resignándose la alma del todo en la divina voluntad, es la disposición inmediata para que se haga esta dichosa transformación de voluntades; y toda otra especial noticia antes la impide; consta cuán dificultosa sea esta ciencia, no sólo de alcanzar, sino también de explicarse con acierto. Y así dijo San Bernardo (2. Serm. 85 in Cant.), que ninguno puede dignamente explicar qué sea contemplación y qué es lo que en ella la alma goza, sino es aquel a quien enseña la experiencia. "Quid sit Verbo frui? Responded: quaerat potius expertum, à quo id quaerat."

Grande sin duda fue la experiencia del Venerable Padre Presentado Fray Juan Falconi: pues con tanto acierto, con tanta distinción y claridad (según que la materia lo permite) habla en esta materia: copiosos raudales bebió de esta divina fuente, el que con tanta abundancia los comunica en sus escritos. Y aunque es verdad, que no basta sola la doctrina y experiencias de parte del que enseña, si primero el que desea aprender no ha comenzado a gustar la dulzura de este panal sabroso; así como se cansaría en vano el que quisiere dar a entender cómo es el sabor de la miel a quien nunca la ha gustado, ni otra cosa que se le parezca, si queréis entender esta dulce ciencia (1, Psal. 33.): gustate, videte quoniam suavis est Dominus: gustad primero. Así lo afirma el meliflúo Bernardo (2, Tert, orat, ubi sup.) "mihí illud licuit experiri, sed minime loqui: non docet hoc lingua, sed docet gratia". Y San

Escritura; Fr. Andrés de la Madre de Dios, Lector de Teología; y Fr. Alonso de la Madre de Dios, Lector de Teología.

Dionisio (3, Dion. ubi sup.): “si autem queras quomodo haec fiant? interroga gratiam, non doctrinam: desiderium, non intellectum: sponsum, non Magistrum: Deum, non hominem: caliginem; non claritatem: non lucem, sed ignem totaliter inflamantem”. Por afectos de la voluntad, causados de la gracia, ha de ir la alma, no por discursos del entendimiento: por las sendas ocultas del amor inflamado, no por la luz de la doctrina sola, que le pueden dar los Maestros de la tierra. Por eso en tantas partes de estos libros advierte prudente el Venerable Padre, que no se ha de levantar la alma, hasta que Dios la levante; ni ha de dejar la meditación, hasta que por las señales, que allí pone, conozca que Dios le da la mano levantándola a contemplación.

Con todo eso es de las más necesarias esta doctrina, para que se anime el hombre a disponerse para recibir este precioso don y para que cuando Dios por su infinita bondad le comencare a manifestar esta mina del oro acendrado de la sabiduría del Cielo, no la estorbe y sepa lo que ha de hacer, para no impedir la obra que en su interior Dios comienza a obrar. Esto conseguirán los que atentamente leyeren este libro y así nuestro parecer es, que no sólo, no contiene cosa contra lo que nuestra Santa Madre Iglesia enseña, ni contra las buenas costumbres; mas antes ajustándose en todo a la doctrina de los Santos, que trataron esta materia, esparce como sol claros resplandores con que alumbrá y enciende las almas, siendo utilísima a las que se dan a la oración y necesaria a los Maestros que las guían; pues por falta de ella muchas veces (como llora y se lastima nuestro Venerable Padre Fray Juan de la Cruz) las impiden el que pasen adelante, y aún las hacen volver atrás en el camino: porque no entendiéndolos los caminos del Espíritu (palabras son de nuestro Venerable Padre (1, Canc. 4 verso 2. 4.) muchas veces hacen perder a las almas la unción de estos delicados unguentos con que el Espíritu Santo las va disponiendo para sí; gobernándolas por otros medios rateros, que ellos han leído, que sólo sirven para principiantes. Ni quieren dejar las almas pasar (aunque Dios las quiera llevar a más) de aquellos principios y modos discursivos, e imaginarios con que ellos pueden hacer muy poca hacienda. De este peligro se librarán los que leyeren este libro, donde con tanto acierto se les enseña a los unos cómo han de guiar las almas por la oscuridad de la fe, para llegar a unirse con la luz increada; y a los otros cómo han de caminar por este interior desierto a la tierra de promisión, que mana leche y miel; para que ni los unos, ni los otros impidan la obra, que Dios comienza en la alma, levantándola de la meditación a la alteza de la contemplación. Y así todos deberían tenerle en las manos y escribir en el corazón esta celestial doctrina. Esto es lo que sentimos salvo meliori, c. Fecha en este nuestro Colegio de Salamanca, y Marzo treinta y uno de mil seiscientos y sesenta y cinco.

FR. NICOLÁS DE JESÚS MARÍA,
Rector.

FR. ANTONIO DE SANTA MARÍA,
Lector de Escritura.

FR. ANDRÉS DE LA MADRE DE DIOS,
Lector de Teología.

FR. ALONSO DE LA MADRE DE DIOS,
Lector de Teología.

Fray Nicolás de Jesús María, italiano, se vino a España por razón de estudios, y aquí se hizo Carmelita Descalzo. Fue Rector de Salamanca, Valladolid y Avila; Definidor General y Prefecto Provincial. Murió en 1680, dejando varias obras escritas.¹⁸

Fray Antonio de Santa María, nacido no se sabe si en Cuenca o en Valencia, ingresa en el Carmen después de haber sido militar y, por ello le llamarían el "miles". Escribió varias obras, algunas publicadas; el hecho de que ya publicase en 1608, *Patrocinium Beatissimae Virginis in Hispania*, nos hace sospechar si este Fr. Antonio de Santa María será el mismo que firma el *Sentir*. Díganlo los historiadores carmelitanos.¹⁹

Fray Andrés de la Madre de Dios, palentino, ha descollado por su prudencia, piedad y saber. Desempeñó cargos de Provincial y Definidor General, y en Salamanca formó parte de los que trabajaron en la elaboración del célebre Curso Moral. Escribió voluminosas obras teológicas. Muere en 1675.²⁰ El último firmante del *Sentir* es Fr. Alonso de la Madre de Dios.²¹

Dada esta resumidísima reseña de los firmantes del *Sentir*, puede apreciarse cómo todos son personas de relieve científico y espiritual. Tengamos en cuenta también, que las Ordenes Religiosas tenían gente escogida en sus Colegios Mayores salmantinos. De ahí que, sin duda alguna, los firmantes del *Elogio* tenían que ser notables por su saber. Así como para valorar el prestigio merecido del Colegio de San Elías, basta conocer un poco su gloriosa historia y los *Salmanticenses*.

C) Después del *Sentir*, contiene el Ms. la "explicación" de un anónimo religioso Cartujo.²² Sabemos

18 *Bibliotheca Carmelitana...* opus Cosmae de Villiers, edición preparada por Gabriel Vessels, Romae, 1927, tomo II, págs. 497-98; *Historia del Carmen Descalzo en España y América*, por el P. SILVERIO DE SANTA TERESA, tomo X, Burgos, 1924, págs. 2, 14, 149, 150, 193, 195, 221, 222, 255, 261, etc.

19 Op. cit., *Bibliotheca Carmelitana*, ibíd., tomo I, páginas 175-176.

20 Op. cit., *Bibliotheca Carmelitana*, tomo 1, pág. 95; P. Silverio, op. cit., tomo X, págs. 510-12, et alibi.

21 En la citada *Bibliotheca Carmelitana...*, tomo I, págs. 47-48, se habla de dos Alfonsos de la Madre de Dios; pero ninguno de ellos puede ser el que está en el Colegio de San Elías, el año 1665. ¿Podrá ser aquél de quien habla el P. Silverio (op. cit., tomo X, páginas 817-20) el cual fué General...?

22 *Aprobación o juicio de un cartujo sobre el camino dere-*

de su Orden religiosa, porque diciendo que Falconi su doctrina "la apoya con los más principales maestros de espíritu de *casi todas las Religiones*", sigue: "como son *nuestro P. Dionisio el cartujano...*". Una nota marginal, en Ms., escrita no sé por quién, corrobora: "Según esto, parece ser cartujo el que dió este dictamen."

D) A continuación de la Explicación del cartujo, Fray Melchor Huarte de Jáuregui, Maestro en Teología, Comendador de Trujillo en 1746, e historiador general de la Orden de la Merced, incluye su: *Nota*, dan-

cho: "Toda la doctrina de este libro manuscrito del V. P. Presentado Fr. Juan Falconi es admirable y segura, y que persuade con la mayor energía de palabras, que es posible, la oración de contemplación, y con la sal y prudencia de que otros Místicos carecen; pues, no aconseja sino que el alma se halle con evidentes señales de dejar la meditación, que es cuando ya no puede meditar, y Dios Nuestro Señor le da como en sustancia el fruto de la meditación, que es la contemplación activa o adquirida, que, con la fuerza de la gracia y auxilios ordinarios, se puede alcanzar y ponerse en ella, teniendo las señales sobredichas y que trae el V. P. Fray Juan de la Cruz en sus obras (en la Subida al Monte Carmelo, libro 2, cap. 13) y nuestro autor en el folio 22 del primer libro. Sólo se ha de admitir (?) que como el V. P. bablando en la práctica de ponerse un alma en esta oración de contemplación activa le aconseja que no haga más que ponerse en resignación y fe común en Dios; a quien no lo entienda, ni tenga experiencia, le puede ser de daño, quedándose sin obrar las potencias del entendimiento y voluntad; porque, como la fe en común la tienen todos, aunque no tengan las señales ya dichas; y la resignación suele ser imperfecta en los principiantes; puede ser que ahí muchos que poniéndose en ella por falta de no ser entera, quede la voluntad sin su acto de amor de Dios perfecto que mire a Dios por sola su bondad y ser quien es; y el entendimiento sin el suyo, por parecerle que la fe en común lo abraza todo, que aunque es así — pero en los que le tienen ya muy ilustrado por el Don de entendimiento y divina influencia —, va a peligro de no tener por objeto principal la primera verdad, que es Dios. Y así, siempre que el V. Autor dice que el alma no haga nada más que ponerse en resignación y fe común de Dios, para que no haya nada en que tropezar se ba de decir que se ponga en *un acto de fe sencillo mirando a Dios*, con que queda ocupado el entendimiento, *acompañado del acto libre de la voluntad amando a Dios por ser quien es*. Con que, después de esto, que es lo principal y esencial en que consiste la contemplación, viene bien la resignación; y que el V. Autor enseñe esto se ve claro en muchas partes de este libro; en particular en el folio 8, a lo último, dice: *Que se han de dejar los discursos y quedarse en una visita sencilla de fe, creyendo la verdad divina*. Y en el folio 14 dice: *Que bastará quedarse en la fe de ese Señor, y sosegarse en una simple noticia general de Dios todo en común, como es en Sí, Dios y hombre*. Y en el folio 24 se ve claro que siempre que habla de la resignación presupone acto de amor de Dios en la voluntad continuada y perfecta por sola su bondad, pues citando al P. Suárez, dice: *supone este autor que aquella resignación callada es acto de amor y de unión, etc.*

Verdad es que para los que les comunica el Señor la contem-

do el parecer sobre la publicación del *Camino* y resumiendo su doctrina.²³

E) Entre la portada principal y el capítulo proemial, aparece el criterio que otro Mercedario, Fr. Rafael Martínez de Córdoba, por mandato del Maestro General, Pedro de Salazar, expone acerca de la doctrina del libro.²⁴

plación infusa les basta ya la resignación en el acto sencillo de fe de Dios en universal y en común, porque como Dios es el principal agente en esta oración de contemplación infusa, y el alma se ha solamente pasive, recibiendo luz en el entendimiento y fuego de amor en la voluntad, con resignarla está totalmente en la divina, precediendo la dicha luz sencilla de fe: le basta al alma; antes, es necesario no obrar active entonces, porque desharía o impediría la obra de Dios; y como el V. Autor estaba, sin duda, en esta oración de contemplación infusa o pasiva, de aquí es que, por lo ordinario, usa de sola la fe en común y de la resignación, pero, con decir siempre que se hallen estas palabras sobredichas: *de fe y resignación*; que se diga se ponga el alma *en una simple o sencilla noticia general de Dios*, o atención amorosa, que es el término que usa el V. P. Fr. Juan de la Cruz, no hay que morde- (?) en todo el libro.

Antes bien, sería muy estímulo de todos, porque funda toda su doctrina en la de las dos lumbreras de la Iglesia en esta materia Mística, que son S. Dionisio y Santo Tomás, y después la apoya con los más principales maestros de espíritu de casi todas las Religiones, como son nuestro P. Dionisio cartujano en el mismo monasterio, en nota se escribe: "según esto, parece ser cartujo el que dió este dictamen", Santa Teresa, S. Pedro de Alcántara, Fray Luis de Granada, Fr. Juan de la Cruz, S. Buenaventura, San Bernardo y el Ilmo Sr. y V. Arzobispo de Braga Fr. Bartolomé de los Mártires, que fué ilustradísimo varón".

23 Nota de FR. MELCHOR HUARTE JÁUREGUI: "Nunca tendré por conveniente que este libro del V. P. F. Juan Falconi, *Camino Derecho para el cielo*, se imprima como está. Porque casi en cada capítulo necesita de un Comentario, para que no se entienda mal y no sirva de tropiezo a muchos.

El *Camino Derecho para el cielo* es procurar hacer siempre de una parte cuanto podamos para servir a Dios, y no olvidarnos nunca de su Majestad. Y cuando no pudiéramos pensar en El, por tontos, por enfermos, o cansados, abrazarnos con El, o con Cristo, o, por lo menos, contemplarnos en su presencia que nos está mirando, escuchando, etc. Y todas las acciones, movimientos, pensamientos, ocurrencias, circunstancias, etc., nuestras o ajenas, que intrínsecamente no conduzcan para ese santo fin, resistirlas con alma y cuerpo, hasta donde nuestras fuerzas alcancen. Procurando, asimismo, que todo lo que fuese en sí indiferente y libre: sea para nosotros bueno y meritorio, ordenándolo al servicio y agrado de Dios nuestro Señor." Fr. Melchor Huarte Jáuregui.

24 Informe de Fray Rafael Martínez de Córdoba sobre *Camino Derecho*: "Obedeciendo al mandato de Ntro. Rmo. P. el Maestro Fr. Pedro de Salazar, Gral. de todó el Orden de Ntra. Sra. de la Merced, Redención de Cautivos, Sr. de la Varonia de Algar y Escales, en el Reino de Valencia, Calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, y Predicador de Su Magestad. He visto un libro: *Camino derecho para el cielo, hallado en la oración e imitación del camino último de vida eterna Cristo Jesús*. Su autor el Vene-

Como puede apreciarse, esta *opinión* de Martínez de Córdoba es posterior al *Elogio* y al *Sentir*, de franciscanos y carmelitas; y anterior a la Nota de Huarte.

F) El texto manuscrito del *Camino Derecho* abarca las páginas 1-482; desde la pág. 483 a la 547, final del Ms. 7.038, se contiene *Compendio Breve de la eminentísima perfección cristiana*.

La letra de todo este Ms. es del siglo XVII. Aunque Colombo asegure que es "gran parte de letra de Fal-

table P. Presentado Fr. Juan Falconi, noble luz de la vida misma y espiritual, elogio que dió Simón de Cissia al sol, considerándolo Pariente con la turbación de los rayos, cuando en la Cruz dió Cristo la vida por nuestra redención, enseñando a todas las criaturas con este padecer turbado como habían de imitar a Cristo Jesús en los tormentos de su cruz. Noble luz llamo yo a este Venerable Padre también, que ejercitado con el más alto espíritu habitualmente y sin intercadencia en la vida misma, enseña con esta obra del cielo el camino para imitar a Cristo las almas por la oración.

La disposición de este Libro es maravillosa, y la colocación de su doctrina aún más alta. Tiene profundidad en lo docto, luz en lo claro, suavidad en lo dulce, y grande fruto para todos. A mi ver la disposición y colocación de la doctrina del cielo le enseñó el *Opúsculos teológicos*, tratado de Stimulo amoris, parte 2, cap. 3: *Si ad contemplationis quietem volueris pervenire* (dice el Santo) *tu intrare studcas radicare, haec tria sollicite observando*. Si de-seas llegar al dichoso estado de la quietud de la contemplación guarda estas tres cosas:

Primum est, ut quantum et qualiter tuum creatorem offenderis quantuncumque ab aliis quotidie offendatur consideres diligenter, et diligenti consideratione assidue mediteris, et de tuis sceleribus summe dolens, aliisque intime compatiens, die noctuque, si potes, abundanter lacrimaris. Lo primero, has de considerar tus graves y muchas ofensas hechas a Dios meditando juntamente las culpas sin número que contra ese Supremo Señor cometen las criaturas ciegas. Y considerando bien unas y otras ofensas con mucho sentimiento y dolor procurarás aplacar la divina justicia con abundancia continuada de lágrimas, si puedes.

Secundum est, ut nitaris quantum potes Christi compati pro te passo, et semper ejus passionem, et mortem debes in corde tuo assidua meditatione pensare. Lo segundo, que has de guardar es, poner todo cuidado en considerar y meditar con toda ternura y cordial amor los graves y atrocísimos tormentos que padeció Cristo Señor nuestro en su sacratísima Pasión. Y lastimado de tantos martirios, te compadecerás con Cristo de su mismo padecer por nuestras culpas (estas dos advertencias van de meditación, como se ve claro).

Tertium est (concluye el Santo) *ut nihil possidere cupias nisi Deum, et quid quid praeter Deum cordi tuo objectum fuerit, vel videris, vel audieris nominare, debes de hujusmodi tanquam de caducis solis non curare, ipsi soli stabilias mentem tuam, ipsi soli indissolubiler colligaris*. Lo tercero, pondrás toda vigilancia en no desear nada más que a Dios, y de cualquier dicha que te ofrezca el mundo para no entrar en el halago de sus deseos, harás el juicio de que se acaba. Sólo en Dios afirmarás tu entendimiento y sólo a Dios se ha de unir tu voluntad. Ese es el grado altísimo

coni",²⁵ es inexacta tal afirmación. En este Ms. (si acaso hubo otro, yo lo ignoro) no hay nada escrito de letra de Falconi, excepción hecha, a mi humilde parecer, de las palabras del título: *Camino derecho para el cielo hallado en la oración y imitación* y algunas precisiones marginales. Puede colegirse de autógrafos de Falconi, como la portada del Ms. del *Pan nuestro de cada día*, etcétera. Es verosímil que Colombo no conociese la letra de Falconi, pues las obras falconianas, editadas por él, ya andaban todas impresas y no sabemos que haya manejado o conocido ningún manuscrito.

"Lo demás, continúa Colombo, de algún hijo que le ayudó, y enmendado por el mismo Padre" (Falconi). Este amanuense que escribió *lo demás*, es decir, todo el texto, es *hijo*, o discípulo, del Venerable. ¿Quién habrá sido? Confrontamos pacientemente la letra del Ms. con todas las firmas de los discípulos de Falconi, declarante el Proceso de Beatificación. La letra del mercedario Fr. Juan de Erice parece tener varios rasgos iguales a la letra del Ms. del *Camino*. Y pudo ser Erice el amanuense. Fr. Juan de Erice, navarro de Pamplona y nacido hacia 1599, fue hijo del Venerable, se confesaba con él, y recibía de él enseñanzas en materias de espíritu, estuvo de conventual bastante tiempo con él, etc.²⁶

Las palabras de la portada principal del Ms. que

de la contemplación, donde se halla el entendimiento ocupado en Dios por la fe. *Ipsi soli stabilias mentem tuam*. Y la voluntad unida a la divina bondad por el amor. *Ipsi soli indissolubiler colligaris*. Aquí se alcanza el estado de la eminentísima perfección cristiana, una quietud ocupada con los actos de fe y amor, un ocio para el mundo, con un obrar altísimo para Dios; un contemplar sin discurrir, en cuyo estado cree el entendimiento y ama la voluntad.

Esta es la doctrina que enseña S. Buenaventura para tener perfecta oración y llegar con ella, por sus grados, a la altísima contemplación de Dios. Y esto es lo que enseña el V. P. Pdo. Fray Juan Falconi en toda esta obra, juntando con la doctrina de los Padres de la Iglesia y doctores místicos, la dulzura de sus palabras que, con verdades místicas, apasionan el entendimiento, y, con espiritual bondad, arrastran la voluntad.

Nada he leído en esta maravillosa obra contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres; antes bien, para tener muy vivo uno y otro es muy del servicio de Dios que se mande imprimir. Así lo siento salvo meliori iudicio. Fr. Rafael Martínez de Córdoba."

²⁵ Loc. cit.

²⁶ Declaraciones del mismo Erice en el *Proceso de Beatificación de Falconi*, fols. 43-53. Libro de Visitas del Convento de Madrid (Archivo Hist. Nac. de Madrid, lib. 7.692).

siguen a las que nosotros creemos autógrafas de Falconi, con seguridad que fueron añadidas luego de la muerte del autor del *Camino*; al menos, éstas: “por el Venerable P. Presentado...”. Como es lógico, vivo aún, y sabiéndolo, de ninguna manera hubiera: *Venerable*.

El texto Ms. del *Camino* se divide en cuatro libros: Libro 1.º, con 17 capítulos; Lib. 2.º, con 17 capítulos; Libro 3.º, con 34 capítulos; Lib. 4.º, con 10 capítulos.

IV. LA PRIMERA Y UNICA EDICION

Fray Pedro de Salazar, más tarde Cardenal con el título de Santa Cruz, siendo Maestro General de la Merced, tomó interés por la publicación de las obras falconianas. “El ha ordenado se haga de nuevo, en Barcelona, impresión de sus Obras..., mandó se pusiese, al principio, la Vida que del Venerable Padre ha escrito el R. P. M. Felipe Colombo.”²⁷

También tuvo Salazar la intención de mandar imprimir *Camino Derecho*, como se deduce de la *Opinión* del P. Martínez de Córdoba, y las repetidas declaraciones del mismo Colombo, arriba expuestas: *saldrá a la luz presto*. Pero el Generalato de Salazar concluyó, y el *Canino* quedó sin imprimir.

Siendo Provincial de la Valencia Fray José Sanchiz, más tarde Maestro General y arzobispo de Tarragona, imprimió *Obras Espirituales* de Falconi, en la misma ciudad del Turia, año 1660. *Obras Espirituales*, que, en adelante, tendrán múltiples ediciones.²⁸ Sanchiz no hace la menor referencia al Ms., ni a la obra *Camino*. Lo que hace sospechar que el Ms. se descubrió, o se supo de su existencia, después del año 1660 y antes del 1665, en que dan sus respectivos informes los Carmelitas de S. Elías, y los Franciscanos del Calvario. Lo que se explica difícilmente es el hecho de que las ediciones de *Obras Espirituales*, posteriores a la edición preparada por Colombo (Barcelona, 1676) — en donde se habla del *Camino* —, no hagan alusión algu-

²⁷ En el “Al lector”, de la edición *Obras Espirituales*, Barcelona, 1676.

²⁸ Valencia, 1662; Madrid, 1680; Madrid, 1726; Madrid, 1732; Madrid, 1763, Madrid, 1780.

na a esta obra inédita. Y si la edición madrileña de 1763 habla de "otras obras" del Venerable, no incluye en esa expresión al *Camino*, pues de lo contrario sobraba la coletilla: "no se han podido hallar con la legitimidad debida".

Es el caso que, desde el generalato del Maestro Salazar el *Camino Derecho* vuelve a hundirse en el silencio, sin que nadie se preocupe de él, durmiendo el sueño del olvido hasta mediados del siglo XVIII. En 1730, el Maestro General Campuzano — encargando a los PP. Manuel Priego, Juan Talamanco y Miguel Arévalo, para que se prosiguieran las Informaciones del Proceso de Beatificación del Venerable —, da nuevamente actualidad a la figura de Falconi. Ya había hecho algo, en 1725, el General Fray Miguel Barbastro. Merced a esta nueva reacción profalconiana todo lo referente a la persona del Venerable vuelve a cobrar interés. Y por aquellos años — un poco más tarde —, vuelve a estar en el ambiente la necesidad de imprimir el *Camino*. Nos lo asegura Hardá y Mújica.²⁹

Quizás hayan encargado al P. Huarte Jáuregui, Historiador General de la Orden, el preparar la edición. Pero él se lava las manos, despachándose con unas frases que, sí, en parte, son prudentes, encierran gran inexactitud: "Nunca tendré por conveniente, dice, que este libro del Venerable P. Fr. Juan Falconi, *Camino derecho para el cielo*, se imprima como está. Porque, casi en cada capítulo, necesita un comentario, para que no se entienda mal y sirva de tropiezo a muchos."³⁰ Y no se imprime, pues aunque el Maestro Huarte opinaba así, él no escribió ese quimérico comentario, que tanto urgía, según su fantástico decir.

Dejando a un lado el aparato, verdaderamente histriónico de Huarte Jáuregui, sale, por fin, a la luz pública *Camino Derecho* (Madrid, 1873). Por vez primera y única. Venciendo miedos infundados (acaso ciertos palos de ciego, dados a otros escritos del Venerable, venían, a la memoria...) y una incalificable incuria que le tuvieron siglo y medio en las mazmorras de los Archivos. El redentor se llama P. Maestro Fray

29 Loc. cit.

30 En la *Nota*, arriba copiada.

Pedro Esteban Menéndez quien, teniendo a su “carga la conservación de varias obras impresas, que se franquean a la utilidad del público en este Convento” (se refiere al de los Remedios, Madrid), dice: llegó a mi noticia un manuscrito del Venerable Padre Presentado Fray Juan Falconi, y con esta noticia ^{30 bis} se me introdujo un eficaz deseo de leerla; conociendo, que obra de tal autor era preciso que estuviera inflamada de un espíritu tan superior que no pudiese contener en sí solo sus espirituales ardores, sin que de su plenitud pudiesen abundar otros muchos. Pasé a dar cumplimiento a mi deseo... que no se privase el público de lograr tanto bien.³¹

30 bis Parece indicar Menéndez que el Ms. del *Camino* no se hallaba en el Archivo General del Convento de los Remedios, en donde estaban, empero, el *Elogio* y el *Sentir*. ¿En qué lugar se encontraría? ¿Vendría acaso, de Salamanca, y allí le habrían leído los Carmelitas de San Elías y los Franciscanos del Calvario...?

31 Se trata de un párrafo del Prólogo escrito por el P. Menéndez a la dicha edición, que transcribimos íntegramente: “Habiendo tomado a mi cargo la conservación de las varias obras impresas, que se franquean a la utilidad del público en este Convento, llegó a mi noticia un manuscrito del Venerable Padre Presentado Fray Juan Falconi; y con esta noticia se me introdujo un eficaz deseo de leerla; conociendo, que obra del tal autor era preciso que estuviese inflamada de un espíritu tan superior, que no pudiese contener en sí solo sus espirituales ardores, sin que de su plenitud pudiesen abundar otros muchos. Pasé a dar cumplimiento a mi deseo; y si por mi tibieza no prendió en mí su llama, pero sí la de que no se privase el público de lograr tanto bien: formé juicio, que es obra igualmente oportuna para Maestros, que para Discípulos; porque éstos por su lectura, aun sin Maestro, pueden conocer la vocación de Dios para rendirse a ella (no obstante que nunca deberán regirse por su dictamen, sino por el del Padre espiritual, o persona experimentada) y los Maestros, por más faltos, que sean de experiencia, y desconocido para ellos el camino, hallarán cuanto puede desearse para que no quiten el sueño espiritual, la quietud amorosa, a la querida del esposo; que jura no inquieten al alma dedicada a la contemplación divina, hasta que ella quiera, hasta que, avisando la fragilidad del cuerpo, ella misma quiera despertarse del sueño de su quietud a la vida activa. A este juicio, para que no le pudiese oscurecer mi temor justo del padecer engaño en mi sentir, hallé el juicio de doctos y prácticos Maestros en tan divina ciencia, que con la experiencia a que les condujo su estado Religioso, se llenaron de doctrina, y discreción para conocer un camino de Dios, tan secreto, que se oculta al discurso: por tanto, me ha parecido conveniente dar al público con la obra los Elogios de las Comunidades Religiosas, que originales se conservan en el Archivo General de este Convento, con que se ven conforme los juicios de los del siglo pasado con los del presente: así el Señor a unos y a otros nos cumpla los deseos que nos ha dado del aprovechamiento de las almas, a quien Dios llama al espiritual reposo: que tengo para mí serán muchas más las queridas, que llame Dios por medio de esta santa lectura.

Y efectivamente, el *Camino Derecho* se presenta en sociedad: Madrid, imprenta de D. Pedro Marín, año 1873.³² Como tomo 2.º de *Obras Espirituales* de Falconi.

Del benemérito P. Menéndez habla Garí y Sau-mell.³³ Fue un ferviente falconófilo. Escribió una *Apología de la Carta a una hija espiritual*, y otra *Apología del Camino Derecho*. Y el texto del *Camino*, en esta edición preparada por él, lo reproduce con bastante fidelidad, según se encuentra en el Ms. 7.083, excluyendo tan sólo algunas partes que aparecen tachadas en el Ms. Al texto, precede: 1) el *Prólogo* del propio Menéndez, que hemos copiado atrás; 2) el *Elogio* de los PP. Franciscanos; 3) el *Sentir* de los PP. Carmelitas. Al final del texto de *Camino*, incluye, cual si fuera también obra del Venerable, *Compendio breve de la eminentísima perfección cristiana*. Un volumen total de 532 páginas: *Camino Derecho*, págs. 1-470, más seis hojas del capítulo proemial, sin paginar; *compendio breve*, págs. 471-532.

No incluye Menéndez, en la edición, la *explicación* del Cartujo, la *Nota* de Huarte, ni la *opinión* de Martínez de Córdoba.

El que sólo se haya hecho una edición — y muy reducida —, contribuyó mucho al desconocimiento general de esta obra, la más completa que, sobre la oración, escribió el Mercedario.

32 He aquí el título completo, según la portada principal: *Camino derecho para el Cielo, hallado en la oración e imitación del camino único de vida eterna, Cristo Jesús, trabajado y resignado en la voluntad del Padre eterno.* — Hay un grabado de Cristo Redentor y un escudo de la Merced a sus pies. A un lado, en latín, y a otro, en castellano, este texto: "Ego sum via, Nemo venit ad Patrem nisi per me." Joan. c. 14. Yo soy el Camino. Nadie viene al Padre si no es por mí." *Por el V. P. Presentado Fr. Juan Falconi, del Orden de N. Sra. de la Merced, Redención de Cautivos. Sácala a la luz, con las licencias necesarias el P. M. Fr. Pedro Menéndez de la misma Orden. En Madrid: en la imprenta de Don Pedro Marín. Año 1783.* —

33 Op. cit., pág. 180, núm. 414.

V. FALSA ATRIBUCION DEL "COMPENDIO BREVE DE LA EMINENTISIMA PERFECCION CRISTIANA"

Si la posición de Huarte Jáuregui nos pareció demasiado exagerada, la actitud del P. Esteban Menéndez hay que calificarla de poco crítica, incauta. *Ne quid nimis!* Se trata de la cuestión del *Compendio breve de la eminentísima perfección cristiana*, que, en el Ms. 7.083, se incluye a continuación del *Camino*, y como obra de Falconi; y que la edición de 1783 también incluye como del Venerable.

Es de sobra conocido por los medianamente versados en la doctrina e historia de la espiritualidad lo sucedido con este famoso *Compendio breve* o *Breve compendio*. El Ms. 6.895 de la Biblioteca Nacional (Madrid) lo atribuye a San Juan de la Cruz; lo mismo ocurre con otros manuscritos, llegando a incluirse, en varias ediciones como obra del autor de la *Subida del Monte Carmelo*. El Ms. 2.201, de la misma Biblioteca Nacional, lo adjudica a Fernando de Mata; otros manuscritos, a Gregorio López. Y un amigo, en parte discípulo de Falconi, López Navarro, lo publica también como obra propia, en su *Mystica Theología* (Madrid, 1651), trat. 10, pág. 266 y ss.³⁴

El sabio jesuíta P. Viller³⁵ asegura que el *Compendio breve* fue escrito entre los años 1584 y 1594, por Isabel Cristina Lomazzi o Bellinzaga, y redactado bajo la dirección del jesuíta Aquiles Gagliardi. Opina que el Padre Gerardo de San Juan de la Cruz es demasiado severo en identificar la doctrina del *Compendio breve* con la de Molinos; y enumera varias ediciones. Estuvo en el Índice desde 1670 hasta 1900.

El plagista que colgó *Compendio breve* al Mercedario habrá sido, bien el amanuense del Ms. del *Ca-*

34 Cfr. *Obras de S. Juan de la Cruz...*, editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa, Burgos, 1931, tomo. IV, *Introducción*, págs. LXVII-LXVIII; *Obras del Místico Doctor San Juan de la Cruz...*, preparadas por el P. Gerardo de S. Juan de la Cruz, Toledo, 1912-14, págs. XXXIII-XLII.

35 *Dictionnaire de Spiritualité, Ascétique et Mystique*, tomo I, París, 1937, cols. 1940-1942.

mino, bien el amanuense a indicación de otra persona; ya que, tanto el amanuense del *Camino*, como el del *Compendio breve*, en el Ms. 7.083, es el mismo.

La añadidura del *Compendio breve* al *Camino* ha sido realizada posteriormente a la muerte de Falconi. Así lo demuestra el título mismo del Ms. al afirmar que el dicho *Compendio* fué escrito “por el Venerable...”. Prueba de su muerte, claro es.

Nos sorprende grandemente que el P. Erice (presunto amanuense, discípulo de Falconi) haya tenido tan desafortunado acuerdo, en aquellos días en que el plagio estaba al orden del día. Menos explicable es que el P. Menéndez no se percatara del plagio cometido (el plagista tuvo la ocurrencia de incrustar en el texto del *Compendio* unas cuantas líneas, referentes al cuarto voto de la Merced...!) y hubiera estado más acertado si, en vez de escribir la *Apología del Camino Derecho* — que era innecesaria, y no llegó a publicarse —, fijase su crítica atención sobre el *Compendio*, y cortara tan extraño apéndice. Al más miope no se le escapa que el mismo estilo del *Compendio* es distinto a la prosa del *Camino*.

No eran, pues, infundadas las dudas del P. González Arintero, cuando escribía: “El *Compendio de perfección* dudo mucho sea de él (Falconi), o, al menos, en su integridad.”³⁶

Allison Peers — de los poquísimos, por no decir el único, escritores no mercedarios que conoció ligeramente, por cierto, el *Camino* —, describe el *Compendio* cual si se tratara de una obra falconiana, sin ocurrirse la menor duda.³⁷

No siga ya, en adelante, la atribución del *Compendio breve*, y sea borrada de entre las obras de Fray Juan Falconi.

VI. DOCTRINA DEL CAMINO DERECHO

En la *Introducción a la Cartilla segunda*, de nuestra citada obra, exponemos extensa y conjuntamente la

³⁶ En una carta del P. Arintero, que conservo manuscrita.

³⁷ *Studies of the spanish mystics...*, vol. II, London, 1930, páginas 345-393.

doctrina de la *Cartilla segunda* y del *Camino Derecho*, que es la misma. Allí también hablamos de las fuentes y repercusiones. Pocas cosas diremos ahora.

A) ENFOQUE GENERAL DE LA VIDA ESPIRITUAL, Y DE LA ORACIÓN (cap. proemial). — El capítulo proemial del *Camino* debiera figurar como prólogo general a todas las obras falconianas de oración. Es clave, y nervuda formulación de toda la vida espiritual, según la entendía el Venerable. Una especie de sistemática.

Pocas personas habrán sido tan enamoradas de Cristo como Fr. Juan Falconi. Para él, Cristo lo era todo: en su vida personal, en sus escritos y doctrinas, en su apostolado. Por eso, cuando trate de definir la auténtica virtud y la verdadera oración, no sabrá hacerlo sin mirar a Cristo, como causa ejemplar: "Cristo, nuestro bien, vino al mundo, dice no sólo a ser Redentor del género humano, sino a ser Maestro y enseñar el camino de la virtud y el modo que había de tener la perfecta observancia de la ley y voluntad divina..."

Por tanto: "toda la sustancia de la verdadera virtud y del *camino del cielo*,³⁸ consiste en la imitación de sus virtudes... y la mira de todos había de ser, siempre y en todas ocasiones, andar vestidos de Jesucristo: como dijo San Pablo: *induimini Dominum nostrum Jesum Christum*: como el que se viste el vestido y traje del Rey, que parece Rey como él: así, cada cristiano debe vestirse del traje y modo de vivir de Jesucristo en todas sus obras, para que parezca un Jesucristo en ellas... ¿Cómo comería, bebería y vestiría Cristo...? Pues de esa suerte he de procurar yo..."

Además de ser Cristo el Maestro y la Causa ejemplar por excelencia, encierra la ventaja de ser fácil y universalmente imitable: "Por lo cual, aunque la imitación de las vidas de los Santos es buena y santa, pero, comúnmente no es para todos; porque, muchas de sus obras son más para admirar que para imitarlas: como lo fué la del otro santo que estuvo siempre sobre una columna, y otros que, en tantos años, no comían..."

38 Alusión al título de la obra: *Camino del cielo*. Que más adelante volverá repetidas veces, a recordar, tratando de la imitación de Cristo, y concretamente en la oración de resignación: "ése es el *camino derecho*" (lib. 3, cap. 15) "ése es el *camino derecho* de traer a Dios a que more en nuestras almas" (lib. 3, c. 18).

pero la vida de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo ésa sí lo es comúnmente para todos (dejo aparte los milagros...)"

Y no se cansa de repetir machaconamente: "Cristo es el *camino* por esencia"; y, con San Pablo: "Cristo, ayer, hoy y por todos los siglos"; y con San Pedro: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus...*".

Ahora bien; existe una virtud — actitud trascendental —, que condensa toda la vida de Cristo; que abarca —, cual lazo de seda que atara dorada gavilla —, todas las obras, actitudes, virtudes de Nuestro Redentor y Maestro: es el cumplimiento exacto de la voluntad de su Padre, que le había enviado: *Descendi, de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me*. He aquí "como la alma y médula" de la "verdadera virtud", que "consiste en la imitación de Jesucristo". A esta virtud polifacética, mejor diríamos, a esta actitud polivalente de Cristo, Falconi le llama *resignación*: "De manera que lo que bajó a enseñar fue el no tener voluntad en nada, sino tenerla resignada... en la voluntad divina... *haciendo todo aquello que conociéramos ser voluntad suya... conformándonos en todo...*".

Véase, pues, lo cargado de sentido que está el concepto de *resignación* en Falconi. Lo que menos encierra es de negativo (el no tener voluntad propia). Lo negativo no es más que una condición. Lo formal, lo constitutivo del concepto *resignación* es el aspecto positivo: hacer la voluntad divina, conformarla con la de Dios, al modo de Cristo, con hechos y realidades. En el bien entendido que, para hacer positivamente la voluntad de Dios, se necesita, como condición, obrar cual si no tuviéramos voluntad propia.³⁹ La *resignación* falconiana semeja al caballo de Troya, llevando en sus entrañas todo el ejército armado de las virtudes cristianas. No sólo en el *capítulo proemial*, que estamos exponiendo, sino en todo el *Camino Derecho*, las *Cartillas* y las *Cartas*, es vital este concepto.

³⁹ Falconi defiende constantemente que no se puede dar pura omisión y clama con ardor contra el ocio quietista. Véase: *Carta a un Religioso; Cartilla segunda*, trat. 2, capítulos 8, 13, 14, 15, *Camino Derecho*, lib. 3, capítulos 14, 15, 16. y ss.

Y al dar este sentido al concepto *resignación*, el de Fiñana no hace sino encuadrarse dentro de la espiritualidad de la Orden religiosa a que pertenece. Porque la Merced tiene por cuarto, y distintivo voto, la *resignación*, así concebida. Con sus dos elementos: el elemento positivo, en cuanto que la caridad mercedaria ha de ser heroica y efectiva en obras, hasta dar la sangre por Cristo en el prójimo; el elemento negativo, perdiendo la libertad, *si opus fuerit*, quedando en rehenes y en cadenas, como reza eficazmente la fórmula de Profesión. Ya Falconi lo nota, relaciona y entronca expresamente.⁴⁰

Y Falconi sigue más en su razonamiento: Entonces si la perfecta vida cristiana consiste en la perfecta imitación de Cristo; y esta vida cristiana se condensa en la *resignación*; tenemos que la perfecta oración — como acto que es de la vida cristiana —, consistirá eminentemente en la *resignación*. (Como si dijera: La religión cristiana se condensa en la caridad; es así, que la oración es un acto de la religión cristiana; por consiguiente cuanto más informada esté por la caridad, tanto más cristiana será.) Y esto es tanto más cierto, cuanto que Cristo, al enseñarnos a orar, dijo que lo hiciéramos así: "hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo"; y "non mea voluntas, sed tua", oró en el Huerto.

No se olvide, empero, que la *resignación*, como el cuarto voto de la Merced, significa caridad en grado elevado: "nata del amor", que le llama Falconi.⁴¹ Por eso, dentro del meollo del espíritu cristiano, implica mayor o menor grado de perfección, según los grados de caridad que encierre. La *resignación* — como estado permanente del espíritu, así como ejercicio habitual de oración —, es de personas aprovechadas. Como acto aislado puede darse en personas imperfectas.

Todos los cristianos pueden y deben tender al último grado de la *resignación*, porque todos deben imitar a Cristo, cada uno según su estado. Y así como todas las virtudes son buenas, pero la caridad aventaja a todas ellas; del mismo modo, todas las maneras de

40 *Camino*, lib. 3, cap. 8.

41 *Cartilla segunda*, trat. 3, cap. 1.

imitar a Cristo son buenas, pero la *resignación*, “nata del amor”, es la mejor. Y así como el método de la oración discursiva, oración de jaculatorias, y “otros modos sensibles” de orar, son buenos, sin embargo, el método de *resignación* es en sí mejor, si bien ha de usarse convenientemente. No nos dice expresamente el Venerable en el *capítulo proemial*, si la *resignación* en grado perfecto (a la que todos debemos aspirar) culmina en la contemplación infusa. Pero nos lo dice implícitamente en sus obras: porque a la oración de *resignación* ordinaria la llama *contemplación imperfecta*;⁴² mientras que en la *Carta a un Religioso*, defiende que a la contemplación perfecta deben aspirar todos los bautizados, en fuerza del Don de Sabiduría. Por tanto, *resignación* perfecta, en grado sumo posible aquí en la tierra, corresponde a *contemplación* perfecta o infusa. Es, pues, término ordinario de la vida cristiana, que Dios da a todo aquel que se dispone con la contemplación imperfecta o activa.

La oración, en Falconi, según lo que queda expuesto, además de ser acto de la virtud de religión, es eminentemente practicista, en el sentido de que está totalmente enfocada al objetivo: Cristo, su vida, virtudes; objetivo vivo, que se trata de plasmar, copiándolo, imitándolo. “Libro de dos hojas, le llama... Divinidad contemplada y Humanidad imitada.” De ahí que las obras oracionistas del Mercedario, o son *Cartillas* para “leer” (“deletreando” la *Cartilla primera*; “leer sueltamente”, en la *Cartilla segunda*) en Cristo; o es *Camino Derecho... hallado en la oración e imitación del camino único de vida eterna, Cristo Jesús...* Por eso, dice que “en sustancia”, enseña idéntica cosa en todas sus obras de oración:⁴³ “no sé que haya otro camino más que Jesucristo, conocido e imitado”; si bien “confieso que son diversas las sendas por donde caminan: porque unos se quedan en las meditaciones, otros en hacer afectos y jaculatorias y otros modos sensibles de hacer oración”.

Las meditaciones discursivas y “otros sensibles” son medios respecto a la *resignación*, y, como tales, ante-

42 Léase todo el Lib. 1.º del *Camino*.

43 *Cartilla segunda*, trat. 1, cap. 2. *Camino*, lib. 3, cap. 28; y *passim*.

riores y, de regla ordinaria, necesarios para arribar a ella. "Pero el estarse siempre en esas sendas y modos de oración sensible... es las más veces por flojedad y por no querer pasar adelante, que si ellos se dispusiesen, sin duda, que Dios les ayudaría a manos llenas para llegar a la perfecta *resignación*."

He aquí, expuestas a grandes rasgos, las ideas desarrolladas en el *capítulo proemial* del *Camino*. Ideas que, como los principios básicos en un sistema filosófico, estarán siempre en juego en toda la doctrina espiritual de Falconi.

B) DOCTRINA DE LOS TRES PRIMEROS LIBROS DEL "CAMINO DERECHO". — Además del *capítulo proemial*, o introducción, el Camino está dividido en cuatro Libros. Los tres primeros tratan de la oración de fe y resignación. El libro 1.º — fuera de los tres primeros capítulos que tratan de la oración vocal y de la meditación —, se consagra todo él a exponer cuándo y quiénes pueden usar esa oración de resignación y fe; el libro 2.º, desarrolla una ligera modalidad de esa misma oración, y la respalda con el argumento de autoridad. El libro 3.º trata del método práctico a seguir en esa oración, resuelve dificultades o posibles objeciones, y aclara cada vez la naturaleza de ella. En el libro 4.º toca temas diferentes de la vida espiritual.

Vuelvo a repetir que, puesto que en la *Introducción* a la *Cartilla segunda*, de mi citada obra, expuse ampliamente la doctrina oracionista contenida en los tres primeros libros del *Camino* (que es la misma — más amplia y doctamente expuesta —, que la doctrina de *Cartilla segunda*), tan sólo tocaré aquí algunos puntos. Advirtiéndome, antes, un defecto general manifiesto: el *Camino* da la sensación de que fue hecho a retazos y produce cierta impresión de incoherencia y vuelve machaconamente sobre el mismo asunto. Al Venerable le faltó el ocio clásico y el reposo necesario para dedicar largas y silenciosas horas a su composición. Tuvo que componerlo sobre la marcha, en medio de una agotadora actividad apostólica, a ratos robados a su ya reducido sueño. Además, esta doctrina tenía fuertes contradictores y era preciso remachar el clavo y aclarar, opportune et importune. La consistencia teológica de *Camino* es magnífica. El estilo está dotado

de amena fluidez y sembrado de imágenes encantadoras.

a) *La oración de estos tres libros no es infusa, ni pasiva.* — El hecho de que se hayan buscado para enjuiciar al *Camino* a Religiosos de tres Ordenes Religiosas, cuyas escuelas admiten la existencia de una contemplación activa — franciscanos, carmelitas y cartujos —, ya es un síntoma significativo. Dichos juicios — *Elogio, Sentir, Explicación* —, no rozan, ni hacen relación alguna a la contemplación infusa; antes bien, la *Explicación del cartujo* dice expresamente que se trata de la contemplación activa: “que es la contemplación activa o adquirida que, con la fuerza de la gracia y auxilios ordinarios se puede alcanzar y ponerse en ella...”. El mismo cartujo advierte que, aunque existan frases en el *Camino* que parezcan referirse a la contemplación infusa, no deben entenderse así; es que el Venerable se hallaba en la oración infusa. Lo que sucede es — dejando a un lado la piadosa interpretación del cartujo —, que algunas citas referentes en su original, a la contemplación infusa, Falconi las aporta y encaja a la contemplación adquirida; en cuanto que, genéricamente, convienen las dos contemplaciones, adquirida e infusa.

Huarte Jáuregui, en su *Nota*, asegura también que, el *Camino* trata tan sólo de una oración activa.

Dejando a un lado los intérpretes del *Camino*, entre los que podíamos incluir al P. González Arintero,⁴⁴ pasemos a interrogar al mismo Falconi. Refiriéndose a unas palabras de Santa Teresa en que dice no se deben poner las almas en la contemplación, escribe Falconi: “porque en ellas trata de la contemplación pasiva, infusa y sobrenatural, en la cual dice la Santa, y todos decimos lo mismo que nadie se ha de poner; y no de la activa, de que aquí tratamos...”.⁴⁵ No trata, pues, de la infusa; sí, de la activa.

Hablando de la imposibilidad de hacer oración discursiva, acompañada de inclinación a mantenerse en la noticia general de Dios, opina el Mercedario que el “alma debe ponerse”, procurar esta especie de contemplación, volviendo a recordar que no se trata de la

44 *Informe* del P. Arintero sobre la doctrina de Falconi, cuya fotocopia reproducimos en nuestra citada obra, pág. 462 y ss.

45 *Camino*, lib. 2.º, cap. 4.

infusa: "No hay que decir que es soberbia usar este ejercicio de contemplación activa, los que no pueden meditar ni discurrir; si fuera el querer dejar las meditaciones, pudiendo aplicarse a ellas con jugo y provecho, que de ellas sacara, y ponerse en la contemplación pasiva infusa, eso sí que fuera soberbia; pero no usar la activa..."⁴⁶ Y solamente sobre aquella contemplación en la que uno puede *ponerse* — con las debidas señales y precauciones —, versa el *Camino*. A la que Falconi, durante el curso de toda la obra, no cesa de llamar contemplación activa, o de otra manera equivalente.

Al exponer el tiempo que se ha de gastar en las meditaciones y cuándo se haya de pasar a esta contemplación, no hace el Mercedario más que reproducir (casi literalmente, y citando) la doctrina de S. Juan de la Cruz, desarrollada en la *Subida del Monte Carmelo*, libro 2.º. Y, a juicio de competentes especialistas, el Místico Doctor trata allí de una oración activa.⁴⁷ Lógicamente, Falconi se refiere a la misma oración activa. Máxime si tenemos en cuenta que, las fuentes en donde Falconi bebe su doctrina — Carmelitas, franciscanos, etc. —, también se refieren a una oración no infusa, contemplación activa. Lo mismo que el Venerable Baltasar Alvarez, como veremos más adelante.

Por último, nuestro Venerable, exponiendo la naturaleza de esta oración, habla de la actuación de las virtudes teologales, sin referirse para nada a una intervención especial de los Dones del Espíritu Santo. Mientras que si hablase de oración infusa — como lo hace en la *Carta a un Religioso* y en la citada frase del *Camino* —, forzosamente hablaría sobre la actuación especial de los Dones.

b) *Concepto de contemplación*. — El P. Juan de Herrada publicó un acertado trabajillo sobre este mis-

46 *Ibid.*, lib. 1.º, cap. 9. Aquí mismo dice que a la mesa de la contemplación, refiriéndose a la infusa, no se puede con sola la gracia ordinaria, por ser "dádiva infusa del Espíritu Santo".

47 *Camino*, lib. 1.º, capítulos 3-6. — Especialistas de S. Juan de la Cruz: P. CRISÓGONO DE JESÚS, en *San Juan de la Cruz, su obra científica y su obra literaria*, Avila-Madrid, 1929, tomo I, página 174; P. LUCINIO DEL SMO. SACRAMENTO en la *Introducción a la Subida del Monte Carmelo*, edición de *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, B. A. C., Madrid, 1946; P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, en *San Juan de la Cruz, el Misterio de la Sma. Trinidad en la vida espiritual*, Zaragoza, 1947, pág. 245 y ss.

mo tema: *De la meditación y contemplación según la doctrina del P. Falconi*.⁴⁸

Nuestro Venerable describe en los tres primeros libros del *Camino*, así como en la *Cartilla segunda*, una oración que él llama *contemplación imperfecta, sencilla, activa*. ¿Qué entiende por *contemplación*? En el terreno intelectual, meramente natural, “contemplar”, para Falconi, es “un simple mirar al objeto”,⁴⁹ un conocimiento intuitivo sin discurso. Conocimiento intuitivo que debe tomarse *lato sensu*, en cuanto quiere decir: sin actual discurso. No en el sentido de que intuición sea un conocimiento sin abstracción, un conocimiento inmediato de una cosa presente, al modo de la visión beatífica.

Ya trasladado concretamente al orden espiritual, “contemplar” es lo mismo que hacer un acto intelectual de fe; vivir, actualizar la virtud de la fe: “contemplar no consistirá en más de que la alma haga un acto de fe con que esté creyendo a Dios presente o a Dios Humano u otro artículo... Y qué es ver a algunos seglares muy embarazado en oyendo decir contemplación, luego dicen: ¡Oh! eso de contemplación, eso es para tal o cual, y es menester pasar primero muchas meditaciones, mortificaciones: como si el contemplar fuera más que un acto de fe y estarse en él...”.⁵⁰

Acto de la virtud de la fe, la contemplación “es sobrenatural en su sustancia, y virtud teológica”; pero esta sobrenaturalidad sustancial no afecta al modo de la contemplación, sino solamente a la sustancia del acto; a diferencia de la oración discursiva, que, en sustancia, es natural, aunque iluminada por la fe; y a diferencia de la contemplación infusa, que es sobrenatural en cuanto a la sustancia y en cuanto al modo.

Simple aprehensión del entendimiento y acto de la fe, la contemplación puede mirarse desde dos puntos

48 En la revista “Senderos” (Santiago de Chile, abril, 1950, páginas 5-7).

49 *Camino*, lib. 2.º, cap. 2, et passim. Habla en muchos lugares (ex. gr. *Cartilla segunda*, trat. 2.º, cap. 6) de las tres operaciones intelectuales. Falconi es escolástico, dentro de la escuela de Zumel. Tiene siempre a flor de su pluma a Santo Tomás de Aquino.

50 *Camino*, lib. 1.º, cap. 10, et passim. Está poseído de la idea tomista (*IV Sent.* d. 49, q. 2, a. 7 ad 3; *In Isaiam*, cap. 1) que llama *contemplatio viae* a la visión por la fe.

de vista: aspecto negativo, exclusión de discursos e imaginaciones, etc.; aspecto positivo, que es el acto de fe propiamente dicho.⁵¹ La primera parte no es más que crear un medio ambiente propicio para que se dé la segunda en la que consiste la contemplación. Por eso, cuando se lea la frase: *no pensar en nada*, sólo quiere decir que el espíritu está libre de lo que pueda estorbarle para mejor contemplar. Todo el libro 3.º está dedicado a demostrar lo mucho que se hace con esta contemplación: ejercicio de las virtudes, tres virtudes teologales, y demás virtudes. Como lo demostró en la *Cartilla segunda*, y en la *Carta a un Religioso* y *Carta a una hija espiritual*.

Aunque esencialmente intelectual, la contemplación debe ir siempre, *ex parte principii* y *ex parte finis*, acompañada de otro elemento: la caridad, o la resignación, que es la "nata del amor". Podíamos decir que la contemplación falconiana tiene como causa material in qua la potencia intelectual, sin excluir, ex consequenti, la potencia volitiva, informadas ambas por el hábito sobrenatural de la fe y la caridad; y, por ende, la causa final de ella tiene que ser forzosamente un conocimiento y amor sobrenaturales, por aquello de que: *regulans et regulatum debent conformari*.⁵² La causa eficiente próxima es doble: el entendimiento iluminado por la fe, y la voluntad inflamada por la caridad, de una parte; la industria humana, de la otra.

Para Falconi, como para el Angélico, "contemplación" sólo se dice de Dios, o de otras cosas con respecto a Dios. Es decir, que el principal objeto de la contemplación es Dios en Sí mismo.⁵³ Pero adviértase una cosa: Dios, la divinidad, etc., Falconi lo ve todo a través de Cristo. Enamorado de Cristo, como ya hemos visto. El ha de ser siempre el Libro a leer: "la Humanidad imitada y la Divinidad contemplada". Por eso la Divinidad se ha de contemplar en Cristo, en donde la Humanidad está, después de la Encarnación, siem-

51 *Camino*, lib. 2, cap. 17, et alibi.

52 *Camino*, lib. 2, cap. 16; et alibi.

53 III Sent., d. 35, a. 1, 2, d. 34, q. 1, a. 3. Confr. nuestra *Introducción a la Cartilla segunda*, loc. cit., en donde hablamos del objeto principal y formal quod de esta oración.

pre incluída más o menos expresamente, según los estados del alma.⁵⁴

En Falconi, el concepto *contemplación* es, en cierta manera, un concepto análogo; en donde el principal analogatum es la visión beatífica; la contemplación infusa y la que él llama activa, son los otros analogados. La misma contemplación imperfecta tiene grados de mayor o menor perfección.⁵⁵ Puede ser actual o virtual; la actual, según que es un acto aislado, término de la meditación, puede darse — y de hecho se da —, en las personas imperfectas; la habitual ordinariamente sólo se dá en las personas aprovechadas, cual hábito adquirido por la repetición de actos. Los modos son también varios.⁵⁶

Al propio tiempo, esta contemplación activa de Falconi, es una *gracia especial*. Es decir: nadie puede ser contemplativo, sin una mayor gracia actual del Señor, que se manifiesta con las señales indicadas por San Juan de la Cruz, expuestas en el Lib. 1 del *Camino Derecho*. Gracia especial de la vocación a la contemplación, que se manifiesta al estilo de la vocación al estado Religioso, o al estado matrimonial. No es ninguna gracia extraordinaria.⁵⁷

Ténganse siempre a la vista estos conceptos fundamentales de la doctrina falconiana. Así se comprenderá auténticamente a Falconi, tal cual es su doctrina, no tergiversada por principios que no son los de él. Así, veráse con luz meridiana, cómo Falconi no se contradice al decir que esta contemplación pueden tenerla todos; y, en otras partes, dirá que sólo podrán tenerlas los que hayan pasado por el período de la medita-

54 *Camino*, lib. 1, cap. 4; lib. 3, cap. 6; et alibi.

55 Cfr. *Carta a una hija espiritual*; *Carta a un Religioso*, en donde llama a la infusa contemplación perfecta. En el *Camino* llama generalmente contemplación imperfecta a la que expone él (verbigracia, lib. 1.º, cap. 6.º); pero alguna vez (ex gr. lib. 3.º, capítulo 20) la califica de propia y verdadera, en el concepto general de contemplación. — *Camino*, lib. 1, cap. 10.

56 *Camino*, lib. 11, cap. 15; lib. 2.º, cap. 1; lib. 3, cap. 31. Tiene razón el P. Arintero reducir esta contemplación sencillísima de Falconi a la oración confianza y abandono filial, simplicidad, etcétera. (Véase su citado *informe*.) Lo mismo que expusimos en *Introducción a la Cartilla segunda*. La más fácil y sencilla de todas las oraciones, según Falconi, y la más provechosa eficazmente en la vida espiritual.

57 *Camino*, lib. 1, cap. 6.

ción. Según hable de la habitual, de la actual, o de grados muy incipientes. Ni tampoco se contradice cuando llama a la contemplación imperfecta: "contemplación propia", "contemplación verdadera" y, hasta, a veces "contemplación perfecta"; porque en realidad, *propia, verdadera, perfecta*, sólo quiere expresar que está dentro del *concepto propio, verdadero, perfecto* de contemplación, genéricamente hablando, si bien en grado ínfimo. Por ello, aunque de vez en cuando, citando trozos de otros autores, referentes a la contemplación infusa, el Mercedario los aplique a la contemplación suya, no es que confunda las dos contemplaciones. Ni mucho menos. Se trata de cuando, como dos análogos que son la infusa y la activa, convienen analógicamente en varios aspectos.⁵⁸

B) DOCTRINA DEL LIBRO 4.º DEL "CAMINO DERECHO". — Este libro cuarto viene a formar un pequeño tratadito de ascética falconiana. Aunque no esté en disonancia con el contenido y tema general de la obra, podía formarse con este Lib. 4.º un volumen aparte del *Camino*, ya que versa sobre varias reglas de vida espiritual. Casi todos los asuntos desarrollados aquí directamente se han tocado, de paso, en los tres libros anteriores. La primera cuestión es la de a) *Los gustos sensibles y regalos enviados por Dios en la oración* (capítulos 1-2). — Fiel a su doctrina Cristocéntrica, Falconi no desvía jamás la vista de El, Libro de Vida. Cristo ha escogido el sufrimiento, pudiendo redimirnos de otra manera. Entonces, lo mejor será imitarle a El. Los que no solamente hacen lo bueno, sino que tratan de hacer lo mejor — como son los perfectos —, deben renunciar a los regalos sensibles de Dios, por amor a Dios. Empero, como los regalos y gustos sensibles, provenientes del Señor, son dones de El y, por ende, buenos, los imperfectos no tienen porqué renunciar a ellos; y muchas veces lo necesitan, para animarse a amar más a Dios; pero sin buscarles inquietamente:⁵⁹ "Los que no son principiantes en la virtud desechen esos regalos y dulzuras con humildad, no despreciándolos,

58 *Carta a un Religioso: Camino*, lib. 1 passim; *Cartilla segunda*, trat. 1, cap. 4, et alibi.

59 *Cartilla primera*, part. 3.ª, cap. 4.

sino con cortesía, renunciándolos por Dios... por querer sólo a Dios; que, pues esos regalos son criaturas tuyas y no son el mismo Dios, mejor es dejarlas todas por querer sólo a Su Magestad... Pero a los principiantes será permitido recibirlos, con recato y advertencia que diremos..." no pegándose demasiado a ellos.

Siempre que toca el punto de la devoción⁶⁰ recalca mucho en que la verdadera devoción no consiste en la ternura y afecto sensible, sino en la determinada y pronta voluntad de servir y agradar a Dios, según Santo Tomás.

Y si con los regalos sensibles toma el Mercedario una postura bastante rígida, pero auténticamente sana, mucho más rígido está cuando esos regalos se llaman visiones o "novedades". En tiempo del Venerable los casos de visionarios continuaban siendo frecuentes. Recuérdesse el ruidoso suceso de las Monjas de la Encarnación, Benita de San Plácido, en Madrid, en donde actúa como Calificador de la Inquisición un gran amigo y Superior de Falconi, Marcos de Salmerón.⁶¹ La prevención contra tamaña peste es extraordinaria y advierte cuidadosamente a los Maestros de Espíritu y a los Confesores que estén también muy prevenidos y no se dejen arrastrar: "Y ojalá lo hicieran así todo, y los Maestros y Confesores hubieran enseñado siempre este no hacer caso de semejantes cosas, que, con eso, no se hubieran visto tantos alumbramientos, errores y engaños del demonio, como se han visto en nuestros tiempos, traten de ser muy humildes, amén a Dios y al prójimo, guarden sus Mandamientos y consejos... que ése es el camino del espíritu y perfección y lo demás no es ordinariamente sino tentación y lazo del demonio." Ni admitir tales revelaciones, ni regirse por ellas. La prudencia y serenidad de espíritu brilla fulgurante en nuestro teólogo.

b) *Comunicación de las materias de oración y espíritu* (capítulos 3-5).—A nadie se le escapa que, cada materia y asunto ha de consultarse con los versados y especialistas. En todos los órdenes. De lo con-

⁶⁰ *Cartilla primera*, part. 3.^a, capítulos 4 y 5; *Camino*, lib. 3.^o, capítulos 18, 29, et alibi; *Pan nuestro de cada día*, lib. 1, capítulos 31 y 32.

⁶¹ Tomo 108 de *Papeles varios de la Colombina*, Sevilla.

trario, la comunicación y consulta se expone a las más funestas consecuencias. Lo propio acontece con las materias de espíritu, tan delicadas de por sí. El especialista no es otro, aquí, que el culto y experimentado Maestro de espíritu, quien debe ser docto en teología escolástica, teología mística, y ciencia de la experiencia. Un Director espiritual así "es esmalte sobre oro".

A su vez el Dirigido debe reunir cualidades correlativas: sentido común y seriedad: "No te andes más de consulta en consulta queriendo saber de éste o del otro..."

Estas almas deben comunicarse con tales Maestros de espíritu, y dejarse guiar por ellos en todo aquello "que no fuere contra la fe y buenas costumbres".

c) *La enseñanza de la oración a los niños* (capítulo 6). — La oración ha tenido un ardiente y decidido apóstol en el Venerable mercedario, tanto en su palabra como en sus escritos. Canta las excelencias de ella en las *Cartas*, *Cartillas* y *Camino*. Y, en su sed apostólica, quería que todo el mundo gozase de tan soberano bien. Todos aquellos que sean capaces. ¿Por qué no los niños, cuando ya tengan capacidad para ella...? Los niños tienen un puesto destacado en la literatura falconiana,⁶² y en el apostolado. Era consciente de la trascendental importancia que tiene el formar bien a los niños, ya desde sus más tiernos años. Además, Falconi era un espíritu sencillo y afectuoso.

No se trata de introducirlos, de buenas a primera, en una oración complicada. (Precisamente los esfuerzos de Falconi consistieron en simplificar, lo más posible, la oración, aun para las personas mayores.) Se quiere ir introduciéndolos, poco a poco, y de una manera fácil, acomodada a la inteligencia infantil. La oración hará más reflexivos a los niños en sus devociones. No se necesita que tengan ya "maduro entendimiento", ni "es menester saber mucho... teniendo la luz de la fe". ¿Cuándo, entonces, son los niños capaces para hacer oración? "En siendo capaces de confesar y comulgar." Para el autor del *Pan nuestro de cada día* los

62 Compone *Cartillas* para los niños en el camino hacia Dios; en el *Pan nuestro de cada día*, lib. 1, cap. 24, defiende la pronta comunión de los niños. Recuérdense las comparaciones delicadísimas (*Camino*, lib. 3 capítulos 12 y 15 y en *Cartas a un Religioso*).

niños son capaces de comulgar “antes del perfecto uso de razón”, con tal que tengan “uso imperfecto de razón”, o “algún uso de razón”, el suficiente para que puedan concebir “alguna devoción y discernan entre comida y comida, y juzguen que la comida que se les da en el altar no es como las que les da su madre en casa, sino mucho más excelente”; cuando tengan, en fin, el uso de razón que les hace capaces y conscientes de cometer pecado mortal.⁶³

Entonces, también son capaces de oración discursiva, de algún modo.

d) *La mortificación* (capítulo 7). — La mortificación, o las penitencias, son necesarias a nuestra naturaleza caída, con necesidad de medios. Como medio que son, no tienen valor y razón en sí, sino en tanto, en cuanto van enderezando al fin. Ese fin es nuestra semejanza con Cristo.

En las mortificaciones, como en los medios, hay su gradación de orden, y su gradación de perfección. Unas hay que hacerlas primero que otras, y unas son más perfectas que otras. Así, en la gradación lógica, la primera mortificación a realizar es el fiel cumplimiento del deber y obligaciones del estado. Más que mortificaciones — que también las suponen —, son obligaciones, mortificaciones ineludibles, sin las cuales, como base, no deben planear otras.

Reconoce Falconi la necesidad y conveniencia de las mortificaciones físicas, prudencialmente hechas, con arreglo a la salud y dirección del Padre espiritual. La vida de Cristo, y la misma de nuestro Venerable, están esmaltadas de esas mortificaciones, tantas veces heroicas. Con todo, hay una mortificación que excede, en perfección, a las mortificaciones y penitencias físicas: la mortificación de la voluntad y del amor propio: “Hágote saber que el buen disciplinar está en la voluntad... El caminar en la virtud más consisten en la mortificación de la propia voluntad y del amor propio, que en la multiplicidad de las penitencias... de menos ostentación y más provecho... sufre la palabrilla picante que te dicen, no te disculpes cuando te imputen

63 *Pan Nuestro*, lib. 1, cap. 24.

alguna falta... que no hay penitencia como la obediencia..."

La *resignación* es la mejor manera de imitar a Cristo, porque el que entrega la voluntad lo entrega todo. Y ¿qué es eso, sino la mortificación constante de la propia voluntad, conformándola a la divina?

Hay una penitencia física por la que Falconi tiene especial simpatía. Precisamente, en virtud de la relación que tiene con la Pasión de Cristo, y porque, con ella se está actualizando la *resignación*: "y es que procures estar algún rato cada día los brazos tendidos en forma de Cruz... como quien se crucifica y se resigna en Jesucristo, en reverencia de lo que Su Magestad estuvo por ti en la Cruz...".

e) *El silencio* (cap. 8). — En este capítulo parece estar comentando las palabras del apóstol Santiago: "Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir." ⁶⁴ No hay duda alguna que el mucho hablar "es un gran desaguadero".

El silencio, como muro de contención, para evitar pérdida de tiempo y de falta de caridad, desempeña una magnífica función preservativa. Pero, tiene además una función positiva, maravillosa. Forma ambiente propicio para dialogar con Dios, pensar en El. Además, es muy agradable a Dios, el Cual gusta de pocas palabras, "y así en toda su eternidad, no ha hablado más que una sólo, que es el Verbo". Repite un pensamiento de S. Juan de la Cruz.

f) *Las devociones* (cap. 9). — Expusimos, en la tan citada *Introducción a la Cartilla segunda*, el criterio del Venerable sobre las oraciones vocales y las devociones. Como allí se ve, no puede estar más acertado, ni más claro, en esta cuestión. Rotundamente afirma por doquier que las oraciones vocales y las devociones son "buenas". Pero Falconi es enemigo acérrimo de la irreflexión y de las indigestiones frecuentes en las devociones, que no acarrearán provecho alguno, antes bien suelen abobar la piedad, haciéndola consistir solamente en ellas. "Que aquí no decimos que dejes la devoción de la Virgen y los Santos, sino antes que les seas muy devoto con el alma y con la vida... lo que decimos

es que les seas devoto con muy mejor modo, que es el que te hemos dicho de rezarles poco y muy bien, el cual le agrada más a esta Señora y a ellos...”

Lo que Falconi quiere evitar es que las almas “se carguen de rezar Rosarios, Salmos y otras devociones... que por ser tanto lo rezan mal y con poco fruto... y lo toman por tarea... Y aún te digo que el ser los de veras devoto, no consiste tanto en rezarles, cuanto en imitar sus heroicas virtudes, su fe, su caridad, su humildad...”

¿Cabe poner, de la mejor manera, a la oración vocal en el sitio y lugar que le corresponde, sin caer en extremismos? No. Y, en este mismo capítulo, pasa a determinar el orden que se debe guardar en las devociones, empezando primero por las de obligación.

g) *Las tentaciones* (cap. 10). — Con su característica y donosa gracia, expone el Mercedario el modo y manera de resistir a las tentaciones, en este capítulo y en otras varias páginas de sus obras.⁶⁵

Al recalcar constantemente, en su doctrina, la ineludible obligación que tiene el cristiano de explicitar las virtudes y luchar por conseguirlas, ipso facto indica la necesidad urgente de entablar dura batalla contra los enemigos de esas mismas virtudes, como son los pensamientos, imaginaciones malas, y cualquier otra tentación que se oponga a ellas.

Habla en términos enérgicos. Es necesario “cortar y circuncidar” los malos pensamientos, etc., para ser “semejante a Cristo, que, con sumo dolor, dejó circuncidar su carne santísima por ti, aunque más te duela el negarlos”.⁶⁶

Es necesaria la actitud positivamente contraria a las tentaciones. Pero, esta actitud positivamente contraria puede ser de dos maneras: 1) No consentir, es decir, cohibir positivamente el consentimiento, pero sin poner directamente ningún acto contrario a la tentación; 2) Disentir, suprimiendo la tentación con actos contrarios.⁶⁷ Estos dos métodos positivos son lícitos.

⁶⁵ Véase el mismo *Camino*, lib. 3.º, capítulos 25, 29, 32, 33; *Cartilla primera*, part. 3.ª, capítulos 10 y 11; *Tratado de oración*, capítulo 5.

⁶⁶ *Cartilla segunda*, trat. 2.º, cap. 11.

⁶⁷ PRUMMER, *Manuale Theologiae Moralis*, tomo I, Friburgii Brigoviae, 1935, págs. 267-268.

tos y buenos. El primero, *justa ex causa*, recomendable, dado que, a veces (ex. gr. en las tentaciones carnales) puede ser más eficaz. El disentir se requiere siempre que, de lo contrario, no pueda evitarse un peligro próximo de pecar.

Falconi aconseja un método mixto, o compuesto, de estos dos métodos positivos. Distingue cuando las tentaciones vienen estando en oración, o cuando vienen fuera del tiempo de oración. En el primer caso, dado que se está ejercitando la *resignación* (practicando, actualizando, la fe, la caridad, etc.) la mejor táctica contra las tentaciones que se abalancen es seguir positivamente practicando la *resignación*, que eso es resistir positivamente: "No darse por entendido... hazte el sordo... y estarse en su primer acto de fe y de amor continuado..."

En el segundo caso, cuando las tentaciones vengan fuera del tiempo de la oración, se han de rechazar positivamente, volviendo el pensamiento a Dios y haciendo un acto de fe y de amor a El, pidiéndole ayuda: "de manera que las tentaciones... te han de servir de despertador, con que te vuelvas a Dios... Arrójate con resignación en la voluntad y brazos de tu Padre Dios: y a buen seguro, que si lo haces así, que El te defienda..."

Método positivo y magnífico, que, por ir fundado en humildad, causa los mejores efectos contra las tentaciones.

VII. FUENTES DOCTRINALES Y BIBLIOGRAFICAS

Empezar una larga carrera hasta el medievo, para querer encontrar allí el entronque de la doctrina falconiana, como lo hace el P. Pourrat,⁶⁸ además de innecesario me parece impreciso. Falconi conocía los místicos alemanes y los de Países Bajos.⁶⁹ Pero las fuentes doctrinales suyas están mucho más próximas.

68 *Spiritualité chrétienne*, vol. IV, París, 1950, pág. 199. Pourrat demuestra conocer de Falconi tan sólo *Carta a una hija espiritual*, en donde no se cita a ningún místico tudesco.

69 Cita a Taulero (*Camino*, lib. 1, cap. 4; lib. 2, cap. 10),

El Mercedario — no hay que echarlo en olvido —, era miembro de una Orden Religiosa, y hombre de su tiempo. En ambos terrenos está enraizado el tronco doctrinal suyo, de manera patente y clarísima.

Ya indicamos cómo el modo de oración, defendida y practicada por Falconi, emana de la entraña misma del cuarto voto Mercedario. Los escritores espirituales de la Orden sabíanlo apreciar bien. Recordemos a uno de los que mejor recogen la tradición mercedaria, eminente en letras y virtud. Se trata del Obispo de Rosse, Ilmo. Fr. Melchor Rodríguez de Torres. En su maravillosa obra: *Agricultura del alma*, impresa en Burgos, 1603, y dirigida especialmente a la formación de Religiosos Mercedarios, se expone la misma clase de contemplación imperfecta activa, u oración de resignación, que Falconi expondría treinta años más tarde, en el *Camino*.⁷⁰

Más inmediatamente próximo aún, se halla el Maestro Fr. Mateo de Villarroel, Catedrático de Artes y Director espiritual de Fray Juan Falconi. El año 1630, se imprime, en Madrid, una obra suya, con la personal aprobación de Falconi: *Reglas muy importantes para el ejercicio de la frecuente oración...* Aquí se expone la misma doctrina, muy resumida, de Falconi sobre la oración, y hasta la misma doctrina sobre la comunión frecuente y diaria. A Villarroel, dedicado al apostolado en Madrid, irá a sustituirlo Falconi, precisamente para que continúe enseñando la misma doctrina sobre la oración.⁷¹ Y a ese objeto le envían los Superiores de la Orden. Lo que quiere decir que esta oración, así enseñada, estaba en el ambiente de toda la Merced. Cosa que se demuestra también por el hecho de que habiendo sido Falconi atacado, le defienden, en apretado haz,

Ruysbrochio (lib. 3, cap. 18; lib. 4, cap. 1), Ludovico Blosio (lib. 3, capítulo 17, cap. 20; lib. 4, caps. 7, 8, 9), Surio (lib. 3, cap. 12), Lessio (lib. 3, cap. 26).

⁷⁰ El P. MANUEL SANCHO, en el *Boletín de la Orden de la Merced*, Roma (año 1926, meses septiembre-octubre, págs. 125-127; noviembre-diciembre, pág. 154 y ss.; año 1927, enero-febrero, página 3 y ss.) escribe un tratado que titula: *Brevcs consideraciones sobre la Ascética del Ilmo. D. Fr. Melchor Rodríguez de Torres, mercedario y Obispo de Risse, contenida en su libro "Agricultura del alma"*.

⁷¹ Véase mi *Introducción a la Cartilla segunda* y la *Vida de Falconi*, que aparecen en mi citada obra.

todos. Sobre todo, los Religiosos del Convento de los Remedios de Madrid, conventuales de Falconi, que eran los más representativos de la Orden, y figuras de primera magnitud en todos los aspectos: Tirso de Molina, Salmerón, Freitas, Remón, Luyando, Melchor Prieto, Valderas, Boil, Aparicio, etc. Muchos de ellos han sido, luego, Obispos.⁷²

Y los escritores espirituales, posteriores a Falconi — algunos discípulos de él —, expondrán la misma doctrina, sin siquiera citarlo, como considerándola doctrina corriente. Así Francisco de Pizaño, Briones, Barcenilla, La Serna, etc.⁷³

Que estas mismas ideas estaban muy en el ambiente madrileño, do vivía Falconi, lo demuestra la cuestión agitada en torno al libro de Antonio Rojas, titulado *Vida del espíritu*. Madrid, 1629. En él se defiende la Comunión y la contemplación adquirida. Le acusan a la Inquisición. Pero los Padres Jesuítas, Diego Granada y Miguel de Espinosa, informan a favor. Uno de los atacantes, Fr. Agustín de San José, afirma que Rojas sigue la misma doctrina de Fray Juan de Bretón, autor de *Theología Mística*, Madrid, 1614.⁷⁴

Fuera del campo mercedario, y del mismo clima inmediato de Madrid, hay dos escuelas de Espiritualidad que influyen decididamente en la doctrina Falconiana: La Carmelita y la Franciscana. De las cristalinas aguas carmelitanas Falconi bebe primeramente, en los dos fundadores S. Juan de la Cruz y Santa Teresa, a quienes sigue en todo, citándolos con frecuencia. Con los Fundadores, cita y conoce Falconi a otros escritores de la Escuela carmelitana, cuales son: Jerónimo Gracián, Miguel de la Fuente, P. Juan Sanz.⁷⁵ Recuér-

72 Léanse los caps. 4, 5 y 6 de la Biografía falconiana en mi citada obra.

73 PIZAÑO, en *Compendium totius mysticae theologiae*, Madrid, 1649; FR. FERNANDO DE BRIONES, en *Articula espiritual*, Madrid, 1696; SANTANDER Y BARCENILLA, en *Escuela de Cristo*, Madrid, 1674?, en tres volúmenes; LA SERNA, en *Ciclo espiritual*, 1633 y reimpresa varios años más tarde.

74 Este Padre Bretón, de la Orden de San Francisco de Paula, Calificador del Santo Oficio, tuvo bastante relación con los Mercedarios, Cfr. *Anales del Orden de Descalzos de N. S. de la Merced...*, tomo 1, Madrid, 1669, pág. 289; tomo 2, pág. 607, et alibi.

75 La demostración de que Falconi estaba al tanto de todo lo

dese que son los Padres Carmelitas del Colegio de San Elías los que escriben el *Sentir*, en favor del *Camino Derecho*.

Las resonancias franciscanas tienen amplio eco en las páginas del *Camino*. Empiezan por S. Buenaventura, continúan por Osuna, Laredo, S. Pedro de Alcántara, el autor de *Vía de perfección*; teniendo su nota cumbre en Fray Juan de los Angeles.⁷⁶

De la Escuela dominicana son dos las figuras que Falconi más conoce y sigue en pensamiento: Fray Luis de Granada y Bartolomé de los Mártires. Ya indicamos el conocimiento que tenía de Taulero. Aduce la autoridad de S. Alberto Magno, y pocos autores espirituales habrá que manejen tan a la perfección a Santo Tomás de Aquino.⁷⁷

La Compañía de Jesús, con tres de sus ínclitos hijos, marcaron también huella en los escritos falconianos: Suárez, Arnaya, y sobre todo Baltasar Alvarez, a quien dedica, copiándolo, tres capítulos casi enteros.⁷⁸

que se relacionaba con S. Juan de la Cruz, es el que haya usado las dos únicas ediciones de la *Historia de la vida y virtudes del Venerable...*, escrita por José de Jesús María; la de Bruselas, 1628, en la *Carta a un Religioso*; la edición Bruselas, 1632 en (*Camino* libro 1, cap. 7; lib. 4, cap. 5). Cita a S. Juan de la Cruz muchas veces (*Camino*, lib. 1, caps. 4, 5, 6, 7, 11, 14; lib. 2, caps. 3, 4; libro 3, caps. 11, 24, 29, 31); a Santa Teresa (*Camino*, lib. 1, capítulos 4, 6, 14; lib. 2, cap. 4; lib. 3, caps. 1, 4, 10, 15, 17); Gracián (*Camino*, lib. 1, caps. 8, 9; lib. 4, cap. 1); Fr. Miguel de la Fuente (*Camino*, lib. 3, cap. 13, cap. 23); Padre Juan Sanz (*Camino*, lib. 2, cap. 5; lib. 3, cap. 31).

⁷⁶ San Buenaventura (*Camino*, lib. 1, caps. 3, 9, 11; lib. 2, capítulos 3, 6; lib. 3, cap. 14; lib. 4, caps. 1, 4, 5), Osuna (*Camino*, libro 2, cap. 3); Laredo (*Camino*, lib. 2, cap. 3, 16; lib. 3, cap. 23; capítulo 4, cap. 1); San Pedro de Alcántara (*Camino*, lib. 1, capítulos 3, 16; lib. 3, caps. 4, 20); Fr. Juan de los Angeles (*Camino*, libro 1, caps. 1, 3; lib. 2, caps. 5, 10, 14; lib. 3, cap. 29); Autor de "*Vía de perfección*" (lib. 3, caps. 4, 16). Falconi repite que este autor es un franciscano. Véase lo que de él piensa Fidel de Ros (*Un inspireateur de Sainte Therese: Le Frere Bernardin de Laredo*, París, 1948, pág. 153).

⁷⁷ Fr. Luis de Granada (*Camino*, lib. 2, caps. 4, 12; lib. 4, capítulo 4); Fr. Bartolomé de los Mártires (*Camino*, lib. 2, cap. 10, capítulo 16; lib. 3, cap. 20; lib. 4, cap. 5); S. Alberto Magno (*Camino*, lib. 3, cap. 18); Santo Tomás (*Camino*, lib. 1, caps. 3, 6, 10, 14; lib. 2, caps. 2, 6, 16; lib. 3, caps. 3, 5, 16, 18, 21, 23, 26, 27, 30, 34) en más obras que la *Summa Teologica*.

⁷⁸ Suárez (*Camino*, lib. 1, cap. 8; lib. 3, cap. 3); Nicolás Arnaya (*Camino*, lib. 1, cap. 6). La persona del Vble. Baltasar Alvarez, Confesor de Santa Teresa, Superior de los Colegios de Salamanca y Avila, Maestro de Novicios de la Compañía, etc., es sobradamente conocida. También es conocida la prueba a que fue sometido por sus Superiores; las actuaciones de Juan Suárez, Mer-

Los aires de la Escuela de la Orden cartuja olean saludablemente en el huerto falconiano. Son Dionisio el Cartujano y Antonio de Molina los únicos citados por Falconi. En el *Camino* trae una sola vez la autoridad de Antonio de Molina, pero ya dijimos la importancia que tiene en Falconi, llegando a resumirlo en la *Cartilla primera*, siguiéndolo en toda la materia de oración, siendo también una de las fuentes bibliográficas más socorridas por Falconi; aunque no siempre lo cite, el Mercedario hace muchas citas, aun en la doctrina comunionista, a través de Antonio de Molina. Fue uno de los autores más usados y de más positiva influencia, en el Venerable. Sin duda alguna.⁷⁹

El Beato Juan de Avila y Ciriaco Pérez, del clero secular, orientaron el ideario falconiano, con sus escritos, conocidos y citados por Falconi.⁸⁰

En lo que respecta a las fuentes bibliográficas, hemos comprobado que el Mercedario usa las directas, en general, y las ediciones más próximas a él. Lo que indicamos acerca de S. Juan de la Cruz y su vida escrita por José de Jesús María, nos lo demuestra palmaria-mente. Estaba al tanto de las publicaciones, según iban saliendo a la luz, y leía las obras directamente.

Algunas veces, especialmente cuando se trata de ejemplos de Santos, se valió de Blosio y Surio. Para los Santos Padres, y algunos otros escritores eclesiásticos, manejaba la famosa *Bibliothecae Patrum Veterum*

curiano, Avellaneda, etc. Falconi aduce la doctrina sobre la oración, expuesta por el P. Baltasar Alvarez, con la cual relaciona la suya. Bien. Pero, ¿qué oración era la enseñada por Baltasar Alvarez, que motivó la actuación, a ese respecto, de sus prudentes Superiores? Se trataba de una contemplación activa, u oración voluntariamente simplificada. Nada más. Así lo ratifican también el P. Hernández (*Dictionnaire de Spiritualité...*, tomo 1, París, 1937, cols. 405-406), el P. Dudon (*Les Leçons l'oraison du P. Baltasar Alvarez*, en R. A. M., 1921, págs. 36-37) y el P. Astrain (*Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, 1905-1909, tomo 2, págs. 477-480, tomo 3, págs. 78-79, 85-88, 189-196), Falconi lo cita (*Camino*, lib. 1, caps. 4, 17; lib. 2, capítulos 7, 8, 9).

⁷⁹ Dionisio el cartujano (*Camino*, lib. 2, cap. 10. Recuérdese como en la *Explicación* del Cartujo anónimo que aparece en el Ms. del *Camino Derecho*, se dice que la doctrina de Falconi es cómo en la *Explicación* del Cartujo anónimo que aparece en el do una vez en *Camino* (lib. 2). Pero véase lo que dijimos en la *Introducción a la Cartilla primera*, de nuestra citada obra.

⁸⁰ Beato Avila (*Camino*, lib. 4, cap. 1 y cap. 2); *Cartilla primera*, part. 3, cap. 4; *Pan nuestro de cada día*, lib. 1, cap. 31; Ciriaco Pérez (*Camino*, lib. 1, cap. 9).

Auctorum Ecclesiasticae, París, 1624. A San Agustín, empero, lo citará siempre directamente, en la famosa edición de los Teólogos lovanienses, hecha en París años 1613-1614. La edición más moderna en el tiempo de Falconi. Otra prueba más de su actualidad bibliográfica. A S. Gregorio, lo cita a través de Fr. Miguel de La Fuente, alguna vez.⁸¹

VIII. REPERCUSIONES

De las repercusiones doctrinales hemos hablado, en lo que a la oración toca, en la Introducción a la *Cartilla segunda*. Como son las mismas ideas y la misma clase de oración, allá me remito. Por otra parte, como el *Camino Derecho* no tuvo más que una edición, y desconocidísima, las repercusiones y citas propiamente de él, son nulas. Como es lógico. Era tan desconocida, cual si se tratara de un manuscrito.

IX. NUESTRA EDICION

Nos pareció mejor seguir literalmente al Padre Pedro Menéndez, en lo que se refiere al texto y a la división de capítulos. En cuanto al texto, Menéndez dejó varios párrafos, tachados en el Manuscrito no sé por qué pluma. ¿Habrán sido tachados por el mismo ama-

81 Para las fuentes o repercusiones doctrinales de Falconi es interesante una obra, que, sin duda alguna, perteneció a la biblioteca particular de Falconi. Es un Manuscrito, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, con el núm. 13.508. Se trata de un volumen de 297 folios, cuyo título es: *Fábrica del tabernáculo de Dios, por una Religiosa*. En el dorso del encuadernado pergamino se lee: "Falconi/Fábrica del Tabernáculo/de Dios"/. Y abierto, está escrito lo siguiente: "Es de el Pdo.fr.ju.Falconi, de la orden de nra. S. de la Merced, Ren. de Cautivos." — El texto de la obra empieza con "Carta de la Religiosa para su Confesor" (fols. 1-3), en donde dice la religiosa que empezó a escribir la obra el 3 de diciembre de 1627, y que la terminó el 8 de julio de 1628, y al escribirla no hace sino obedecer a su Confesor. — Serrano y Sanz (*Biblioteca de Escritores Españoles*, tomo 1, Madrid, 1903, página 351 — no sabemos por qué razones —, atribuye esta obra a Sor Estefanía de la Encarnación, de la que da varios datos biográficos. ¿Por qué tenía esta obra Falconi? Bien porque la autora fuese discípula de él, o bien por otras razones, la cuestión es que *Fábrica del tabernáculo de Dios* expone la misma doctrina falconiana.

nuense, o por algún inquisidor a hechura del exagerado Huarte Jáuregui? Desde luego, no por Falconi. Pues, de ser autógrafas de Falconi algunas precisiones marginales del Manuscrito (ex. gr.: Capítulo proemial; Libro 1, caps. 4, 6; lib. 2, cap. 15; lib. 3, caps. 6, 8, 10, 28, 29, 31; lib. 4, cap. 4; y varias del mismo manuscrito del *Compendio breve de la Eminentísima Perfección Cristiana*. Se trata de letra distinta del amanuense, probablemente del propio Falconi), por comparación se ve claro que no pudo ser Falconi el autor de las tachaduras. Desconocemos las razones de dichas tachaduras en el manuscrito, así como de la razón que movió al Padre Menéndez para suprimirlas en su edición. Motivo doctrinal no existe, pues se trata de bellísimos y muy ortodoxos pensamientos. Y el motivo histórico, tratándose de ejemplos (como los del libro 3, cap. 28; a que alude una nota marginal), en tiempo del padre Menéndez — ¡transcurridos ya tantos años! —, tampoco existía.

Vista, pues, la irracional manera de proceder del tachador del manuscrito, y del editor único del *Camino derecho*, insertamos en el párrafo siguiente todo lo suprimido y lo tachado. No los introducimos en el lugar que le corresponde del texto, por respeto a la edición del Padre Menéndez. Además — sea dicho en honor a la verdad —, esos párrafos no contienen nuevas ideas. Son, meramente, más explicativos. También respetamos la edición del Padre Menéndez en la división de los capítulos. Menéndez hace dos capítulos del capítulo 7, del lib. 2 del manuscrito. Dando por resultado que, en su edición, el lib. 2 tiene 17 capítulos; y el manuscrito tan sólo quince. Menéndez del capítulo 7, hace los capítulos 7, 8 y 9.

Nos hemos limitado a comprobar y confrontar las citas de Falconi, sin más. La extensión de este trabajo no permitió ahondar profundamente en la crítica de textos, etc.

X. TROZOS DEL MANUSCRITO DEL CAMINO DERECHO, QUE SUPRIME LA EDICION DEL PADRE PEDRO MENENDEZ

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO. — *Al principio:*

“Lo primero quiero advertirte, que no seas tú de los que piensan, que con sus rosarios y avemarías mal rezados, han de negociar con Dios: porque aunque si se rezase como se debe, es muy importante medio y de gran provecho para el alma; pero como se reza ordinariamente, no sólo se negocia poco, antes se ofende a Dios muchas veces si no se reza con atención.”

CAPÍTULO CUARTO.

La edición de Menéndez añade las palabras finales: “acerca de él”.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO QUINTO. — § 1.º.

“Y si no, dime, ¿qué cosa puedes tú desear tan acertada (aunque desearas la salvación de todos los hombres) como desear que se haga la voluntad de Dios en todo? ninguna por cierto; porque la voluntad de ese Señor quiere, desea y procura el bien de todos nosotros infinitamente más que nosotros mismos; y por perfecta, afectuosa, y enderezada a todo bien, que sea tu voluntad y deseo, es infinitamente mejor, y más ordenada la voluntad de Dios en querer o no querer ese bien: y así deseando que se haga la voluntad de ese Señor, deseas lo más acertado, lo mejor y más agradable a Él, y más provechoso para ti y para todo el mundo. Añado a lo dicho, que nuestras peticiones ordinariamente si no tienen efecto es porque no sabemos lo que nos pedimos ni lo que nos conviene; y así muchas veces pedimos lo que después nos pesará quizá de haber alcanzado. A San Pedro le dijeron en el Tabor que no sabía lo que se pedía, y a San Juan y a San Diego le dijeron también, no sabéis lo que os pedís: y generalmente dice el Espíritu Santo, que el no recibir y alcanzar lo que pedimos es porque no sabemos lo que nos pedimos. Pues esto pasa, ¿cuál será mejor pedir y desear esto o lo otro en particular con peligro de errar, y de no alcanzarlo, o pedirle sólo a Dios que se haga su voluntad en nosotros? Dicho se está que es mejor esto y resignarse en ella. Pues de esa suerte es imposible el error, pues mi querer es el suyo.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO OCTAVO. — *Comienzo del § 2.º*

“Demás, de que aun por nuestra comodidad no habíamos de querer, ni desear nada; porque no hay cosa que más pena dé a una persona, que no hacerse las cosas a su gusto, y como las desea: pues para huir esta pena, nunca procures, ni desees nada ahincadamente, y con eso cuando no te suceda como tú querías, nada te dará congoja.”

Mitad del § 6.º

“De donde el Santo Padre Ignacio de Loyola le decía a Dios: Tomad y recibid toda mi libertad, Vos me la disteis, a Vos la torno, disponed a vuestra voluntad de todo.”

Al margen:

“4.^a Sem. in contemp. amor Dei.”

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO NOVENO.¹ — *Conclusión del § 1.º*

“Confórmate pues en sufrir, y tener esas imperfecciones hasta que Dios quiera otra cosa, que quizá te convienen más esas imperfecciones por ahora que estar ya libre de ellas, como dice Gerson: Al margen: Gers. tract. de Mont. Contem.

“Dios tiene, dice, diferentes hijos, unos grandes en perfección y otros pequeñuelos; y aunque ahora seas imperfecto, fácilmente hiciera Él que fueras perfecto, si viera que te convenía, e hiciera que con un soplo echaras de ti esas inmundicias de tus vicios y naturales pasiones, los cuales ahora ni con limas de hierro lo puedes cortar: y así si Dios quiere, que mientras vivieres en este mundo no te veas libre de ellas, sino que estés con esa pesada contienda, y que sufras hasta la muerte los desenfrenados movimientos de tu corazón (como son la ira, la concupiscencia, la tristeza y todos los demás apetitos y pasiones) no por esto te entristezcas y desmayes, sino lleno de fe y confianza súfrete y aguanta con alegre ánimo lo que según su beneplácito quisiera permitir en ti.”

(Terminación del § último)

“Tienes aún otro gran bien en esta resignación total, y es que cuando vieres que no tienes ya resignación, ni puedes acabar de conformarte a pasar por todas esas cosas dichas, que Dios te permitiere, no por eso te congojes, sino procura resignarte en ese no resignarte: esto es, que procures conformarte con esa falta que en ti sientes de total resignación, y sufre

1 Véase más adelante en el texto la nota explicativa, correspondiente a este libro y capítulo.

con paciencia el verte sin esa conformidad, y el ver que no puedes acabar con ese tu corazoncillo de rendirle a la voluntad de Dios. Y así dile: Señor este resignarme sólo en Vos es un gran favor y misericordia vuestra, de que yo me reconozco súmamente indigno; y así no quiero tenerla hasta que Vos queráis; y si fuere voluntad vuestra dejarme estar así, hágase por cierto vuestra voluntad muy enhorabuena, y no la mía. Y con esto procura sufrirme a ti mismo, y tener un poco de paciencia con esta tu imperfección y amor propio. Y por este camino vienes a tener resignación y conformidad con la voluntad de Dios no sólo cuando te conformas, sino en cierta manera cuando no te conformes: mira pues cuán alto tesoro es éste; confórmate con lo que Dios haga en nosotros, ora nos está mal a nuestro parecer ciego, ora nos esté bien; que lo cierto es nos está siempre bien lo que Dios ordena, sino que ignoramos los fines y medios por donde lo dispone, y así sólo nos conviene poner los ojos en solo su querer, y en que eso se consiga en todas las cosas.”

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO UNDÉCIMO. — (Termina el título con estas palabras):
“como en manos de Padre”.

(En el § 1.º hacia el final, después de las palabras “en todo y por todo”):

“y de aquí nace el resignarse en sus manos para que disponga esto por los caminos que Su Majestad más gustare; porque ese resignarse en Dios con confianza le valdrá más que todas sus diligencias, cuidados y providencias”.

(Al finalizar el § 1.º añade):

“Y por eso San Pedro nos dice en nombre suyo: Arrojad en Él todas vuestras solicitudes y cuidados, porque Él tendrá cuidado de nosotros. No dijo fiad de Él esto o la otra diligencia, sino toda solicitud. Y el mismo Señor nos asegura por su boca que si tuviéremos esta fe y confianza en Él, que con ella pasaremos un monte de una parte a otra (al margen: Mar. capítulo 11) si fuere necesario: y otros mil lugares, que fuere largo referir en que nos dá su palabra, que si nos fiamos de Él, no nos faltará nada. Porque a la verdad Él es Padre fidelísimo que no puede faltar a sus hijos; y si un padre acá, miserable de carne y sangre, que todo su amor al fin es amor de hombre, y que es escoria y basura respecto del amor de este Señor. Y ¿qué más diré, que todo lo que he dicho es nada, respecto de la infinita distancia que hay del amor de un padre terreno, al de nuestro Padre amorosísimo Dios? Pues si ese tal padre sabe hacer mil finezas por su hijuelo, desvelándose de día y de noche por cuidar de todo lo que le está bien, qué no hará contigo este gran Padre de misericordias si te fías de Él? ¿Qué no te dará, si arrojas en Él todos tus deseos y cuidados? ¿Cómo cuidará de tus aumentos espirituales, y aun temporales, si ve,

que arrojas tus cuidados en su regazo y que te olvidas de ti, de tus solicitudes, y providencias por fiarte de Él? ¿Piensas que aunque calle, que se olvidará de lo que has menester? No hayas miedo, que Él te asegura diciendo por Isaías (al margen Isai cap. 49): ¿Por ventura puede la madre olvidarse de su querido hijo? No es verdad; pues, aunque ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, hijo mío. ¿No ves cómo te crió sin que se lo pidieses, cómo cuidó de darte padres, y casa en que nacieres, y de tenerte prevenido este mundo con sus elementos y criaturas para tu habitación y regalo? ¿No ves, cómo te estuvo redimiendo treinta y tres años y cuidando de prevenirte Sacramentos, Iglesia, y todo lo demás necesario para tu salvación en este mundo? ¿Y en el otro tantos, y tan soberanos tesoros de bienes, y felicidades eternas, como te tiene guardadas para cuando mueras? ¿Y cuando abriste los ojos de la razón te hallaste lleno de todos estos beneficios, que tenía prevenidos, sin haberte costado el menor cuidado, ni aun un deseo de tenerlos? Pues, que hizo eso cuando no tenías ser, ¿qué no hará ahora si tienes confianza en Él? ¿Porque un pecho noble no hay cosa de que más se obligue, que de ver, que se fían de Él? Y así fué, como decirte: Aprende, hijo mío, aprende alma redimida con mi sangre, a fiarte de mí, y a ponerte en mis manos; y cree, que pues te di tantos bienes antes, que supieras desearlos, que te daré todos los demás que te faltan, y cuidaré de todas tus cosas, si te fías de mi voluntad, resignándote en ella. ¿En qué reparas pues para no fiarte y arrojarte totalmente en Él? ¿O tienes o no tienes fe? Si la tienes, y crees lo que te dice, ¿por qué no te fías todo de su palabra real? ¿Fías la vida del médico, la honra del amigo, la hacienda de tu padre, y no fías eso de Dios?

(A finales § 2.º):

“Y que con esta confianza mudarás un monte de una parte a otra si fuese menester. Y que aunque la madre amorosa, que parece imposible, se olvide del hijo que parió; pero que Su Majestad de ningún modo se olvidará de ti; y no tengas cuidado de nada, porque Él no tiene de lo que has de menester.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO QUINCE.

“Piensas, que consiste el negociar con Dios en estarle diciendo: ¿Señor esto, Señor estotro? No en verdad, sino en procurar hacer su voluntad, y resignarse en ella; que así nos lo enseñó Su Majestad cuando dijo (al margen Math. 7): No entrará en el Reino de los Cielos el que dijere, Señor, Señor, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, resignándose en ella.”

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO VEINTIOCHO.—(Al final del cap. aparece el caso siguiente):

“En esta Corte también conocí a una mujer, la cual estuvo amancebada muchos días, sin que hubiese casi ninguno, que no hiciese muchas ofensas de Dios con el galán: y estaba tan perdida de amores por él, que vino a decirme, que el día que no lo veía, pensaba que se moría de pena; y esto con tanto extremo, que estaba real y verdaderamente persuadida a que se había de morir el día que no le viese o hallase, según era lo que le tenía asido a su corazón. ¿Notable extremo? Esta mujer vino un día a confesarse conmigo, y halléla incapaz de poderla absolver por entonces, por lo ciega que la tenía el amor (si bien ella deseaba algún tanto verse libre de aquel miserable estado). Díjela que no venía dispuesta para confesarse, mientras no mudase de intento; pero, que si quería hacer lo que la dijese, que yo le daría remedio, con que mediante Dios, mudase de sus malos propósitos: Ella prometió de poner por obra el remedio; y así, la instruí en que hiciese este ejercicio, a la mañana y a la noche, y que volviese a mí dentro de algunos días, a ver cómo le iba. Hízolo ella así: y no me acuerdo si pasaron aún veinte días, cuando volvió la mujer hecha un mar de lágrimas y arrepentimiento, clamando por confesarse, y con firmísimo propósito de nunca más tornar a su miseria y desventura, el cual cumplió con gran fortaleza defendiéndose de muchos peligros que se le ofrecieron en la materia. Confésela, y ordenéla el modo de vida que había de tener: y desde entonces hasta ahora que hace ya dos años, ha proseguido siempre en tener dos horas de oración cada día y comulgar por lo menos a tercer día ejercitándose ordinariamente con cilicios, ayunos y otras mortificaciones y penitencias, que era para dar mil gracias a Dios ver semejante mudanza.”

“Aunque este caso es muy singular, no bastante eso, es bien no se ponga en este libro. Viven hoy no pocos hijos de este Siervo de Dios y puede ser sepan algo de esta materia pues aunque yo tengo noticias de un caso que le sucedió a una hija suya bien raro.” (Puede que no se refiera al caso tachado. En él se habla de una mujer viva aún, y no de un siervo de Dios.)

Camino derecho Para el cielo.

Hallado en la Oracion y imitacion
del comun vicio de la vida. Dijo Jesus.
Crebaxido y re firmado del oracion
del Padre eterno.

Por los de la vida y por el camino
de Jesus. Padre eterno el Padre
crebaxido de la oracion. Sino of p. mi.
- pies -

Por el Señor con P.^a Presentado F. Juli. Falco
na, del Orden de San S.^{to} de la Merced. Redemion
de P. Julio.

Reproducción de la portada principal del Manuscrito del *Camino Derecho*. — Ms. 7.038.



CAMINO DERECHO PARA EL CIELO

HALLADO EN LA ORACIÓN E IMITACIÓN
DEL CAMINO ÚNICO DE VIDA ETERNA,
CRISTO JESÚS, TRABAJADO Y RESIGNADO
EN LA VOLUNTAD DEL PADRE ETERNO.

POR EL VENERABLE PADRE PRESENTADO

FR. JUAN FALCONI

DEL ORDEN DE N. SRA. DE LA MERCED,
REDENCIÓN DE CAUTIVOS.

*SÁCALA A LA LUZ, CON LAS LICENCIAS NECESARIAS
EL P. M. Fr. PEDRO MENÉNDEZ, DE LA MISMA ORDEN.*



CAPÍTULO PROEMIAL DEL AUTOR

QUE EL INTENTO DE ESTE LIBRO ES ENSEÑAR
EL CAMINO VERDADERO DE LA ORACION E
IMITACION DE JESUCRISTO NUESTRO MAES-
TRO; PORQUE ESTE DEBE SER EL BLANCO DEL
PERFECTO CRISTIANO

DOCTRINA cierta y enseñada por la Escritura Sa-
grada y por todos los Santos, que en la Iglesia
ha habido, es que Cristo nuestro bien vino al mundo,
no sólo a ser Redentor del género humano, sino a ser
su Maestro y enseñarle el camino de la virtud y el
modo que había de tener en la perfecta observancia de
la ley y voluntad divina: que así lo había dicho el Pro-
feta Isaías, hablando de Cristo, cuando dijo: *Verán
tus ojos a tu Maestro y tus oídos le oirán, que te está
enseñando y amonestando con palabras.*¹ Esto lo ense-
ñó Su Majestad desde el día que encarnó hasta el pun-
to, en que espiró en la Cruz, y después de resucitado
hasta que subió a los Cielos; enseñándonos, no sólo con
palabras y doctrina de vida eterna, como lo dijo San
Pedro:² *Quo ibimus, quia verba vitae aeternae habes?*;
sino con su ejemplo, y obras santísimas, que en todo
este tiempo hizo: porque todas ellas fueron un ejem-
plar vivísimo y un modelo que siguiésemos e imitáse-
mos. De donde se ve que toda la sustancia de la verda-
dera virtud y del camino del Cielo, consiste en la
imitación de sus virtudes y obras heroicas y de todo lo
demás que hizo y padeció: porque Su Majestad, con
aquellas prudencia y sabiduría divina las templó y

1 Isai, 30, 20-21, Erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum:
aures tuae audient verbum post tergum monentis.

2 Joa. 6, 69.

ajustó, de tal suerte, que todos pudiesen regirse por ellas, y tomarlas por ejemplar, sin peligro de dar en extremos. Por lo cual, aunque la imitación de las vidas de los Santos es buena y santa, pero comúnmente no es para todos; porque muchas de sus obras son más para admiradas, que para imitadas: como lo fue la del otro Santo, que estuvo siempre sobre una columna; y otros que en tantos años no comían, y otros, que hacían diferentes rigores extraordinarios ya no durmiendo nunca, ya no bebiendo, ya estando en perpetua soledad y silencio, ya andando desnudos; lo cual no es comúnmente imitable; pero la vida de nuestro Maestro y Redentor Jesu-Christo, ésa si lo es comúnmente para todos (dejo aparte sus milagros, los cuarenta días del desierto, la Transfiguración y otras a esta traza, porque de éstas no hablo) porque Su Majestad comía, bebía, dormía, vestía y calzaba y conversaba con una medianía y moderación tan cuerda y suave que todos la pueden imitar y tomar por dechado de sus costumbres.

Supuesto ya, que las obras y virtudes de Cristo son el dechado, que sin mucha dificultad pueden y deben imitar los fieles; el cuidado y la mira de todos había de ser siempre y en todas ocasiones, andar vestidos de Jesu-Christo: como dijo San Pablo: ³ *Induimini Dominum nostrum Jesum Christum*: como el que se viste el vestido y traje del Rey, que parece Rey como él: así cada cristiano vestirse del traje y modo de vivir de Jesu-Christo en todas sus obras; para que parezca un Jesu-Christo en ellas: y con este cuidado hacer esta consideración en todo cuanto fuere a decir y hacer: ¿cómo se había mi Maestro Jesu-Christo en la ocasión de verse maltratado, afrentado o desestimado? ¿cómo? Callando, sufriendo y sin desear mal a nadie: así, pues, de esa suerte he de procurar yo haberme en esta afrenta, que me hacen, y en esto que me imputan sin tener culpa. ¿Cómo comería, bebería y vestiría Cristo? Con la moderación y templanza que era bastante para pasar la vida y no más: pues de esa suerte he de procurar yo ajustar mi sustento y traje. ¿Cómo hablaría Cristo y trataría con los prójimos? Diciendo sólo aquellas

3 Rom. 13, 14.

palabras que fuesen necesarias; y ciñéndose todo lo posible, sin que hubiese cosa superflua; pues de esa suerte lo he de procurar yo: excusando risas indecentes y descompasadas truanerías, palabras ociosas y otras cosas. Y finalmente; ¿cómo se habría en todas las demás cosas exteriores de ver, oír, andar y las demás? Claro es, que sería y fue (por mejor decir) con todo recato, pureza y perfección; pues de esa suerte lo he de procurar yo también. Y esto es andar vestidos de Jesu-Christo.

Y también es esto lo que nos enseña el Apóstol San Pedro, diciendo:⁴ que Cristo es el ejemplar, cuyas pisadas hemos de seguir: *Christus passus est pro vobis, nobis reliquens exemplum; ut sequamini vestigia ejus.* Y esto es también lo que se le había dicho antes a cada fiel del pueblo, hablándole Dios en la persona y cabeza de Moisés: ejercita tus obras, le dice, según el ejemplar y modelo que se te mostró en el monte: esto es: según el ejemplar Jesu-Christo, que a vista de todos fué mostrado en el monte Calvario: que así lo entienden comúnmente los Santos: *Fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est.*⁵

Ahora pues: supuesto, que la verdadera virtud consiste en la imitación de Jesu-Christo nuestro Maestro, el intento de este libro es explicar cómo se haya de imitar este Señor; y especialmente en el camino de la oración: y cómo la alma y médula de ella consiste en hacer lo que Su Majestad nos enseñó: veamos ahora cuál era y qué fue lo que bajó a enseñarnos al mundo. *Yo bajé del Cielo, no a hacer mi voluntad, sino la de mi Padre Eterno, que me envió*⁶ y esto mismo es lo que nos enseñó en la oración del Huerto, cuando dijo:⁷ *Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya: no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.*

De manera, que lo que bajó a enseñar fue el no tener voluntad en nada, sino tenerla resignada, dejada y renunciada en la voluntad divina, conformándonos con ella en todo y por todo, para que Su Majestad haga

4 I Petr. 2, 21.

5 Exod. 25, 40.

6 Joa. 6, 38: *Descendi de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me.*

7 Luc. 22, 42; Mc. 14, 36: *Non mea, sed tua fiat voluntas: non quod ego volo, sed quod tu vis.*

lo que fuere servido de nosotros en vida y en muerte; en salud y en enfermedad; haciendo todo aquello, que conociéremos ser voluntad suya; y padeciendo los trabajos, sinsabores, penas y Cruz, que Su Majestad nos quisiere enviar: porque esto fué lo que hizo Jesu-Christo nuestro Maestro y Redentor; y esto es lo que nosotros hemos de imitar. Todo lo cual cifró Su Majestad en aquella maravillosa sentencia que dijo por el Evangelista: *8 el que quisiere venir tras mí, a mi lado, o en mi compañía, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame: esto es: el que quisiere ir a la consecución del Reyno, que yo voy, niéguese a sí mismo, su voluntad, su querer y no querer y todos sus deseos, resignándose en la voluntad divina, llevando su cruz, e imitándome a mí: que esto significa: me sequatur: esto es: me imitetur: como dice San Agustín sobre este lugar: Quid est me sequatur, nisi me imitetur?*⁹

Así, que esto es lo que hemos de imitar, a Christo resignado totalmente en la voluntad del Padre: y éste es el intento de este libro: enseñarles, a los que quisieren seguir el verdadero y perfecto camino de la oración, cómo la hayan de hacer: imitando a Jesu-Christo nuestro Maestro, creyéndole Dios y Hombre verdadero; y contemplando en fe pura y sencilla su divinidad soberana y humanidad santísima: leyendo en este soberano libro de Dios Hombre las obras y virtudes que obró: porque, como decía cierto siervo de Dios, no hay otro libro que leer para nuestra enseñanza más importante, que el libro de dos hojas de divinidad y humanidad; divinidad contemplada y humanidad imitada.¹⁰

8 Mat. 16, 24: Qui vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam, sequatur me.

9 Comentando a San Marcos (8, 34) desarrolla el Hiponense esta idea. Véase: P. L. 38, 382 ss., Sermo 96.

10 La idea de libro, aplicada a Cristo, es muy del gusto de Falconi, como puede verse en *Cartilla primera* (part. 1, cap. 1), y en *Cartilla segunda* (prólogo; trat. 1, cap. 1).

Es probable que este "cierto siervo de Dios" que cita aquí Falconi (y que más adelante volverá a citar: lib. 3, cap. 17) sea Antonio de Molina, a quien Falconi resume en *Cartilla primera*, y a quien sigue en toda la doctrina oracionista y hasta la comuniónista. Ideas como éstas abundan en sus *Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental*.

San Juan de la Cruz, a quien Falconi cita siempre con el título de Venerable o santo, abunda en este mismo pensamiento acerca de Cristo, en la *Subida del Monte Carmelo* (lib. 2, cap. 22) especialmente.

Y dije, que escribía este libro, para los que quisieren seguir el verdadero camino de la oración; porque bien sé, que no todos se quieren disponer a buscar la más verdadera y perfecta oración; ni la desnuda imitación de Jesu-Christo; sino que se quieren estar en sus sabores y deleites (si bien espirituales) gustando más con San Pedro de los regalos y favores del Tabor; que de las congojas y resignaciones del Huerto y de la Cruz: pero los tales miren qué claramente le dijeren a San Pedro, que no sabía lo que se pedía: *Nesciabat, quid diceret*:¹¹ y a los hijos del Zebedeo, que no sabían lo que se pedían en pedir sillas de descanso y deleite con Cristo en esta vida: *Nescitis, quid petatis*¹² porque acá no es tiempo de eso; sino de beber el Cáliz y amargura de padecer: *Cálicem quidem meum bibetis*; que lo demás es trocar las manos; y querer en esta vida el Cielo y descanso, que es propio de la otra. Válense contra esto del decir que son varios los caminos del Cielo; y que así, unos van por deleites y otros por Cruz. A lo cual respondo: lo primero, que no sé que haya otro camino más que Jesu-Christo, conocido e imitado; porque como El propio dijo de sí,¹³ sólo Su Majestad es el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, veritas, vita*: y el ser para nosotros camino es decirnos, que hemos de caminar por El y por los pasos que anduvo; los cuales fueron siempre una perpetua Cruz y padecer: pues según esto ¿cómo irá por camino derecho el que no fuere por la imitación de Cristo, que es el camino por esencia, y de su Cruz, y Pasión? ¿cómo irá por camino derecho aquel que va por deleites y sabores por donde no fué Cristo? Respondo lo segundo: y confieso, que son diversas las sendas, por donde caminan las almas: porque unos se quedan en las meditaciones; y otros en el hacer afectos y jaculaciones; y otros modos sensibles de oración: los cuales, si bien es verdad, que son muy buenos modos de oración y para muchos de harto provecho; pero es quedarse en los medios y viajes, y no llegar a la perfecta oración. Confiésoles, pues, que esas y otras diversas son las sendas para el Cielo; pero confiésenme también,

11 Mc. 9, 6.

12 Mat. 20, 22.

13 Joa. 14, 6.

que el estarse siempre en esas sendas y modos de oración sensibles, que es la más veces por su flojedad y por no querer disponerse a pasar adelante; que si ellos se dispusiesen, es sin duda, que Dios les ayudaría a manos llenas.

Escribo pues èsto, para los que se quisieren disponer a buscar a Christo e imitar sus pasos en verdadera resignación; haciéndolo como El lo enseñó, diciendo: ¹⁴ *el que quisiere venir tras mí, niéguese a sí mismo*; esto es; no tenga voluntad en nada; *tome su cruz y sígame*. Y aunque es verdad, que tengo dados algunos principios para esto en la *primera Cartilla* que salió a luz este año,¹⁵ y en otra¹⁶ que siendo Su Majestad servido, se dará a la estampa muy presto; con todo eso, me ha parecido el reforzar este intento, redoblando la verdad con razones vivas, y autoridades de Santos y Padres de la Iglesia: de que se pueden aprovechar los doctos y leídos, para convencerse y persuadirse a seguir a nuestro buen Maestro y Señor en esta desnudez y resignación. Lo cual no pude hacer en las demás obras; así por haber pretendido en ellas la brevedad; como porque hablo allí con la gente sencilla, y que sólo pretende saber la verdad, sin echar de menos la raíz, ni buscar el origen. Su Majestad sea servido de penetrar con éstas los corazones de los que las leyesen y llenarlos de suerte de su amor santísimo, que olvidados de sí y de todo lo demás, no salgan de Dios. Amén.

14 Mat. 16, 24.

15 Debe referirse a la primera edición de la *Cartilla primera* que, probablemente tuvo lugar el año 1635. Pudo ser también el año 1636.

16 Esta "otra" es la *Cartilla segunda*. Como *Camino Derecho* no se imprimió hasta el 1783, la *Cartilla segunda* le tomó también la delantera; puesto que la primera edición de esta *segunda Cartilla* — y tras esta edición tuvo muchísimas más, antes de 1783 —, fue hecha en Zaragoza, año 1651. Al menos, por ahora, yo no conozco otra anterior.

LIBRO PRIMERO DE LA ORACIÓN

Capítulo Primero

QUE EL INTENTO DE ESTE LIBRO ES TRATAR DE LA ORACIÓN MENTAL Y NO DE LA VOCAL: Y QUE ÉSTA NO CONSISTE EN EL MODO ORDINARIO QUE HAY DE REZAR SÓLO CON LA BOCA

No es mi intento en este libro tratar de la oración vocal, sino de la mental e interior; que bastantemente me excusan de aquélla los muchos y provechosos libros y devocionarios que acerca de ello hay escritos. Con todo eso quiero de paso advertirte que la oración, aunque sea vocal, no consiste sólo en hablar y rezar con la boca, sino en que el corazón atienda a aquello que se va rezando y que hablas con Dios y estás a su presencia; como dejo advertido en la tercera parte de la *Cartilla primera*¹ y así te pido no seas tú de los que piensan que con sus Rosarios y Ave Marías mal rezadas han de negociar con Dios; porque aunque si se rezase como se debe, es muy importante medio y de gran provecho para la alma; pero como se reza ordinariamente, no sólo se negocia poco, antes se ofende a Dios, si no se reza con atención.

Y así, hay muchas personas tenidas por virtuosas, dice el P. Fray Juan de los Angeles,² porque rezan el Oficio de nuestra Señora, diferentes Rosarios, estaciones y otras devociones; pero es sin más aprovecha-

1 Cap. 1.

2 Más adelante (lib. 2, capítulos 5, 10 y 14; lib. 3, cap. 29) concreta Falconi los lugares citados de Fr. Juan de los Angeles. Aquí no concreta, como tampoco concreta en el cap. 3, de este mismo lib. 1. El místico franciscano era muy conocido en todos sus escritos, por Falconi, y de él recibió poderoso influjo. En la *Carta a un Religioso* se cita el libro de la *Presencia de Dios*.

miento en su alma, ni más enmienda de vida un día que otro; porque, cuando rezan, todo es hablar con la boca, como el Papagayo que sabe pronunciar Ave María y otras palabras devotas y las repite muchas veces: esto mismo hacen los tales; y el rezar lo toman como tarea y así procuran concluir con ella para quedar des-
embarazados.

Es también donosa cosa ver algunos abrasados en vicios y pasiones; y muy armados de cuidado por otra parte, sólo por cumplir con sus devociones y rezos; y no cuidan de enmendar sus vicios, ni de dejar de hacer un día lo que su apetito desordenado les pide: y no querría hiciese burla el diablo de ellos: porque con ese su rezar andan satisfechos, pensando les basta ese modo de servir a Dios, teniéndolos el enemigo por otra parte armados trampales, con que sabe los tiene seguros para dar con ellos en los calabozos eternos.

Ruego mucho a los tales entren en cuenta consigo y se pregunten a sí mismos; este modo de tratar con Dios y de rezar que tenemos ¿qué enmienda causa en nuestras costumbres? ¿en qué vicio o mal hábito de jurar, maldecir, mentir o hablar mucho vemos enmienda? que si en esto no hay mejoría después de rezar un mes y otro; y un año y otro; clara señal es de lo poco que les aprovecha su modo de rezar.

Por lo cual, les importaría más que todas sus devociones el buscar un modo de rezar y orar que les sirviese de remedio y de freno para enmendar sus costumbres; y reformarse en el mentir, murmurar y otros tales peligros. Esto es, pues, lo que te queremos enseñar; un modo de orar más fácil y mucho más provechoso que el rezar de boca solamente.

Capítulo II

EN QUÉ CONSISTE LA ORACIÓN, Y DEL MODO QUE SE HA
DE TENER

ALGUNOS modos de oración nos enseñan los Santos: de los cuales pondré aquí dos, que son a los que se reducen otros muchos. El primero pondré en este Capítulo; y el segundo en lo demás, que se sigue.

El primer modo es, el que comúnmente llaman Meditación y el segundo se llama Contemplación. El primero, pues, es muy acomodado: y consiste, en levantar el corazón a Dios, creyendo que estás delante de El; y considerar y rumiarse algo, que te mueva a arrepentimiento de tus pecados, a deseo de enmendarte y a amar mucho a Su Majestad y no salir un punto de su voluntad: para esto, el principal motivo y medio que hay, es, considerarle hecho hombre y todos los misterios de su Pasión y Muerte; considerando en eso lo mucho que debes a ese Señor; pues pasó por ti tan crueles tormentos y afrentas, como nos cuenta el Evangelio. Y esto lo puedes hacer al modo que va en esa Cartilla: que, aunque anda por ahí suelta, lo quise, con todo eso, poner aquí por parecer más acomodado para el intento.

PRÁCTICA DE LA ORACIÓN DE MEDITACIÓN

Por la mañana y lo mismo a la noche (aunque te duermas) a la hora que tuvieres más comodidad y en el aposento o lugar que pudieres, ora sea en casa, ora en la iglesia, ponte de rodillas; y si te cansares demasiado por tener algún achaque, estáte en pie o siéntate, a más no poder y no te arrimes; y, si estuvieres malo, estáte en tu misma cama: persíguate y haz un acto de arrepentimiento de tus pecados, procurando tener contrición de ellos, con propósito verdadero de la enmienda; para lo cual te puedes disponer con las palabras siguientes, u otras semejantes, o sólo con el corazón, sin palabra alguna: que, si pongo aquí esto, es porque tengan algo delante de que valerse los que menos saben; como queda también dicho en la *primera Cartilla*.¹

Acto de contrición

Yo soy Señor aquel atrevido hijo por cuyos pecados os hicisteis hombre y os dieron azotes, os abofetearon, mesaron las barbas, coronaron de penetrantes espinas,

1 . 2.^a parte, cap. 1.

y os clavaron en una Cruz; donde, padeciendo los mayores dolores y congojas, que jamás en el mundo se han padecido, disteis la vida por mí. Y no sólo esto, Señor; sino que, como vil sayón, yo mismo os he azotado y crucificado otras muchas veces con mis atrevimientos y maldades. Pésame Señor de ellas, pésame Señor de todo corazón de cuanto os hubiere ofendido en el discurso de mi licenciosa y desconcertada vida, por ser Vos sùtamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas; y pésame de que no me pese mucho: y propongo firmemente la enmienda con vuestra ayuda; y de tal manera amaros, que aprecie y estime más vuestra santa voluntad que todas las cosas criadas que puedan ser o causar ofensa vuestra.

Y hecho esto, considera con los ojos de la fe que tienes delante a ese Señor; y que estás mirando lo que padeció por ti en algunos de los pasos de su Pasión Sagrada, como ya te dije en la segunda parte de la *Cartilla primera*.² Pongo ejemplo: Cuando le azotaron; considera con los ojos de la fe viva el gran sentimiento, que tendría viendo desnudar sus Santísimas Carnes y que le ponían a la vergüenza delante de todos, atado a una columna, donde atrevidos sayones le dan tantos y tan crueles azotes, que todo su Cuerpo Santísimo reventaba sangre; y que se están así aquellos crueles sayones azotándole mucho tiempo, hasta que ellos se cansaron y él no se cansó de padecer por ti. Y persevera así, mirando con la fe ese afligido Señor. Considera que es el que crió los Cielos y la tierra; a quien adoran los Angeles, que es tu Dios y Señor verdadero; el que pudiera todo este mundo universo en un instante consumirlo: y con toda esa Majestad quiso padecer por ti tales tormentos, y pon la consideración en esto, doliéndote si pudieres de sus dolores y trabajos; y procurando que se te rasgue el corazón de pena, de que seas con tus pecados causa de ello. De donde podrás colegir, cuánto te debe pesar de los descomedimientos, maldades y torpezas con que le has ofendido en tu licenciosa y desvergonzada vida: propón firmemente de enmendarte; trocar las malas costumbres en servicios, que hagas a este Señor; obedeciendo sus Manda-

mientos y no saliendo un punto de su voluntad, sino resignándote totalmente en ella.

DE UN MODO ALTO DE CONSIDERAR CUÁN GRANDE SERÍA LA PASIÓN DE AMOR QUE PADECERÍA LA DIVINIDAD; COLIGIÉNDOLO DE LA PASIÓN QUE PADECÍA LA HUMANIDAD

Dice la Iglesia nuestra Madre que el hacerse Dios hombre fué para que, conociendo a Dios con modo visible y criado; fuésemos de ahí arrebatados al conocimiento y amor de Dios invisible e increado. ¡Oh quién supiese explicar la alteza que aquí está encerrada! ¡Oh quién supiese dar a entender lo mucho que hay que entender en este exceso nimio e infinito amor y padecer de la Humanidad! ¡Y cuánto se colige de aquel inexplicable y excesivo exceso de amor con que la Divinidad ama a los hombres!

Advertencia acerca de la Meditación

Y en sintiendo en ti algún buen afecto de dolor de pecados o propósito de nunca más pecar o deseo de padecer por Dios injurias, necesidad, dolores u otra cosa, o deseo de amarle u otro cualquier buen afecto; no medites más por entonces, sino párate en ese buen afecto y estáte en él (como te dije ya en la *Cartilla primera*)³ como entrañándole en tu alma; y perseverar así a los pies de Cristo como la Magdalena, callando: que en esto está la ganancia y no en el discurrir y considerar. Y no estés con ansia de pasar adelante a tener otro afecto, ni otra cosa; porque será estorbar el provecho de tu alma: sino sosiégate así, hasta que te veas ya tibio y distraído y como fuera de aquel buen sentimiento y afecto; y viéndote así torna a hacer ponderación de lo que padece ese Señor, y quién es esa Majestad Soberana, y por quién lo padece; meditándolo con atención, y diciéndole alguna u otra palabra amorosa; como será: ¡Cristo mío, lavadme con esa sangre! ¡abrasadme con ese amor!, ¡muera yo antes que ofenderos! Y si tornares a ver en ti algún buen afecto de

3 2.^a parte, cap. 3.

dolor u otro, quédate en eso como lo dije y empapa ahí la voluntad sin hacer más meditación, sino estáte mirando ese Señor con quietud, aunque se te pase toda la hora u horas en ese afecto: que no es tarea que se han de pasar todas las consideraciones que se pueden hacer acerca de la Pasión.

Y la razón de esto es porque la meditación del entendimiento es medio para mover la voluntad a los afectos dichos, que son los que se pretende sacar; y así, tanto se ha de meditar y considerar, cuanto baste a mover la voluntad a ellos; y en habiendo alguno que la mueva, estarse en él, dure lo que durare, que a eso se va.

Y adviértase mucho esto; porque en hacerlo así está todo el punto y aprovechamiento de la oración; y lo demás que es engullir consideraciones y revolver más y más meditaciones; es, como quien come mucho y digiere nada.

Pero advierte que si en ninguna consideración o jaculatoria o diligencias de cuantas hicieres, no sintieres ningún buen afecto, sino que estás seco, duro y como un leño, no te dé eso pena; sino sufre tu sequedad y a ti mismo, con resignación; y estáte ahí perseverando: que quizá en eso agradarás más a Dios y merecerás más que si estuvieres muy devoto y gustoso.

Lo mismo que he dicho en este paso puedes considerar en su modo en otro cualquiera; como en la Oración del Huerto; en las bofetadas y empellones que le dieron, mesándole sus barbas, en el llevar la Cruz a cuestras, o en el mismo crucificarlo; considerando en cada uno de esos trances los intensísimos dolores, las congojas, las ansias, las afrentas que padeció por ti; y el fin e intento con que padeció: y de estos pasos podrás considerar cada día uno, o dos, o todos, o aquél con que mejor te hallares; aunque sea uno mismo muchos días: estáte ahí una hora, si pudieres, o lo que te dieren lugar tus ocupaciones; y si no pudieres una hora, sea media; y si no pudieres estar toda la hora de una vez por alguna ocupación, tenla en dos veces o más.

También podrás allí ponerte a considerar tu desconcertada vida y a conocer quién eres y esta diligencia del propio conocimiento importa mucho a los prin-

cupiantes; y es en la que convendría gastasen algunos días. Entra, pues, en cuenta contigo; considerando, cuán sin Dios, sin ley, sin razón has vivido; como un bruto, como bárbaro; considera también quién eres; un hombrecillo de tierra, un vilísimo gusano, un muladar asqueroso: Isaías dice,⁴ que tu carne era heno; y yo añadido, que también es cieno: porque siempre está ediendo a la suciedad de sus inclinaciones y torpes deseos, que como animales inmundos se andan revolcando siempre en ese negro y espeso cieno.

Y en lo demás ¿qué eres? un caballo desbocado en tus apetitos; un soberbio, vano, presuntuoso, atrevido, glotón, hablador, amigo de tu gusto en todo, de que a ti sólo te estimen, conozcan tus habilidades y hagan caso de sólo lo que a ti toca, y finalmente un todo para ti y nada para Dios, ni para tus prójimos: conócete ahí, conócete; que aún mucho menos eres que eso; pues eres nada e hijo de la nada: siéntate como Job en tu muladar, humíllate ahí, que tú esa sola habitación mereces, hasta que trates de enmendar tu desconcertada vida.

También podrás; y aún te será este más breve y fácil modo de negociar con Dios en la oración; estar allí delante de Su Majestad, diciéndote una u otra razón devota; como decir: Señor tened misericordia de mí: apartad los ojos de mis maldades: doleos de mi miseria, ya que yo no me sé doler. ¡Oh bondad infinita! quién no os hubiera ofendido: u otras razones, las que quisieres a este modo; y dichas poco a poco, podrás estar el tiempo de tu oración a la mañana y otro tanto a la noche; y de esa suerte lo podrás hacer todos los días de la semana. Y no me quiero ahora detener en ponerte aquí diversas consideraciones de la Pasión de Nuestro Redentor, del conocimiento de ti mismo y de tus miserias y postrimerías; porque hay muchos libros que tratan de ello; sólo te quiero advertir, como ahora verás, que no te has de estar siempre en ellas: porque eso fuera coincidir con el tema de los que piensan es necesario meditar siempre y que nunca se ha de dejar eso: lo cual es manifiestamente contra la doctrina del

Evangelio y contra la de todos los Santos, que uniformemente enseñan, que se ha de dejar la meditación para pasar a la contemplación.

Capítulo III

QUE NO SE HA DE MEDITAR SIEMPRE, SINO QUE SE HA DE PASAR A LA CONTEMPLACIÓN

DIGO, pues, que no te has de estar toda la vida en esas consideraciones y discursos; sino en habiéndote ocupado en ellas algún tiempo, como luego diré, dejarlas y ponerte aquellos ratos delante de Dios, gastándolos en estar creyendo que está presente; amándole y resignándote en su voluntad, sin meditar en cosa alguna ni discurrir en nada: y eso es contemplar, como dice Santo Tomás, estar mirando el objeto presente con los ojos de la fe; y esto con un simple mirarle sin discurrir ni meditar. Y es tan cierto y averiguado que no se han de estar siempre detenidos en las meditaciones y discursos, que no sé cómo puede haber quien dude de ello, ni de qué se han de dejar para pasar a la contemplación. Y para que mejor se vea esto; supongo la doctrina tan sabida de los Santos del oficio de la meditación, y el de la contemplación: que el de meditación es buscar, discurrir, rumiar o mascar el manjar divino; es caminar o moverse; y finalmente es medio no más para llegar al fin; pero el de la contemplación es hallar la cosa; es gustar y sosegar el manjar divino interiormente; es el fin y término del caminar; y es llegar a entender y conocer a Dios. Y así dice el Santo Fray Pedro Alcántara: ¹ la una busca, la otra halla; la una

¹ Falconi cita así: "Aviso 8 de la oración y Meditación". A este mismo aviso 8.º volverá a referirse varias veces más adelante (lib. 7, cap. 3, cap. 16; lib. 3, caps. 4 y 20), y en la *Carta a una hija espiritual*.

Falconi pudo usar la edición del *Tratado de la oración y Meditación*, Valladolid, 1620, o la de Zaragoza, 1623. Yo comprobé en la edición de Baeza, 1654, en la cual el *Octavo aviso* corresponde a los folios 89-94. Sobre las relaciones que este librito, atribuido a S. Pedro de Alcántara, tenga con el *Tratado de la oración y Meditación* de fray Luis de Granada, dejamos la palabra a la crítica. Véase, ex. gr., lo que dice Fr. Efrén de la Madre de Dios (*Biografía de Santa Teresa*, B. A. C., Madrid, 1951, cap. 10, artículo 1, págs. 511-512).

rumia el manjar, la otra le gusta; la una discurre y hace las consideraciones; la otra se contempla con una simple vista; la una es como medio, la otra como fin; la una como camino y movimiento; la otra como término de este camino.

Pues dime ahora: ¿si uno estuviese siempre mascando y rumiando la comida en la boca y nunca la tragara para sosegarla y digerirla con quietud en el estómago, en qué provecho la entrara? ¿Y si uno que anda camino para ir a un lugar, siempre se estuviera caminando y nunca quisiera entrar en el lugar, ni soltar la mula ni apearse y sosegar en él; de qué fruto le era el caminar? o ¿cómo pudiera vivir y sustentarse si todo se le fuera en mascar y no digiriera? Pues si el meditar y discurrir es mascar; y el contemplar es tragar y digerir la comida; síguese claramente que ha de dejar de rumiar y discurrir para contemplar y digerir esta comida divina; y que ha de dejar el camino de discurrir y entrar en el lugar, o aquietarse en la contemplación; pena de que será todo cansarse y no alcanzará el fin deseado.

Además de que, si el que medita no llega a quedarse en el conocimiento e inteligencia simple de la verdad, mediante la fe de la contemplación; ¿de qué le sirve a aquél discurrir y meditar? Eso dígallo Santo Tomás,² el cual dice: “que aquel discurrir e investigar es de poco o ningún provecho si no viene a parar a la simple vista del entender y contemplar la verdad”.

Dígallo también San Buenaventura:³ el cual enseña que quedará imperfecta y poco útil la meditación que no viene a parar en contemplación. Luego es necesario no porfiar en las meditaciones para pasar a la contemplación. ¿Cuándo se ha de dejar y a qué tiempo? Eso es otro punto, del que hablaremos luego: pero que hay tiempo, en el que no hay que porfiar en meditar, no cae debajo de duda.

2 El Ms. cita así: “*Supr cap. 22 de div. nomin. let. 2*”. Véase: *Doctoris Angelici Divi Thomæ Aquinatis... opera omnia*, studio ac labore Stanislai Eduardi Fretté, vol. 29, París, 1876; *Commentaria in lib. de Divinis Nominibus*, cap. 2, lectio 2, pág. 401 y ss.

3 Falconi cita así: “*Opusc. de sept. itin. ætern.*” Sabido es que la crítica adjudica esta obra al alemán Rodolfo de Wibraco (1360), si bien, en tiempo de Falconi, se atribuía a S. Buenaventura.

El mismo angélico Doctor Santo Tomás⁴ dice expresamente, tomándolo de San Dionisio: que se han de dejar todos los discursos para fijar los ojos de la fe en la divina verdad, sin ruido de consideraciones. Porque habiendo dicho el Santo la diferencia que hay del modo con que el hombre conoce las cosas; que es con discurso y ración; yendo de uno en otro (al modo con que el Angel las conoce, que es con una simple vista y sin discurso) para explicar el Santo cómo ha de ir perfeccionándose el hombre en su modo de conocer a Dios, para asimilarse al Angel, dice estas palabras: "Por esto San Dionisio señala este conocimiento en los Angeles"; "en cuanto uniformemente, sin principio, ni fin, esto es, sin discurso, conocen a Dios: pero en la alma del hombre, antes que llegue a esta uniformidad, importa quitar de ella esta imperfección del discurso" (nota mucho esta palabra en que dice importa que quite el hombre la imperfección del discurrir, que es el meditar). Y esto sucede, según que todas las obras de la alma se reducen al simple conocimiento de la verdad inteligible: Y esto es lo que dice San Dionisio: que es necesario una uniforme junta de la virtud intelectual, para que, cesando el discurso, se fije la vista de la fe en la contemplación de una simple verdad". No pudo decir más claro que se han de dejar los discursos y consideraciones; y quedarse en una simple vista de fe, creyendo la verdad divina, sin haber consideración alguna discursiva.

Esto enseñó maravillosamente el Santo Fray Pedro Alcántara en unos avisos que da acerca de la meditación: ⁵ donde como más principal aviso de esta materia advierte que se procure hacer de la meditación medio para pasar a la contemplación, dejando la una por la otra. Sus palabras son así: "El último y más principal aviso sea; que procuremos en este santo ejercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una escalón para subir a la otra: de aquí se infiere una cosa muy común que enseñan todos los Maestros de la vida espiritual (aunque poco entendida de los que la leen) conviene a saber; que así como al-

4 El Ms. cita exactamente: "2-2, q. 180, a. 6 ad 2, ex D. Dion. capítulo 4 de Div. nom. part. 1 paulo post ante medium".

5 Loc. cit.

canzando el fin, cesan los medios; como tomado el Puerto, cesa la navegación; así cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación llegase al reposo de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella trabajosa y piadosa inquisición; contentándose con una simple vista y memoria de Dios, como si se le tuviese presente: y debe luego dejar todos los discursos y pensamientos, por muy altos que parezcan; no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor: que no es otra cosa, que cesar el movimiento llegado al término; y dejar la meditación por amor de la contemplación. En este tiempo, pues, deseché el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren; acalle el entendimiento, quiete la memoria, no especulando por entonces cosas particulares de Dios; conténtese con el conocimiento que de él tiene por fe; y aplicar la voluntad: y aún de sí mismo y de lo que hace se había de olvidar: porque, como decía uno de aquellos Padres: aquella es perfecta oración donde el que está orando no se acuerda que está orando". Palabras son todas tuyas que he resumido de todo el aviso que en esto dá (por no cansar con todo lo demás al lector). Lo mismo advierte y enseña el Padre Fray Juan de los Angeles, ponderando mucho que estas meditaciones no son para siempre.⁶

Esta misma es doctrina general de todos los santos: y así, no hay necesidad de referirlos ahora; por ser cosa tan común y sabida: y la razón de ella es llana: porque todas las meditaciones y discursos no son más que medio para la contemplación que es el fin deseado; como dijo poco ha el Santo Fray Pedro Alcántara: luego estarse en ellas sería hacer fin de ellas y pervertir el orden de las cosas: luego hanse de venir a dejar y quedarse en la contemplación: y esto será cuando no se pueda meditar.

Esta es una doctrina que es menester notarla mucho, porque no suceda como dice San Bernardo,⁷ "que los principales pasen de los límites y tiempos que los

6 Tampoco precisa aquí Falconi la cita de Fr. Juan de los Angeles. Véase lo que dijimos en el cap. 1, lib. 1.

7 Sin duda que Falconi tomó esta cita a través de otro autor, sin señalar el autor de donde la tomó, ni la obra de San Bernardo a que pertenece.

Santos Padres señalan para meditar, deteniéndose en ello más de lo necesario". Porque, como ahora poco ha decía el Santo Fray Pedro, aunque es doctrina certísima y enseñada de todos los Maestros de la vida espiritual; con todo eso no acaban de entender los que la leen o no quieren acabar de persuadirse a que ha de venir tiempo en que no ha de haber meditaciones, sino quedarse en la oración en solo contemplación y resignándose en sus manos: y no hay que persuadirles a que esto ha de ser así: y así dan y toman en que han de meditar y pensar en esto y en lo otro: y aunque Dios más les quite las ganas de pensar y meditar, ellos se hacen sordos y porfían que no, que no ha de ser así; sino que han de meditar y discurrir, y si no lo hacen así les parece pierden tiempo y que no hacen nada: y por esta razón muchos dejan la oración: porque por una parte ven que ya no pueden meditar; y por otra, no entienden cómo pueda haber oración sin meditar. Supuesta pues esta doctrina, veamos ahora a qué tiempo no se ha de porfiar en meditar.

Capítulo IV

CUÁNTO TIEMPO SE HA DE GASTAR EN MEDITACIONES Y CUÁNDO SE HA DE PASAR A LA CONTEMPLACIÓN

DIGO, que de esto no se puede dar regla fija: porque unos han menester mucho tiempo y a otros les basta menos: porque, como notó muy bien el Venerable P. Fr. Juan de la Cruz a la gente religiosa y a otros, que no han sido muy distraídos, con poco les basta.

Y así; lo que en esta parte se ha de decir es, que cada uno ha de meditar todo el tiempo que pudiere; y gastar en meditaciones todos los días, meses y tiempo que pudiere aplicarse a ellas: hasta que Dios le saque del estado de meditar y le ponga en el de contemplación. Hasta aquí no tiene duda. Ahora resta saber cuándo entenderemos que Dios saca de aquel estado y le pone en estotro; para que, ni se deje el meditar antes de tiempo, ni se le tenga en él más de lo necesario.

A lo cual respondo: que supuesto que no hemos de pedir que Dios lo revele, ni se ha de aguardar a milagros, será fuerza valerse para conocerlo de algunas señas, indicios o efectos que vea el alma; para conocer y rastrear por ahí que ya está sazónada; y que Dios la saca del meditar y la pone en la contemplación.

Las señales, pues, e indicios por donde el corriente común de los Santos y Maestros espirituales dicen que se ha de conocer esto y que está o no, para dejar de porfiar en el meditar y que entenderá que Dios le saca de él, es; cuando no halla gusto ni jugo de devoción en el meditar: ni puede sacar afectos o jaculaciones, ni hacer otros actos devotos; antes, sequedad, repugnancia y desgana de poner la consideración en consideraciones particulares; sino que solo gusta de estarse con una atención amorosa en general, de que está con Dios: de manera, que como antes gustaba de meditar en Cristo, ahora ya no gusta más que de creerle con una atención amorosa, simple y oscura con todo Dios (ora sea creyendo en todo Dios y hombre en común, ora en algún misterio particular de Cristo). Entonces, pues, es tiempo ya de no hacer fuerza al meditar, sino de perseverar en la contemplación; que es aquella noticia oscura, amorosa en todo Dios y hombre en general o en particular. De manera que, para decirlo en una palabra, todo el tiempo y veces que se pudiere meditar o jacular o hacer otros actos o afectos devotos, sin hacer mucha fuerza, todo ese se ha de meditar, o sacar otros afectos: y en no pudiendo, quedarse en la contemplación. Y por la misma razón al contrario; todas las veces que no pudiera aplicarse, ni gustar de la contemplación, sino que se aplica con jugo a la meditación; tór-nase a ella; hasta que se le quite la gana de meditar: porque como la contemplación es especialísimo don de Dios, no siempre está en nuestra mano (aun con la gracia ordinaria), sino que Su Majestad lo da y lo quita a tiempos; porque se vea que es don suyo. Y así, cuando no se pudiere contemplar, tornar a la meditación; y cuando no pudiera meditar, volverse a la contemplación. De manera que el contemplar ha de ser a más no poder meditar.

Esta es la regla más general y fija que se puede dar en esta materia: la cual es doctrina común y corriente

de los Maestros espirituales: pero por ser esta doctrina más particularmente explicada por unos que por otros, referiré aquí los que más claramente, a mi parecer, lo enseñan. Y entre ellos sea el primero el V. P. Fray Juan de la Cruz. Dice, pues en la *Subida del Monte Carmelo*:¹ "Convendrá dar a entender a qué tiempo y sazón convendrá que el espiritual deje la obra del discursivo meditar por las dichas imaginaciones, formas y figuras; porque no se dejen antes o después que lo pide el espíritu; que así como conviene dejarlas a su tiempo para ir a Dios, porque no impidan; así también es necesario no dejar la dicha meditación antes de tiempo, para no volver atrás: porque aunque no sirven las aprensiones de estas potencias para medio próximo de unión a los aprovechados, todavía sirven de medios remotos a los principiantes para disponer, y habitar el espíritu a lo espiritual por el sentido y para vaciar de camino todas las otras formas e imágenes bajas, temporales, seculares, naturales: para lo cual diremos aquí algunas señales y muestras, que ha de ver en sí el espiritual, con que conozca si podrá dejarlas o no, en aquel tiempo: las cuales son tres.

"La primera es, ver en sí que ya no puede meditar, ni obrar con la imaginación, ni gustar de ellos como antes solía: antes halla ya sequedad en lo que solía fijar el sentido y sacar jugo: pero en tanto se hallare y pudiere discurrir en la meditación, no la ha de dejar, si no fuere cuando su alma se pusiere en la paz que se dice en la tercera señal.

"La segunda es, cuando ve que no le da ninguna gana de poner la dicha imaginación, ni el sentido, en otras cosas particulares, exteriores ni interiores: no digo que no vaya y venga (que ésta aún en mucho recogimiento suele andar suelta) sino, que no guste al alma de ponerla de propósito en otras cosas.

"La tercera y más cierta es, si la alma gusta de estarse a solas con atención amorosa a Dios, sin particular consideración, en paz interior, quietud y des-

1 El Ms. cita así: "lib. 2, cap. 13". Véase: *Vida y obras de San Juan de la Cruz* (B. A. C., Madrid, 1950), pág. 638 y ss.

Es probable que Falconi haya usado la edición de las obras de San Juan de la Cruz, hecha en Madrid, 1630. Pudo valerle también de edición príncipe (Alcalá, 1618), o de la de Barcelona, 1619.

canse, sin actos ni ejercicios de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, a lo menos discursivos, que es ir de uno en otro; sino sólo en la noticia y advertencia general y amorosa que decimos, sin particular inteligencia de otra cosa.

”Estas tres señales ha de ver en sí juntas por lo menos el espiritual, para atreverse seguramente a dejar el estado de meditación y entrar en el de contemplación y del espíritu; y no basta tener la primera sola sin la segunda; ni tampoco basta ver en sí la primera y segunda señal, si no se ve juntamente la tercera.

”Aunque es verdad que a los principios que comienza ese estado casi no se echa de ver esta noticia amorosa (nota mucho esto), es por dos cosas: la una; porque a los principios suele ser esta noticia amorosa muy sutil y delicada y casi insensible: y la otra; porque habiendo estado la alma habituada a otro ejercicio de la meditación, que es más sensible, no echa de ver, ni casi siente, esta otra novedad insensible, que es ya pura de espíritu: mayormente cuando por no lo entender ella, no se deja sosegar en ello, procurando otro más sensible; con lo cual, aunque más abundante sea la paz interior amorosa, no se dá lugar a sentirla y gozarla.” Estas son sus palabras.

Y en estas últimas es mucho de notar como muchas veces no echan de ver esta noticia amorosa de Dios, por ser casi imperceptible; y así, luego se afligen y dicen que no hacen nada allí y que no piensan en nada de la Pasión de Cristo; sino que están como unas bestias: lo cual nace de lo que acaba de decir ahora este Venerable Padre: y es, que como estaban acostumbrados a las meditaciones de Cristo y a otras consideraciones y actos discursivos y sensibles y ahora no tienen éstos; y por otra parte no sienten aquella noticia amorosa; piensan que no hacen nada y que están allí ociosos: pero verdaderamente no lo están; porque, aunque no meditan en lo que antes meditaban, que era en Dios y en Cristo; pero creen ese Señor y atienden a El, aunque con noticia sencilla de un simple creer sin discurrir. Y así, los Padres Espirituales, a quienes llegaren los tales a dar estas quejas de que no hacen nada, es menester estar muy advertidos en no les dar crédito luego; porque no sea cosa de que los inquieten

de la obra interior y secreta, mandándolos meditar y sacándolos del estado de contemplación en que Dios les tiene puestos.

Estas mismas señales para pasar a la contemplación pone también Taulero, dándolas por regla cierta; para que en viéndolas en sí alguna persona pueda seguramente no afligirse por ver que no puede usar de la meditación, ni de las imaginaciones y formas que sirven para ella: y así propone la duda siguiente:

“Preguntará alguno, dice Taulero,² si se han de desechar las imaginaciones santas y buscar a Dios en puro espíritu; y responde así: “Es de advertir, que hay tres señales, por las cuales se puede conocer cuándo las dichas imaginaciones se han de desechar; porque no suceda, que se despidan más presto de lo que conviene; ni que se esté en ellas deteniéndose demasiado. La primera es, cuando ya nos causa tedio el considerar aquellas cosas que oímos o entendemos (meditando en estas imágenes santas se entiende). La segunda es cuando lo que oímos o entendemos meditando en estas imágenes santas, ya no nos causa deleite alguno. La tercera es, cuando sentimos que crece dentro de nosotros la sed y deseo de aquel sumo bien; de tal manera, que digamos: Señor, Dios mío, ya no puedo pasar adelante. El que hallase, pues, estas tres cosas en sí, no sólo podrá, sino que deberá desechar de su consideración aquellas imágenes santas, que dijimos y lo que en ellas solía obrar y discurrir; de manera, que en no pudiendo meditar, considerar, ni hacer afectos y como que no se puede pasar adelante, entonces ya es tiempo de no meditar, ni matarse, sino contentarse con creer los misterios.”

No menos clara y expresamente, como apunté a decir en el tratado primero de la *Segunda Cartilla*,³ enseña la Santa Madre Teresa de Jesús en sus Moradas, como el no poder meditar, ni discurrir así en los misterios de la Pasión, como en otra cualquiera cosa, procede de que ya ha hecho Dios al alma merced de ponerla

² Aunque Falconi no concreta esta cita de Taulero, corresponde a las *Institutiones* del famoso dominico. Véase: *Joannis Tauleri Sermones... Institutiones* (Lugduni, 1557), *Instit.* cap. 35, páginas 378-379.

³ *Trat.* 1, cap. 7.

en estado de contemplación: y así, por haberla levantado Nuestro Señor a ella, ya no puede, ni gusta de la meditación: “Hay algunas almas”, dice la santa,⁴ “y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como el Señor las llega a dar contemplación perfecta, querrían siempre estar allí: y no puede ser: mas quedan con esa merced del Señor de manera, que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión del Señor y de la vida de Cristo, como antes: y no sé qué es la causa; mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento inhabilitado para la meditación: creo que debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar a Dios, como una vez se halla y queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad a tornarle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento.”

No pudo decirlo la Santa más claro y más a nuestro intento; de que, en no pudiendo meditar, ni gustando de ello el alma, es señal de que la ha levantado ya Nuestro Señor al estado de contemplación, gustando de estarse con sola atención amorosa a nuestro Señor, sin otras consideraciones particulares; y que si se aplica y siente en sí inclinación y afición a eso, es señal cierta de que Nuestro Señor la levanta a este modo de oración, por especial llamamiento y vocación.

Enseña también esta doctrina el V. Padre Luis de la Puente en la vida que escribió del V. Siervo de Dios Padre Baltasar Alvarez; donde dice:⁵ “La verdad es, que a la contemplación no se ha de adelantar nadie de golpe, sino que Dios le levante por especial vocación. Pero Su Majestad no está atado a tiempos, ni a meditaciones; sino que levanta a ella a los que quiere, cuando y de la manera que quiere; sin que por eso haya lugar, ni año, ni tiempo determinado; sino sólo su voluntad santísima, cuyos deleites son conversar con los hijos de los hombres; pero con unos más familiarmente que con otros, por especial gracia que llamamos vocación.”

4 Moradas sextas, cap. 7. — Véase *Obras completas* de Santa Teresa de Jesús (B. A. C., Madrid, 1954), pág. 450.

5 *Vida del P. Baltasar Alvarez, religioso de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1615. En la edición de esta *Vida*, realizada en Madrid, 1880, la cita corresponde al cap. 15, pág. 160 y ss.

Más adelante (lib. 1, cap. 17; lib. 2, capítulos 7-9) Falconi volverá a citar al P. Baltasar.

Y llegando a explicar en particular cuándo se conocerá que un alma tiene especial vocación de Dios para esta oración de contemplación, dice así en el mismo capítulo: "Vocación es una aspiración y moción, o afición grande que se imprime en el alma, inclinándola a este modo de orar. De manera; que en viéndose un alma con inclinación y aplicación a la contemplación sencilla y sin discursos y que con facilidad se acomoda más a esto que no a meditar; esto es levantarla Nuestro Señor y darla especial vocación para la contemplación."

Advertencia

EN QUE SE INFIERE DE LO DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO
QUE NO SE HA DE DEJAR VOLUNTARIAMENTE LA IMAGEN
INTERIOR DE CRISTO, NI SUS MEDITACIONES

Antes que pase adelante a explicar y comprobar más la doctrina que vamos explicando del estado y sazón en que se ha de dejar la meditación, quiero poner una advertencia muy importante acerca de la imagen interior de Cristo y sus meditaciones: y es que de lo dicho atrás se infiere forzosamente que si las demás meditaciones, aunque no sean acerca de la imagen de Cristo, sino del juicio e infierno y miseria humana, no se han de dejar voluntariamente, sino usarlas hasta que Dios saque de ellas y levante a la contemplación; mucho menos y con mucha más razón no se habrán de dejar las meditaciones acerca de Cristo y su Pasión (como algunos quieren que se dejen) antes que Dios quite la gana de meditar; sino que se ha de procurar perseverar en ellas todas las veces que se pudiere meditar; y se ha de procurar conservar la meditación de Cristo y su Pasión e Imagen, siempre que buenamente se pudiere hacer, hasta tanto que se sienta un alma que ya no puede figurar en su imaginación la imagen de Cristo; y que ya le es tan dificultoso que casi le es imposible: que entonces no hay para que hacer demasiada fuerza a figurarla en la imaginación: como dije en la *Segunda Cartilla*, tratado primero; que bastará quedarse con la fe de ese Señor y sosegar en una simple no-

ticia general de Dios todo en común, como es en sí Dios y hombre: que pues el día de hoy y después que encarnó es en sí Dios y hombre, esa noticia de Dios como es en sí (según después diremos en el libro tercero) incluye forzosamente humanidad y divinidad. Y la razón porque el alma en llegando a contemplar a Dios en esta noticia general no puede meditar es: porque, en sustancia, aquella noticia general comprende en sí todas las cosas de Dios; y así viene a no poder meditar en particular y figurar esta imagen santísima: y entonces, ese no poder figurarle ni meditarle, no es dejar el alma la imagen y meditación de Cristo voluntariamente y pudiendo; sino levantarla a que con simple fe le considere y le crea y no con meditación y figuras sensibles.

De manera, que bien se ve que una cosa es el dejar la imaginación y meditación de Cristo voluntariamente, quien puede figurarle y meditarle; y otra cosa es el que el mismo Dios se la quite, quitándole la aplicación que antes tenía a eso y dándosela para que con simple fe lo considere; y no con meditaciones, y discursos: que lo primero que es dejarla voluntariamente, de ninguna manera se ha de hacer; y lo segundo, que es el que se la quiten, no se ha de procurar impedir; ni aun habrá para qué hacerse mucha fuerza a meditar entonces; sino contentarse con un simple creer en todo ese Señor, Dios y hombre, sin figurarle, ni discurrir acerca de El.

Capítulo V

EXPLÍCASE POR QUÉ EL NO PODER NI GUSTAR DE MEDITAR; Y APLICARSE A LA CONTEMPLACIÓN, SEAN SEÑALES DE QUE YA NO HAY QUE FIARSE MÁS EN LA MEDITACIÓN; Y DE QUE DIOS LEVANTA EL ALMA AL NUEVO ESTADO DE CONTEMPLACIÓN

A dos señales se reducen las tres referidas y todo lo dicho, de conocer cuándo es tiempo de no porfiar en la meditación y pasar a la contemplación: que son: el no poder ni gustar de meditar; y el aplicarse a estar en silencio en aquella noticia general de

todo Dios, sin discursos. Ahora resta que comprobemos y expliquemos por qué dos cosas sean bastante indicio y señal para lo dicho.

Y así, para mayor claridad explicaremos primero la primera señal, que es, el no poder ni gustar de meditar; y después la segunda.

De la primera, pues, con dos razones explica el Venerable P. Fray Juan de la Cruz en el capítulo cuarto del libro segundo de la *Subida al Monte Carmelo*,¹ por qué sea señal de que ya es tiempo de dejar la meditación el no poder ni gustar de meditar: el cual dice así: "Es de saber, que el haber el espiritual de dejar la imaginaria y meditación sensible cuando ya no gusta de ella, ni puede discurrir, es por dos cosas, que casi se encierran en una. La primera; porque en cierta manera se le ha dado ya al alma todo el bien espiritual que había de hallar en las cosas de Dios por vía de meditación y discurso: cuyo indicio es el no poder ya meditar, ni discurrir, como solía; y no hallar en ello jugo ni gusto de nuevo, como antes; porque no había corrido antes de esto hasta el espíritu, que allí para él había: que de ordinario, todas las veces que el alma recibe algún bien espiritual de nuevo, lo recibe gustando, a lo menos en el espíritu, en aquel modo por donde le recibe y le hace provecho; y si no por maravilla le aprovecha: porque es al modo que dicen los filósofos, lo que da sabor, cría y engorda. Por lo cual dijo Job: por ventura ¿podráse comer lo desaborido que no está guisado con sal? Esta es la causa de no poder considerar y discurrir como antes; el poco sabor que halla el espíritu en ello y el poco provecho." Estas son sus palabras. Y así, supuesto que ya no halla gusto ni sabor en el meditar; es señal que ya no le ha de aprovechar, ni engorda el espíritu ese modo de orar, sino otro; que es el de la contemplación, a que Dios le llama: porque, si aquello sustenta y aprovecha al alma, en que halla sabor, gusto y aplicación; aquello en que no halla esto, poco o casi nada le aprovechará. "La segunda, prosigue luego, porque ya el alma en este tiempo tiene el espíritu de la meditación en sustancia y hábito:

¹ No es precisamente en el capítulo cuarto, sino en el décimocuarto. — Véase loc. cit., pág. 640 y ss.

porque el fin de la meditación, y discursos en las cosas de Dios, es sacar alguna noticia y amor de Dios; y cada vez que el alma la saca es un acto: y así como muchos actos en cualquier cosa vienen a engendrar hábito en el alma, así muchos actos de estas noticias amorosas, que el alma ha ido sacando en veces, vienen por el uso a continuarse tanto, que se hace hábito en ella: lo cual también Dios suele hacer sin medio de los actos de meditación, a lo menos sin haber precedido muchos, poniéndolas luego en contemplación. Y así, lo que antes el alma iba sacando en veces por su trabajo de meditar en noticias particulares, ya por el uso se ha hecho en ella hábito y sustancia de una noticia amorosa general, no distinta ni particular, como antes: por lo cual, en poniéndose en oración, ya como quien tiene allegada el agua, bebe en saciedad; sin ser necesario sacarla por los arcaduces de las pasadas consideraciones, formas y figuras: de manera, que luego en poniéndose en Dios, se pone en acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada en que está el alma bebiendo sabiduría, amor y sabor: y ésta es la causa porque el alma siente mucho trabajo y sinsabor, cuando estando en este sosiego la quieren hacer meditar y trabajar en noticias particulares.”

De manera que por tener ya el alma entrañada en sí, en sustancia y en hábito la meditación por los actos continuos y repetidos que ha hecho de ella, por eso no tiene necesidad de nuevas meditaciones; a lo menos tan repetidas y continuas: y de ahí le viene el no poder ni gustar de meditar; por ser cosa de que ya no necesita tanto; sino sólo de creer y de la luz de la fe; y por eso, el no poder ni gustar de meditar, es señal de que se puede dejar ya la meditación por lo menos todas las veces y tiempos que sintiere en sí el alma aquella desgana y repugnancia para ella; y es señal eso de que Dios la levanta a la contemplación.

Capítulo VI

EXPLÍCASE Y COMPRUÉBASE POR QUÉ EL GUSTAR Y APLICARSE A PERSEVERAR EN AQUELLA NOTICIA GENERAL DE DIOS SEA LA SEÑAL SEGUNDA PARA PASAR A LA CONTEMPLACIÓN; Y DE QUE DIOS LEVANTA Y LLAMA A ELLA

ESTA segunda señal es la más cierta y segura que se puede dar para conocer cuándo Dios levanta un alma a la contemplación: y así me detendré algo más en explicarla y probarla.

Digo, pues, que el sentir una persona en sí que se aficiona, inclina y aplica a estar en la oración sin discurrir, sólo con aquella noticia amorosa y presencia general de Dios en común, es señal de que ya Dios la levanta a este género de oración de contemplación. Y la razón de esto parece clara.

Lo primero: porque en todo género de materias, ora sean corporales, ora sean espirituales, así en razón de tomar estados, oficios, ocupaciones, como en razón de no tomarlos; o de escoger más este estado que aquél; este oficio, que el otro; la razón y señal de donde comúnmente todos coligen, que Dios llama a unas personas a este estado, arte, oficio, ocupación, más que a otras, es de ver que se inclinan y tienen más afición a este estado y modo de vida que a otros. Expliquémoslo en particular.

¿De dónde colegiremos que Dios llama a una persona al estado de Religioso y que ésa es su vocación y no de casado? ¿de dónde? de que le da inclinación y más afición a ese estado de religioso que no de casado ni a otro. Esa es señal clara de que ésa es vocación de Dios. ¿Y de dónde entenderemos que llama Dios a uno al estado de casado y no al de religioso? ¿de dónde? de que le da inclinación y más afición a ese estado de casado que no al de religioso. ¿Y de dónde colegiremos que quiere Dios a uno para soldado y no para estar en la paz? De que le da inclinación a la guerra y no a otra cosa. Y lo mismo se colige de otra cualquier inclinación buena, o afición que una persona tenga más

a este oficio, ocupación o arte; que el mismo inclinarse y aplicarse a este oficio y no a aquél, es señal de que por ahí le lleva Dios y que ésa es su vocación. Porque ése es el modo con que la prudencia humana (y no hay otro) se rige para conocer el estado, oficio u ocupaciones por donde Dios llama y lleva a cada uno: Luego de la misma manera, el sentir una persona en sí que se inclina y aplica a estar en la oración sin meditar, y sólo con aquella noticia amorosa y presencia general de Dios en común; es señal clara de que ya Dios la llama y levanta a este género de oración de contemplación sin meditar.

Lo segundo: porque ¿de dónde se colegirá que una persona que sólo usaba la oración vocal la llama Dios a la oración mental y a la meditación? ¿de dónde? de que esta tal persona se aplica e inclina ya a meditar con Dios mentalmente y no sólo con la boca, como hacía antes: luego de la misma suerte; de ahí se conocerá que levanta Dios a un alma a la contemplación y que tiene llamamiento para ella, de que se aplica e inclina a estarse sin meditar en aquella presencia general de todo Dios como es en sí, divino y humano.

La tercera razón de esto parece clara: porque ese perseverar en esa fe oscura de Cristo todo y de todo Dios como es en sí, no lo pudieras tú hacer según tu querer y voluntad (aunque fuera ayudado de la gracia común) si no fuera en virtud de algún don y gracia especial de contemplación que Dios te hubiese dado: porque sin tener ese don era moralmente imposible perseverar un alma una y dos horas cada día y un día y otro; y siempre en aquella fe seca y pura, creyendo sólo, sin meditar, resignada en la voluntad de Dios, sufriendo sequedades, dolores, tentaciones, batería de pensamientos importunos y sin considerar o discurrir en algo, sino que antes reventara que estarse allí con perseverancia en eso; y antes tomara el mayor trabajo del mundo que perseverar tanto tiempo en esta sequedad.

Demás de esto: está la persona aprisionando la naturaleza y como encarcelándola; pues tiene encerrada y detenida la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto y todos los demás apetitos y la voluntad privada del desahogo del querer y no querer; pues todo lo tiene resignado en la voluntad divina: que de esa suerte se

está allí una hora cada día; puesto en una muerte voluntaria de toda la naturaleza, como después explicaremos en el libro tercero; para todo esto fuera imposible, moralmente hablando, tener fortaleza y sufrirlo un alma con perseverancia, si no fuera en virtud de algún don de Dios de contemplación que le hubiese dado al alma: porque trabajo que allí padece la naturaleza fuera imposible sufrirlo con las fuerzas ordinarias; pues antes la naturaleza rehusa su muerte y congoja. Especialmente se ve, que no quisiera faltar a aquella oración a sus horas; y que siente el faltar y se conoce en ella una prontitud y voluntad de agradar a Dios; y algún reconocimiento y enmienda en las costumbres: todo lo cual es señal de que en aquella oración va Dios obrando en la alma y dando la virtud interior con el don de contemplación, para perseverar en la oración.

Pero como este don le da Dios ordinariamente en grado imperfecto a los imperfectos (que también en esto, como en las demás cosas espirituales, hay grados diversos; principios, medios y fines; por lo cual hay don de contemplación perfecto para los perfectos, e imperfectos para los imperfectos) así ellos le usan imperfectamente y con divertimiento y distracciones: por lo cual algunos no acaban de persuadirse que haya este don en los imperfectos; pero verdaderamente le hay: porque, aunque padecen esos divertimientos; pero por otra parte apetecen aquel reposo y quietud en Dios sin discursos; y ese apetito e inclinación les viene del don que tienen. Y el no persuadirse a esto algunos les procede de que este nombre contemplación, así dicho, suena cosa alta y que parece no es ajustada a los imperfectos: y no consideran que también hay contemplación imperfecta y muchos grados de ella antes de llegar a esa contemplación alta: como enseña Santo Tomás,¹ y como también hay grados de perfección y caridad de incipientes, de aprovechantes y de perfectos: qué, claro está, que en la contemplación ha de haber también principios imperfectos, como los hay en el ejercicio de todas las virtudes: y así, según el estado que están de imperfectos les suele dar Dios el grado de contempla-

1 3. Sent. dist. 35. q. 1. art. 3.

ción en grado imperfecto, y los pone en eso desde los principios de tener oración: como lo enseña y advierte el V. P. Fray Juan de la Cruz² y el Padre Arnaya,³ pero después se va perfeccionando el don; y con eso van caminando a lo alto de la contemplación y unión.

Y así resta que aquel perseverar allí en fe y resignación y acabarlo consigo la alma, sin discurrir ni meditar; que no lo hace ella tan voluntariamente; y porque quiere ponerse en ello; sino porque la pone Dios en eso: pues la da fortaleza para perseverar en ello, mediante el don de contemplación, que la va ya comunicando, aunque en grado imperfecto entonces, sin el cual era moralmente imposible el perseverar en aquella muerte voluntaria de toda la naturaleza y si no, pruebe a estarse así otra persona de las que pueden meditar, que no se aplican a estar en aquel silencio de fe y verá cómo aunque se lo manden y aprieten en ello, no le será posible el perseverar allí cuatro días; sino que reventará de pena; y tomará estar cavando día y noche antes que estarse allí callando una hora sin discurrir en algo.

Y con esta doctrina queda respondido, a lo que algunos piensan, que el aplicarse la alma a este ocio santo de la contemplación, puede provenir de flojedad y de gana de estar ociosa: porque, ¿cómo puede ser flojedad el no discurrir y meditar, que es tan gustoso, por querer estarse en esta muerte voluntaria de la naturaleza? antes bien es mucho mayor la ayuda de Dios, que ha menester la alma, para perseverar en la contemplación, que en la meditación.

De manera que así como el meditar no lo pudiera usar la alma, si no fuera ayudada de la gracia especial, así también no pudiera ejercitar con perseverancia esta contemplación, estándose en fe sola, sin discurrir, si no fuera dándole Dios otra mayor gracia, que es este don de contemplación.

Unicamente, se ve claro de lo dicho que el no poder ni gustar la alma de meditar y gustar de aquella

² Ibid., *Subida del Monte Carmelo*, lib. 2, cap. 14; página 640 y ss.

³ Se trata del ilustre jesuita P. Nicolás Arnaya, y de sus *Conferencias espirituales*, en tres tomos, Sevilla, 1618. Falconi precisa: "tom. 3, fol. 319".

aplicación a la noticia general de Cristo, Dios y Hombre en común, que eso es levantar Dios la alma a la contemplación. Y digo, que es Dios quien la pone en esa aplicación gustosa: que otra cosa es, si ella pudiendo meditar con devoción y aplicación a ello y viendo que sacaba jugo y aprovechamiento de la meditación, dejara de meditar voluntariamente y no quisiera hacerlo pudiendo y porfiara en que había de estar sin meditar; en tal caso si que fuera ponerse ella en la contemplación y dejar las meditaciones por su querer: pero cuando no puede meditar, ni halla jugo en eso, sino que se aplica a esta otra noticia de contemplación en todo Dios y hombre, eso es ya no ponerse ella en la contemplación, ni dejar las meditaciones por su querer, sino porque no puede más y la da Dios aplicación a la contemplación a que la levanta.

Este discurso parece claro y que no queda que dudar y que se echa de ver en él cuánta diferencia hay entre el dejar la meditación y ponerse en la contemplación por su querer; o dejarla por no poder meditar ni aplicarse a ello. Que lo primero es ponerse la alma en ello y lo segundo es ponerla Dios con darla aplicación para ello y quitarla la gana de meditar.

Y así, torno a decirlo, que la regla sea que desde el día que no pudieras meditar, ni discurrir; pero que puedas acabar contigo el estarte allí en la presencia de Cristo Nuestro Redentor (aunque por otra parte sientas batería de pensamientos y sequedades) que desde ese día prosigas con la oración de esa manera; porque ese mismo perseverar en la fe seca, es señal te ha dado Dios don para la contemplación y que te quiere sacar de la meditación, por estar ya dispuesto para ello. Y porque si ya no puedes meditar de ningún modo, no hacer otro afecto, ni jaculación, ¿has de dejar por eso la oración? no por cierto: si no es, ya que no puedes meditar, entonces perseverar creyendo en Jesucristo simplemente: como el labrador, que aunque no sabe meditar, sabe a lo menos creer.

Y el mismo aplicarse la alma a la contemplación y estarse en esa fe y silencio sin poder meditar, es señal clara que quiera ya ser llevada por ese camino y que ése es el ejercicio que la conviene y no el meditar; y que por ahí sacará más provecho que por otro ejerci-

cio: que como la alma es hija de Dios, tiene sangre real, hidalga y noble; y así quiere ser llevada por aquel camino a que ella más se aplica: y así no hay para qué violentarla ni hacerla fuerza a que medite o contemple; sino dejarla ir por el camino a que se inclina: que, como enseña muy bien la Madre Santa Teresa de Jesús,⁴ y queda dicho en la *Segunda Cartilla*:⁵ “estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa antes daña que aprovecha”: por lo cual, no hay para qué hacerla fuerza al alma, a que medite o contemple; sino dejarla ir suavemente por aquello a que se aplica con más facilidad y gusto; que por ahí se aprovechará más en espíritu.

Capítulo VII

RESPÓNDESE A UNA DUDA ORDINARIA, QUE AQUÍ A ALGUNOS SE LES OFRECE

Y si me dijese alguno que, aunque es verdad, que por una parte se puede aplicar a este ejercicio y es verdad que de ningún modo puede meditar y que se inclina a estarse en silencio; pero que por otra se siente con repugnancia para estarse allí sin meditar, y que le es dificultoso estarse allí quieto, sin discurrir. Responderéles, lo que respondía el Venerable Padre Fray Juan de la Cruz, a los que le solían poner esta dificultad cuando les enseñaba en esta fe y oración; que como se dice en su vida escrita ahora de nuevo por el Padre Fray Josef de Jesús María¹ lo que el Padre

⁴ Morada cuarta, cap. 3.— Loc. cit., tomo 2, Madrid, 1954, página 386.

⁵ Trat. 1, cap. 2.

¹ José de Jesús María (Quiroga) escribió: *Historia de la vida y virtudes del Venerable P. Fr. Juan de la Cruz, primer Religioso de la Reformación de los Descalzos de N. Señora del Carmen...* En Bruselas, por Juan Meerbek, 1628.— Falconi cita así: “lib. 1, cap. 4, fol. 275”. Se refiere a la segunda edición: “escrita ahora de nuevo”, dice. Más adelante (lib. 4, cap. 5) vuelve a repetir: “vida que escribió ahora nuevamente”. La segunda edición tuvo lugar también en Bruselas, año 1632. Según esto Falconi escribía *Camino Derecho*, 1632-1633.

La primera edición la cita dos veces en la *Carta a un Religioso*. Y parece ser, según la fecha final de la *Carta*, que ésta se escribió el mismo año 1628.

respondía era: “que pues no había más dificultad para usar esta oración de fe que aquietar la alma en el conocimiento sencillo de la fe, estándose sin meditar, pues ya no podía y ésta se vencía con la perseverancia y ejercicio continuado; que peleasen procurando estar-se allí en fe, que claro está se ha de pelear por la virtud contra la inquietud del alma: y que como se pelea contra los vicios de la naturaleza, que se pelease por perseverar en aquella fe pura sin meditar, ni discurrir” y esto mismo respondo yo.

Y porque no tenga alguno escrúpulo de que decimos, que desde el primer día que se aplicare a estar en contemplación, sin discurrir, porque no puede meditar en cosa alguna, que desde ése se puede pasar a ella, aunque sea los primeros días: por lo cual pudiera pensar que esto era pasar a ella sin estar dispuesta la alma y sin tiempo ni sazón: quiero advertir cómo esto no es así: y la razón que para ello hay se verá en los capítulos siguientes.

Capítulo VIII

EXPLÍCASE POR QUÉ RAZÓN ALGUNOS NO PERFECTOS PUEDEN USAR DE ESTE EJERCICIO, AUNQUE SEA ORACIÓN DE LOS MÁS APROVECHADOS: Y PRUÉBASE CON DOCTRINA DE SANTOS Y DEL PADRE SUÁREZ

Y si alguno dijere, que como decimos aquí que algunos imperfectos en no pudiendo meditar y en aplicándose a estar en esta noticia general de Dios pueden usar este ejercicio de contemplación y unión, aunque imperfecta; supuesto, que para llegar a él, parece, que se suponía antes, el que hubiese pasado el de la vía purgativa y el de la vía iluminativa; a los cuales se había de seguir luego este de unión y resignación: pues es común lenguaje de los místicos que hay tres vías para llegar a la perfección, que son: la purgativa, la iluminativa y la unitiva: y que así parece que la iluminativa había de ser después de la purgativa; por lo cual, no parece conveniente el que usen los imperfectos esta tercera. Si alguno, pues, dijere esto, digo: lo pri-

mero, que Dios no está atado a estos tiempos, sino que llama a cada uno y le pone la oración que quiere y cuando Su Majestad gusta, que como es hacienda suya la reparte y da como quiere y a quien es servido: y así, el que se hallare que Nuestro Señor le da don y aplicación a esta oración y le quita la gana de meditar, aunque sea a los principios de tratar de oración, a este tal, ya Nuestro Señor le pone en esa oración, como hemos probado. Y así, supuesto, que Dios le pone en ella, no hay que extrañar que esté en este estado o en el otro; que en cualquier estado y tiempo puede Dios hacerlo.

Lo segundo digo: que esta duda procede de no tener bien entendido lo que quieren decir los santos y Maestros de espíritu en distinguir estas tres vías; que no es decir que haya de haber tres vías, una después de otra; de suerte que sea fuerza el que estén en una las almas un tiempo, y después en la otra otro distinto tiempo, y en la tercera otro tiempo; de manera que no se pueda pasar a la última sin haber estado distintos tiempos en las primeras: no quieren, pues, decir eso; sino distingúenlas para significar las esencias y naturalezas de esas vías y para explicar qué sea cada una en sí; y en qué consista; y el diferente estado y calidad que tiene la alma, cuando está purgada, cuando está iluminada y cuando está unida: y no porque sea fuerza que el uno sea distinto tiempo que el otro.

Vése claro esto: pues hay hartas almas que a un tiempo se están purgando, iluminando y uniendo; y es muy ordinario andar en un tiempo mezcladas estas vías entre sí: como dice muy bien el Padre Maestro Gracián, explicando estas tres vías sobre la Teología mística de San Buenaventura:¹ “estas vías (dice) no son tres caminos apartado el uno del otro, sino como tres jornadas continuadas de un mismo camino y mezcladas entre sí” de manera que no es una vía después de la otra, sino a la par y mezcladas entre sí.

¹ Se trata del J. Gerónimo Gracián, y de su obra: *Mística teología colegida de lo que escribió S. Buenaventura del verdadero camino del cielo...*, Bruselas, 1609. Otra edición, con el título algo variado, se hizo en Madrid, 1601.

Esta obra de Gracián, hasta con su título (“verdadero camino del ciclo”) parece influir bastante en Falconi, que precisa la cita así: “fol. 219”.

Y el Padre Suárez,² después de haber explicado estas tres vías y estados, dice así: “estos tres estados nunca están tan distintos y apartados que se deje en cada uno de ellos de participar algo de los otros estados”: luego si en cualquiera de estos estados están también los otros, síguese que no son uno después de otro, sino que andan entre sí juntos: y que el de la purgativa tiene también parte de la iluminativa y de la unitiva.

Supuesto, pues, que en cada una de estas vías y estados están mezcladas todas tres, bien se podrán también en cada una de ellas ejercitar los actos de todas tres: y así, no será inconveniente el que los imperfectos que pudieren aplicarse a ello y a quien Dios llamare a eso y no pudieren meditar, que en esa vía usen de los actos de la vía unitiva o contemplativa en algunas horas señaladas, aunque sea imperfectamente a los principios, que después se irá perfeccionando y en otras horas podrán usar de las meditaciones de la purgativa e iluminativa, si pudieren meditar; y si no perseveren y hagan lo que pudieren: y dijo San Gregorio:³ “que la contemplación no sólo se daba a los perfectos, sino también a los pequeñuelos y más remotos principiantes”.

Y no sólo es conveniente, sino que dice el Padre Suárez en el lugar citado,⁴ que no sólo se puede, sino que se debe usar así; y da la razón: “porque así como la perfección no es tanta en esta vía, que no tenga necesidad de algunos actos de la vía purgativa; así tampoco la imperfección de la vía de los principiantes es tanta que no tenga también de la vía de los perfectos y de su amor”. Y así concluye más abajo,⁵ que a los principiantes les es muy conveniente usar de la contemplación; a la cual llama él (y lo es) oración de unión y amor; y que lo procuren a algunas horas, como mejor pudieren y aunque sea imperfectamente, porque

2 Falconi cita así: “en el tomo segundo de Religión, libro segundo, capítulo once, número cuarto”.

¿Qué edición fue la usada por Falconi? ¿La de Lyon (*Operis de Religione*, Lugduni, 1624-25)?; o bien la de Coimbra (*Opus de virtute et statu Religionis*, Coimbra, 1608-9)? Pudo también valerse de la de Maguncia, 1609-10, o de otras.

3 Falconi cita: “Homilia 71 en Ezequiel”. — Véase P. L. 76, 996, *Homiliarum in Ezechielem*, lib. 2, hom. 5.

4 Loc. cit., y añade: “número ocho”.

5 Loc. cit., y añade: “al número diez”.

poco a poco se irá perfeccionando: y prueba esta doctrina con autoridad de San Bernardo y con esta razón: “no es tan solamente la contemplación para los perfectos; que también pueden tener gran parte de ella los imperfectos y los principiantes; y así juzgo que no es cosa ajena de ellos; que algunas veces de propósito y de industria se ejerciten en actos de vida contemplativa los que están en la vía purgativa; y la razón es: porque a todos les compete por principiantes que sean y todos deben ejercitarse en actos de amor de Dios, lo mejor que pudieren; porque el amor de Dios es la fuente y origen de todo lo bueno; en tanto grado, que hasta la misma conversión del pecador, para que sea perfecta y verdadera, ha de empezar por este amor: pues si a todos los conviene ejercitarse en este amor, luego bien será que los principiantes se acostumbren poco a poco a estar en estos ratos de amor en contemplación con alguna quietud de ánimo, como Dios le diere a cada uno que está más o menos quieto”. Y supone este Autor que aquella resignación callada es acto de amor y de unión y de contemplación: y dice muy bien, según lo declara él allí en otras palabras más a la larga.

Esta razón de este piadoso Varón es muy digna de ser considerada; porque ¿quién puede negar que es muy conveniente que por imperfecto que uno sea tenga algunos ratos en que procure ejercitarse en actos puros de amor de Dios y contemplación, sin atender a discursos ni consideraciones? que esos, si quiere y puede, los podrá tener en otros ratos entre día, según se dijo atrás.

Capítulo IX

PROSÍGUESE LA RAZÓN POR QUÉ PUEDEN LOS NO PERFECTOS USAR DE ESTE EJERCICIO Y RESPÓNDESE A LOS QUE DICEN QUE ES SOBERBIA EL USARLO

ALGUNOS hay que dan por razón, para que no ejerciten la contemplación los no perfectos, el decir: que es un ejercicio perfecto y aventajado; y que así la usarán imperfectamente y con mil faltas y que no

acertarán a tenerla: y que así es mejor no la usen; y que lo demás es soberbia. A lo que se responde con gran facilidad: lo primero, que antes en este ejercicio no hay que hacer, ni que saber reglas, ni modos, sino solo ponerse en la presencia de Dios y perseverar en ella, resignándose en sus manos, para que haga lo que quisiere de nosotros: y en esto bien se ve cuán poco hay que hacer, ni que saber, ni aunque poder errar, ni desacertar; que antes, quien menos se fatiga y menos sabe, ese lo hace mejor.

Lo segundo respondo: que antes, por ser este ejercicio mejor y más perfecto se debe usar, aunque lo hagan imperfectamente: la razón es clara y nos la enseña la buena teología; porque en lo natural y sobrenatural, de dos obras, que, según su naturaleza, la una es buena y la otra mejor, más vale hacer la que es mejor de suyo, aunque se haga con alguna imperfección, que la que es solamente buena, aunque se haga con más perfección: como lo advirtió muy bien Fray Ciriaco Pérez.¹ El ejemplo es llano en lo natural: porque, más vale un hombre por imperfecto y mal hecho que sea, que un león por perfecto y acabado que sea; porque la naturaleza del hombre de suyo es más perfecta que la del león; y lo mismo pasa en lo sobrenatural: porque más vale hacer un acto de contrición y caridad aunque no se haga perfectamente, que un acto de atrición perfecto: y más valen los actos de Fe, Esperanza y Caridad, aunque no sean muy perfectos, que los actos de otra cualquier virtud, aunque se hagan perfectos: luego de la misma manera, mucho mejor será que los imperfectos usen de este ejercicio, que es más perfecto de suyo, aunque lo hagan con imperfección, que no el que usen de otros, aunque los hagan bien: que poco a poco irán perfeccionándose y se hallarán con un tesoro en casa. Pues siendo esto así, ¿no vale más enseñarles desde luego lo mejor, a los que fueren para ello y supieren estarse allí callando, que los que no pudieren aplicarse a ello, esténse en su

1 Ciriaco Pérez fue un eremita de Monsterrat, y dejó escrito: *Compendio breve de exercicios cspirituales y consideraciones para los que se exercitan en la oración mental por las tres vías purgativa, iluminativa y unitiva, con un tratado de oración*; Barcelona, 1614, en 8.º. Falconi precisa: "fol. 162". — Es la misma cita que aparece en la *Carta a un Religioso*.

meditación, hasta que puedan; pero en pudiendo no hay para qué estorbárselo. ¿Fuera bueno aconsejar a alguno que no hiciera actos de contrición y caridad porque los había de hacer no tan perfectos; sino que los hiciese de atrición, porque los haría mejor? no por cierto. Pues tampoco hay por qué dejar de aconsejar ese ejercicio de unión y caridad, aunque le hayan de usar imperfectamente; porque, por mal que lo usen, será muy más útil que el otro: como lo notó también admirablemente el Padre Maestro Gracián en el lugar citado.² “Acaece (dice) un acto de vía unitiva, que se hace con gran facilidad y gusto, ser de diez tanto merecimiento, que mucho de vía purgativa, que son de trabajo y disgusto: así como el que cavase en minas de piedras preciosas, de una azaonada con que saca alguna de ellas, quedaría más rico, que quien diese muchas de ellas en minas de cobre o hierro.” Y así, mejor es, que ejerciten esta oración: porque, aunque la tengan imperfectamente, granjearán más con ella en una hora, que con cualquier meditación en muchos días.

Y pues la vida es tan corta ¿para qué es gastar tanto tiempo en obras imperfectas, disposiciones y preludios; sino ir al punto: y lo poco que hay de vida gastarlo en lo mejor y más perfecto?

Y no hay por qué decir que es soberbia y presunción el procurar usar este grado de contemplación activa, aunque él sea ejercicio de perfectos (como algunos lo dicen) y dan eso por razón, para que los imperfectos no puedan tener contemplación: porque verdaderamente no es soberbia, sino deseo de amar a Dios: y así lo dice San Bernardo,³ tratando de algunos imperfectos que procuran subir a la contemplación: “no hayan miedo (dice) que Dios los deseche por soberbios, sino que antes los recibirá como gente devota que procura imitar la vida activa de los espirituales; cuya consolación contemplativa también con ambición procuran: y así caminando con un espíritu los perfectos y los imperfectos, van aprovechando los perfectos y espirituales en lo humilde y los principiantes en lo levantado” que es la contemplación.

² Loc. cit., y precisa más: “fol. 215”.

³ “En la carta a los Religiosos de Monte Dei”, precisa el Ms. Véase P. L. 184, 307 y ss.

Esto mismo nos asegura San Buenaventura en el prólogo de la *Mística Teología*, que anda por ahí en romance: ⁴ pues habiendo enseñado, que en pasando uno o dos meses, poco más o menos, por la meditación, pasen luego a la contemplación: y añada luego, que pasen a ella sin temor de que eso sea presunción ni soberbia: confiando, pues (dice el Santo) “en la bondad del muy alto, qué a todos convida, que le sirvan y amén, procederá por los ejercicios infrascritos de la contemplación, sin temor de ser notado de presuntuoso: pues primero ve Dios, que te llegas con toda humildad”.

Según esto, no hay por qué decir, que es soberbia el usar este ejercicio de contemplación activa, los que no pueden meditar, ni discurrir: sí fuera el querer dejar las meditaciones, pudiendo aplicarse a ellas con jugo y provecho, que de ellas sacara y ponerse en la contemplación pasiva infusa, eso sí que fuera soberbia; pero usar la activa eso de ningún modo lo es, cuando ve, que no puede meditar: porque ese no poder meditar es llamarla Dios a la contemplación.

Nótese mucho esta doctrina por caridad; que si se entiende bien, no queda dificultad alguna en esta materia: porque se embarazan aquí algunos por no entenderla bien: lo cual es causa de estorbar este gran bien a los fieles, diciéndoles, que esto es querer sentarse a la mesa con poca humildad, a gozar de los platos y regalos de Dios: y esto lo dicen, porque piensan, que se les aconseja se sienten a la mesa de la contemplación; antes de llamarlas Dios por especial vocación.

No se les aconseja, pues, eso; sino que cuando no puedan meditar, ni se aplican a ello, que no por eso dejen de estar en oración, ora sea contemplando, ora sea de otro modo: y así, que pues no pueden meditar, que procuren perseverar delante de Jesucristo, creyéndolo por lo menos simplemente, con toda humildad y resignación, contentándose con las mínimas migajas y lo que de ellas Dios les quisiere dar, no juzgándose

⁴ La primera traducción castellana de este Opúsculo Bonaventuriano la publicó el Padre Domingo Biota, juntamente con otros opúsculos, en un volumen que tituló: *Colloquio del pecador y del Crucifijo*, en Zaragoza, 1571. El mismo Padre Biota hace una nueva edición, en Zaragoza 1576. Aquí este opúsculo lleva el título de *Incendio de amor* y ocupa los folios 148-181.

por hijos levantados, sino siervos inútiles: que claro es, que por no poder meditar, no será bien el dejar el orar; sino hacerlo de un modo o de otro. Y que así, como cuando come un Príncipe con su familia, unos están sentados, como hijos a la mesa y otros como criados asistentes allí para servir a ella, contentándose con las sobras que quedan; así no está allí un alma haciéndose hijo regalado, ni queriendo con soberbia sentarse a la mesa de la contemplación (que aunque ella quisiera no pudiera, pues con fuerzas ordinarias no es posible alcanzar lo que es dádiva infusa del Espíritu Santo) sino que está de rodillas, mirando a su Dios con la fe, asistente allí como criado humilde y no más, sirviéndole en sufrir por él sequedades, pensamientos, tentaciones, dolores y congojas, creyendo sus misterios, ya que no puede discurrirlos y disponiéndose cuanto es de su parte, con quitar pensamientos e imaginaciones y desembarazando su alma, resignándose toda en su divina voluntad; para que después el Señor viendo su perseverancia y hallándole dispuesto le diga: pues perseveraste como fiel siervo, contento sin gajes, yo te constituiré sobre cosas mayores y entrarás en el gozo de tu Señor, subiéndole a la contemplación.

Capítulo X

CUÁN FÁCIL ES CONTEMPLAR: Y ASÍ NO HAY QUE EXTRAÑARLO EN ALGUNOS IMPERFECTOS A QUIEN DIOS DIERE TAL DON

No es menester andar explicando mucho el que las almas perfectas puedan usar esta contemplación activa y procurarla, cuando no pueden usar de las meditaciones y cuando se ven sin gana de meditar y aplicadas a la contemplación; que si tantico se repara en ello, no cae bajo de duda: y si no díganme, ¿qué es contemplación en Dios? Santo Tomás¹ y con él los Doctores, dice: es una simple vista, con que se está mirando a Su Majestad: pues como este mirarla no

1 2-2, q. 180, a. 4.

haya de ser con los ojos corporales, ni con los del entendimiento claramente en esta vida, síguese, que haya de ser con los ojos oscuros de la fe, y así, el contemplarla no consistirá en más, de que la alma haga un acto de fe con que esté creyendo a Dios presente, o a Dios humanado, u otro artículo, sin hacer más discursos, ni meditaciones, que estarle creyendo simplemente.

De manera, que el contemplar no consiste en más que en hacer un acto de fe, luego cualquier cristiano podrá estarse una hora haciendo un acto de fe con que mire a Dios presente; u otro artículo divino o humano, sin más meditar nada: y si se divierte de aquel acto de fe voluntariamente, hacer otro u otros: y cuando no haga más que hacer actos de fe toda la hora estará contemplando: que el durar más o menos en el acto eso será que sea más o menos perfecta la contemplación: luego cualquiera podrá activamente procurar esta contemplación y perseverar en ella todo el tiempo que se aplicare. Esto no sé que caiga debajo de duda.

Y por eso los Santos, como cosa tan común y asentada, enseñan que todos los fieles procuren andar creyendo, que Dios está presente y andar en su presencia; lo cual no es otra cosa, que andar con una simple vista mirando a Dios; y eso es contemplación: luego para la contemplación imperfecta, y de imperfectos, no es menester hacer tan dificultoso este negocio y a Dios tan inaccesible e incommunicable, como si Su Majestad estuviera cien mil leguas de nosotros. Y cierto, que es lástima ver a algunos imperfectos con los misterios, énfasis y preñeces que hablan de estas materias; como si la contemplación fuera una cosa que hubiera de venir de allá de la India, o fuera tan rara como el Ave Fénix: y no consideran que es ordinárisimo en las almas tener mil ratos de contemplación, aunque ellas, como no saben qué es, piensan que no tienen nada. Porque, cuántas almas hay que sin saber qué cosa es oración, ni contemplación, se suelen quedar cuando rezan, atendiendo aquellas verdades que van diciendo, como embelesadas o paradas; y cuando ven alguna imagen devota se quedan mirándola de hito en hito, como solemos decir y avivando el conocimiento de fe acordando algún misterio de ella, como que Cristo murió, que Dios se hizo hombre u otro así; suelen con admi-

ración decir: ¡que Dios se hizo hombre! ¡que murió por mí! y quédanse en aquella admiración algunos ratillos sin hacer más discurso y sólo creyendo aquellas verdades: y esto, ¡quién duda que es contemplación admirativa, aunque breve! y esto a la gente muy olvidada de Dios y más remota de virtud, les sucede muchas veces; ¿cuánto más a la gente piadosa? Sólo es el caso que como ellos no saben lo que es oración, ni contemplación, piensan que no es aquello nada y no lo conocen, ni saben distinguir cuándo rezan o cuándo contemplan; pero que lo hacen muchas veces es sin género de duda. Pues si es tan fácil como esto el contemplar y les sucede tantas veces el hacerlo, a los que aun no tratan de oración: ¿por qué a los que desean tratar de ella no les encaminaremos con facilidad y brevedad, sin aguardar tantos arcaduces, artes, reglas y años? y no hacer esto una cosa tan inalcanzable que si no es que Dios milagrosamente y como por fuerza los traiga a ello no quieren animarlos a que lo hagan.

Y que es ver algunos seglares muy embarazados en oyendo decir contemplación: y luego dicen: ¡Oh! eso de contemplación, eso es allá para tal o cual; y es menester pasar primero por muchas meditaciones, mortificaciones y disposiciones: como si el contemplar fuera más que un acto de fe y estarse en él: y como si todo hombre no hubiera sido criado para contemplar en Dios: como dice San Gregorio:² Pues si todo hombre, dice el Santo, que nació para contemplar, ¿por qué quieren tan pocos animarse a hacerlo? ¿Y aun desanimar a tantos para que no lo hagan? ¡Válgame Dios, Señor! y qué poco conocemos la facilidad y afabilidad con que os comunicáis íntima y amigablemente a todos aquéllos que quisieren abrir tantica puerta en su corazón! Dádnoslo Vos a entender, Padre amorosísimo, en nuestras almas, ya que no queremos verlo más claro que el día en vuestra Escritura Sagrada: donde tan encarecidamente nos lo certificáis diciendo:³ “que gustáis de andar jugueteando y regalándoos con nosotros”. ¿Pues qué mayor afabilidad, llaneza y facilidad puede ser que el decir quiere nuestro Dios andar ju-

² Falconi cita: “*Moral.* 8, cap. 14”. — Véase P. L. 75, 801 y siguientes. *Moralium lib.* 8.

³ Prov. 8, 30-31.

gueteando y regalándose con los hombres? ¿No es mayor afabilidad querer eso de nosotros, que querer contemplamos en él? Pues si con tanta facilidad y llaneza convida y gusta de lo primero; ¿cuánto más gustará que con facilidad y llaneza nos lleguemos a lo segundo?

El mal es, Señor, que estas verdades tan ciertas y de fe, parece que casi no nos entran de los dientes adentro, ni acabamos de creer que tan íntimamente os deseáis comunicar, no digo yo en la contemplación, sino es aun en más apretada y estrecha unión de amor; y esto con los más desechados, con los más abatidos y que acá nos parece que no son para la contemplación. ¡Oh, Señor! pues movéis mi deseo, moved mi pluma, para que sepa decir algo de lo mucho que acerca de esto siento. Y sobre todo, avivad, ilustrad un poco esta nuestra fe, para que con ella os conozcamos; que es lástima, cuán amortiguada y envuelta en cenizas la tenemos: y por falta de fe andamos tan escasos y temerosos de llegarnos a vos perfectamente.

Que veo que el demonio está haciendo burla de nosotros, teniéndonos detenidos en nuestras miserias con capa de que no somos dignos; o si somos dignos, que no es para nosotros: y con esto no deja llegar las almas a esta verdadera comunicación; en la que con fe y resignación se unen con vos: y lo que es más, que se vale de las bocas de algunos ministros nuestros, que también con esa misma capa, atamamiento, o lo que es, desaniman los fieles en lo mismo. Y éste es el mayor ardid y traza de que puede usar este enemigo nuestro; que es, con buen celo, persuadirle, que esto es dificultoso y que no es bueno. Que claro está, no es él tan bobo que a Ministros nuestros les había de persuadir impidiesen las almas, conociendo que las impedían; sino pensando que van bien y que eso es mejor. ¡Oh quién pudiera dar a entender cuánta verdad es ésta! Pero vos, Señor, que lo sabéis, se lo dad a entender; que mi cortedad no alcanza.⁴

A lo menos, este enemigo vuestro y nuestro bien sabe las ganancias que saca de no dejar las almas que

4 Como en la *Carta a un Religioso*, aquí Falconi se lamenta sentidamente de la oposición que ha tenido esta doctrina por parte de algunos sacerdotes.

tengan contemplación, sino detenerlas en su meditación: que como ésa es buena y santa y tan sensiblemente gustosa, no acaban de conocer que las dejan en lo bueno y las ceban en ello, para que no pasen a lo mejor, aunque menos sensible y palpable: bien sabe él que la contemplación que es acto de fe y sobrenatural en su sustancia y virtud teológica, por imperfecta que se haga, le aprovecha más a un alma, que la meditación de sus discursos, y las ponderaciones que algunas veces se hacen, más por el gusto que hay que por abundancia de amor; pues esta meditación es en su sustancia un acto natural y menos perfecto: y bien sabe él, que un acto de fe vale más que muchos de meditar: pues el creer es sujetarse la alma a Dios, rendírsele y ser su cautiva, entregándole una de las mejores joyas que tiene, que es el entendimiento y talento racional, como dice el Apóstol: cautivando nuestro entendimiento en obsequio y obediencia de la fe. Pero el meditar, discurrir y entender, es darle riendas al alma para que busque alguna libertad de ese cautiverio, para que se desahogue, engría y saborée; porque no hay cosa, que más gusto le da, que el discurrir, ponderar y sacar sentimientos particulares suyos e hijos de su talento: y por eso no quiere el demonio aquel cautiverio de la fe, ni aquella sujeción; por lo que confina con la humildad y rendimiento que él tanto aborrece. Y bien sabe él también de cuántos peligros y engaños suyos, pecados y miserias se libra la alma por la contemplación; y de otros mil inconvenientes que después diremos: y por eso procura él con tantas veras armar toda su artillería contra ella.

Capítulo XI

CÓMO LOS NO PERFECTOS, AUNQUE NO ESTÉN PURGADOS, PUEDEN USAR ESTA CONTEMPLACIÓN; PORQUE CON ELLA SE PURGA MEJOR QUE CON LAS MEDITACIONES, NI CON OTROS CUALESQUIERA EJERCICIOS PENALES

UNA de las razones que algunos dan, por qué los que no son perfectos pueden usar la contemplación, es el decir que no están purgados y purificados de sus pasiones; y que así han de menester hacerla con otros ejercicios de meditaciones, penalidades y otras penitencias exteriores, antes que la usen: porque si la alma no va limpiándose y purgándose de los resabios pasados y malas inclinaciones, no podrá llegar a la unión y verdadera perfección.

A lo cual respondo: que es verdad que ha menester purgarse y echar de sí la maleza y mal humor que estaba engendrando en el alma: pero para esto no todas las almas tienen necesidad de ese modo de purificarse, ni a todas las quiere Dios llevar por ese camino, sino por otro; o por el camino de la contemplación, que es al que Dios las da aplicación y gracia: por ése las purifica, purga y limpia de toda la maleza vieja de sus malas costumbres, mucho mejor que por otros. Porque la contemplación en fe y resignación, según luego veremos y los Santos enseñan, causa todos esos efectos en la alma: y así no tiene necesidad de valerse de las meditaciones; sino que ella por sí va purificándola y limpiándola mejor que otros ejercicios. Por lo cual dice San Buenaventura, que así como hay dos maneras de limpiar y purificar las cosas corporales, la una con agua, la otra con fuego; así también en las cosas que tocan al espíritu hay otras dos maneras de purificarlas; la una por dolores, quebrantamientos y lágrimas causadas de las meditaciones; la segunda y mucho más eficaz que esta otra, por levantarse la alma a Dios por el ardor del amor: esto es; por la unión y resignación en que la alma arde en esta contemplación.

De manera, que aun más eficazmente purifica el

ardor de la contemplación. Y así digo que el que pudiere aplicarse a ella y no pudiese meditar (porque siempre supongo esto, como supongo que ha de tener vocación de Dios para ello) que persevere en esa fe y resignación y entréguese en las manos de este Señor, que es un volcán de fuego y de amor, y póngase allí con humildad y deseo, que desde ese día se haga y cumpla en él la voluntad de Dios: porque en viendo Su Majestad ese deseo, luego (sin que él lo sepa, ni advierta lo que Dios está obrando en él, cuando está allí puesto en sus manos) le irá purgando y consumiendo todos sus malos resabios y secando como fuego abrasador toda la humedad de sus males y viciosas costumbres, hasta que poco a poco le caliente y haga arder en amor suyo: que sabe muy bien este Señor hacer esto a poder de sequedades, desabrimientos, penalidades de la naturaleza, batería de tentaciones, pensamientos y otras cosas que Su Majestad permite allí y fuera de allí. Sea él por siempre bendito.

Explícate esto con un ejemplo que trae San Juan de la Cruz,¹ el cual dice: que cuando se haga un alma a Dios en la contemplación y se pone en sus manos, se ha Su Majestad con ella, para disponerla a que se pueda unir a él por amor, como se ha el fuego con el madero, para abrasarle: porque el fuego (dice este Santo) en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle a desecar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua y maleza que en sí tiene; y poco a poco le va secando lo que tiene contrario al fuego; y finalmente, alentándole e inflamándole, viene a transformarle en sí. Que si bien pudiera este madero disponerse secándole al Sol y al aire, pero no es menester; porque el mismo fuego que le ha de quemar, ése le secará y le dispondrá también. Pues así como el mismo fuego, que abrasó el madero, fué el que antes le dispuso y purgó la maleza, sin que fuese menester otro fuego o diligencia distinta; así también digo que en las almas que Dios llama a la contemplación no son menester otras diligencias de consideraciones y disposiciones, antes de ponerse allí resignadas y calladas delante

1 Falconi cita: "Noche oscura, capítulo diez".— Véase op. citado, págs. 874-875, libro segundo, cap. 10 de *Noche oscura*.

de Dios y de entregarse en sus manos, para que acabe de perfeccionarlas, sino que el mismo Dios y fuego divino de la contemplación, que después la ha de perfeccionar y abrazar en amor, ese mismo desde luego la irá haciendo echar la humedad fuera y toda la maleza; y la irá disponiendo interiormente y exteriormente sin que ella entienda el cómo; y la consumirá todos sus afectos y deseos malos. Por lo cual dijo San Buenaventura: ² “Que la contemplación no sólo purgaba el corazón humano de todo amor terreno, sino que también le santificaba y le inflamaba en amor de las cosas celestiales.” Y en tanto grado es esto verdad, que dice así el gran Padre San Ambrosio: ³ “No suele consumir este fuego material los leños con tanta eficacia, cuanto el fuego divino de la contemplación suele abrasar los vicios y defectos hasta transformar por amor en sí a una persona.”

Demás, que es incomparablemente mayor el fruto; y mucho más y mejor lo que se dispone y purifica por la contemplación aquí un alma en un mes, que lo que con consideraciones y discursos podrá alcanzar otra en un año: como el que saca agua de un pozo muy hondo a fuerza de brazos; que mientras él saca un cántaro de agua, llenará otro en una fuente diez cántaros. Así, el que se llega a Dios, fuente de todo bien, y se resigna en sus manos en la contemplación, para que él le lave, y perfeccione, sacará más provecho en un mes, que otro saque en muchos a fuerza de consideraciones: Y la razón de ésto es clara; porque, como nuestras diligencias son tan ruines y valen tan poco, al cabo de mucho tiempo no valen casi nada: pero si se resigna una persona en las manos de Dios, fiando de él y desconfiando de sí misma, Su Majestad, como tan poderoso, obra más en una hora que él pudiera obrar con sus diligencias en mucho tiempo.

Con un ejemplo casero que trae San Buenaventura se entenderá esto más claramenté. Quiere una criada limpiar una olla, que estaba llena de grasa: si para ello toma un estropajo y ceniza; y dándole vueltas la

² Falconi cita así: “*De int. domo*”; obra atribuida a S. Buenaventura e incluida entre las obras de S. Bernardo, pero que no es de ninguno de ellos.

³ La cita Falconi es exacta: “*Lib. 4 in Exam. cap. 3.* — Véase P. L. 14, 204-206, *Exameron lib. IV.*”

fríega y refriega mucho, limpiará buena parte de la inmundicia; si bien, después de cansados los brazos, quedará aún con harta grasa y pegándose a las manos: pero, si la arrojase en el fuego, claro está, que en mucho más breve tiempo y sin cansarse ella quedaría la olla limpia, como un oro y toda la grasa e inmundicia consumida. Pues lo mismo pasa acá: que si queremos limpiar esta nuestra alma llena como olla de malas costumbres, grasientas y viciosas y para esto tomamos nuestras diligencias e imaginaciones y la damos mil vueltas con la ceniza de nuestro conocimiento propio, y otras meditaciones, limpiárase buena parte de esta inmundicia; si bien después de quebrada la cabeza, quedaremos con harta mugre y aun con harta grasa de poca humildad; viendo, que son diligencias nuestras y pagándonos de ellas. Pero si nos ponemos en la contemplación en las manos de este gran Dios, que, como dice la Sagrada Escritura,⁴ es fuego consumidor, claro está que en mucho más breve tiempo y mucho mejor nos limpiará y consumirá toda la inmundicia de nuestros vicios y malas costumbres; dejándonos limpios como el oro, y sin grasa de soberbia; viendo que ni somos ni valemos nada para ello; sino que Su Majestad lo ha hecho. Alábenle los Angeles por siempre.

De tal suerte es lo mucho, que esta contemplación de acto de fe y resignación limpia la alma, que vino a decir San Lorenzo Justiniano:⁵ Que esta fe era poderosa a limpiar todas las manchas espirituales, a quitar toda la mala inclinación, a engendrar todos los bienes en la alma. “Esta fe (dice) es purgativa de las manchas espirituales, engendradora de los bienes, fortalecedora del sujeto en que está, mitigadora de toda mala inclinación y capaz de recibir la llama del divino amor.” De manera que toda esta pureza causa la oración de fe en la alma, aunque no haya otras purgas, ni disposiciones: y por esto dijo el Espíritu Santo:⁶ “Por la misericordia y por la fe se purgan los pecados.” Y en los

4 Deut. 4, 24.

5 Falconi cita así: “*De lign. vit. cap. 5 in fine. quæst.*”. Las obras completas de S. Lorenzo Justiniano tuvieron varias ediciones, en donde se contiene el *Lignum vitæ*, y que pudo manejar Falconi. Es probable que el Mercedario usase una de estas tres: Venecia, 1606; Colonia, 1616; Lyon, 1628.

6 Prov. 15, 27.

Actos de los Apóstoles⁷ se dice: "Que con la fe se purifican los corazones de los hombres."

Y si alguno no acabare de persuadirse lo mucho que con este ejercicio de fe y resignación se purifican los sentimientos, las potencias y hábitos viciosos; y lo mucho que con él se mortifica todo el hombre interior y exterior; pídole por caridad se aplique a usarle un poco de tiempo y pruebe a estarse un par de horas en oración, callando allí y resignado en las manos de Dios; sufriendo las sequedades y purgaciones que allí Dios le enviare; y verá manifiestamente cuánto más se mortifica y purga por este camino la voluntad y todo el hombre que por cualquier otro ejercicio; y que querrá a veces estar antes tomando mil disciplinas y haciendo cualesquiera mortificaciones, que lo que allí se pasa: y si no, manos a la obra; remítote a la experiencia, para que ella le desengañe: que estoy bien cierto que no ha de decir más, que allí no se hace nada; sino antes, que se hace mucho, y purifica la alma y muy mucho.

Y no sólo eso: sino que esta purgación que pasa la alma en esta oración sufriendo sequedades, quebrantamientos de propia voluntad, negación de discursos, penas interiores, y negación de todo el hombre interior, ésa es, la que ella ha menester derechamente: porque la purgación sensible, y las penitencias exteriores del cuerpo; aunque ésas son muy buenas para él; pero a la alma y a la voluntad poco la mortifican: porque como dice San Pablo:⁸ "Los ejercicios corporales poca es la virtud que traen." Y la razón de esto es llana: con un ejemplo, con que un Santo Varón lo explicaba: si un hombre, dice, tuviese un gran mal en la cabeza y el Médico le aplicase los remedios a los pies, ¿de qué provecho le serían? Pues si nuestro daño y enfermedad está en los apetitos y voluntad desordenada, dura y rebelde para lo bueno (pues ella es la causa que las acciones voluntarias sean buenas, o malas) ¿de qué le servirán las mortificaciones exteriores y corporales que no tocan en lo interior, que es de donde procede la enfermedad? De poco, por cierto, si el mal está en

7 15, 9.

8 1 Timoth. caps. 4, 8.

el interior. ¿De qué le servirá la purgación en el exterior? Será como al enfermo de la cabeza, que le ponen los remedios en los pies. Y así, nota que esta purgación interior y secreta, que en esta oración pasa el alma, ésa es la que ha menester derechamente; y ésa es la que purifica y limpia todo el hombre interior y exterior: porque como vimos, en esta oración se mortifican los sentimientos, la imaginación, entendimiento, memoria y voluntad y todos los apetitos y querer de nuestro natural; y de todo se hace un altísimo sacrificio a Dios: como después más largamente se dirá en el libro tercero.

Capítulo XII

EXPLÍCASE MÁS CÓMO LOS IMPERFECTOS PUEDEN USAR
ESTE EJERCICIO

HÁGOTE saber que tú no has de pretender ponerte en contemplación; ni querer ser contemplativo y místico; ni tener oración de unión ni meterte en nada de esas cosas: lo que has de pretender pues hacer es lo que cada cristiano está obligado desde que le bautizaron, por tonto y bárbaro que sea; aunque nunca tratase de oración, esto es el ejercitar las tres virtudes teológicas, fe; esperanza y caridad; las que enseña la Cartilla y saben los niños desde la escuela, que es creer en su Criador, Dios y hombre verdadero y los misterios que de El enseña la Iglesia: esperar de su sangre y misericordia mil mercedes y amarle de todo corazón, sin tener voluntad ni deseo que no sea puesto en El: y que esto es lo que pretendes hacer cuando te pones en este ejercicio y que por eso haces un acto de fe en que crees ese Dios hecho hombre y los artículos que de El enseña la Iglesia; y con eso te arrojas a sus pies, creyendo que en cuanto Dios está contigo y en todo lugar; y en esa fe y creencia te estás todo el tiempo que puedes, y que junto con eso esperas de su mano mil misericordias para tu alma y cuerpo: y que también te resignas en sus manos, amándole de todo corazón; por lo cual no quieres más de que se haga su voluntad en todo y por todo.

Y que así; puesto que lo que has de pretender hacer en este ejercicio es una cosa tan sencilla y llana que todos tienen obligación a hacerla, que es, creer, esperar y amar; que por eso no tienes necesidad de más disposiciones que obedecer: ni más, que aguardar a que Dios te lo mande otra vez: pues ya te lo mandó en el día que te puso los preceptos de fe, esperanza y caridad.

Finalmente digo: que no hay que embarazarse mucho sobre si es o no es esta oración para los imperfectos: porque lo que tú has de procurar es una viva imitación de Cristo y resignación como El la tuvo: Y así, supuesto que a todo cristiano le compete el imitar a su Maestro Jesucristo y resignarse en la voluntad divina, como El lo hizo, consiguientemente le competirá y podrá usar de esta oración, pues ella no es otra cosa que una imitación de Cristo y resignación en la voluntad divina. No hay, digo, a mi parecer, que embarazarse mucho sobre el modo de la oración, con meditaciones o sin ellas; ni sobre esto hay para qué gastar muchas disputas; sino en lo que se debe poner el conato es en que tengan oración las almas, sea como fuere, ora mediten, ora no: ténganla ellas y no falten a el estarse allí con Dios y estén como pudieren; meditando o no meditando, devotas o secas, que como no falten en eso está lo más importante; y en el perseverar y más perseverar, como ya se dijo en la *Cartilla*.¹

Capítulo XIII

EXPLÍCASE LA DOCTRINA DE LOS CAPÍTULO PASADOS Y MUÉSTRASE CÓMO EL APLICARSE ALGUNOS IMPEDIMENTOS A LA CONTEMPLACIÓN NACE DE QUE ESTABAN YA SAZONADOS CON ACTOS Y MEDITACIONES SUELTAS SIN ENTENDERLO ELLOS

Y para que mejor se vea que no hay que extrañar en algunos imperfectos el que usen la contemplación, se advierta que muchas veces dispone Dios las almas para que pasen a la contemplación, sin que

1 *Cartilla primera*, part. 3.^a, cap. 11.

ellas lo adviertan: y esto lo hace Su Majestad mediante los actos sensibles, piadosos y devotos, que ellas hacen en el discurso del año, como es rezar su rosario y otras devociones de Santos, y como es las consideraciones devotas y piadosas que se las suelen ofrecer entre día; ya en sus ocupaciones caseras, ya andando por la calle o en el campo, ya en los trabajos y necesidades que se les ofrecen y otras ocasiones que en el discurso de su vida han pasado, de las cuales es muy ordinario en los fieles tomar motivo para hacer algunas consideraciones y actos de devoción, como cuando ven las imágenes de Cristo acordarse de su Pasión y compadecerse de El; o con admiración considerar lo que este Señor padeció. ¡Señor mío, que esto padecisteis por mí! Y cuando ven las cruces adorarlas interiormente; y cuando andan estaciones e iglesias y hacen otros actos virtuosos, levantan su corazón a Dios: cuando sienten un dolor, un trabajo y se ven en un aprieto, es lo ordinario volverse a Dios con la consideración y afecto; y a esta traza otros mil actos piadosos, que hacen; que todos son actos de oración, meditaciones y jaculaciones, con lo cual y con leer libros devotos, oír sermones y Misas, se van acostumbrando poco a poco todo el discurso del año y de su vida y se van facilitando y sin que ellos lo adviertan van adquiriendo el hábito de meditación y habituando la mente y la alma, en que sepa atender a Dios y en él tratar con El (particularmente con el uso de la frecuente comunión) de manera que ya tienen algún gusto en Dios y así con esto ya se van poco a poco purgando y purificando, y cuando menos se piensan están ya en estado y disposición para pasar a la contemplación.

Estando pues ya en esta disposición en que el alma está inclinada y levantada la mente a Dios, como ya ha empezado a gustar de El, sucede ordinariamente que quiere luego tratar de propósito de comunicarle más despacio; y así luego procura tener ratos y horas de oración: y como está ya sazónada y dispuesta para la contemplación, sin entenderlo ella, con aquellas meditaciones breves ya referidas y con aquellos actos piadosos ya referidos; de todo el discurso del año y de su vida; de aquí viene, que a pocos tiempos que se ponga en ella luego se aplica a quedarse en contemplación

sin discurrir, lo cual suelen algunos y aún los más extrañarlo y parecerles que es meterse de golpe en la contemplación, y es el caso, que no reparan en que ya estaría dispuesta el alma para ello con todos aquellos actos de levantar el corazón a Dios y afectos piadosos que referimos, que todo eso es meditar, disponerse y purificarse; y de sí le vino, que así como quiso tratar de oración de propósito, luego se aplicó a la contemplación.

Y el no conocer la disposición en que aquellas personas están y que hayan pasado del estado de meditar y purgarse, les viene, de que nunca las han visto tratar de propósito de orar y meditar, ni de buscar horas señaladas, ni hacerlo con arte, ni guardando reglas de ello; y por eso piensan que no se han dispuesto con la oración de la meditación y sus afectos: pero la verdad es que ya están bastantemente sazoadas y que las ha ido Dios disponiendo poco a poco con los actos referidos, sino que como eso no lo han hecho con arte ni guardando reglas, ni tiempo, sino interrumpidamente y a pedazos, sin saber ellos qué es orar, ni meditar, por eso no saben conocer por lo que han pasado, ni el estado en que se hallan.

Y con un ejemplo lo explicaremos, porque esto es, como lo que pasa en muchas personas, que sin saber ellas retórica, ni qué cosa es, ni sus reglas, suelen hablar ordinariamente y usar en sus conversaciones mil figuras retóricas, sin que ellas sepan lo que hacen; pero el que ellos no sepan las reglas, ni el arte, ni el que no lo hayan estudiado de propósito, como otros lo estudian, no quita el que hablen concertada y retóricamente. Pues así pasa acá, que aunque muchas personas no han tratado de propósito de meditar y purgarse según las reglas y arte que de ello hay, ni han sabido que meditaban, ni que se iban disponiendo con los actos piadosos que hacían para contemplar, no quita por eso el que ellos lo hayan hecho y sazónándose para la contemplación, aunque sin ir atadas a reglas y sin saber lo que hacían: y si las tales topasen con Maestros de experiencia, a pocos lances las conocerían el estado en que están. Y así no hay por qué decir que se pasan a la contemplación los imperfectos sin razón ni tiempo; porque Dios tiene muchos modos y maneras de

sazonar y disponer las almas, que no las reparamos ni advertimos; y suele pasar este negocio de la oración en la práctica muy diferente de como está en los libros.

Esta doctrina es menester repararla mucho; porque tengo por sin duda que con ella se explica bastantemente la razón por qué muchos imperfectos en tratando de oración pueden ellos aplicarse a contemplar: porque estas tales almas y otras muchas a esta traza, aunque sin principiantes en el tener horas señaladas de oración, haciéndolo con arte y regla no lo son absolutamente en tener oración: porque ya la han tenido muchos años en el discurso de su vida, usando de aquellos actos de meditar en sus rezos, devociones y afectos, levantando el corazón a Dios: con lo cual y las demás obras buenas que hacían y trabajos que padecían se habían ido disponiendo y purificando para pasar a la contemplación.

Esto es una cosa llana, y que, si medianamente se repara en ella quita toda la dificultad en que algunos topan de que ¿cómo puede ser que los que empiezan a tener oración entren tan presto en la contemplación? Porque, quién puede negar que hay muchas personas que aunque no tratan de propósito de tener horas de oración, ni saben reglas de ella, con todo eso son medianamente piadosas y afectas y la tienen muchos ratos entre día y en diversas ocasiones levantan el corazón a Dios; pues éstas (y aunque no sean tales) al cabo de quince, veinte o treinta años de vida, en los cuales habían hecho innumerables actos de meditación, consideraciones piadosas y afectos buenos y otras muchas obras buenas de piedad: éstas ¿quién duda que al cabo de este tiempo estarán ya bastantemente dispuestas, ordenadas y purificadas con todos estos actos sensibles para pasar a la contemplación? Luego, si éstas viniesen a un confesor y dijese, Padre yo quiero tratar de oración; y él poniéndolas en ella, a sus horas y de propósito, ellas a pocos días se aplicasen a contemplar, no había de qué espantarse, ni para qué decir que eran principiantes y que así no lo habían de hacer: porque si bien lo eran cuanto al tratar de oración con arte y reglas; pero cuanto al orar, meditar, levantar el corazón a Dios y hacer otros afectos buenos, no lo eran; sino que habían ya pasado por todos esos princi-

pios en el discurso antecedente de su vida, si bien sin saber ellas el estado en que estaban. Y así resta que la señal cierta y la regla para ver si está el alma para pasar a la contemplación está dicho en los capítulos antecedentes, que es ver si se aplica a estarse en silencio por no poder discurrir ni meditar; que en aplicándose ya está dispuesta y sazónada y tiene don de contemplación, activa por lo menos.

Finalmente digo, que puedes ir segurísimo con esta regla, y en aplicándote a ella caminar muy fiado en Dios de que aprovecharás muy mucho más por ese camino que por cuantas meditaciones hay, pues ya no puedes meditar, como lo supongo; en lo cual no me quiero ahora detener más porque lo ha de hacer en todo el discurso de este libro.

Y para concluir con esto te digo que procurar imitar a Jesucristo siempre es tiempo y por eso no hay que aguardarle; y así supuesto que esta oración consiste en resignarse en la voluntad divina a imitación de Cristo y que esto es lo sustancial de ella, para eso no hay que aguardar tiempos: por lo cual, aunque para la contemplación es menester aguardar tiempo; pero no es menester para procurar imitar a Cristo y procurar resignarse en la voluntad divina en todo y por todo. Y no temas por parecerte que no estás del todo purificado de las pasiones para pasar a la contemplación, ni te embarace el verte imperfecto, porque en ella te purificarás de ellas y mucho mejor y más presto que por otro cualquier camino, como se ha visto.

Capítulo XIV

EXPLÍCASE CÓMO NO HAN DE EMPEZAR LOS PRINCIPIANTES POR LA CONTEMPLACIÓN Y QUE NO ES BUENO ATAR A NADIE A QUE VAYA POR ELLA O POR LA MEDITACIÓN; SINO POR EL CAMINO QUE DIOS LA LLEVARE Y A QUE MÁS SE APLICARE

PODRÍA alguno dudar si sería bien o podrían los que nunca en su vida han tratado de tener oración, empezar a tenerla por este ejercicio de contemplación, sin tratar de meditar, ni de hacer discursos.

La razón que podía haber de duda es, porque supuesto que de las meditaciones se ha de venir a parar en la contemplación y que no son más que medio para venir a ella, parece podía desde luego usarla y ahorrar todo ese tiempo que ha de gastar en meditar y empezar derechamente por la contemplación, pues últimamente se ha de venir a ella.

Algunos han dicho, respondiendo a esta duda, que se haga así, y que los principiantes comúnmente puedan empezar por la contemplación; pero a mí me parece que la más común y corriente doctrina de los Santos no es ésa, sino que lo ordinario ha de ser empezar por las meditaciones los principiantes y estar en ellas el tiempo que hubieren menester, hasta que Dios les dé vocación y los levante; y hasta estar sazonados para usar la contemplación (sea poco o sea mucho el que hubieren menester para sazonarse) porque, como dije atrás, unos habrán menester más tiempo que otros para ello.

Y la misma razón que dan de dudar contra esto, lo dice claramente; porque si las meditaciones son los medios ordinarios para ir a la contemplación, luego no será bien querer el fin sin haber puesto algunos medios. Y no sé que haya santo alguno (a lo menos yo no le he visto) que enseñe que todos los principiantes pueden empezar por la contemplación: que algunos principiantes suelen entrar por ella por especial don que Dios les dá, eso sí que lo dicen los Santos, pero que comúnmente puedan entrar todos por ella no sé que sea doctrina de los Santos, sino que el empezar ha de ser por la meditación.

Y esto es lo común y lo que deben todos procurar; que es empezar por este medio de la meditación; que empezando ellos por ahí, si Nuestro Señor quisiere otra cosa de ellos, o ponerlos en la contemplación, Su Majestad les irá quitando la gana y aplicación al meditar y dándosela para que se queden en contemplación. Porque Nuestro Señor suele a algunos desde los primeros días darles ese don de contemplación, de tal suerte que de ninguna manera pueden aplicarse a meditar, aunque más fuerza se hagan; y mientras más porfían a quererlo hacer, se hallan más secos, duros y atormentada la cabeza: y éstos tales no hay por qué porfien más

en meditar, sino que se dejen llevar del espíritu y camino por donde Dios les llama, y perseverar en él: pues es doctrina de muchos Santos y Autores graves que da Dios ese don de contemplación a algunos en sus principios de oración, y así no hay que extrañarlo.

He dicho esto porque hay muchas personas, aun de las imperfectas, muy despechadas y a pique de dejar la oración, y no son pocas, las que la dejan de puro desconsoladas que se hallan; viendo que no pueden meditar, ni a su parecer hacer nada en el tiempo de la oración, y así piensan que Dios no las quiere para oración; y nace de que no atienden que aquel no poder meditar es llamarlas Dios a otro modo mejor de oración, que es la contemplación: donde no hay meditaciones, sino sólo estarse en una noticia, de que están con Dios allí y rendidas a su voluntad, sin hacer otros actos o discursos, más que creer en Jesucristo y sus misterios de por junto.

Esto, pues, no pueden acabar de creerlo como por una parte se ven imperfectos, y por otra que no pueden hacer nada ni discurrir; no se acaban de persuadir que aquel no poder meditar, es llamarlas Dios a la contemplación, por parecerles muy presto para ella: y así dan y toman en que ellos no hacen nada y que no tienen oración; pues no meditan y que allí todo es perder tiempo: y suelen topar con otras personas que las afligen, que porque ellas no han experimentado aquellos modos por donde Dios lleva las almas, las desconsuelan y afligen diciéndolas que pierden tiempo mientras no meditan; y así que lo hagan aunque revienten; que lo demás no es oración: como si este negocio se hubiera de hacer a fuerza de brazos y con violencias. Y así, no tienen los tales que no pueden meditar que inquietarse, ni dejar por eso la oración, sino perseverar en estarse allí con Dios, rendidos a su voluntad; aunque por otra parte se vean más secos y más duros que una piedra: que con eso tienen oración y van bien y verán en sus almas con la perseverancia los frutos y efectos de ella.

Y sin duda ninguna; que Dios para ponerlos en la contemplación no está atado a tiempos, ni a reglas, sino que a los perfectos y a los no perfectos y a los que quiere y como quiere, reparte sus dones según el

agrado de su providencia: que acullá a los de la viña, a unos los llamó temprano luego por la mañana, a otros al mediodía y a otros al poner el sol: y así, acá, a unos los pone temprano y luego, luego en la contemplación; a otros a medianas diligencias hacia mediodía y a otros se lo guarda para puesto el sol.

Con esta doctrina que hemos dicho queda respondida la duda puesta al principio: y queda entendido como el común y ordinario modo que han de guardar los principiantes y los Maestros con ellos, es imponerles en la meditación; y que esto ha de ser lo común y general: que por esto no se quita, que Nuestro Señor a algunos luego a los principios los llame a la contemplación: y quede también entendido, como no hay que atarse las almas, ni que atarlas a que vayan por este modo o el otro, sino dejarlas ir por el camino que mejor se hallaren y a que más se aplicaren con provecho de sus interiores: esto es, por donde salieren con mayores alientos de vencerse a sí y al demonio, ejercitando todas las virtudes: porque éste es el cierto, el que gusta Dios que lleven y al que Su Majestad las llama. Porque unas se aplican a meditar y no a contemplar; y en esto de meditar, unas a la Pasión, Vida y Muerte de Cristo; otras hay que no aciertan a meditar en la Pasión, sino que se aplican más a considerar sus miserias, otras a pensar en la Muerte, Juicio o Infierno; otras a pensar en las cosas celestiales, en la gran bondad de Dios, en su grandeza, en su amor, en su poder y misericordias, que usa siempre con los suyos; otras hay que todo se les va en decir siempre jaculatorias y palabras amorosas a Dios, pidiendo misericordia, rindiéndole el corazón y haciendo otros actos y afectos devotos; otras que no saben qué decir, ni qué pedir, ni aciertan a hacer cosa en la oración, más que desear agradarle y amarle. De manera que aun en el mismo camino de meditación, no todas se aplican a un género de meditar.

Pero otras hay que por ningún caso pueden meditar en la Pasión, ni en el Infierno, ni en la Muerte, ni en cosa de arriba, ni de abajo, ni aciertan a hacer una consideración y sólo saben estarse a solas en silencio, creyendo que están con Dios y rendidas a su voluntad.

Y todos son maravillosos modos de oración, aunque

tan diferentes y varios: porque no está el caso de aprovechar en la oración en que sea de este modo o de otro; sino en que cada alma vaya por aquel camino a que mejor se acomoda y de que saca más aprovechamiento y más constantes y vivos deseos de agradar a Dios y de imitar a Cristo; porque ése será para ella el mejor y más importante camino que le fuere más provechoso para el ejercicio de virtudes y aumento de ellas, aunque el tal camino y modo de oración no sea en sí el más alto ni el más aventajado. Porque el ser el camino de la oración mejor para las almas, no consiste en que sea más alto y más levantado sino en que para la tal alma sea más a propósito y de más aprovechamiento para la perfección.

Por lo cual la Santa Madre Teresa de Jesús enseña¹ maravillosamente, cómo no consiste el aprovechamiento en la oración en que se medite en la Pasión, en el Infierno o Cielo, sino en que sea en aquello y de aquel modo que mejor se hallaren las almas y a que más se aplicaren y de que saquen más provecho. Dice pues así: "Hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la Sagrada Pasión; que así como hay muchas moradas en el Cielo, así hay muchos caminos: algunas personas aprovechan considerándose en el infierno y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno otras, en la muerte; algunas, tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y así se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proceder." Maravillosamente ha dicho la Santa la variedad de caminos que hay en la oración; para que se vea cómo no hay que atar a nadie a éste ni al otro modo sino dejarle ir por donde Dios le llevare.

Por lo cual, es mucho de ver algunas personas que sólo dicen y enseñan conforme su vocación. Y así, dicen unos; si no contempláis y dejáis las meditaciones, no aprovecharéis nada: otros, si no meditáis en la Pasión, es perder tiempo el contemplar. Y así, lo que el

¹ Falconi cita: "en el capítulo trece de su vida". Véase: *Obras de Sta. Teresa de Jesús* (B. A. C., Madrid, 1951, vol. 1); *Libro de la vida*, cap. 13, págs. 667-668.

Maestro o Padre espiritual debe hacer es no querer ni imponer las almas en éste ni en el otro modo de oración que él tiene ni al que se inclina, sino mirar por qué camino las lleva Dios, y por ése las guíe, aliente y fervorice y desembarace de lazos; que éste es el oficio de Maestro espiritual: y para asegurarse mejor, si el camino es bueno, mire cómo aprovecha la tal alma en las virtudes, especialmente en la humildad, en el desasimiento de las cosas y en el deseo de sólo Dios; y si en esto hay aprovechamiento, el camino es bueno y el que Dios quiere: y será discreción, aunque el espíritu del Padre espiritual sea diferente, acomodarse con el del penitente y no embarazarle su camino; en que le hará más daño que provecho.

Capítulo XV

ADVERTENCIA IMPORTANTE: CÓMO ESTO QUE SE HA DICHO DE QUE SE QUITA A VECES LA GANA DE MEDITAR NO SE HA DE ENTENDER PARA NUNCA JAMÁS MEDITAR

A CERCA de lo que hemos dicho de cuándo y cómo se suele quitar el poder usar de las meditaciones, es menester advertir que ese no usarlas no se entiende que ha de ser para siempre; de manera que en empezando Dios a darle a una persona aplicación a la contemplación, se entienda que por el mismo caso no haya jamás de meditar en toda su vida: no se dice, pues, eso: sino, que las veces que poniéndose en oración no acertaren a meditar, ni gustaren de ello, que se sosieguen, y no se maten por meditar, contentándose con estarse en aquella presencia de Cristo nuestro bien: y las veces que poniéndose en oración, se pudieren aplicar a meditar en alguna buena consideración y hallaren en esto aplicación para ello, que lo hagan así; y mediten hasta que les seque y acabe la gana de meditar; y lo mismo se hará en todo el discurso del día; que unas veces se podrán ocupar entre día en las meditaciones a que más se inclinaren de la Vida, Pasión y Muerte de Cristo; o de las miserias propias; y otras estarse en aquella presencia dicha de Cristo.

Esta doctrina es muy de advertir y la enseña maravillosamente el V. Padre Fray Juan de la Cruz¹ el cual habiendo puesto una duda sobre si los que empiezan ya a tener contemplación han de dejar luego del todo las meditaciones, responderá así; “a lo cual se responde: que no se entiende, que los que comienzan a tener esta noticia amorosa y sencilla nunca hayan de meditar, ni procurarlo; porque a los principios que van aprovechando no está tan perfecto el hábito de ella que luego — que ellos quieran se puedan poner en su acto; ni están tan remotos de la meditación que no puedan meditar, ni discurrir algunas veces de nuevo; antes, en estos principios, cuando por los indicios ya dichos echaremos de ver, que no está el alma empleada en aquel sosiego, o noticia, ha menester aprovecharse del discurso, hasta que venga a tener el hábito de contemplación que habemos dicho, en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quieren meditar, luego se quedan en esta noticia de paz, sin poder meditar ni tener gana de ello; porque hasta llegar a esto, en este tiempo, que es de aprovechados, ya hay de lo uno y de lo otro, de manera que muchas veces se hallará el alma en esta amorosa y pacífica asistencia de Dios sin obrar; y muchas habrá menester ayudarse blanda y moderadamente del discurso, para ponerse en ella”. Estas son sus palabras: Así, que unas veces se habrá de meditar y otras estar sin meditar en la oración. Lo cual quiero aún explicar y comprobar más en el capítulo siguiente.

Capítulo XVI

DOCTRINA IMPORTANTE PARA ACOSTUMBRARSE A ORAR EN LA CONTEMPLACIÓN

No todas las veces está un alma sazónada para quedarse luego en contemplación, así como empieza las horas de oración, según ya dijimos, aunque ya esté en estado de contemplación: y así podrás para

¹ Cita exactamente el Mercedario. — Véase loc. cit., *Subida del Monte Carmelo*, lib. 2, cap. 15, pág. 647.

irte facilitando a estar en la noticia simple de la contemplación, empezar, cuando te pusieres en la oración, a meditar en alguna buena consideración de las dichas en la *Cartilla primera*, o donde hallares más jugo, tanto como un cuarto de hora, poco más o menos; y luego, en viendo, que no puedes meditar, quedarte el más tiempo delante de Nuestro Redentor, sin discurrir ni meditar: y haciéndolo así algunos días irás poco a poco acostumbrándote a estar en la contemplación, callando sin meditar, hasta que después puedas acabar contigo estar así todo el tiempo, que estuvieres allí. Esta es doctrina sacada de San Bernardo, Santo Tomás, la Santa Madre Teresa y otros: y así, dice San Bernardo: ¹ “el principiante y nuevo, pónganle que lea y medite la humanidad exterior de Cristo y juntamente le enseñen a que crea espiritualmente y a que en su oración, cuando está pensando en Dios, deseche cuanto pudiere las imágenes corporales que le vienen” esto es: que ore también un rato sin considerarle en forma corpórea, sino espiritualmente y en fe pura creyéndole Dios y Hombre.

Y el angélico Doctor Santo Tomás ² dice: “aunque un hombre no esté perfectamente acostumbrado en la vida activa” esto es, en la actividad del discurso y meditación (que eso es vida activa) pero que podrá según que está más o menos perfecto en lo activo, ocuparse y ejercitarse juntamente en lo activo, y en lo contemplativo. Supuesto, pues, que se puede juntamente ejercitar lo activo y lo contemplativo, podrás un rato meditar y otro dejar la meditación y quedar en una fe simple de los misterios de Cristo.

Lo mismo nos enseña la Santa Madre Teresa de Jesús en el capítulo trece de su vida, como referí y ponderé en la *primera Cartilla*.³ Y lo mismo enseña el Santo Fray Pedro Alcántara, el cual dice: ⁴ Que no sólo no se ha de dejar absolutamente la meditación,

1 Loc. cit. — Aquí Falconi vuelve a repetir: “en la carta a que escribe a los hermanos del Monte de Dios en la columna diez y nueve”.

2 Op. cit., vol. 9, *Commentarium in lib. 3 Sententiarum*, dist. 35, q. 1, art. 3 ad 3. — Falconi cita: “3 Sent. dist. 35 q. 1 art. 3 ad 3”.

3 Parte 2, cap. 3. — Santa Teresa, loc. cit., *Vida*, cap. 13, páginas 670-71.

4 Loc. cit. — Vuelve Falconi a repetir aquí: “Aviso 8”.

sino que también en la misma oración, después de haber meditado un rato, se contempla otro: dice, pues, así: “dejar la meditación por la contemplación señaladamente se puede hacer al fin de todo el ejercicio; lo uno porque se presupone ya entonces que el trabajo del ejercicio pasado había ya parido algún efecto y sentimiento de Dios; y lo otro, porque después del trabajo de la meditación y oración, es razón que el hombre dé un poco de huelga al entendimiento y le deje reposar en los brazos de la contemplación”. De manera, que en la hora de la oración podrá un rato darse a la meditación y al fin otro rato reposar en la contemplación.

Veamos, pues, ahora ya que hemos dicho que se han de venir a dejar las meditaciones y a qué tiempo, cuál es este otro modo de oración de contemplación. Y de esto se tratará en el siguiente libro. Y antes que pasemos a él resumiremos la doctrina dicha en este primero.

Capítulo XVII

CONCLUSIÓN Y COMPENDIO QUE SE INFIERE DE TODO LO DICHO EN ESTE PRIMER LIBRO

DE todo lo dicho hasta aquí se colige claramente que no todos los que tratan de oración han de meditar por consideraciones y discursos para tenerla; ni todos han de contemplar y dejar de meditar: y que fuera tan duro querer obligar a todos a meditar como el querer que todos dejasen de hacerlo y que contemplasen. Supuesto, pues, esto, consta claro que los que se inclinan a meditar y pueden pasar en eso la oración, que los tales han de tener la oración meditando y discurrendo; porque el poder meditar y discurrir y hacer afectos es señal que no están dispuestos y sazoados para la contemplación o que no tienen don para ella, como dije ya.

Y los que pudieren acabar consigo el estarse allí callando en aquella noticia amorosa de Nuestro Redentor y resignación en sus manos, ya dicha, esos tales, no tienen necesidad por entonces de meditaciones; por-

que ese mismo estarse allí en la fe y resignación y poderlo acabar consigo, es señal clara que están ya dispuestos y sazoados para ello, como se dijo ya, o que tienen el don de contemplación ya dicho: y la razón de esto es llana; porque estas meditaciones no son más que unos medios para llegar a ese otro ejercicio segundo de contemplación: luego a quien Dios le diere gracia y don para usar la contemplación y que se aplique a ella, no tendrá para qué usar de las meditaciones; porque los medios en tanto se ha de usar de ellos, en cuanto son menester para alcanzar un fin; pero si no son menester o está ya alcanzado, para qué usarlos.

Y lo mismo se ha de decir de los que no saben ni pueden meditar, o por tener la cabeza flaca o por ser demasíadamente imaginativos, o muy escrupulosos, o por otras razones (que si se diesen a imaginar les haría gran daño), porque todos éstos es cosa clara que habrán de valerse de este ejercicio de contemplación; como lo aconseja y enseña el Venerable Padre Baltasar Alvarez,¹ donde tratando a qué personas se puede aconsejar tengan oración de contemplación y no de meditación, dice así: “este mismo consejo, de que contemplen, se puede dar a los que por flaqueza, o por otra causa no aciertan a tener largos discursos”.

Y la razón de esto es: porque estos tales, claro es, que han de tener algún modo cómo orar; y así, pues, no saben, o no pueden, por las razones dichas, meditar ni imaginar, deben de usar de este ejercicio; pues es tan fácil: y si no les diésemos tan fácil remedio como éste de no discurrir con la imaginación, no sé que-rrán ellos mejor salida para su flojedad y para nunca tener oración; que es el decir, no sé, o no puedo meditar.

Por tanto, pues, y por todo lo dicho, y deseando el mayor aprovechamiento de los fieles, pido y suplico de rodillas y con toda humildad, por la Sangre de Jesucristo y por su muerte a los Confesores y Maestros de estas materias, consideren bien todo lo dicho; y enseñen y aconsejen mucho a los fieles que vieren que

1 Loc. cit., cap. 41. — Más adelante (lib. 2, capítulos 8 y 9) copia Falconi casi enteramente el cap. 41 de la *Vida* del Padre Baltasar Alvarez.

no pueden meditar, este tan humilde, breve, fácil, amorosísimo y eficaz modo de negociar con Dios; y no abrevien su mano, ni le hagan inhumano y esquivo para con los pecadores arrepentidos. Dios no es sino un amorosísimo Padre que se deshizo de amor por tu mayor bien y provecho. ¡Alábenle los Angeles por siempre! Enseñen, pues, esto para que comuniquen todos de los innumerables tesoros y riquezas que en esta resignación hay encerradas; y para que nadie se excuse de tener oración: porque hay muchos que no lo hacen con decir, no acierto ni sé, ni puedo con mi cabeza imaginar en nada: y con este modo dicho no tienen excusa. Y a mí me ha sucedido con algunas personas que daban esas salidas, dejarlas convencidas: y proponiéndolas este ejercicio determinarse por aquí a tener oración; lo cual no fué posible acabar con ellas por ese otro camino de meditar. Y últimamente se debería enseñar esto con grandes veras, para que con ello se librasen las almas de los grandes engaños y mentiras que el demonio siembra en las consideraciones de la imaginación: pues en este ejercicio se libran de ello, como ya dijimos y adelante diremos.

LIBRO SEGUNDO DE LA ORACIÓN

Capítulo Primero

PÓNESE EL OTRO SEGUNDO MODO DE ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

Y A se ha visto el modo, que comúnmente enseñan todos, para que los principiantes comuniquen con Dios en su oración: más porque hay muchos que se hallan embarazados en diciéndoles que no mediten de esta manera o de la otra y se les ponen por delante montes de dificultades en que no aciertan por su simplicidad y poco saber a entrar y salir en ello; o porque no tienen natural y flema para ello; o porque Dios no los quiere llevar por aquel camino. Por estas y otras muchas razones (que dije en el libro antecedente, y también quedan dichas en la *segunda Cartilla para leer en Cristo*) haciéndome pues lástima tanta salida como tiene la flojedad para apartar las almas de lo que tanto les importa; y deseando dar remedio a estos inconvenientes quiero ponerles aquí otro modo de oración facilísima, que nos enseñan los Santos para todo cristiano, como después veremos, sin que haya alguno, por inhábil que sea, que no le pueda usar; porque en él no hay que empezar por consideraciones y luego dejarlas; que no hay que tomar uno y dejar otro, como en el pasado había; ni que discurrir, ni cosa que lo embarace o canse la cabeza: con lo cual nadie se me podrá excusar que no puede, que no sabe o que no acierta a tener esta comunicación con Dios, ni a tener oración.

Y tiene otra cosa; que fuera de ser fácil, es un atajo seguro para el Cielo, y el más eficaz y perfecto modo de negociar con Dios: de tal manera, que se adelanta-

rá más por este camino un alma en un mes, que por el pasado de consideraciones en un año: y así les viene a suceder aquí a los que no supieren o pudieren discurrir, o a los que se negaren a ello, haciéndose sabiamente ignorantes, que gozarán de las promesas de Dios, que asegura¹ a los pequeñuelos, que saben menos, aventajarlos tanto a los más sabios, que les comunicará muchas misericordia. y favores que tiene escondidos a los sabios: y hay aquí encerrados otros mil bienes, que adelante veremos: y otros innumerables, que yo no sabré decir.

Capítulo II

EN QUÉ CONSISTE ESTE SEGUNDO MODO DE ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

CONTEMPLACIÓN, dice Santo Tomás y con él todos los Doctores, es un simple mirar el objeto. Y así; contemplar en Cristo será estarle mirando simplemente con los ojos de la fe, sin hacer otra especulación o discurso más que estarle mirando, creyendo y amando. Y así; en lo que este ejercicio consiste y se cifra es: en que cuando ya no puedas meditar en los misterios de Cristo, ni en otras cosas, ni jacular, ni hacer otros afectos, como ya queda dicho; que entonces, pues ya no puedes más, te contentes con un sencillo creer en ese Señor Dios y hombre: y pues ya no le puedes figurar en la imaginación, no te mates por ello; sino procura creerlo como es en sí: que aunque está en oscuridad, pero el alma con la fe oscura atiende a que está delante de su Criador y Redentor; y con esa fe persevera delante de él, conociendo que ni eres ni vales nada; y así entrégate en sus manos y resígnate todo en su voluntad paternal, para que haga de ti lo que más fuere servido en todo, y por todo: y ten firme fe y confianza de que como Padre te remediará y hará lo que más te convenga, si te pones en su voluntad, resignando en ella. Resígnate, pues, y persevera, creyéndole y amándole: que esto es estar en contemplación.

Y advierto de paso, que los pensamientos que van

1 Mat. 11, 25; Luc. 10, 21.

y vienen, sin quererlos voluntariamente, éstos no quieren que estés creyéndole y amándole, como verás adelante. Y ésta es la suma de todo el negocio: y nótalos; porque aquí he dicho en breves palabras lo que va en muchas puesto delante. Y así; aunque después ponga más razones y la práctica de cómo esto se ha de hacer, más lo hago por darme a entender a los que menos saben, que porque sea menester. Y que sea éste para todos comúnmente modo tan a propósito de negociar con Dios, para que nos llene de sus misericordias y libre nuestras almas (aun en los que pudieren discurrir en algo) parece que es claro: porque el mayor mal y falta que hay en nosotros, no es falta de conocer lo bueno y lo malo y que vamos mal; sino dureza de nuestra voluntad, que no quiere acabar de determinarse a lo bueno. Y esto es lo que David clamaba, diciendo:¹ “*Criad en mí, Señor, un corazón limpio y mudadme éste.*” Que lo que es, ver que vamos mal, y camino de perdición; y conocer que debemos servir a un Dios que se hizo hombre y se dejó crucificar por nosotros; eso ¿quién hay que no lo sepa? Por lo cual, poca necesidad hay de discursos, y pocas consideraciones nos bastan; pues la mayor falta no está en el no conocer, sino en el no querer el remedio; que está en poner nuestra voluntad en las manos de Dios para que nos libre y ablande: que antes esas consideraciones y discursos nos impiden algunas veces. Y si no, mira qué claro se lo dijo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena,² que preguntándole un día: “Señor ¿qué es la causa que antiguamente te comunicabas con tanta abundancia a los Patriarcas y Profetas, Apóstoles y Discípulos tuyos?” Respondió el Señor: “Yo te lo diré Catalina: porque entonces desembarazados y vacíos de todo lo criado, venían a aprender y oír y se dejaban labrar, como el oro en las manos del Platero en la fragua del Crisol; y pintar por Mí y escribir en ellos la Ley de amor; y ellos, siempre serenos, eran un pepe-

1 Ps. 50, 12.

2 Esta cita de Santa Catalina no es directa. La toma Falconi del *Joyel espiritual* de Ludovico Blosio. Como hará más adelante con Santa Gertrudis (lib. 3, cap. 17), en la misma Santa Catalina (libro 3, ibíd.), y con Santa Brígida (lib. 4, cap. 9). Así hizo en *Cartilla primera* (3.^a parte, cap. 1). Como se verá, en las demás citas de Blosio señala los folios. Aquí, no.

tuo receptáculo: pero ahora ellos se lo dicen y hablan todo y me vienen a repetir las cosas tanto como si no viera ni oyera; y están tales y tan ocupados, que no me dan lugar a que obre en ellos.”

Ya has visto cómo te impiden a veces consideraciones y discursos; y cómo cuando te pones desocupado de ellas, callando delante de Dios, entonces estás negociando más eficazmente que remedie tu alma. Cuán fácil es esto y cómo se haya de hacer, luego te lo diré: que quiero que veas primero cuán importante es este ejercicio y cómo le enseñan todos los Santos.

Capítulo III

EN QUE SE MUESTRA CUÁN ALTO MODO DE ORACIÓN SEA ÉSTE, Y QUE ES DOCTRINA DE TODOS LOS SANTOS

SI no entiende cómo con este silencio, sin discurrir ni meditar en nada se negocia con Dios tanto con estarse sólo en su presencia en fe viva y resignado en sus manos, no me espanto, porque no lo has experimentado; y así, hasta que lo hayas hecho, cree por lo menos a tantos y tan graves Doctores como lo dicen y experimentaron. Y también fuera poca humildad querer entender luego materias en que no te has ocupado nunca y no sujetar tu entendimiento de otra suerte: que en verdad que cuando el Médico da al enfermo un vaso con una purga oscura y negra que se la echa a pechos sin examinar las propiedades y virtud que tiene; sólo en fe de que un hombre sólo le dice que es buena para la salud: pues, ¿por qué no creerás tú lo que tantos experimentados y hombres santos te dicen?

Mira lo que dice aquel Santo Varón Enrique Carla el Cartujano: ¹ “¡Oh ánima mía! (dice) mucho trabajas y piensas muchas cosas; piensa no más de una y trabajarás menos con mayor ganancia: y aún te digo, que

¹ Dice Falconi: “cítale el autor de la *Subida al Monte Sión*”. Efectivamente. Se trata de Enrique Carlaal, citado por Fr. Bernardino de Laredo en *Subida del Monte Sión* (parte 3.ª, cap. 27). Véase: *Místicos Franciscanos*, tomo 3, B. A. C., Madrid, 1948, páginas 371-372.

Enrique Carlaal “fue un teólogo parisiense y monje cartujano”.

si puedes y sabes y quieres, no pienses nada; y, sin algún trabajo ganarás más. Entienda quien tenga orejas y sepa que en este no pensar nada se comprende un gran mundo y tiene en sí cuanto hay que merezca ser querido. Y como éste es sólo Dios, resta que en presencia suya todo lo demás es nada y como tal no se ha de pensar en ello." Mira, qué palabras éstas tan notables y qué claramente dice, cómo en esta oración de contemplación no has de pensar, ni imaginar en nada de propósito, con una fe oscura de que estás con Dios.

Lo mismo enseña San Dionisio Areopagita² escribiendo a Timoteo: "Tú, amigo Timoteo (le dice), deja las potencias sensitivas e intelectuales y sus operaciones y todos sus objetos, así de las cosas que tienen ser, como de las que no lo tienen; y ten este aviso: que con fuerte y ahincado ejercicio y obra de la voluntad, apartes de ti y dejes todas las ocupaciones del entendimiento: porque cuando te levantares sobre ti mismo, desnudo de todo deseo y sobre todas las cosas, dejándolas, entonces volarás a Dios: porque aquí el no ver, ni conocer, es ver y conocer de veras."

Y escribiendo a Doroteo,³ dice así: "No viendo, ni conociendo, es el hombre más íntimamente unido a aquel que excede toda vista y conocimiento; conociendo con ese no conocer ni pensar. que El es sobre todas las cosas sensibles e inteligibles: y diciendo con el Profeta: tu admirable sabiduría excede mi capacidad y se encumbra más de lo que yo puedo alcanzar." Bien expresamente te ha dicho, cómo has de dejar todas las operaciones discursivas del entendimiento en la contemplación: porque, cuando te desnudares de todo eso por quedarte en la fe sola y oscura, entonces conocerás mejor a Dios.

Tan claro le pareció a San Buenaventura, que después de haber explicado con muchas razones (que fuera largo referirlas) concluye así la respuesta al nono argumento: ⁴ "Consta pues evidentemente, que el alma

² Falconi cita: "Lib. de *Mist. Theol.*, cap. 1. Exactamente. Véase P. G. 3, 997 y ss.: De *Mystica*.

³ Dice Falconi: "que es en la Epístola 5 a Timoteo". En efecto. Compruébese en *Epístola V Dorotheo Ministro*, P. G. 3, 1.074-1.075.

⁴ Falconi cita así: "*Trat. de Mist. Theol.*"; véase lo que dijimos (lib. 1, cap. 9) sobre las ediciones en romance de la *Mística Teología*.

puede caminar a Dios por afecto y deseo de amarle sin estar pensando en cosa alguna." Y esto lo entiendo yo, sin estar pensando en cosa alguna criada, ni discurrir en ella; pero teniendo fe que guíe la voluntad. Y añáde más: "Si no puede percibir esto el Doctor especulativo y el estudiante discípulo, oígalo al Apóstol, que él fué el principal que lo enseñó." Con esto último se ríe también de algunos Letrados especulativos, que no acaban de persuadirse a esta verdad tan llana que vamos diciendo de este modo de oración de contemplación sin discursos.

Oigamos también a San Agustín, cuán divinamente enseña, cómo el alma puesta allí ha de callar y sosegar todo pensamiento, imaginación y palabra; y resignándose sin discurrir en nada, ni acordarse de sí mismo; sólo mirando con la fe a Dios presente en la contemplación. "Callen (dice),⁵ las imaginaciones, callen los Cielos, y la misma alma calle a sí misma: déjese a sí, no pensando en sí: callen todas las revelaciones imaginarias, toda lengua, toda señal sensible y todo lo temporal que pasa, calle y sólo Dios hable, no por ellas, sino por sí mismo, para que oigamos su palabra; no por lengua de carne o Angel, o por enigma o semejanza, sino al mismo Dios, que amamos en estas cosas, oigámosle sin ellas."

Mira también, qué claramente lo enseña el Venerable P. Fray Juan de la Cruz: ⁶ "No se les dé nada (dice) por el discurso y meditación, aunque les parezca que no hacen nada y que pierden tiempo y que por su flojedad no tienen gana de pensar allí en nada: súfranse; que harto hacen en tener paciencia y en perseverar: y aunque más escrupulos les vengan de que pierden tiempo y que sería bueno hacer otra cosa, pues no pueden allí hacer ni pensar nada, súfranse y esténse sosegados, que no harán poco en perseverar creyendo y amando o deseándolo."

Pero quien nos dijo esto con gran distinción y cla-

⁵ Falconi cita así: "Lib. 9 de las *Confes.*, cap. 10". Véase: *Obras de San Agustín*, texto bilingüe, tomo segundo. B. A. C., Madrid, 1946, *Confesiones* (lib. 9, cap. 10, pág. 687). Esta misma cita la repetirá dos veces más: en *Camino Derecho* (lib. 4, cap. 2 y cap. 4), y *Carta a una hija espiritual*.

⁶ Loc. cit., pág. 836. — Falconi repite: "lib. 1 de la *Noche oscura*, cap. 10".

ridad fué el V. P. Osuna del Orden de San Francisco: "No solamente (dice)⁷ les aprovecha acallar su entendimiento (lo cual se hace no discurrendo en nada) para conocer a Dios más altamente, pero también les aprovecha para orar más puramente y para con más brevedad manifestar a Dios todo lo que quieren: el cual nos mandó que no hablásemos mucho; porque él sabía lo que habíamos menester antes que pidiésemos: pues, que es Dios de las ciencias. Por esta manera de acallar el entendimiento y hacer que llame la voluntad, se hace la oración que penetra los Cielos." Y añade más: "Consejo es muy saludable y muy repetido en la Escritura esperar con silencio su salud: para que así, mientras todas las cosas nuestras interiores tuvieren un medio silencio que usaron los Santos, venga de las sillas reales la poderosa palabra de Dios a nuestros corazones. Y aunque no sea fácil guardar este silencio; porque el dragón, con su batalla de pensamientos lo presume estorbar, para que no tenga entera quietud nuestra alma; nuestro Señor Dios, al cual, según dice San Gregorio, hacemos este silencio para que repose en nosotros, no por eso hemos de cesar de le guardar siquiera media hora; pues no faltará quien les diga: que no inquieten a la querida y devota ánima, hasta que ella quiera. Y aunque este silencio sea de nuestra parte imperfecto, no por eso hemos de cesar de lo inquirir; porque Nuestro Señor lo puede perfeccionar."

7 Falconi cita: "En su Abec. terc. part. trat. 21, cap. 3". Se refiere a la *Tercera parte del libro llamado Abecedario español* del célebre P. Francisco de Osuna, a quien también se refiere Santa Teresa de Jesús en el *Libro de la vida* (cap. 4); cuya primera edición tuvo lugar en Toledo (año 1527). La cita de Falconi es exacta. Véase: *Tercer Abecedario*, editado por el P. Miguel Mir (en *Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Escritores Místicos Españoles*, tomo 1, Madrid, 1911, pág. 593).

Falconi recomienda a Osuna en *Carta a un Religioso*.

Capítulo IV

PROSÍGUESE EL INTENTO CON DOCTRINA DEL V. P. FRAY LUIS DE GRANADA Y DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

Y es notable a este propósito cuanto encarga el Venerable P. Fr. Luis de Granada, deseando encaminar el alma a la contemplación, que procuremos, cuando nos ponemos delante de Dios, excusar las especulaciones y discursos acerca de Su Majestad; y que nos contentemos allí con una simple y sencilla vista de Dios; para que de esa suerte se dé lugar a la voluntad, a que ame; en tanto grado, que dice: que gastar allí el tiempo en muchas consideraciones es lo mismo, que darle veneno a la voluntad, con que se le impide su operación de amor. “Así como dicen del veneno (dice este Padre)¹ que se echa en la triaca, que si es poco es saludable, mas si es mucho sería dañoso; así podemos decir en su manera en este ejercicio; que el entender a Dios con simplicidad ayuda a la voluntad, para que más le ame; mas entenderle con demasiada especulación impide esa misma voluntad y hace por entonces más remisa y floja su operación: y la razón de esto es: porque como la virtud de nuestra alma sea finita y limitada, cuanto más emplea su virtud por una parte, tanto menos le queda que emplear por la otra: así como la fuente, que corre por dos caños, que cuanto más se desagua por el uno, tanto menos tiene que repartir por el otro: y esto principalmente hace el alma por la operación del entendimiento; por la cual se desagua ella, de tal manera, que casi nada obra por las otras potencias, cuando está muy atenta y ocupada en esta operación.” Todas son palabras suyas.

Ya se ve cuánto importa sosegar el entendimiento

¹ El Ms. cita: “Trat. de Orat. 1 part. cap. 10, art. 2”. Falconi no es del todo exacto en la cita. Véase: *Obras del Venerable Padre Maestro Fr. Luis de Granada*, tomo segundo, Madrid, 1768; *libro de la Oración y Meditación*, part. 1.^a, trad. 7, cap. 9, aviso segundo, págs. 320-321. — No sabemos qué edición — de las muchas que corrían —, pudo usar Falconi.

y acallar sus discursos delante de Nuestro Señor, contentándonos con un conocimiento sencillo y simple de Su Majestad, que es como nos le propone la fe, sin añadir nuevos discursos, ni razones, porque ése es el conocimiento sencillo y simple que pide el P. Fr. Luis; que en habiendo discursos y ponderaciones de la meditación, eso ya no es sencillo y simple, sino especulativo y ponderativo: eso, pues, enseña, se ha de excusar, para que con eso se dé lugar a la voluntad; porque, al paso que el alma se desaguare menos en el meditar, a ese paso se entregará más en el amor.

Y es tanto lo que se embaraza y estorba el especular y discurrir con atención, cuando se está allí con Dios, que dice el Padre Fray Luis: "Que no impide tanto la obra del amor el ocuparse en otro cualquier ejercicio exterior y obra de manos, cuanto lo impide el estar especulando allí a Dios con atención.

"Y así se ve por experiencia (dice el mismo Padre prosiguiendo adelante) que en cualquier otro ejercicio corporal, que se haga de manos, puede uno con más facilidad conservar el afecto de la devoción, que cuando esté con el entendimiento especulando algo con atención: porque son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra alma; las cuales están de tal manera dispuestas, que el subir de la una es bajar de la otra: de manera que si crece la afección, baja la especulación; y si crece la especulación, baja luego la afección." Esto dice este Varón Santo y Docto.

"Por esto al contemplativo Jacob le encojaron el uno de los pies" dice el V. P. Fray Luis de Granada (el cual, aunque hizo un tratado de meditaciones para los que Dios lleva por ese camino; hizo también unos avisos para los que Dios lleva por la contemplación) y dice así: "Porque como tenga nuestra alma dos pies para llegarse a Dios, que son, entendimiento y voluntad, es menester que cojée y desfallezca el uno que es el entendimiento, en su especulación, si la voluntad, que es el otro, se ha de llegar a Dios en la contemplación. Por donde, no sin causa avisa el Esposo a la Esposa en los Cantares, que aparte los ojos de él, porque ellos le hicieron volar. Pues por esta causa se aconseja en este ejercicio, que procure el hombre contentarse con una vista y conocimiento sencillo de las cosas di-

vinas; porque la virtud de la alma, recogidas todas sus fuerzas en uno, se pueda emplear por esta parte afectiva, amando y reverenciando aquel sumo bien.”

Y porque alguno no se embarazase, pensando que sólo el meditar y discurrir era el medio que había para hallar el amor de Dios, hizo estas advertencias; donde encarga tanto no se ceben en eso del meditar: sino, que, si quieren hallar a Dios y su amor con toda abundancia de espíritu, que bajen la balanza del entendimiento, quiebren el pie al entendimiento y tapen el caño de discurrir, quedándose en una simple y sencilla fe de que está Dios presente; para que de esa suerte suba la otra balanza y camine el pie del amor para hallar a Dios. Y en la segunda parte del *Memorial de la vida Cristiana*, que trata del amor, dice así en el capítulo 11.² “Aquí no tratamos tanto del conocimiento y especulación de Dios, cuanto de su amor; y así al entendimiento no se le ha de dar más licencia, para especular, de la que baste para alumbrar y guiar la voluntad, poniéndola a Dios delante con una simple representación.” Este aviso es de mucha importancia.

“En esta obra de espíritu (dice la ilustrísima Santa Madre Teresa de Jesús)³ quien menos piensa y quiere hacer, hace más: lo que hemos de hacer es, pedir como pobres y necesitados delante de un grande y rico Emperador; y luego bajar los ojos y esperar con humildad.” Y después más adelante: “Dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere de ella, con el mayor descuido de su provecho, que pudiere y mayor resignación a la voluntad de Dios.” En lo cual nos enseña cómo se han de dejar los discursos, para buscar la contemplación.

Y si la Santa en este capítulo dice también, que no se han de poner las almas en la contemplación y otras razones, en que parece habla al contrario de lo que decimos: pero en ninguna manera lo es: porque en ellas trata de la contemplación pasiva, infusa y sobrenatural: en la cual dice la Santa y todos decimos lo mismo, que

² *Adiciones al Memorial de la Vida cristiana*, 2.^a parte del *Amor de Dios*, cap. 11. (En *Obras del Venerable P. Maestro Fray Luis de Granada*, tomo 4, Madrid, 1769, pág. 107.)

Esta cita se repite en la *Cartilla segunda* (trat. 3, cap. 1).

³ *Cuartas Moradas*, cap. 3.—Loc. cit., págs. 385-386.

nadie se ha de poner; y no de la activa de que aquí tratamos; como lo enseña el Santo Padre Fray Juan de la Cruz, según refiere en su vida, que escribió el Padre Fray José de Jesús María: ⁴ Demás, que decir la Santa, que nadie se ha de poner en la contemplación, hasta que Dios le ponga; porque sería estar ocioso y como abobado; esto mismo es lo que hemos dicho y explicado en todo el libro primero: donde asentamos por doctrina llana que nadie ha de dejar las meditaciones por su querer y voluntad; ni se ha de poner en la contemplación hasta que Dios le llame a ella y le ponga en ella.

Pero como este poner Dios en ella y llamarla no ha de ser por un milagro ni por revelación, bastará para entender que Dios la pone a un alma el ver algunas señales de donde prudentemente lo podemos colegir. Las cuales dije ya y expliqué según doctrina de los Santos, y de la misma Madre Santa Teresa: y que eran: el no poder meditar y el aplicarse a estar en la oración en una noticia general de Dios mirándole presente sin discursos: porque en viendo eso un alma es señal de que Dios la pone en contemplación hasta que Dios le ponga, con la doctrina que he dicho y se va explicando.

Y he querido decir esto aquí de paso acerca de este capítulo tercero de las Moradas, que poco ha cité, porque muchos se atemorizan con eso que allí dice la Santa, por no saber que se entiende por poner Dios el alma en contemplación o ponerse ella; y en qué está la diferencia de lo uno a lo otro. Y así como ya queda dicho en el primer libro, el ponerse el alma ella por sí en la contemplación, sin que Dios la ponga, es el dejar ella las meditaciones pudiendo y sacando jugo de ellas, por querer estarse así, sin meditar: pero el ponerlo Dios es el quitársele ya la gana y aplicación al meditar, no pudiendo hacerlo; y sentir sólo aplicación a estarse en la presencia de Dios en una noticia general de todo Dios en común. Y hasta que se vean estas dos cosas

⁴ Véase lo que dijimos sobre las ediciones de la Vida de San Juan de la Cruz, escrita por el P. Quiroga; y el uso de las dos ediciones por Falconi. Confr. *Camino* (lib. 1, cap. 7).

Aquí Falconi cita así: "lib. 1, cap. 34".

en el alma decimos, como también la Santa dice, que nadie ha de usar la contemplación; porque fuera ponerse en ella sin que Dios la pusiese.

Capítulo V

CONTÍNUASE EL MISMO INTENTO

TAMBIÉN habla maravillosamente a este propósito el P. Fr. Juan de los Angeles, varón de grande espíritu: y así, tratando del modo que tienen algunas personas de tener oración, formando imágenes y figuras en la imaginación, dice maravillosamente, como aunque eso sea bueno para algunos principiantes, es menester dejar esas meditaciones y ponerse a negociar con Dios sin imaginaciones, ni discursos, como lo enseña San Dionisio: “Aunque para personas principiantes (dice este Padre)¹ y sencillas, suele ser este meditar con la imaginación un entretenimiento virtuoso, no es para detenerse mucho en él, ni para tomarle por principal y ordinario; porque el aprovechamiento suele ser poco y con peligro siempre de ser engañados. Por esto aconseja San Dionisio a su discípulo Timoteo, que lo primero que ha de hacer y en que ha de poner sus fuerzas y cuidado, es en dejar los sentidos, así interiores como exteriores (que son las obras de la imaginación). Y los que toda la vida gastan en imaginar sin pasar adelante, lean el capítulo trece de la primera parte de los *Triunfos* y el diálogo octavo de la *Conquista* y echarán de ver, más claro que el día, sus pobres y cortas ganancias y la necesidad que tienen de espiritualizar eso corporal, desnudándose de las imágenes y figuras de criaturas; que para el conocimiento legítimo y verdadero de Dios impiden grandemente.”

Y en ese capítulo trece de los *Triunfos* que acaba de citar,² remitiéndose a él, tratando en este lugar, si

¹ *Tratado de la presencia de Dios*; así cita Falconi, sin más detalles. Aunque en la cita que hace de esta misma obra, en el libro 3 (cap. 29), señala el folio, no he podido tener a mano la edición manejada por Falconi. Sabido es que fueron varias las ediciones de este *Tratado*. En Madrid, 1604, 1607, 1609, 1624; Zaragoza, 1615. En la *Carta a un Religioso* se refiere también a este *Tratado de la presencia de Dios*.

² *Triunfos del amor de Dios*, Medina, 1589-90.

son necesarios discursos, meditaciones y actos del entendimiento discursivo, para comunicar con Dios en la oración; va probando largamente y muy bien, cómo no hay necesidad de ellos para que la voluntad se levante al amor de Dios, sino que basta el conocimiento por fe que hay ya en el alma: la cual fe tiene ya cualquier cristiano bautizado: y teniendo ese conocimiento y luz de la fe que se presupone tener cualquier cristiano, no tiene necesidad de otras consideraciones, discursos u obras de la imaginación para amar a Dios y unirse con El: y así, después de haber probado esto y explicádolo maravillosamente, concluye el capítulo por estas palabras:

“Concluyendo, pues, con esta cuestión, digo lo que San Dionisio, que cuanto más eficazmente levantándonos a Dios cercenamos y desterramos todo conocimiento intelectual, tanto más presto nuestro afecto nadando y como libre sobre las aguas de la razón, aprenderá lo que busca y desea: y si preguntare alguno ¿qué tengo de hacer si ni tengo licencia de pensar en los Angeles, ni en las criaturas inferiores, ni en la Beatísima Trinidad? Lo que le puedo responder es que aspire a Dios”; y el mejor aspirar creo yo que es resignarse en la voluntad de Dios, aspirando porque ella se cumpla en todo y resignarse en sus manos, como dice la Santa Madre Teresa de Jesús³ en el capítulo tercero citado de la Morada cuarta: porque si hay perseverancia, aunque falte gusto, se sentirá mil veces más presto inflamado y encendido y con mayor experiencia de la suavidad de Dios, que si pensase en la generación eterna y emanación de las Divinas Personas, en la creación de los Angeles y armonía de todas las criaturas.

Bien claro nos han dicho, cuánto más importa dejar consideraciones y discursos y entregarle la voluntad a este gran Señor. Hagámoslo pues así y dejémonos de tanto especular; pues sólo nos mandan que creamos y no que discurramos: que si bien en la otra vida será tiempo de conocer y amar; pero acá en ésta más lo es de creer y amar que de andar filosofando sobre las cosas divinas.

³ Falconi cita muy bien: “en el capítulo tercero de la Morada cuarta”. — Confr. loc. cit.

He de referir también unas palabras del Venerable Padre Maestro Fray Juan Sanz, Provincial en la de Valencia, del Orden de Nuestra Señora del Carmen, Varón raro en santidad y letras: que, por serlo tanto, son muy dignas de ser estimadas.⁴ En una Carta, pues, que escribió a una Religiosa, la dice así: “Nota, que no es necesario, que siempre a la elevación de la voluntad (para amar a Dios) preceda alguna actual consideración: como la esposa, después de haber conocido una vez al esposo, para producir nuevo amor, no tiene necesidad de premeditar las razones que tiene para amarle; bástale la presencia y memoria de su esposo. Así el alma, después de haber conocido por fe, que Dios es todo amable y deseable para producir amoroso deseo de Dios, no tiene necesidad de premeditar las razones que tiene para amarle, bástale la presencia y memoria del amado.”

Y más abajo añade así: “Tu alma, aficionada ya al esposo (que es Dios) sin consideración de las razones que tiene para amarlo, las cuales tiene ya conocidas por la fe, por los Sermones que has oído y por lo que has leído, produce amor y le amas en tu corazón y te reposas en ese amor las horas que quieres, echando de ver que tienes a Dios presente. Hija mía, esta obra en la cual tú más padeces, que haces, si alguno dijere que es ocio, piensa que se engaña; porque aunque digan que es ocio, no es sino gran negocio y tienes grandes frutos; porque es cumplir el grande mandamiento de Dios, que es amarle de todo corazón.”

De manera, que bien claro nos dice este Venerable Varón, cómo no tiene necesidad el alma para amar a Dios en su oración de premeditar razones o buscar consideraciones; sino que pues tiene ya la fe en el alma y por ella conoce a este Señor, que se ponga en su presencia y se deje estar allí, sin hacer nuevas consideraciones; porque ese no hacer nada y ese estar en ocio, que el alma le parece, no es sino gran negocio.

4 El Ms. cita así: “se refieren en su vida que escribió el Padre Fray Juan Pintó”. Efectivamente: Fr. Juan Pintó, carmelita portugués, de Madeira, escribió: *Vida del Venerable P. M. Fr. Juan Sanz...*, Valencia, 1612. Juntamente va impresa también la *Vida de las hijas espirituales del Venerable Padre Fr. Juan Sanz*.

Falconi volverá a citar al P. Sanz en el libro 3.º, cap. 31, indicando el folio 65.

Capítulo VI

PROSÍGUESE EL INTENTO CON OTRAS AUTORIDADES DE SANTOS

Y verdaderamente, este santo ocio con que se mira a Dios con un simple creer de la fe sin buscar más razones, ni otras consideraciones mendigadas de las criaturas, es la disposición más acomodada para que el alma, que fué criada para contemplar y conocer a Dios, se vaya disponiendo en esta vida para alcanzar su fin último. Porque, como dice Santo Tomás,¹ es menester que el hombre que fué criado para ver a Dios en sí mismo y conocerle claramente en sí en la otra vida, que le vayan disponiendo y proporcionando en esta vida con un conocimiento y contemplación de Dios semejante al de la otra (porque esta vida que es medio para la otra ha de ser proporcionada y semejante a la otra todo lo que fuere posible). Pues, como allá en el Cielo el hombre haya de ver a Dios y contemplarle en sí mismo, sin consideraciones ni meditaciones, sino con una simple y sencilla vista (como acá los ojos corporales ven la pared, sin hacer más que simplemente abrirse y fijarse en ella) así importa, que en esta vida se vaya disponiendo y enseñando a contemplar y conocer a Dios, no en las criaturas, sino en sí mismo: lo cual se hace con los ojos de la fe pura. De manera, que si bien a los principios conviene, que el hombre vaya conociendo a Dios por las criaturas (de las cuales es la principal la humanidad de Nuestro Redentor) con su modo discursivo sensible de la meditación; pero es menester también que sea guiado y enseñado a conocer a Dios sin esas criaturas y sin meditar y discurrir, sino en una simple vista de fe como es en sí mismo: y como allá en el Cielo le ha de ver en sí mismo y sin

¹ El Ms. cita así: "en el primero de los Sentenciarior, en el artículo primero, en el prólogo". — Exactamente. Véase: *Doctoris Angelici Divi Thomæ Aquinatis... Opera omnia... studio ac labore Stanislai Eduardi Fretté et Pauli Maré*, vol. 7, Parisiis, 1882, páginas 4-5. *Commentum in lib. 1 Sententiarum.*

discurso; acá le crea como es en sí mismo, y sin discurso: como dice el Angélico Doctor.

Por lo cual dijo el mismo Santo:² “Que la vida contemplativa que había de haber en la Patria (conociendo a Dios sin discurso) que empezaba en esta vida y se consumaba en la otra” y luego añade: “que por eso importa que se limpie, no sólo de las pasiones, sino de los errores y fantasmas de la imaginación y de las formas espirituales; de las cuales todas enseña San Dionisio que nos apartemos y las desechemos”. Aludiendo en esto a la doctrina atrás referida de San Dionisio, que enseña que se dejen todas las operaciones discursivas e intelectuales; y que se quede el alma en oscuridad y tiniebla de una simple fe. “Porque este no ver ni conocer, es verdadero ver y conocer; y es alabar sobrenaturalmente, al que es sobre toda sustancia; quitando de nuestro entendimiento todo ente criado”, dice San Dionisio.³

Y la razón por que llega el alma al conocimiento verdadero de Dios en dejando toda imaginación y discurso; y entonces está capaz de la luz espiritual y sobrenatural; y no lo está cuando no deja esas consideraciones imaginarias; dice San Gregorio⁴ que es: porque la luz sobrenatural no se comparece con las imaginaciones corporales; y porque mientras se piensa en lo corporal y visible, no admite el entendimiento la luz invisible.

Ya lo dijo Ruperto Liconiense,⁵ “que este modo de conocer a Dios en la oración, era una cosa secretísima y que consistía en dejar todas las imaginaciones: de manera que el entendimiento dejara todas las cosas criadas, y aun a sí mismo; y que se quedaran ociosos to-

2 Falconi cita exactamente: “*Commentum in lib. 3 Sententiarum*, dist. 34, art. 4.

3 *De Mystica Theologia*, cap. 2. Loc. cit. P. G. 3, 1,026 y ss.

4 Loc. cit., P. L. 76, 840 y ss. Falconi cita: “Lib. 1, bomil. 17 sobre Ezequiel, al fin”.

5 Falconi cita así: “Cap. 1, § 1 de San Dion. de mist. Theol”.

Este Ruperto Liconiense (o “lincolniense”, como Falconi escribe en el lib. 3, cap. 20, en donde vuelve a citarle) es el famoso Roberto Gosseteste, profesor de la Universidad de Oxford, más tarde Obispo de Lincoln. Entre otras muchas traducciones y comentarios, comentó y tradujo al latín escritos del pseudo Areopagita. Falconi se refiere concretamente a la traducción y aclaración de la *Mística Teología*; la impresión de Strasbuorg se realizó el año 1502, con este título: *Commentarius in Dyonisii librum de Mystica theologia*. Gosseteste vivió durante los años 1175-1252.

dos los actos de la parte inferior, que es el discurso y la imaginación, sin considerar cosa alguna criada, quedando el alma en un solo deseo, que es, de poseer al que es sobre todas las cosas, y estando en oscuridad de fe, privada de toda actual aprehensión: esto es, en oscuridad y actual ignorancia de todas las cosas”.

Este mismo silencio con que ha de quedar el alma, desechando toda imaginación y discurso, dice San Gregorio,⁶ que es tan necesario para llegar al conocimiento verdadero de Dios, que si no es de esa suerte no le alcanzará perfectamente el alma. Dice, pues, así: “Muchas veces queremos considerar la naturaleza invisible del Omnipotente Dios; pero de ninguna manera podemos; y el alma fatigada se vuelve a sí misma. Y así, el primer paso que ha de dar es recogerse dentro de sí, para que levantándose sobre sí misma, se dedique a contemplar su Autor invisible. Pero de ninguna manera se recogerá dentro de sí, si no hubiere primero aprendido a desechar de su entendimiento las imaginaciones y consideraciones, ora sean terrenas, ora buenas y celestiales: porque cuando medita en estas cosas mete dentro de su alma como sombras corporales. Hanse, pues, de desechar todas estas cosas del entendimiento con la mano de la discreción; y cuando se hallare sin estas imágenes, ya entró la primera puerta del conocimiento de Dios.” Todas son palabras del Santo.

Donde se ve bien claro cómo se han de sosegar las imágenes y consideraciones nuestras, aunque sean muy celestiales, como dice el Santo, quedándose el alma en una simple vista de fe, recogida dentro de sí. Y esto mismo es lo que enseña también el Santo,⁷ donde dice así: “El alma que desea conocer a Dios, todas cuantas imaginaciones se le ofrecen, todas las desecha; y procura fijar los ojos del corazón en el rayo mismo de aquella incircunscrita, y pone gran cuidado en este desechirlas; porque no le suceda que cuando busca la misma verdad se queda engañada con la imaginación circunscrita y corta con que está imaginando a Dios. Y por eso desecha y aparta todas cuantas imaginacio-

6 Falconi cita: “Lib. 1 sobre Ezequiel hom. 17 cerca de la mitad”. Loc. cit., P. L. 76, 840 ss.

7 Falconi cita así: “Lib. 23 de sus Morales, cap. 13”. No es exacto. Véase P. L. 76, 265 y ss.

nes se le ofrecen a la consideración; porque, como con estas imaginaciones se abate (pues está cebada en su imaginación sensible) dejándolas todas se levanta sobre sí.”

Nótese mucho que dice que cuando el alma en su oración desea conocer a Dios con toda verdad, que si entonces no desecha todas las imaginaciones que se le ofrecen de imaginarle de esta manera o de la otra (imaginando que será tan grande o tan hermoso como esto o como lo otro) que será quedar engañada el alma. Porque a la verdad, como Dios no puede tener forma ni figura, que caiga en imaginación, todas aquellas con que le consideramos son engaños y ficciones de nuestra imaginación, pues no es la misma verdad como pasa en sí misma: y así resta que se haga lo que el Santo enseña: que todas esas imaginaciones se desechen y que se quede el alma con un simple creer en la fe. Créaos Señor, como sois en Vos mismo: y estése en ese mismo acto de fe. Porque eso es estar el entendimiento ocupado en la verdad como en sí misma es: y éste es el modo que nos enseña Cristo, que oremos en espíritu y en verdad: que la verdad cierta e infalible sólo lo es lo que propone la fe y como ella lo propone.

Este mismo engaño, que padece el alma no dejando las obras y discursos de la imaginación cuando quiere conocer a Dios en la oración, lo explica San Buenaventura⁸ llamando a los discursos y meditaciones tropiezos y manchas que turban y ensucian el conocimiento sobrenatural, que el alma pueda tener de su Dios, mediante la luz de sola la fe. Y así; explicando aquella excusa que dió la esposa para no salir de su recogimiento dice: que aquel no querer salir de su recogimiento es no salir otra vez a embarazarse y tropezar en su oración: porque en este estado de oración cualesquiera obras discursivas e imágenes, son estorbos y manchas que impiden el conocer y contemplar a Dios: que se conoce en la quieta y pacífica oscuridad de la fe.

Por lo cual, explicando el Santo⁹ aquello que dijo

8 Falconi vuelve a citar aquí: “*Opusc. de septem itineribus æternitatis*”, como obra de S. Buenaventura. Véase lo que dijimos sobre esto (Lib. 1, cap. 3).

9 Esta cita del *Itinerarium mentis in Deum*, cap. 7, que Falconi vuelve a repetir más adelante (lib. 3, cap. 14) es exacta. La hemos comprobado en la edición de *obras de S. Buenaventura*,

Dios a Moisés: el que me hubiere de ver y conocer ha de quedar sin vida: dice así: “muramos, pues, y entrémonos en la oscuridad de la fe”. ¿Qué es morir y entrar en la oscuridad de la fe? él lo dice bien claro: que pongamos silencio y dejemos nuestros cuidados y solitudes en la oración; y también a todos nuestros deseos y querer o no querer: resignándonos en la voluntad de Dios; poniendo silencio a todas nuestras imaginaciones y discursos: que eso es morir a todo lo sensible del discurso e imaginación; para que nos quedemos en una simple noticia y tiniebla de sola la fe.

Capítulo VII

ENSEÑA Y EXPLICA TAMBIÉN MARAVILLOSAMENTE ESTA DOCTRINA EL VENERABLE PADRE BALTASAR ALVAREZ: Y RESPONDE CON GRAN FACILIDAD A LAS DUDAS QUE CONTRA ELLA SE PUEDAN OFRECER

No quiero dejar de poner aquí en confirmación de esta doctrina lo que acerca de esta oración enseña y explica el Venerable Padre Baltasar Alvarez, varón de aventajada virtud y gran don de oración, para sí y para enseñar a otros. El cual como enseñase a sus hijos este modo de oración que hemos dicho, tuvo alguna contradicción en ello de parte de algunos varones espirituales y doctos: si bien con celo bueno y deseosos de averiguar la verdad. Tanto, que dieron parte de ello a su Prelado: y él le mandó diese razón de este ejercicio de oración que tenía y enseñaba. Lo cual hizo el Venerable Varón explicándole y respondiendo tan admirablemente como luego se verá, a algunas dificultades que acerca de él se podían ofrecer, por las palabras siguientes, según se refiere en su vida, que escribió el Padre Luis de la Puente.¹

“Otras veces, dice, estoy en la oración discurriendo, otras callando y descansando; y este callar en su pre-

tomo 1, B.A.C., Madrid, 1945, pp. 629 ss.—¿Qué edición habrá usado Falconi?—¿Quizás la de *Obras completas de Maguncia*, año 1609?

¹ Loc. cit. En la edición de Madrid, 1880, esta cita corresponde al cap. 13, pág. 139 y ss.—El Ms. parece indicar el capítulo 23.

sencia descansando es gran tesoro; porque al Señor todas las cosas hablan y son abiertas a sus ojos; mi corazón, mis deseos, mis fines, mis pruebas, mis entrañas, mi saber, mi poder: y son ojos los de su Divina Majestad, que pueden quitar mis defectos, encender mis deseos y darme alas para volar, queriendo él más mi bien y su servicio que yo mismo. De donde saca el alma que pues él guía y pasa por el aprieto, que debe ella pasar por él, porque para eso fué él delante, para que con quietud y paz le sigamos descansando en la verdad dicha de la fe: consolándose que si no alcanza lo que desea, consigue otra mayor cosa, que es la conformidad de su voluntad con la de Dios: pues vive en su querer, no queriendo saber más de lo que él quisiere dar; ni más aprieta, ni por otros caminos, de los que él quisiere tomar. Y como después que sigo este modo de orar me hallo reprehendido, si le dejaba y salía a otros discursos, me he dado a buscar Autores y razones para apoyarlo.”

Los Autores que refiere son muchos: y así, los dejo. Prosigue, pues, probando este silencio en presencia de Dios, descansando en paz y quietud. Dice, pues, así: “el Espíritu Santo en el Eclesiástico (Cap. 32), dice: Oye callando lo que Dios te enseña; y por la reverencia, con que le estás oyendo, te dará su buena gracia y amistad familiar. Este descanso parece, que es el sueño, que Dios manda guardar a las almas, en los cantares: conjuroos hijas de Jerusalén, que no despertéis, ni desveléis a mi amada, hasta que ella quiera despertar. Este es el descanso prometido a los trabajos pasados por buscar a Dios, que dice la esposa: hallé a mi amado, después de haberle buscado, asíme a él, y no le dejaré.”

Y más abajo se admira, cuánto cuidan algunos de alegar siempre consideraciones y discursos; y no cuidan de estarse y quietarse en este descanso de la presencia de Dios, gozando este manjar suave: y pone la gran diferencia, que hay del que ha caído en la cuenta de hacerlo así, al que sólo cuida de meditar. “¿Quién anda, dice, siempre aparejado de comer y no se desayuna? El Eclesiástico (Cap. 6) dice, que hay un gran mal en la tierra; y es: que hay hombres con muchas riquezas allegadas, y que no les da Dios facultad de

gozarlas. Hay la diferencia del que ha caído en esta cuenta de este modo de oración, al que no; del que con hambre trabaja de buscar de comer, y al que descansa comiendo: y más, si el banquete es bueno. Después de haber trabajado en buscar a Dios y hallado; lo que queda por hacer es gozarlo: gustad y ved, cuán suave es el Señor, dice David: La alteza de este camino está escrita con muchas propiedades por el Espíritu Santo en la Sabiduría (Cap. 8).

“Las razones que justifican este modo de oración son éstas. La primera: porque aunque no hay de ordinario discurso, hay petición: y el rato que quiete Nuestro Señor al alma, hay todo ejercicio de virtud: y entonces también hay petición; no en acto señalado y distinto, sino en acto ejercitado, como dicen los Teólogos: porque, ¿qué deja de pedir un alma, que calla en la presencia de Dios, con fe, de que pareciendo ante él, le son su corazón y deseos manifiestos? y siendo sus deseos para con Dios, lo que las voces para con los hombres, como dice David (Psalmo 9). Oye el Señor el deseo de los pobres: a este modo; el que parece ante las puertas de Dios con fe, cree, que allí le ha de venir todo su bien; ama, humíllase y ejercítase: y por ir por el camino de Dios, dejando los suyos, halla todo bien. La segunda razón: porque es modo con que se siente más altamente de Dios, como es debido a su grandeza. La tercera: durase por aquí más en la oración: y se saca haber sido la oración de muchos Santos de esta manera; porque el discurso cansa; y ellos tenían oración continua. La cuarta: porque lo que se pretende alcanzar de reformation de un alma por el modo del discurso; por este modo y camino se ve lo va asentando el Señor; y los tales viven con cuidado de su aprovechamiento, rendidos a sus mayores; y más superiores de sus pasiones y a diversos acaecimientos; y de mayor eficacia con sus prójimos.

Verdad es, que este camino no es para todos, según la constitución de Nuestro Santo Padre Ignacio: pero sí es para todos los que Dios se lo comunicare: porque Nuestro Padre San Ignacio, aunque al principio fué por el camino y medio que nos dejó y enseñó en los ejercicios, después fué levantado a ese otro; como se dice en su vida: y a los levantados a este modo por Dios

Nuestro Señor, quitarlos de él los que no tienen experiencia, no parece cosa segura. Esto siendo de lo que pasa y ha pasado por mí; y del modo de oración y de cesar los discursos a ratos, por la presencia de Nuestro Señor.”

Esta es la relación que dió el Venerable Padre a su Prelado del modo que tenía de oración. Pero, porque algunas personas le ponían algunas dificultades contra él, hizo un tratado en el que respondía a las más principales: el cual quiero referir aquí según lo refiere el Padre Luis de la Puente en el libro que escribió de este Varón; porque de él constará más la grande importancia de esta oración; y se verá con claridad cuán poco fundamento tienen las dificultades que contra ella algunos ponen.

Capítulo VIII

REFIÉRENSE LAS DIFICULTADES Y RESPUESTAS QUE DE ELLAS DIO EL PADRE BALTASAR ALVAREZ: CON QUE EXPLICA MARAVILLOSAMENTE ESTE EJERCICIO ¹

LA primer dificultad es, que en este modo de oración de quietud, en que el alma no usa de discursos y meditaciones, parece que no se hace nada; y antes se pierde el tiempo, que se podía gastar en ejercitar actos de virtudes. A esto se responde: que este modo de orar no es de dejar de hacer, sino hacer mucho: y, como dice San Bernardo, este ocio es el negocio de los negocios, y la mayor de las haciendas; de quien dijo David: vacad y ved cuán suave es el Señor: y San Agustín, la caridad busca el ocio santo de la verdad. Y de los actos que allí hace se ve no estar ocioso: porque aunque cesan los discursos del entendimiento acerca de misterios particulares, no cesan los afectos de la voluntad en la presencia de Dios; a quien mira con los ojos de la fe: unas veces haciéndole reverencia; otras admirándose de lo que Dios le descubre de sí mismo y de sus grandezas; otras dándole gracias; otras

¹ La cita de Baltasar Alvarez, que abarca todo este capítulo octavo y el siguiente, corresponde al capítulo 41 de la citada *Vida*, como Falconi dice al final. Véase la edición de Madrid, año 1880, página 441 y ss.

gozándose y holgándose de verlo, y de verse ante él; como está una persona delante de otra, que bien quiere y mucho ama y descansa en estarse con ella; otras ofreciéndose a sí y todos sus quererres o cosas a nuestro Señor; y pidiéndole, en primer lugar a sí mismo; y en segundo, sus dones; no para descansar en ellos, sino para subir a él por ellos como por gradas: otras abriéndole su corazón, sin mucho hablar y aun sin hablar, porque Dios bien entiende al necesitado, sólo con presentarse delante de él; como el pobre que no hace más que ponerse delante del rico, sin hablar, porque su necesidad habla; y esperar la misericordia de Dios con resignación entera en la Divina Voluntad, teniéndose con humildad por indigno de su visita: otras finalmente firmándose según los varios afectos y sentimientos que inspire el Espíritu Santo, que es el principal Maestro de esta facultad.

“Pero de aquí viene la segunda dificultad. Porque, parece, que es tentar a Dios, cesar de meditar y estarse esperando a que Dios obre, inspire algunas cosas; lo cual parece frisar con el engaño de los alumbrados. A esto se responde: que la oración sin discursos por solos afectos, como es lo supremo de este ejercicio, no se halla en gente principiante, sino es que sean prevenidos con especial moción de Dios para ella, o en los que se han ejercitado mucho tiempo en meditaciones y de ellas pasan a este modo de orar con quietud, con la luz que el Señor les ha comunicado y comunica: y así, no es tentar a Dios, cesar por entonces de discursos acerca de cosas particulares que tocan a las perfecciones de Dios, o a nuestra reformation, que se pueden tener en otros tiempos y no entonces; porque cada ejercicio pide su tiempo: como en la oración; no siempre se pide, ni siempre se da gracias. Y pues en este modo de oración no se entra sino por vocación de Dios, El gusta y quiere que se ejercite en aquel tiempo, no esperando ni deseando revelaciones, sino reconociendo su divina presencia y ejercitando delante de El los afectos que se han dicho.

Y no tiene que ver esto con lo de los alumbrados; los cuales, todo lo que hacían era por soberbia, sin ser llamados de Dios y sin haberse aparejado como convenía y tentaban a Dios en su manera de oración; porque

entendían en nada, si no estaban del todo distraídos, ni sacaban algún fruto para reformation de sus costumbres: mas este modo de oración inclina a todo lo contrario y no habiendo esto, no se puede entrar en él; y al que entra, y no saca algún fruto, no le sufre, antes le echa de sí y le reprende: porque no puede parecer con quietud segura y sin reprehensión ante Dios, el que es contrario a su espíritu; que es espíritu de pureza y santidad; de reformation y sujeción a la divina voluntad.

Pero luego se representa la tercera dificultad, por no saber cómo se va por este camino con vocación de Dios; y no que él sea puesto con su poca humildad y por codicia del dulce de Dios; en que también se ceba el amor propio. Mas a esto se responde: que por el rastro que deja el modo de oración, se conoce que es de Dios; como también el árbol se conoce por los frutos: y este modo, cuando es verdadero y nace del buen espíritu, recoge el corazón a Dios, hablándole y ríndele a su orden, e inclínale a que dé a Dios cuanto pudiere de sí y de sus contentos e intereses y honra: entendiendo que quien alcanza a tener a Dios por amigo, alcanza mucho; y aunque dé por ello todo cuanto tiene, lo compra barato. También inclina a conformarse con el dechado de la perfección de Cristo Nuestro Salvador, especialmente en el desprecio de sí mismo, y en la universal abnegación de los quereres propios y en el cumplimiento fidelísimo de los de Dios, con entera resignación y conformidad con la divina voluntad. Quien sintiere en sí estos efectos y otros semejantes, seguro puede estar que es de Dios el modo de oración que le induce a ellos.

Mas entonces entra la cuarta dificultad: por echarse de ver que los que van por este camino, secretamente y sin sentir, se envanecen; teniéndose en más que los que van por el camino ordinario de discursos: y de aquí viene, que aferran con propiedad en su modo de orar, sin querer rendirse al parecer de los superiores y de los que les guían, cuando sienten lo contrario de ellos; teniéndose por espirituales, que han de juzgar a los demás, y no ser juzgados de otros. Más fácilmente se responde: que éstos y otros cualesquier defectos que se vieren en los que usan de este modo de

oración, no va en el mismo modo, sino en la flaqueza, indisposición o imperfección del sujeto: el cual se ha de corregir y enmendar: mas no por eso el modo es malo; y los mismos defectos suelen acontecer a los que usan de discursos y a veces mayores; porque se mezcla más vanidad en las cosas que son ventaja por parte del entendimiento. Pero no porque uno o muchos usen mal de cualquier modo de oración mental, él es malo y se ha de dejar; porque así también se dejarían las meditaciones y frecuencia de comuniones, por los que usan mal de ellas; o por mejor decir, por los que hacen faltas en el uso de ellas. Y de aquí es cuando los superiores o los que los guían, les quitasen este modo de orar, si no se rindiesen, serán culpables: lo cual, si no es por prueba, no pueden los superiores hacer con seguridad de conciencia: pues tienen obligación de guiar las almas por el camino del espíritu por donde Dios las guía y ellas se aprovechan y han caminado y caminan muchos Santos: como ya se ha visto: pero mientras ellos no se los quitaren, no serán culpables en usarlo. Ni porque piensen que pueden tener voto en las cosas espirituales, que saben por experiencia mejor, que quien no la tiene: como no es culpable el Letrado, porque piense poder tener voto, en lo que ha estudiado mejor, que quien lo estudió. Ni es contra la humildad y caridad de Dios el conocimiento de sus dones; conforme a lo que dice San Pablo (Epístola I de los de Corinto, cap. 20): no recibimos espíritu de este mundo, sino el espíritu, que es de Dios; para que sepamos las cosas, que nos son dadas por el mismo Jesús.

Capítulo IX

PROSÍGUENSE LAS RESPUESTAS QUE DABA EL PADRE

BALTASAR ALVAREZ

DE aquí también queda satisfecho a la quinta dificultad: por haber algunos que se entregan tanto a este modo de oración, que andan como extáticos, con olvido y descuido de las obligaciones de caridad y obediencia, y de adquirir verdadera mortificación y sóli-

das virtudes; contentándose con andar como embobadas tras el dulce de la oración; y así se quedan con el nombre de espirituales, sin la sustancia de la vida espiritual. De aquí es también que con este modo otros se retiran del trato con los prójimos y de ayudar a las almas, por estar siempre en su oración: de la cual también, como no van por discursos, no sacan verdades que puedan decir a los prójimos, con quien tratan. También otros se debilitan las fuerzas corporales necesarias para cumplir las obligaciones de su estado y oficio. Mas todas estas faltas no nacen verdaderamente de este modo de oración, sino de la indisposición de los que le usan: los cuales han de ser corregidos y advertidos que si se contentan con solamente andar recogidos, sin ejercicio de mortificación y de otras virtudes andan engañados: y si no se enmiendan, se puede tener por sospechoso su recogimiento, ni durarán en él mucho tiempo: aunque no es de maravillar que tengan algunas faltas; pues todos las tienen, aunque anden muy bien. Y de aquí es, que cuando las necesidades de caridad o de obediencia o de oficio, obligan a tratar con prójimos, la misma contemplación la inclina y mueve a ello: como lo testifican San Gregorio y San Bernardo y la experiencia lo muestra en los que tienen bien oración. Mas cuando no hay estas necesidades, ni obligaciones de obediencia, ni es contra la salud corporal, no es malo vacar a Dios, con este modo de oración y contemplación: conforme a la regla de San Agustín (Lib. 19 de la Ciudad de Dios, cap. 19) donde dice: la caridad de la verdad busca el ocio santo y la necesidad de la caridad toma lo justo: y no habiendo cosas de obligación se ha de trabajar en la oración: de suerte, que puede uno darse a este modo de oración y contemplación, cuando ha cumplido con las obligaciones de obediencia y caridad y salva la consistencia del sujeto: porque si las fuerzas se debilitasen por no saber usarlo o por continuarlo demasiado o por enfermedad o flaqueza de cabeza, debe suspenderlo: aunque el modo de suyo no causa esta debilitación; antes es más descanso que el discurso: y por eso los santos que usaban de este modo podían durar más en la oración; y si de ella no se sale con más conceptos, sálase con más virtudes y dejan a Dios más ganado: cuya ayuda expe-

rimentan en las necesidades, sin hacerles falta no haber atendido entonces a sacar conceptos; para lo cual hay otros tiempos.

La sexta dificultad es que este modo de oración lleva tanto tras sí, que parece se pierde la devoción con los Santos y con las antiguas oraciones vocales; y se deja de pedir a Dios lo necesario para la Iglesia y para los particulares. A esto se responde: que no se pierden estas cosas; antes se estiman en más y como medios por donde vinieron a lo que gozan; como unos son más aptos para las oraciones vocales, que no para ejercicios interiores, así éstos por el contrario tienen menos de oración vocal; la cual es como medio para encender la devoción interior. Y así dice Santo Tomás (D. Thom. 2, 2. quaest. 83. art. 12): Que cuando no es de precepto ha de cesar cuando el ánimo se siente inflamado; pues conseguido el fin es bien gozarle, sin ocuparse mucho en los medios; y así vemos que muchos hombres aventajados no tienen tanto de estas oraciones vocales como otros, que comienzan, o como ellos mismos cuando comenzaron: no porque los desprecien y tengan en poco, sino porque han menester menos motivos exteriores, para levantar los corazones a Dios. Y de Nuestro Padre San Ignacio dice su vida (Lib. 5, c. I): Que no podía pasar adelante en el rezo por la mucha comunicación que tenía con Nuestro Señor; y sus compañeros pidieron licencia al Papa, para que le dejase; y se la concedió: porque le ocupaba todo el día; parando casi a cada palabra, para recibir la visita de Dios: y estando obligado a rezar, había de hacerlo, aunque ocupase todo el día; que fuera desacato y desagradecimiento a Dios, acabarlo en breve. De suerte que por oír a Dios y atender a los agradecimientos y sentimientos interiores, dejó la oración vocal con licencia, aunque no dejó la mental, ni daba a ello todo el tiempo, por atender a otras cosas, también de obligación.

Asimismo, en este modo de oración no se dejan las peticiones, antes con un modo secreto se pide más, sin pedir; por ocuparse en lo que Dios gusta por entonces; y se alcanza mejor; porque se gana más la voluntad del Señor, que lo ha de dar. Y como Dios sabe las necesidades y ve el ánimo de su siervo inclinado

a pedir por ellas y que no pide entonces, por ocuparse en lo que él le manda, fiándose de su Divina Providencia, procura remediarlas, como cosas, que están a su cargo: a la manera que los señores cuando tienen un criado, que les sirve con amor y fidelidad, tienen cuenta sin él pedirselo, con remediar sus necesidades y las de los que les tocan: cuanto más que para pedir hay otros tiempos y aquél no es conveniente: pues comúnmente dicen los Maestros espirituales, que cuando Dios previene con bendiciones de dulzura, hase de recibir con humildad la visita, sin divertirse a otros conceptos, ni afectos diferentes, aunque traigan buenos colores; porque el demonio procura engañarnos para que perdamos lo que nos dan; o nuestra ignorancia lo perderá con título de dar entonces gracias, o hacer grandes peticiones por éste, por aquél, o por el otro: lo cual, aunque de suyo es bueno, mas no por el tiempo en que está Dios llamando y moviendo a otra cosa.

La séptima dificultad es, que este modo de oración parece apartar de la común institución en el modo de orar, que enseñó Nuestro Padre San Ignacio y encomiendan comúnmente los Doctores; y así causa división entre los de una Comunidad, yendo unos por un camino y otros por otro. Pero está clara la respuesta, diciendo: que antes favorece el modo común; pues cuando Nuestro Señor no previene con especial inspiración al principio, se ha de comenzar por él; y de él sale este otro modo de oración: pues por medio de la meditación se alcanza la quietud de la contemplación: y el Autor de los ejercicios subió de ellos por especial gracia a este modo de oración: cuando se dice de él, que en la oración más se había pasivè, que activè trabajando con el discurso; porque ya entonces descansaba, como quien había caminado y llegando al término. Y aunque el común modo de orar se ha de proponer ordinariamente a todos; más si Nuestro Señor al principio pone por especial favor a alguno en la oración de quietud, ha de ser ayudado por ellas: y asimismo se puede aconsejar a los que se han ejercitado algunos años en discursos y meditaciones y están bien aprovechados y dispuestos para este modo de orar con quietud interior en la presencia de Dios; y por modo de contemplación: aconsejándoles, no que dejen del todo

las meditaciones, sino que poco a poco vayan teniendo menos de discurso y más de afecto; contentándose con los discursos pasados y despertando los afectos, que arriba quedan referidos. Y esto es conforme a lo que dice nuestro Padre San Ignacio en las adiciones de sus ejercicios, que en el punto donde halláremos la devoción, que pretendemos, allí paremos; sin ansias de pasar adelante, hasta satisfacernos.

Este mismo consejo se puede dar a los que por flaqueza o por otra causa, no aciertan a tener largos discursos: guiándose en todo por el parecer del que puede ser juez de esta causa; cuyo dictamen fundado en prudencia, con las reglas que se han dado, se puede tener por señal de la vocación, y voluntad de Dios: el cual suele ayudar a los tales y levantarles a la quietud de la contemplación, cuando menos pensaban. Y esto no es causar división en la Comunidad: porque el modo de orar por afectos con poco discurso en general, es de muchos; y lo más perfecto de él, es de pocos, pues siempre la perfección se halla en pocos. Y ojalá hubiese muchos, para que despertasen a los otros; y andar de esta manera por camino particular no es malo; porque no hace Dios mercedes muy particulares, a los que se contentan con el camino y vida común.”

Esta es la doctrina, dificultades y respuestas, que a ellas dió explicando este Venerable Padre, tan celestialmente como se ha visto, este modo de oración y el gran aprovechamiento que en él hay: con lo cual el Padre General de su Orden y toda la Compañía de Jesús y todos los Superiores de ella y otras personas graves, viendo esta doctrina y examinándola, la aprobaron: de manera, que fué tenida la persona del Padre Baltasar Alvarez en mucha más veneración de allí adelante; como refiere el Padre Luis de la Puente en el capítulo cuarenta y uno que escribió de su vida.

Capítulo X

COMPRUÉBASE MÁS LA DOCTRINA DICHA CON OTRAS AUTORIDADES

EXPLICA también maravillosamente cuánto importa para conocer perfectamente y amar a Dios en la contemplación, el suspender los discursos, conceptos y consideraciones nuestras, quedándose con el oscuro y simple conocimiento de la fe sola, el ilustrísimo Arzobispo de Braga, Don Fray Bartolomé de los Mártires, del Orden de Santo Domingo¹ por estas palabras:

“Como sea cosa cierta y recibida de todos, los conceptos positivos, que puede formar de Dios nuestra fragilidad, son imperfectos, y que no pueden bastar para tener puro conocimiento de Dios, sino, que antes son medios y velos entre nuestro conocimiento y Dios: por tanto el más levantado grado de conocer a Dios es cuando nuestro entendimiento suspende todos los actos, conceptos o atributos, que formó de Dios en la meditación, o los que recibió en aquella simple inteligencia; y entonces se sumerge, y anega en una cierta ignorancia, en la cual confiesa, que no hay inteligencia que baste a conocer quién sea Dios. Y entonces se dice que queda el entendimiento en una oscuridad y niebla; el cual es el más alto modo de conocer a Dios, que podemos tener mientras vivimos. Por lo cual escribe San Dionisio, que la verdadera ciencia de Dios es ésta ignorancia. Esta, pues, hermosa y lúcida oscuridad es más aventajada y se ha de anteponer a todos y cualesquier conceptos positivos, que de Dios se pueden formar. Y el efecto de conocer a Dios en esta oscuridad y niebla es una libertad y desahogo que queda en la voluntad, con el cual libre y sueltamente puede espaciarse y nadar en amor, en aquel piélagos de la bondad y dulzura divina. Porque mientras el entendimiento estaba ocupado en los conceptos positivos, que formaba

¹ El *Compendium spiritualis doctrinæ ex variis sanctorum PP. sententiis collectum*, tuvo varias impresiones. Falconi quizás usase la traducción española del benedictino Rivera, en Valladolid, 1604. El Mercedario cita así: “2 part. cap. 27 de su Compendio”.

de Dios, estaba tan atada la fuerza afectiva de la voluntad, que no podía pasar a amar de los límites del dicho conocimiento; y como estos conceptos nuestros den imperfectamente a conocer quién sea Dios, de ahí es, que la voluntad amaba menos desahogada y perfectamente: porque en el amar se acomodaba con el corto conocimiento de los conceptos tan solamente: mas desechados los tales conceptos queda la voluntad libre para entrar a amar con eficacísimos actos de amor en aquel piélago de la Divina Bondad: y por tanto decimos, que la voluntad sube donde el entendimiento no puede llegar; porque cuando el entendimiento se da por vencido y suspende su hacer, entonces la voluntad obra aventajadísimamente: y por eso dijo San Buenaventura, que los que procuraban el amor unitivo, que habían de desechar los conceptos intelectuales.

Pero, dirás contra lo dicho (prosigue adelante) ¿cómo puede ser que la voluntad ejercite su acto libre de amar, si el entendimiento ha suspendido todo acto y concepto acerca de Dios? Respondo: que el entendimiento, estando en aquella oscuridad, no queda totalmente ocioso; porque cuando desecha todos los conceptos positivos de Dios, queda con otro concepto negativo, mucho más perfecto, que los positivos; conviene a saber; con un concepto, que Dios es inconceptuable, incomprensible e ininteligible. ¡Dichoso, pues, el que con Moisés, entra en este conocimiento oscuro; porque allí será su espíritu plenamente satisfecho! que por eso se dice, que Moisés cuando estuvo en él, no comió otra cosa alguna en cuarenta días. Caminemos pues por este camino; que el ánima llegada de este modo a Dios le abraza como Esposo apretadísimamente y le detiene en sí, diciendo con la Esposa: alcancéle y nunca más le he de dejar.”

Queda, pues, con lo dicho bastantemente comprobado, como en este camino se han de desviar cualesquiera conceptos, consideraciones y discursos, que se puedan ofrecer, quedándose sólo en la noticia general de fe de sólo Dios en común.

No es de menos autoridad lo que refiere el iluminado Doctor Taulero.² Dice, pues, así: “Apenas se po-

² Loc. cit., pág. 345 y ss. — Falconi cita aquí: “cap. 26 de Instit.”.

drá hallar otro camino más compendioso, que el que un hombre se entregue y resigne en Dios totalmente y en verdadera aniquilación y entera abnegación de sí mismo, se le rinda y sujete: y despidiendo y desechando de sí las formas e imágenes y todas las cosas que se le presente y de tal manera se una con él, que dé de mano y deje caer cualesquiera objetos, séanse los que fuesen, por esenciales e importantes que sean; y de ninguna manera sepa, ni entienda nada, sino sólo a el uno, que es Dios." Estas son sus palabras; y en ellas se ha visto bien claramente lo que vamos diciendo.

Y pudiéramos decir, que esta oración la enseñan todos los Santos; porque es doctrina de todos ellos, que el ejercicio de la presencia de Dios, en que considera el alma que tiene a su Dios presente, aunque no haga otra consideración, meditación ni discurso, es un modo de oración acomodadísimo, para que las almas crezcan en virtud. Pues este modo mismo de estar en presencia de Dios, cuando no se puede meditar o discurrir, es el que hasta aquí hemos ido explicando: luego éste es enseñado por todos los Santos. Y así, el P. Fr. Juan de los Angeles hizo un tratado de oro, en que explica, y prueba con autoridades de muchos Santos y con ejemplos, haciéndose lenguas para dar a entender cuán aventajado es este ejercicio a otros muchos; y lo mucho que en ese modo de oración aprovechan las almas: y así en este tratado, que intituló: *Presencia de Dios*:³ refiere algunas personas, que en brevísimo tiempo se aventajaron por aquí en amor y perfección: y especialmente dice de una que era tanto el amor que había causado en su alma, el creer siempre que estaba su Dios presente, que de contento y gozo andaba abrazando las piedras, la tierra, los árboles y lo que topaba, reverenciando y adorando a Dios en todo. Y Dionisio Cartujano⁴ afirma, y asegura mucho, que el que se ejercitare en esta oración de traer a Dios presente, que

³ Este *Tratado de la presencia de Dios*, tantas veces citado por el Mercedario (*Camino*, lib. 2, cap. 5; lib. 3, cap. 29; *Carta a un Religioso*), se recomienda con interés.

⁴ Los opúsculos ascéticos de Dionisio Cartujano tuvieron repetidas ediciones, formando todos un verdadero manual de vida interior. (Colonia, 1530-1577. Contenía el *Libro de arcta via salutis et contemptu mundi*, *De contemplatione*, y otros.) Falconi cita así: "Lib de contempl. art. 25". Otra edición tuvo lugar en 1534.

experimentará en muy breve tiempo increíble provecho, más que por otros caminos y ejercicios en muchos años. Y lo mismo prueba y explica el Padre Molina⁵ maravillosamente.

Y ni hay que espantar, que cause tales efectos este ejercicio: porque ¿qué alma habrá que si trae a Dios presente, creyendo que está delante de aquella Majestad soberana que llena cielos y tierra, a cuya presencia se postran los Angeles y tiemblan las columnas del Cielo, que con sola esta fe, con que cree esto, sin que haya menester otros discursos, ni consideraciones, no ande más a raya en sus acciones y sin atreverse a hacer cosa que desagrade al Señor que tiene presente? Que si acá, delante de un Emperador o Rey de la tierra no hay quien se atreva a hacer cosa desmesurada, ¿cómo se atreverá a hacerla quien con fe viva anduviere en la presencia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores?

Visto y probado está cómo este ejercicio y oración de estar en la presencia de Dios, creyendo con la fe que está Dios delante, y amándole con la voluntad, sin hacer otro discurso, o meditación, es tan importante y tan eficaz, que otros muchos para crecer en virtud; y que es enseñado de todos los Santos comúnmente; pues ése es el mismo que aquí se dice y aconseja en este Tratado: porque, como ya hemos visto, la suma y cifra de la oración, que vamos explicando, en lo que consiste es, que un alma, cuando se pone en oración, crea con fe viva que está en la presencia de Dios, y de esa suerte se esté, creyéndole y amándole, todo el tiempo que pudiere, sin hacer otra consideración o discurso, sino sólo resignada en su voluntad santísima, para que haga y deshaga de ella a su gusto y querer.

⁵ *Ejercicios espirituales de las excelencias y necesidad de la oración mental...*, Sevilla, 1685, trat. 1, cap. 15, folio 41 y ss.

Falconi que cita así: "Lib. de orat.", pudo usar la edición de Burgos (1615) o la de Zaragoza (1616).

Capítulo XI

PROPÓNESE UNA OBJECCIÓN, EN CUYA RESPUESTA SE VERÁ MÁS CLARAMENTE LA DOCTRINA HASTA AQUÍ DICHA: Y CÓMO ESTA ORACIÓN EN SOLA FE, SIN OTRA MEDITACIÓN ES EFICACÍSIMA PARA MOVER AL AMOR DE DIOS E IMITACIÓN DE CRISTO

ALGUNO dirá: ¿cómo puede ser, que con un simple creer a Cristo en la oración, sin hacer más discurso o meditación que ése, sea eficaz medio para mover la voluntad al amor de Dios e imitación de Cristo? Si fuera sacar razones, con que convencer el entendimiento, eso sí; pero la fe sola, que propone, que Cristo padeció, que fué azotado y crucificado, no parece que mueve mucho la voluntad a imitar a este Señor y a amarle Dios y hombre; que es el blanco a que se endereza la oración. A esto respondo: que es verdad, que ordinariamente los principiantes se mueven más por esas consideraciones y discursos hechos con la imaginativa; y por eso es lo más ordinario que los más empiecen por ahí su oración. Y así éste es muy buen modo de orar para ellos y muy apropósito para mover la voluntad a la imitación y amor de nuestro Redentor; más los aprovechados y que están ya en la oración de contemplación que hemos ido explicando, no tienen necesidad de esos discursos y meditaciones, para moverse al amor e imitación de este Señor; sino que con aquella fe viva con que creen y hacen actos de fe en su oración (ora sea acerca de la divinidad en común, ora acerca de algunos artículos de la humanidad y divinidad en particular) les es más eficaz y mejor medio, para moverse a la imitación de Cristo nuestro bien.

Bien sé, que a algunos les parece dificultoso, el que con sólo creer se puedan mover las almas a imitarle, y amarle; pero la verdad es, y ciertísimo, que pasa así; y que con sólo poner los ojos de la fe en Dios, que está presente, o en la vida y muerte de Cristo, y estarla creyendo, puestos en oración, aquellos miste-

rios, sin añadir otra meditación, ni discurso de la imaginación, sino estarse así resignados en la voluntad de este Señor, puestos en sus paternales manos y fiados de él, que como padre obrará en sus almas lo que más convenga, que con aquella fe, que tienen en sus almas, entonces va Dios obrando maravillosamente en ellos, de que después se ven notables efectos de humildad, resignación, paciencia y las demás virtudes.

De manera, que así como a unos, que son los principiantes, les va allí en su oración convenciendo el discurso y meditación, que fundan sobre el misterio de la fe; y con esas consideraciones van recibiendo la luz y conocimiento, para mover la voluntad a la imitación y amor de Cristo y cumplimiento de su Ley, con las cuales consideraciones hacen materia de su oración, en la cual gastan el tiempo, que allí están: así también hay otros, que son los que están en esta oración de contemplación, los cuales para materia de ella no tienen necesidad de esas consideraciones discursivas, porque sólo con el acto simple de la fe con que creen a Dios presente, o algunos de los misterios de la humanidad y divinidad, con eso tienen allí bastante conocimiento de Dios; y no buscan otra nueva luz y conocimiento de la razón o discurso; sino que con aquél sólo se contentan, para estarse allí amando a Dios resignados. Y este acto de fe, que el alma tiene, va dando luz y calor a la voluntad, para que desee agradar a este Señor; y va dando otros muchos efectos: y como allí se está ejercitando la fe, vase aumentando esa virtud, fortificándose el alma y recibiendo tanta luz, que sin buscar otras razones se convence la voluntad a la imitación y amor de nuestro Redentor; como ahora veremos.

Pero para que se vea más claro y se entienda cómo la fe sola sea eficaz para mover la voluntad a esta imitación, amor y obras buenas, quiero que expliquemos antes la alteza y eficacia de esta soberana virtud teológica: que a la verdad, no sé si diga (si bien no lo afirmo) que es falta de fe el no conocer la mucha eficacia que tiene esta virtud, para obrar por sí sola y mover la voluntad. Y así, en los capítulos siguientes iremos diciéndolo.

Capítulo XII

QUE LA FE PUEDE MOVER LA VOLUNTAD AL AMOR DE DIOS

PRUEBA esto el Apóstol¹ y entra definiendo la fe y dice: “la fe es un argumento de las cosas, que no se ven”. Harto mostró lo mucho, que puede en las almas llamándola argumento: porque así como él convence los entendimientos, así la fe convence el alma a que obre bien, y se una con Jesucristo. Y así, dice Santo Tomás aquí,² que alabar tanto la fe el Apóstol es para significarnos que ella es principalísimamente la que nos mueve a esta unión y amor con este Señor y la que tiene eficacia por sí para ello.

Pasa adelante el Apóstol y dice:³ “La fe le hizo a Abel que ofreciera mejor sacrificio que Caín; por lo cual alcanzó ser justo: la fe le hizo a Abraham que dejase su tierra y obedeciese a Dios: la fe le movió a Abraham a sacrificar a Isaac, que era su hijo unigénito: la fe le hizo a Moisés no querer ser tenido por hijo de la hija de Faraón; y le dió fuerzas, para que quisiese más ser affligido con los del pueblo de Dios, que gozar del temporal deleite; y que estimase más el ser affligido por Cristo, que todo el tesoro de los Egipcios: la fe también le dió fuerzas, para dejar a Egipto y para no reparar en la resolución del Rey; porque con la fe respetaría al Invisible, como si con los ojos le viera: la fe les dió resolución a los Israelitas para pasar por el mar Bermejo, como si fuera por una tierra seca: la fe libró a la Ramera Raab de que pereciese con los demás de Jericó. ¿Y que más dire? prosigue el Apóstol:

1 Hebr. 11, 1.

2 Falconi cita aquí a Santo Tomás a través del eximio y agudo [Tomás de Vio Cayetano], en sus *Comentarios* a la “Summa teologica”. Sabido es que estos famosos *Comentarios*, después de la primera edición (Romae, 1525), han tenido otras varias. El Mercedario cita así: “Cay. 2. 2, quæst. 4 art. 2: Adverte secundo. Altius enim, verius loquendo, dicendum est, secundum ipsum D. Thomam, scilicet, veritatem, quod fides est habitus altior practico, speculativo, præhabens eminenter utrumque: sicut sensus communis respicit sensum proprium; propterea utriusque opus habet.”

3 *Ibid.*, versiculis 4 y ss.

que me faltará tiempo para contar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los Profetas; los cuales con la fe vencieron los Reinos, obraron cosas justas y santas; cerraron las bocas de los leones, apagaron el ímpetu del fuego y convalecieron de su flaqueza; y con la fe tuvieron fortaleza para pelear contra el enemigo.”

Por tanto, pues, prosigue el Apóstol: “nosotros teniendo tanta nube de testigos, corramos con paciencia, a pelear nuestra pelea, poniendo los ojos en el autor de la fe, Jesús, para imitarle y seguir sus pasos”. Así en el capítulo doce. Pues si la fe pudo mover a hacer tales obras en la Ley vieja, ¿qué no podrá la fe de Cristo en los corazones de los fieles en la Ley de Gracia?

“Vestíos, les dice también a los de Efeso,⁴ las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo y para ser perfectos en todas las cosas.” ¿Y cuáles son estas armas? “Tomando. dice, en todas las ocasiones el escudo de la fe, con el cual podáis apagar todas las saetas de maldad y de fuego.” Y en el capítulo primero a los Romanos les dice:⁵ que el justo vive de la fe. No porque ella baste a darnos vida de gracia, sino porque lo que ella simplemente nos representa, basta para provocarnos a que nos apartemos del mal y sigamos el bien. Y así dice el P. Fray Luis de Granada.⁶ “Claro está, que la fe, y crédito de estas cosas, esto es, de que Dios es nuestro Criador, Gobernador, Redentor, Santificador, etc., enfrena los corazones de los hombres y los hace estar a raya y vivir en temor de Dios: y por esto se dijo, que el justo vivía de la fe: no porque ella baste para darnos vida, sino porque en la representación de lo que ella nos enseña, nos provoca, a apartar del mal y seguir el bien. Y por esto mismo nos la manda tomar el Apóstol por escudo contra todas las saetas del enemigo; porque no hay mejor escudo contra las saetas del pecado, que traer a la memoria,

4 Cap. 6, vers. 11, 13, 16.

5 Vers. 17.

6 Falconi cita: “Primera parte de la oración, cap. 1, § 1.” La referencia es exacta. Véase: *Obras del Venerable P. Maestro Fray Luis de Granada*, tomo segundo, Madrid, 1768; *Libro de la oración y meditación*, 1.^a parte, cap. 1, § 1, págs. 4-5.

lo que la fe nos tiene contra el revelado." Hasta aquí este Autor.

Y esto es también lo que nos enseña el Apóstol San Pedro,⁷ que cuando el demonio nos ande rodeando como León para tragarnos, que le resistamos con fe. Y San Juan dijo:⁸ que con lo que vencía el mundo, que es contrario al espíritu, era la fe. Y nos dijeron estos Santos Apóstoles, que se vencían estas guerras con consideraciones y discursos, sino con fe. Y por esto dijo también David:⁹ que las verdades, esto es, las verdades de la fe, creídas, nos defenderían como escudo.

Aquí es muy notable a este propósito, lo que el Concilio Tridentino¹⁰ dice de la grande eficacia que tiene el acto sólo de la fe; creyendo solamente y confesándola sin otra razón ni consideración sobre esa fe: y que sólo hacer un acto de fe en los oídos de los infieles, ha sucedido convertirlos de su pertinacia y dureza. Las palabras del Concilio son éstas: "Estatúyase que se haga primero la confesión de la fe; siguiendo en esto el ejemplo de los Padres; los cuales en otros Sagrados Concilios acostumbraron a poner este escudo al principio de sus acciones contra todos los herejes: con la cual solamente algunas veces trajeron los infieles a la fe, convencieron los herejes y confirmaron los fieles. La cual confesión dice así: Creo en Dios Padre, etc. Donde se ha de notar aquella palabra, con la cual solamente, que con sólo el acto de fe y confesión de ella, diciendo el Credo convencieron a los herejes. ¡Notable cosa por cierto! Pues si sólo el hacer un acto de fe fué bastante para que entrando por sus oídos, sin otra razón o discurso, y sin echar mano de los argumentos, quedasen convencidos los herejes y quedase movida su voluntad a tener pía afección a la religión cristiana, cuánto más eficaz será el acto de la fe, que tiene ya tomada posesión del alma de un cristiano, y se recoge con él en su corazón, mirando con pía afección aquellas verdades que cree para mover una voluntad, ya católica, a que ame e imite a

7 1 Petr. 5, 8-9.

8 1 Joa. 5, 4.

9 Ps. 90, 5.

10 *Concilii Tridentini Actorum*. Pars prima... collegit, edidit, illustravit Stephanus Ehes; Friburgi Brisgoviae 1904, tomus 4, página 580. — Falconi cita bien: "Sess. 3",

Jesucristo, pues le propone al alma como verdad infalible, que este Señor la quiere más, que a su misma vida, pues se dejó azotar, abofetear, maltratar, acocear y crucificar escarpiado en un madero, muerto de amores por ella. ¿Pues a qué alma algo crecida en fe le propondrá estas verdades católicas, que sólo con oírlas, sin hacer más ponderación, ni discurso, no se mueva a amar y obedecer a tal Señor? Y de esto parece claro argumento, lo que pasa en mil personas simples, rudísimas y bronquísimas de entendimiento, las cuales nunca supieron hacer un discurso, ni una meditación acerca de las cosas divinas, sino sólo un simple creer, aprendiendo los misterios de la vida y muerte de Nuestro Señor y Redentor; y con todo es gente virtuosa y se mueven a obedecer lo que la fe enseña, harto mejor, que muchos meditantes: donde se ve claro, que la fe sola les mueve a obrar y no la meditación del discurso.

Y qué hay que espantarnos de esto, si sabemos, que la fe es palabra de Dios, como dijo San Ambrosio,¹¹ que claro está, que los artículos revelados, son palabras y razones, que Dios dice a su Iglesia. Pues si la fe es palabra de Dios, ¿qué duda tiene, que tendrá ella por sí sola eficacia para mover la voluntad al bien, mediante la gracia divina; y más eficacia por sí sola, que todos nuestros discursos y consideraciones? Esto no cae bajo de duda. Lo primero, porque dijo San Pablo,¹² que la palabra de Dios es viva y eficaz y que penetra el corazón más que si fuera cuchillo de dos filos. Luego si esta fe es palabra de Dios, claro es, que tendrá más eficacia por sí sola para mover la voluntad, que otra cualquiera razón, o discurso de la meditación.

Lo segundo, porque en buena Teología, el acto de la fe es cosa sobrenatural y de superior orden y nobleza en sustancia y entidad, y que toca inmediatamente en Dios; y el discurso y meditación que se añade sobre ese simple creer, si bien es sobrenatural en el modo, pero es cosa natural en su entidad y sustancia; y consiguientemente de muchos menos quilates en perfección, virtud y eficacia. Pues según esto claro está, que esta fe sobrenatural tendrá más virtud y eficacia para

11 Falconi cita bien: "Lib. 7 Com. in Luc." Véase la misma cita en el cap. 16 (lib. 2). Confr. P. L. 15, 1.185 ss,

12 Hoibr, 4, 12.

mover la voluntad que un discurso de nuestro corto talento. Y no sólo eso, sino que es ése el más connatural modo que hay para mover la voluntad al amor de Dios, como ahora veremos.

Capítulo XIII

CÓMO EL MOVERSE AL AMOR E IMITACIÓN DE CRISTO CON SÓLO LA LUZ QUE LA FE DA, SIN OTRA RAZÓN, NI MEDITACIÓN, ES LO MÁS CONFORME AL ESTADO DEL CRISTIANO Y EL MÁS CONNATURAL MODO PARA LLEGAR AL AMOR DE DIOS

DÉJASE muy fácilmente entender que el más connatural modo que hay y mejor medio para llegar el alma al amor, es resignarse por la luz de la fe sola; porque claro está, que aquél es mejor medio para alcanzar un fin, que es más proporcionado con el tal fin pues bien se ve, que si el fin que pretendemos es el amor sobrenatural, que será más proporcionado modo y más connatural el moverse por la fe sola, que no por la razón y discurso; pues la fe es sobrenatural y la consideración y discurso es natural, y claro está que lo sobrenatural tiene más proporción con lo sobrenatural, que no lo natural.

Y si se considera bien, antes el modo más connatural y propio de obrar bien en el cristiano, es obrar movido de lo que la fe solamente le dice, sin añadir a eso otra razón o consideración; porque el moverse por razones y discursos, eso es propio de un filósofo; pero el moverse por lo que la fe simplemente propone, sin meterse en más consideraciones ni discursos, eso es lo propio y natural al cristiano, cuya regla y luz ha de ser la fe; y esto es el fino hacer y obedecer como buen cristiano.

Pongamos ejemplo: de dos maneras se puede mover uno al conocimiento de Dios y a obrar lo que él manda: la una es por la razón y discurso natural, como es conocer su omnipotencia por los muchos y altos efectos, que hace en el mundo esos cielos, ángeles, hombres, con toda la demás variedad de criaturas: su

sabiduría por el gran orden y concierto con que lo hace y por el saber y entender que estampó en sus criaturas: su bondad y amabilidad, viendo cuán buenas y amables son las cosas que cría; su hermosura, viendo cuán agradables y hermosas son; y de estas y otras consideraciones, colegir cuán justo es amar y obedecer a quien tan bueno y amable es como este Señor. La otra es conocerle, por lo que la fe sola simplemente nos dice, que es bueno, sabio, hermoso, omnipotente, amable, que encarnó, padeció y murió por el hombre, sin meterse en más discursos, de cómo es todo esto, sino que así lo cree, como se lo dice él mismo y porque él lo dice, sin hacer averiguación de ello y por la misma razón de que él manda que le amen, que le sirvan y hagan su voluntad: por eso sólo hacerlo así y moverse a amarle y obedecerle, porque él lo manda y lo quiere, sin buscar otras razones o motivos, ni valerse de congruencias y discursos de la razón, mas, de que la fe se lo propone así y se lo manda así que le ame.

De estas dos maneras, pues, decimos, que aunque entrambas son buenas y santas, pero que esta segunda es la más connatural y propia del cristiano, según que es cristiano y que milita debajo de la fe de Jesucristo; y que la primera es más propia de un filósofo especulador y escudriñador que de un cristiano que obedece perfectamente y a cierra ojos; y esto es derechamente lo que San Pablo¹ manda que cautivemos el entendimiento en obsequio y obediencia de la fe. Quiere decir, que sus discursos y razones que él puede hacer e investigar para moverse al conocimiento de Dios y a su obediencia (que aunque ése es buen modo para conocer y obedecer a ese Señor) pero que el más perfecto es el que lo sosiegue y quiete y cerrando los ojos a eso se captive y rinda a conocer y obedecer a ese Señor, por lo que la fe simplemente le dice.

Y eso también les da a entender a los Corintios² diciéndoles: “vuestra fe no sea en sabiduría de hombre” esto es, vuestra fe no ha menester estribar en el discurso de la razón humana, sino sólo en el sencillo creer, lo que la fe le propone; que aunque al hombre,

1 2 Cor. 10, 5.

2 1 Cor. 2, 5.

según que es racional e investigador, le es bueno, y connatural el conocer las cosas de Dios, por razones, consideraciones y discursos; pero según que es fiel y cristiano lo más perfecto y connatural es conocerlas, creyendo simplemente por fe.

Y pues está hoy la naturaleza humana elevada a estado sobrenatural, mediante la fe, por la cual es elevada a operaciones sobrenaturales; bien se ve, que su más connatural modo de obrar en tal estado, será obrar sobrenaturalmente y no según el orden natural. La elevación consiste en que esté ordenada a fin sobrenatural y que las tres potencias del alma para alcanzar ese fin, han de obrar con medios sobrenaturales, que son fe, esperanza y caridad: con la fe conociendo, con la esperanza esperando y con la caridad amando a Dios, autor sobrenatural; y si no obra el alma con estos tres medios sobrenaturales, o con otros, enderezados por lo menos a fin sobrenatural, es cierto, que no camina a su fin próxima e inmediatamente y cuanto más se valiere de ellos, más caminará; porque con medios puramente naturales, claro está, que no se llega próxima e inmediatamente al fin, que es sobrenatural. De donde se colige claro, que pues el estado del hombre hoy es sobrenatural y elevado por la fe; que cuanto más se rigiere por la luz de la fe, para obrar, tanto más connatural a su estado obrará, y que si sólo se valiere del conocimiento y luz que da la fe para las cosas de Dios, contentándose con un simple creerlas, que obrará con toda proporción al estado, en que está sobrenatural y de fe: y esto será obrar como dice David,³ todas las obras con fe, esto es obrar en virtud de la luz sola, que da la fe.

Y aun fuera de rogar la eficacia de la luz de la fe el andar buscando razones y discursos, para mover la voluntad a obrar; porque cuanto es de su parte y en aquel orden y esfera de luz tiene lo bastante (aunque hábito oscuro) para proponer y manifestar a la voluntad, lo que ha de abrazar. Y así fuera dar a entender que no da la fe bastante luz al entendimiento y que no propone las cosas de Dios bastantemente conocidas, para que el hombre se mueva a seguir las; pues anda el entendimiento mendigando razones y ponderaciones,

3 P. 22, vers. 4.

con que convencerse: por lo cual parece, que pertenece a la dignidad de la fe el valerse solamente de lo que ella simplemente propone y con esa aprensión sencilla y sin más discurso que un simple creer, sujetar el entendimiento y voluntad al cumplimiento de la Ley.

Y si la razón natural y la luz de la razón sola ella da bastante luz a la voluntad para todas las obras naturales, ¿por qué la luz de la fe sobrenatural no dará bastante luz para las obras sobrenaturales del amor e imitación de Cristo? Dála sin duda y por eso el Apóstol⁴ dice: “me hincó de rodillas al Padre de mi Señor Jesucristo, para que os conceda que Cristo habite por fe en vuestros corazones” porque esa fe sencilla los moverá al amor e imitación de este Señor. ¿Es posible que no daremos tanta virtud y eficacia a la luz sobrenatural de la fe sola, como a la luz natural de la razón y discurso?

Y para que creas y entiendas cómo en cierta manera es hacer agravio a la fe el andar buscando razones y consideraciones fuera de lo que ella simplemente propone, para inclinar la voluntad a obrar bien; y cómo agrada más a Dios este simple creer con fe viva, que todos los demás discursos del entendimiento: advierte lo siguiente. Haz cuenta, que el Rey de España va de secreto a otro reino extraño y que puesto allá sin ser conocido de nadie, se llegase a dos hombres y les dijese: yo soy un poderoso Monarca y Señor de muchos criados, tengo en mis tierras muchos tesoros, joyas y preseas de inestimable valor; pero por venir ahora de secreto, no puedo traer el aparato y gente debida a mi estado y así os pido que el tiempo que aquí estuviere me acompañéis y acudáis a lo que fuere menester de mis negocios y persona y fiad de mí, que vuelto allá tengo con qué satisfacer vuestro trabajo y con qué haceros ricos para toda vuestra vida. Y para prueba de esto informaos de dos o tres criados, que de secreto traigo, que ellos os dirán también lo que en esto hay. Y oído esto por ellos, el uno sin hacer más averiguación, dice, que de muy buena gana, que él le servirá y que él cree todo lo que le dice de su persona y riqueza y que así no quiere hacer más averiguación del

caso, ni preguntarlo a nadie, sino que desde luego se quiere dar en su servicio, solamente porque él se lo pide, fiando sólo de lo que él le dice y sin querer enterarse más de si es verdad por otro camino. Pero el otro hombre si bien cree lo que le dijo por parecerle persona de verdad; pero con todo eso anda informándose de los criados y de otras gentes, si acaso conocen a aquel Caballero, si saben quién es, si es tan poderoso como él dice. Con lo cual va buscando mayor información de lo que le dijo y va enterándose más del poder, nobleza y partes que él decía tener, para que convencido, o averiguado ser así, se dedique todo a su servicio y haga lo que el Caballero le pidió.

Pregunto yo: ¿cuál de estos dos será más agradable en los ojos de este Señor? ¿y cuál anduvo más fino en su determinación a servirle? ¿este segundo, que lo premeditó tanto y que procuró averiguar las partes de este Señor, e inquirirlas de éste y del otro criado, no contentándose con saberlas sólo de su boca o el primero, que sólo en fe de oírle decir quién era, se resolvió a servirle sin buscar más averiguaciones del caso? Es bien cierto, que el primero y que le obligó sumamente por hacerle mil mercedes con aquel fiarse de su palabra sola y no quererlo saber por otro camino, como lo hizo el segundo; porque éste le agradó en servirle, pero parece que tuvo un no sé qué de poca fe y desconfianza en querer saberlo y averiguarlo por otros caminos.

Pues lo mismo pasa acá: cuando Dios y la Iglesia Católica le propone a un cristiano los artículos de la fe, le dice que es Poderoso, que es Rey Soberano y Señor de Cielo y Tierra, sabio, bueno, que se hizo hombre, que padeció por él Muerte y Pasión, etc., y así, que le sirva y ame de todo corazón. Si entonces el cristiano sin premeditar más, cómo será esto, ni escudriñar ésta su omnipotencia, ni inquirir, ni averiguar más esta verdad, se determina a entregarse todo a su servicio, rindiéndole su voluntad totalmente, sólo en fe de que cree, que aquello, que Dios por la Iglesia le dice, es así: es sin duda, que será éste un muy hidalgo modo de proceder y que agrada muy mucho más a los ojos de Dios este moverse a amarle y servirle, sólo porque la fe le dice aquellas cosas, que no el que anduviera buscando razones y consideraciones, men-

digándolas entre las criaturas (que son los criados de este Señor) porque esto parece, que era un no sé qué de poca fe con lo que Dios le decía; pues tenía necesidad y andaba buscando razones y ponderaciones para determinarse a servirle: y así consiguientemente tendrí­a que el que las buscaba menos merecimiento, pues como dijo San Gregorio,⁵ todo aquello, que la razón y discurso humano quiere conocer de lo que la fe propone, todo eso desmengua del merecimiento.

Ni tampoco será menester valerse siempre de los discursos y meditaciones de la imaginación en la Pasión de nuestro Redentor, formándole de esta figura o de la otra, para moverse a amarle, e imitarle, los que están ya como supongo en estado de contemplación y que no pueden formar ya tales imágenes (que con ellos hablo, y no con los que pueden formarlas; que éstos bien es que las procuren formar) porque con un simple creer aquellos misterios, sin más imaginar o meditar se puede muy fácil y suavemente mover el alma al tal amor. Y de esto tenemos manifiesta experiencia en el misterio de Cristo Sacramentado en la Eucaristía: en el cual misterio tienen los fieles grande amor a este Señor (y aún más que en otro alguno de la Pasión) con ser así, que Cristo en la Hostia no le imaginan o forman de ésta o de la otra dentro de sí, ni chico, ni grande, ni con tal o cual figura; pues en aquel misterio no les es lícito ni dado imaginarle con forma o figura distinta y clara como los cuerpos que acá vemos e imaginamos; pues allí no tiene extensión en orden a lugar su humanidad santísima y así tampoco tiene forma y figura que imaginar, sino sólo creer simplemente, que está allí en el Sacramento, sin meterse en más discurrir, como estará allí ni formar imaginaciones de su humanidad santísima, con lo cual sólo se mueven tanto a amar a aquel Señor como cada día se ve; así tampoco en los demás misterios, o pasos de la pasión no será necesario para mover la voluntad al amor de este Señor el hacer esas imaginaciones, figurándole en

⁵ Falconi no precisa aquí la cita de S. Gregorio. Pueda que quiera referirse a la misma cita del pasado capítulo 6, en este mismo lib. 2.—Desde luego, tengamos en cuenta que más adelante (lib. 3, cap. 17), y en la *Carta a una hija espiritual* Falconi cita a S. Gregorio a través del P. Miguel de la Fuente.

la imaginación desnudo a la columna o puesto en la Cruz, o de otra suerte imaginado, sino sólo creer simplemente y oscuramente aquellos misterios y pasos, como los cree la Iglesia y los confiesa en el Credo. Y tómake el argumento de lo dicho en Cristo Sacramentado porque si el misterio de Cristo Sacramentado en la Hostia, sólo creído oscuramente, sin más discurso que creer en El, mueve a tanta devoción y amor a los fieles (que es mucho mayor la devoción que hay en este misterio, que con otro alguno de la Pasión) ¿por qué también los demás misterios de la Pasión, sólo con creerlos, sin más imaginación o discurrir; no moverán al amor de este Señor?

Capítulo XIV

QUE MUCHAS VECES ESTORBA AL AMOR EL AÑADIR SOBRE LA FE IMAGINACIONES Y DISCURSOS

ANTES bien muchas veces el andar formando tales figuras en la imaginación los que están en estado de contemplación y que casi les es imposible el formarlas, les estorba más que aprovecha para amar a este Señor, sino sólo con simple creer y una sencilla aprensión y un creo a secas, como lo explica maravillosamente el Padre Fray Juan de los Angeles,¹ con la doctrina siguiente: “Consideremos, dice, un mancebo capaz de razón, que nunca ha visto a su padre; pero que una persona de suma fe y crédito, que no puede mentir, le dice: hijo, mira que tienes un padre lejos de aquí sapientísimo, poderosísimo, riquísimo y el más bien acabado y perfecto del mundo; y que éste te ama entrañablemente, de manera, que todo cuanto gozas y posees él te lo envía y provee en todas tus necesidades, hasta el pan que comes y agua que bebes, el vestido y todo lo demás que tienes; y no sólo eso, sino que a costa de la sangre de sus venas te tiene aparejado un reino entero de que hacerte dueño, y donde has de go-

¹ Falconi cita exactamente de la siguiente manera: “Conq. del Rey. Dial. 7 y 8). Se refiere a la *Conquista del Reino de Dios (Diálogos de la)*. Probablemente haya usado la edición de Madrid, 1608; o bien, la de Alcalá, 1602.

zar todos los bienes imaginables; y es tanto lo que te quiere, que no dudará, si fuere necesario dar la vida por ti. Por tanto, pues, a este Padre ámale, obedécele, no le deshonres, no le hagas pesares, ni le des enojos, pues le estás en tantas obligaciones. ¿Por ventura este mozo que tales nuevas oye de su padre, no se moverá naturalmente a quererle y amarle con gran ternura y afición entrañable y a desear verle y gozar de su padre? ¿o será necesario que se ponga a pensar muy despacio si su padre es blanco o negro, alto o bajo, qué figura tiene, u otras cosas a esta traza? No por cierto: porque antes era eso divertirse de lo principal que es amar y aficionarse de quien por relación conoce, que recibió el ser y todo cuanto tiene, sino sólo se ocuparía en creer, que es su Padre, su proveedor, el que le sustenta y regala y a quien debe el ser, la vida y todo cuanto tiene y espera tener; y sólo el conocer y saber esto forzosamente han de despertar el amor, el agradecimiento a su Padre, y el deseo de verse con él, obedecerle, andar en su presencia y gozar de él.”

“Esto mismo te digo a ti (prosigue este Autor) que has de hacer cuando te llegares a Dios en la oración. Que pues sabes de fe, que es tu Padre Dios, que te hizo, te crió y te sustenta y con admirable providencia acude por instantes a remediar tus necesidades, que derramó su sangre y murió por ti, etc., que no gastes el tiempo en discursos largos, averiguando cómo es esto, o qué figura tiene este Señor, etc. Bástate conocer a Dios, que es bonísimo, piadosísimo, clementísimo, sapientísimo, liberalísimo, bienhechor y Padre tuyo: este camino es llano, fácil y común, sin peligro, sin ofensa y sin dificultad; y del que por aquí camina se puede decir lo que dijo Salomón (Proverb. 10). “El que anda con simplicidad, anda confiadamente, Hartos hombres hemos visto, que por su demasiada curiosidad y sutilezas en la contemplación, se quedaron a oscuras, vanos y vacíos y a veces oprimidos de la gloria de Dios; y muchos simples muy adelante en la Teología Mística y ciencia del amor: a lo menos, quien guardare este modo, librarse ha de muchas ilusiones del Demonio y no dará en los frenesís y locuras que algunos dan.” Todas son palabras de este Autor.

Según lo cual bien se ha visto cuán poca necesidad

hay de las formas, que se figuran en la imaginación, ni de otros discursos o meditaciones, para que la voluntad se mueva a amar a este Señor. Y sino díganme, ¿si a uno le vinieran nuevas, que le sacaban a su padre a azotar, o que le llevaban a ahorcar (como dije en el tratado primero de la *segunda Cartilla*,² y no obstante lo vuelvo a repetir aquí) había menester para hacer mil actos de amor y de dolor, ponerse a imaginar a su padre y hacer figuras de él en su imaginación, formándole de esta manera, o de la otra: o hacer discursos, éste es mi padre, que me engendró y a quien me engendró debo amarle y dolerme de sus penas y trabajos; u otras consideraciones a esta traza? No por cierto, que bastaba oír decir a mi padre azotan públicamente, a mi padre quitan la vida, para arrancársele el corazón de dolor; ¿pues por qué no bastará sólo oír lo que dice la fe, que a nuestro buen Padre y dulcísimo Jesús le molieron a azotes, le mesaron, le escarpiaron en una Cruz, y los demás misterios, que nos dice el Credo, para que le imitemos y amemos? sin que sea menester para esto más conocimiento, ni luz, que la que nos da la fe de estas verdades, sin más discursos o filosofías y sin andar más meditando, ni arguyendo, esto hizo por mí Dios, luego yo debo hacer estotro por él, que eso será necesario para el principiante, que va deletreando, como dije, para convencerse con eso a obedecer y amarle; pero el aprovechado, que ya está convencido, no tiene necesidad más de creerlo, para con eso moverse a adorarle, obedecerle y amarle.

Y verdad tan cierta es ésta, como tengo dicho, que hasta los niños la saben: ¿Qué haré, dicen, para me salvar? Creer, y obrar: no dicen creer, meditar, discurrir, sino creer no más y a eso, si la fe es algo crecida, se sigue luego sin duda el obrar. A Jesucristo Redentor Nuestro cuando le preguntaron que qué se había de hacer para obrar bien; respondió Su Majestad, que creáis en aquél que fué enviado del Padre;³ creedlo, que si la fe es como ha de ser, ella os moverá a hacer las obras de Dios. No dijo imaginad y discurred en El, sino creed y tened fe. Y tengo notado, que en las más

2 Cap. 4.

3 Joa. 6, 28-29.

partes, que habló Nuestro Redentor de la oración, rara vez tomó en la boca palabra, que oliese meditar o discurrir; que no se hallará tal en ningún Evangelista, sino es tal o cual vez y ésa bien rara, porque lo ordinario era enseñarles que orasen en fe y creyendo y fiándose de Dios y orando en espíritu y en verdad. Y así dijo por San Mateo: ⁴ Cualquiera cosa que pidiéreis en la oración, creyendo la alcanzaréis. Y poco antes dijo: ⁵ Si tuviéreis fe y con ella oráreis, pasaréis un monte de una parte a otra. Y siempre a todos los que hacían oración a Su Majestad, pidiéndole algo, nunca les pidió más en su modo de orar que tuviesen fe y creyesen: y así, según San Mateo, ⁶ al Paralítico le sanó porque se lo pidieron con fe: y a la del flujo de sangre la dijo: Tu fe te ha hecho salva; y porque oraste con fe, llevas salud. Y a dos ciegos, que le pedían vista, les dijo: ¿Esa oración es con fe? Respondieron que creían y entonces les tocó diciendo, porque orásteis con fe, sed sanos. Y a Marta para resucitar a Lázaro no le pidió más de que orase con fe: ¿Crees esto? le dijo Cristo; ⁷ y respondió ella: Justamente, Señor, he creído, que Tú eres Cristo; y luego le resucitó. Y hay otros mil lugares en que no encarga más de que pidan con fe, que fuera largo referirlos, para significarnos la gran eficacia, que tiene para alcanzar cualquiera cosa y para que con ella hagan prodigio los fieles, si la tienen algo viva o crecida. Y así para echar el sello dijo Su Majestad por San Marcos: ⁸ que acudiendo a Dios armados de la fe, serían poderosos, no sólo para todo lo dicho, sino para lanzar demonios, hablar en varias lenguas, librarse de las serpientes y para que aunque beban mortal veneno no les haga mal.

Y preguntándole la Samaritana, cómo se había de tener oración, si había de ser en el templo, o en el monte, como sus padres lo habían hecho. Respondió Su Majestad: ⁹ “Mujer créeme a Mí, que los verdaderos oradores han de orar en espíritu y en verdad, porque como Dios es espíritu, quiere que le oren con

4 Mat. 21, 22.

5 Vers. 21.

6 Mat. 9, vers. 2, 20-22; 28-31.

7 Joa. 11, 26-27.

8 Marc. 16, 17-18.

9 Joa. 4, 21 ss.

espíritu; y así importa orar.” Esto es, deben orar en fe pura de espíritu, porque el orar con la imaginación y discurso sensible, eso no es orar en espíritu puro, sino mezclado con el sentido de la parte inferior.

De manera, que rara vez se hallará, que enseñase Nuestro Redentor, otro modo de orar más que con fe y en espíritu y verdad: de lo cual se infiere claramente, que él es eficaz para llegar a la perfección, porque a ser tan necesario otro modo de orar, con discursos y consideraciones para todos, sin quedar ninguno (como algunos quieren que sea) claro está que nos le dijera y enseñara Cristo, más principalmente que estotro, pues vino a ser nuestro Maestro y a enseñarnos las reglas más necesarias para orar y alcanzar la perfección. No digo que esas meditaciones no es el principio ordinario para muchos, sino digo, que no es necesario para todos; y que antes estotro es el principal medio; y que así, pues Cristo nos le enseñó y dejó estas virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que son los medios y virtudes sobrenaturales, que nos unen con Dios, señal clara es, que con ellas solas se puede llegar a lo alto de la oración y perfección: y no quiero por esto excluir las virtudes morales, que claro es que son disposiciones de la perfección, sino lo que quiero decir es, que con sólo creer se puede esperar, y que con sólo creer y esperar, se puede amar, sin más discurrir y filosofar.

Y no sólo he notado, que no les mandaba meditar y discurrir Nuestro Redentor, antes (como vimos) mandó una vez, que no meditasen, ni se armasen de esas consideraciones; como lo notó San Agustín sobre aquello del Evangelio: “No queráis meditar lo que habéis de responder.” Y así lo dijo el Santo,¹⁰ que les vedó el meditar y mandó hacer actos de fe y confesión de ella y que con eso fuesen seguros y fiados de Dios. Pues en verdad, pudiera decir algo, que sobre ese confesar la fe, hicieran algunas buenas meditaciones, con que fueran prevenidos y fortificados para defender la virtud. Es verdad, que no fuera malo, pero quiso mos-

10 Falconi usó la siguiente edición de las obras de S. Agustín: *S. Aurelii Augustini... Operum... per theologos lovanienses*. Aquí la cita está tomada del tomo 10 (Parissis, 1614), pág. 425. *De sanctis*, sermo 44.

trarles Dios cómo no tenían necesidad de ellas si se valían de sola la fe y fiaban lo demás de Su Majestad; y por eso vedó el meditar, dice San Agustín, y mandó confesar la fe.

Capítulo XV

PROSÍGUESE CÓMO LA FE SOLA MUEVE A AMAR A DIOS

ESTA misma doctrina de que por la fe sola de Cristo y sus misterios, se puede llegar a la perfección del amor, e imitación de este Señor, nos lo enseñó en otras mil partes la Sagrada Escritura. Esto es lo que dice San Pablo: ¹ “Que por la fe de Cristo nos llegamos a unir con Dios y deseando que lleguéis a Dios por fe pura, me hincó de rodillas (prosigue el Apóstol) al Padre de mi Señor Jesucristo, para que os conceda, que Cristo habite por fe en vuestros corazones.” Miren si vió el Apóstol lo que importaba este mirar a Dios con fe pura, pues lo pedía de rodillas. Y no pedía que estuviese Cristo en ellos por imaginación o representación, sino por fe; porque sabe, que por esta fe nos hemos de llegar a Dios mejor; y así decía: ² “Que por la fe caminamos a Dios mejor.” Porque a la verdad, para que el alma llegue a ser amiga y esposa verdadera del Espíritu Santo en lo alto de la perfección y unión, ha de ser uniendo y juntándose con él en fe sola; sin imaginar, ni discurrir en lo alto de la contemplación, que por eso dice este Señor: ³ “Yo te desposaré conmigo en fe, y tendrás la salud espiritual perfecta de tu alma.” Que es como si dijera: cuando orares en fe pura te desposaré conmigo, y tendrás la salud espiritual perfecta de tu alma. Y esto es también lo que dice el Apóstol Santiago: ⁴ “El amor en fe es bastante a dar salud al alma enferma.” Esto es: el orar en fe es bastante a dar salud al alma enferma.

No hay duda, pues, alguna, que el mirar un alma a Dios en su oración con fe sencilla, sin otro imaginar,

1 Eph. 3, 14-17.

2 Galat. 3, 25.

3 Oseas, 2, 20.

4 Jacob. 5, 15.

o discurrir, que con esa oración se alcanzan grandes bienes, misericordias y toda la salud y reparo de las almas; que por eso la escritura en tantas partes dice que con sólo poner los ojos de la fe en Dios, se alcanzan todos los bienes; y así decía David: ⁵ “Con que pongan en ti los ojos, con eso, Tú, gran Señor, cuidas de darles lo que han menester.” ¿Pues qué ojos son éstos, sino los de la fe? Que claro está, que no habían de ser los ojos corporales los que se habían de poner en Dios. Y en otra parte decía: ⁶ “Pongamos los ojos en Dios, como la Esclava los pone en su Señora y estémole así mirando, que El tendrá misericordia de nosotros.” Y en otra parte dice: ⁷ “Yo me estaré siempre mirando a Dios y El sacará mis pies de los lazos.” Y aquellos Santos Macabeos decían: “En Ti Señor ponemos los ojos para no perecer.” En todos los cuales es muy de notar, que no se dice más, sino que con poner los ojos de la fe en Dios alcanzaban remedio: y no dice que sobre esa fe añadían otros actos o discursos; y lo que más es: Estando los israelitas en el desierto, mal heridos de las serpientes de fuego, les mandó Dios: ⁸ Que pusiesen en lo alto una serpiente de metal (figura de Cristo Redentor Nuestro), y la mirasen; porque con sólo poner los ojos en ella, serían sanos: lo cual sucedió así: porque todos los que la miraban, al punto sanaban de las mordeduras. Donde es muy de notar; que no les mandó considerasen en la serpiente de qué manera había de darles salud, o cómo había de ser aquello, ni que echasen más discursos, ni hablasen palabra, pidiéndola les sanase, sino sólo que con fe pusiesen los ojos en ella, mirándola simplemente y con eso alcanzaban salud; para significarnos que con un simple creer en nuestro Redentor y con poner los ojos de la fe en él, sin más discurrir, ni imaginar, alcanzarán salud las almas y llegarán por sí al amor. Y así este lugar le explicó Nuestro Señor a Nicodemus de sí: diciéndole: ⁹ “Así como con sólo mirar la serpiente eran sanos los Israelitas, así los que pusieren

5 Ps. 144, vers. 2.

6 Ps. 122, vers. 2.

7 Ps. 24, vers. 15.

8 Num. 21, 8-9.

9 Joa. 3, 13-15.

los ojos de la fe en el hijo del hombre no perecerán, sino que tendrán vida eterna.”

De lo dicho se ve, que con el creer en Cristo, aunque sea a secas y sin gustos, ni fervores, se le comunicará al alma el calor, la vida y el espíritu de ese Señor, que mira con la fe de tal manera, que con sólo ese mirar se irá enamorando de él secretamente y sin sentirlo: y cuando después menos piense se hallará ya presa de su amor, deseosa de agradarle y de no poner la afición en nada y que le van ya dando en rostro todas las cosas criadas. Porque si acá de sólo mirar una mujer hermosa, a la primera vista, suele quedar un hombre rendido y enamorado de ella; porque la gran fuerza atractiva que en la mujer hay se entra por los ojos del alma y le va enamorando secretamente y sin sentir; ¿cuánto con mayor razón diremos, que con sólo mirar a Cristo con los ojos de la fe secretamente se le entrará al alma por ellos la infinita y omnipotente virtud, atractiva de la hermosura de este Señor, con que sin sentirlo ella, cuando menos piense, se halle enamorada de El? ¡Oh, hermosura verdadera! ¿Quién duda que tenéis vos infinita más virtud atractiva para enamorar al alma, que os mirase con los ojos de la fe, que la hermosura falsa de una mujer, para enamorar al hombre, que la mira con los ojos del cuerpo?

Por esta grande eficacia, que tiene la fe sola para mover al alma a lo bueno y apartarla de lo malo, dijo San Lorenzo Justiniano:¹⁰ “La fe es la que hace al hombre, que menosprecie las cosas visibles: por lo cual el que desea agradar a Dios, el que desea subir a la perfección de las demás virtudes, el que desea librarse de las tinieblas de los pecados; no tiene que pedir a Dios, sino que le de fe, porque con eso lo alcanzará todo.” Y más abajo prosigue dando la razón, por qué tiene toda esta fuerza la fe. La cual, dice, es: “Porque la fe es un rayo vivo, que procede de la fuente de la vida, y del sol de la inteligencia, que es Dios: por lo cual, no sólo alumbra y calienta, sino que también es vida, que mueve a hacer lo bueno y apartarnos de lo malo. Porque la fe de los perfectos hace vencer la car-

¹⁰ Loc. cit. (en el lib. 1, cap. 11). Falconi es exacto: “*Tract. de Lig. vitæ*, cap. 1”.

ne y contradecir a los apetitos propios, apagar el deleite de la vida presente, amar las cosas ásperas de este mundo, por alcanzar las eternas y menospreciar los regalos blandos de la prosperidad." Todas son sus palabras. Y no se pudo decir más claro, ni expreso el intento, que vamos declarando, que lo que el Santo lo dijo.

Y porque da luz para esto todo la tiniebla de la fe, por eso dijo el Profeta Miqueas: ¹¹ "Cuando me sentare en las tinieblas será el Señor mi luz." Esto es: Cuando me sosegare en el acto oscuro de la fe, que es como tiniebla, entonces recibirá el alma la luz sobrenatural de Dios para todos estos efectos.

Pues todos estos provechos, ¿cómo se tendrían sino ejercitándose en actos de fe pura? Porque como dice el Santo: ¹² "Si no se ejercita el alma en actos de fe, acábase la fe, y está afligida en frecuentes tentaciones." Pues este ejercitarse la fe, bien se ve, que no se hace con actos de la razón y del discurso de la meditación, sino con hacer actos de fe y permanecer en ellos en la contemplación.

Capítulo XVI

COMPRUÉBASE LO MISMO CON AUTORIDADES DE OTROS SANTOS

SON clarísimos también en esta parte los testimonios de los Santos, que nos enseñan cómo ora el alma puesta delante de Dios, con esta simple fe, y cómo ella sola es la que basta a darle luz y moverla al amor de Dios, sin otra imaginación o discurso, suponiendo siempre el auxilio divino.

Y por eso dice San Diadoco Obispo: ¹ "El que tiene tan poca fe, que no le mueve ésta a amar a Dios,

¹¹ Mich. 7, 8.

¹² San Lorenzo Justiniano, *ibíd.*, cap. 5.

¹ El Mercedario precisa muy bien la cita indirecta: "Tom. 5. *Bibliot.* cap. 21". Se refiere a la obra de S. Diadoco: *De perfectione spirituali*, que citará expresamente unas líneas más adelante. Como se ve la cita se toma directamente de la *Bibliotheca Patrum et Veterum auctorum ecclesiasticorum*, tomos V, Parissis, 1624, página 298.

este tal no parece tiene fe." Y dice muy bien; porque siendo la fe tan eficaz para mover al amor, poca fe tiene el que por sólo lo que ella dice, no se mueve a amar a Dios. Y luego prosigue: "Levemente cree aquél en quien la fe no obra un gran peso de gloria y caridad." Esto es, en quien no causa la fe obras, que lleven a la caridad y a la gloria, este tal levemente cree; porque como el mismo Santo dice:² "La fe firme y constante es madre de la remuneración de todas las cosas y puerta por donde se entra a conocer los secretos de Dios."

Por lo cual pudiendo la luz de la fe causar tantos efectos, excusado será matarse quien no puede meditar, por los discursos de la razón natural, que eso es lo que dijo San Dionisio por estas palabras: "Las fuerzas inteligibles de nuestra razón natural, que son el discurrir y meditar, son superfluas, cuando el alma conformada con Dios se entra a mirar las cosas divinas, no con los ojos corporales, sino con la fe."³ Pues si la razón del discurso es supérflua, cuando hay luz de fe, luego ella sola basta a mover al amor de Dios.

Y el gran Padre San Ambrosio⁴ explica maravillosamente cómo la fe sola da luz al alma y la mueve para que con ligereza ande en el camino de Dios; y así explica aquello de David: "Tu palabra, Señor, es luz para mis pies": y dice así: "Esta luz encendida que me alumbra y mueve a obrar bien, es la fe, según que está escrito, tu palabra, Señor, es luz, para que se meneen mis pies. Y ésta sola da bastante luz al alma para que ande en el cumplimiento de la ley."

Esto mismo dice⁵ el Venerable Padre Fray Bartolomé de los Mártires, del Orden de Santo Domingo, Arzobispo de Braga, varón raro en santidad y letras, del quien el Padre Fray Luis de Granada⁶ dice así,

² Aquí en el Ms. ya se determina así: "Cap. 21 de *Perfec. Spirit.*"

³ Cita Falconi: "cap. 4 de *Divin. nom.*". — Confr. loc. cit.

⁴ La cita de Falconi es exacta: "*Lib. 7. Coment. in Luc.*" Véase P. L. 15, 1812-1813: *Expositionis in Lucam lib. 7.*

⁵ El Ms. cita así: "*Comp. 2 part., cap. 20.*" Véase la cita de esta misma obra en el cap. 10 (lib. 2).

⁶ Falconi fija bien la cita: "In Prolog. huic *Comp.*" Al *Compendio de la vida espiritual* (cristiana) de Bartolomé de los Mártires, el P. Luis de Granada puso un Prólogo, y añadió algunas plegarias. Desde la edición de Lisboa (1560) se hicieron otras varias.

hablando de sus escritos: "En mi vida leí cosa, ni que más animase, y avivase a los hombres píos, ni que más luz diese a los que se van ejercitando en el amor de esta celestial filosofía." Dice, pues, este Autor: "No apruebo unos Maestros espirituales, los cuales sólo cuidan de enseñar cómo han de meditar y cómo han de dar cuenta de sus meditaciones y cómo las busquen de nuevo. Porque de aquí lo que nace es, que salgan más sutiles y curiosos investigadores, que devotos y virtuosos; y piensan que han bastantemente satisfecho a su oración, si han hallado alguna nueva meditación y los tales, nunca, o tarde llegan a la verdadera unión.

Y así en lo que se ha de poner cuidado es, en que nuestra voluntad enteramente se una con Dios como con su Padre y bienhechor; que de lo que toca al meditar, sólo se ha de tomar aquello, que a cada uno le parece, que basta: porque muchas veces vemos, que la gente sencilla se excita grandemente al amor de Dios con una sola y desnuda aprensión de los misterios, que creen con la fe; y por tanto, lo que se les ha de enseñar es, que traigan a Dios en todas las cosas presentes, y que procuren unirse a El; y en lo que toca a los actos de entendimiento no hay que cuidar mucho de eso, ni de atar el espíritu a tales o cuales meditaciones, sino déjenle libre y suelto sólo puesto en Dios."

Y más abajo prosigue así: "Hay algunos tan inclinados a especular y meditar, que quieren persuadir a todos, que ése es el camino, que han de llevar para llegar al fin deseado: y así señalan, que ha de haber ciertas consideraciones y meditaciones, por las cuales infaliblemente se haya de pasar; con lo cual quieren medir y regir a todos por su natural propio; y señalar en la vida espiritual una universal regla para todos; y no consideran, que se puede llegar por varios modos al amor unitivo (que es al que Dios llama a todos), y que para llegar a él es más breve el camino de los afectos de la voluntad, que el de las meditaciones." Hasta aquí las palabras suyas; de las cuales consta bien claro, que sola la luz de la fe, sin otra meditación o discurso, es bastante para mover al amor de Dios; y con sola una simple aprensión y una fe sencilla y simple creer los misterios, sin hacer más meditación, sino sólo perseverando en la oración en una simple presencia

de Dios o de Cristo Dios y Hombre, entregando la voluntad en la divina, que está el alma en altísima y verdaderísima oración y en el más eficaz camino para llegar a la perfección del amor.

Y finalmente era nunca acabar referir aquí lo mucho que dicen los Santos acerca de lo que importa dejar los discursos en la oración y quedarse con una simple vista de fe de que Dios está presente. Lee si quieres a Ricardo,⁷ y al Autor de la *Subida del Monte Sión* en todo su libro tercero,⁸ donde explica celestialmente cuánto se negocia con Dios puestos delante de El en este silencio de fe y resignación, y especialmente desde el capítulo ocho hasta el veintiocho. Y a Taulero en cualquiera parte de sus obras, que todo está lleno de esto. Y a San Bruno, Henrique Herpió, Henrique de Balma, y Gerson, a los cuales cita el Autor de la *Subida del Monte Sión*.⁹ Y otras muchas autoridades de Escritura y de Santos y razones, con que se prueba y explica la importancia de este ejercicio, irás viendo adelante en todo este libro.

Concluyo este tratado diciendo, que la razón de toda la doctrina dicha en estos capítulos, de que se han de dejar todas las meditaciones y discursos nuestros a su tiempo y sazón (que es cuando no se aplican a meditar, como queda ya dicho en todo el libro primero) para quedarse el alma en esta oración, en que en pura y sola fe está conociendo a Dios, es llana en buena teología, y es la siguiente.

Porque el fin, que se pretende en la oración y en el camino del espíritu es, que el alma camine para su Dios y se llegue y una a El próxima e inmediatamente por conocimiento y amor como a último fin y Autor sobrenatural. Pues este caminar y unirse a este Señor, Autor sobrenatural, no lo puede hacer tan perfecta e inmediatamente con los actos de la meditación y consideración discursiva, ni con los conceptos que en ella forma: luego habrálo de hacer con el conocimiento de la fe (porque no hay otros modos de caminar a Dios más que estos dos): Y que no puede caminar y llegarse

7 Falconi cita: "Ricard. de Arca mist. lib. 1, cap. 1, lib. 3". Véase P. L. 196, 191-202: *Allegoriæ Tabernaculi Fœderis*.

8 Part. 3.^a, cap. 27; loc. cit., pág. 371 y ss.

9 *Ibid.*

a Dios, Autor sobrenatural, próximamente con aquellos actos, es llano: porque estos actos de meditar (si bien presupone la fe), pero ellos en sí son sustancial y entitativamente naturales; porque el meditar es obra de la razón y del discurso natural; pues con actos naturales bien se ve que no camina el alma próxima e inmediatamente al conocimiento y unión sobrenatural, que pretende tener con su Dios, Autor y fin sobrenatural: porque los actos naturales no tienen proporción con lo sobrenatural. Remota y mediatamente eso sí, que caminará para El, y se dispondrá con esos actos; porque los actos naturales son fundamento y principio sobre que asientan los sobrenaturales: pero llegarse inmediatamente y unirse a El por conocimiento y amor sobrenatural, eso no puede si no es por actos sobrenaturales, cuales son creerle con fe pura, esperar en él y amarle: luego síguese claramente, que ha de venir el alma a dejar en la oración todos los discursos y meditaciones, que son actos naturales, para quedarse en fe pura, que es acto sobrenatural de su Autor y Señor. Porque como dice Santo Tomás: ¹⁰ “Todo lo que ha de ser levantado a alguna cosa, que exceda su naturaleza, conviene que se disponga para ella con algún medio sobrenatural.” Y así, habiendo el alma de levantarse y caminar al amor sobrenatural de Dios, el cual excede su actividad natural de ella, es fuerza, que se disponga con una disposición sobrenatural, cual es la luz de la fe pura y simple; pues la luz de la meditación y del discurso no es más, que natural en su entidad y sustancia.

Capítulo XVII

EXPLÍQUESE QUÉ SEA CREER SIMPLE, SENCILLA Y PURAMENTE

MUCHAS veces he repetido y lo he de hacer otras en todo este libro, estos términos “creer simplemente, creer sencillamente, y creer puramente”. Y aunque de lo dicho se entiende bastantemente, lo

¹⁰ *Summa Theologica*, I, q. 12. a. 5 in corp.

que en ellos se quiere decir, con todo eso he de procurar explicarlo más. Porque no sólo se quiere decir, que el creer pura y sencillamente, es creer sin mezcla de meditaciones o discursos, sino que es creer también sin mezcla de sentimientos acerca de lo que se cree y sin hacer sensible experiencia de que se cree.

San Laurencio Justiniano¹ nos da maravillosamente a entender, en qué consista este creer, y este acto de fe puro, diciendo: “En la fe no hay cosa, que sentir, no hay nada de suyo sensible, ni que esté sujeta a los sentimientos humanos; ni por lo que ellos sienten le entra la fe al alma, sino sólo por el oído, que es por donde ella tiene entrada en el hombre.” De manera, que el creer y el acto de fe, ni es de suyo sensible, ni hay para qué querer sentirle y palparle, ni que hacer sensible reflexión, para sentir, que se está creyendo (como algunos lo hacen) porque para estar en actual acto de fe el alma, no ha menester sentirlo; que basta que esté la fe en el alma, aunque esté allá secreta en la parte más superior y espiritual de ella: la cual parte y porción suprema del alma ya se sabe, que no obra sensiblemente, sino espiritualmente y muy en secreto de la parte sensible. Y por eso muchas veces el acto de fe puro, simple y espiritual no se siente (como después explicaré más particularmente en el libro siguiente, para donde remito al lector) que por esta razón nos dice la iglesia que aunque en el acto de fe falten los sentidos, y no tengan parte en ella; pero que para asegurar el corazón, sólo el creer basta. Y en otra parte dice, “lo que no alcances a sentir, ni a ver, te lo asegura el ánimo creer de la fe”.² Y así, según esto bien se ve, que para estar uno en actual creencia y fe de algún misterio o misterios de Cristo, y de su pasión, o de su divinidad en la oración, que no es menester estar sintiendo, que tiene aquella fe dentro de sí sensiblemente, ni estar haciendo actuales reflexiones, de este misterio o del otro, sino hacer su acto de fe al principio de la oración: Señor, creo que estáis aquí, y en todo lugar, o creo este misterio o pasos de vuestra

1 Véase lo que dijimos en lib. 1 (cap. 11) sobre las obras completas de S. Lorenzo Justiniano. En ellas se contenía también: *De triumphali Christi agone*, que cita aquí Falconi, en su cap. 4.

2 *Sequentia* de la fiesta de Corpus Christi.

pasión santísima; y que por mí padecisteis estos dolores y penas. Y después quedarse todo el demás tiempo de la oración en aquel simple y sencillito creer, sin hacer nuevos actos y reflexiones sobre los misterios, que cree: ni para ese creer tiene necesidad de estar figurando el misterio o pasos de la humanidad con esta figura, o con esta postura de cruz, o columna, u otra cosa así; sino un sencillito crédito de este Señor, con que pueda decir, "creo este misterio o misterios", aunque esté por otra parte seco, duro, sin devoción sensible, y a su parecer, como en el aire; que con este primer creo está en acto de fe, y creencia de ellos, aunque no lo sienta, que cree, ni lo figure en su imaginación.

Y si le vinieren pensamientos disparatados, que le diviertan en la oración, como él no los admita de propósito y voluntariamente, no por ellos deja de estar en un acto de fe siempre; y con esto puede asegurar su corazón, que está sin duda ninguna en fe, aunque los sentidos no lo alcanzan; porque antes bien como la fe no cae debajo de los sentidos, aunque sencillamente no advierte uno, que está creyendo; está con todo eso en perfecta y verdadera fe: que si se siente, y se palpa con seguridad sensible, entonces es la fe menos pura, y sencilla, pues mezclada con esa experiencia sensible. Y no sólo eso, sino que la fe viene a ser menos meritoria, mientras es más experimentable sensiblemente, porque como dijo San Gregorio, y tengo ya referido arriba:³ "La fe no tiene merecimiento, cuando la razón humana llega a hacer experiencia de ella."

Y claro está, que la fe pura, y sencilla, que no había de caer bajo de los sentidos, ni había de ser sensible de suyo; porque los sentidos no son los que creen, antes bien son aprisionados y reprimidos, para que el entendimiento crea y no se rija, por lo que ellos sienten. Pues según esto, ¿qué mucho, que el creer, y el acto de fe no sea sentible, ni se sienta muchas veces, que le hay; pues los sentidos no producen, ni forman ese acto de fe? Y así con esto pueden cesar las quejas, que algunos pueden dar: ¡Oh Padre, que no siento, que no tengo fe! ¡Oh Padre, que no tengo sentimiento de lo que hago! Porque de la fe pura y sencilla, no hay

3 En el cap. 13, de este libro segundo.

qué buscar sentimiento de ello. Por lo cual me parece, que supuesto que los sentidos, imaginación, fantasía y lo demás sensible no es lo que derechamente cree, ni ama en la oración; pues el creer es del entendimiento, y el amar de la voluntad; que les podrá decir el alma, cuando los vea quejosos de que no sienten lo que allí se cree y ama y deseosos de alcanzarlo a saber. "Hermanos sentidos, el entendimiento es el que cree, la voluntad la que ama; pues si ellos no creen, ni aman, ¿quién los mete donde no los llaman?"

¡Oh Padre, dicen algunos, que como no siento lo que hago, ni en mi imaginación y memoria, no veo figura de Dios, ni de Cristo, me parece, que no tengo acto de fe! Y no sólo eso, sino que me parece, que me quedo como en un vacío y sin acordarme de Dios, ni tener en mi memoria cosa ninguna buena, ni pensamiento de Dios. Respondo, que parecerle no tiene la memoria en Dios, ni el entendimiento puesto en El, es engaño, que sí tiene, por estar en actual creencia, y fe de ese Señor, y de sus misterios, aunque no lo sienta, ni figure en su imaginación: porque para creer en Su Majestad, y en sus misterios, no ha menester figurarle con ese rostro o con tal figura o modo, sino sólo que el alma diga: "creo estos misterios, como sé son en sí mismos y como ellos pasaron" y perseverar en su acto de fe, sin meterse en figurar el modo como son en la imaginación. Y así el parecerle que no se acuerda de Dios, le nace, lo uno de que no está figurándole en la imaginación, sino sólo creyéndolo espiritualmente, y por eso no lo siente en su fantasía sensible. Lo segundo (y es muy de notar) le nace, de que el hacer recuerdos con la memoria de alguna cosa, tiene siempre algo de reflexión y como él en este acto de fe no hace reflexiones, ni recuerdos nuevos con que vuelva a mirar y advertir lo que hace, sino que se está sencilla y directamente creyendo su misterio sin hacer advertencia, "creyendo estoy, creyendo estoy" de aquí le viene el parecerle, que no se acuerda de Dios; pero real, y verdaderamente está su alma en fe puesta en Dios secreta y espiritualmente. Y así decía cierto siervo de Dios: 4

4 "Cierta siervo de Dios." ¿Será el mismo del capítulo premial?

“como la memoria en todos tiene algo de reflexión; de aquí le viene que diga el alma, que no veía, sólo porque aunque veía, no lo advertía”.

Ya queda explicada y probada esta doctrina como cosa enseñada por todos los Santos: digamos ahora cómo se ha de ejecutar y poner en práctica.

LIBRO TERCERO DE LA ORACIÓN

Capítulo Primero

CÓMO SE HA DE PRACTICAR ESTE SEGUNDO MODO DE ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

ANTE todas las cosas te hago saber, para que sepas cuán a mano tienes el negociar con Dios en esta oración, que está Su Majestad más junto contigo, que lo está tu alma con tu cuerpo, y que es verdad católica y de fe, que está Dios presente en todas partes por esencia, presencia y potencia, tan infinito, tan hermoso y con toda la Majestad y grandeza que en sí mismo tiene en el Cielo; en tanto grado, que si El quisiese ver acá en la tierra, no teníamos necesidad de subir al Cielo para ello, sino que le pudiéramos ver en cualquier parte, que estuviésemos tan claramente como le ven los Santos en el Cielo: porque como dice la Iglesia: “Los Cielos y la Tierra está lleno todo de la Majestad de la gloria de Dios.”¹ Y San Pablo dice:² “Que vivimos, nos movemos y estamos dentro de Dios.” Y así, ten por cosa muy sentada en tu corazón esta verdad, que importa no la olvides; porque es el fundamento y zanja de la oración; que está Su Majestad más dentro de tu persona y de todas las criaturas del mundo, que tu alma dentro de tu cuerpo.

Mira, pues, cuán cerca le tienes: y así supuesto esto, poca necesidad tienes de irle a buscar lejos, ni de levantar los ojos al cielo, ni a una parte ni a otra, ni de irle a considerar en Jerusalén, u otras partes, que eso fuera como el que sabe que está su amigo en Ma-

¹ Himno *Te Deum laudamus*.

² Act. 17, 28.

drid y le va a buscar a Roma; y como el que tiene una cosa en su casa, y la va a buscar fuera; que todo era perder tiempo y andar por rodeos. Dios, pues, está en todo lugar contigo y en tu corazón y alma; y así, supuesto esto, habla con El, aunque no le veas con los ojos, como el ciego, que sabe está allí con quien habla, aunque no le ve.

Capítulo II

PRÁCTICA DE ESTE EJERCICIO

SUPUESTO, pues, lo dicho en el libro primero, persíguate, y pues sabes, que está allí Dios contigo, considérate, como decía David, que eres un jumentillo rudo y torpe, que te pones delante de Su Majestad; y procura tener un acto de contrición y arrepentimiento de tus pecados, el cual puedes hacerle y disponerte para él, haciendo memoria de la Vida, Muerte y Pasión de Nuestro Redentor, como arriba se dijo¹ y hecho esto haz luego este acto de fe.

Acto de fe

“Creo Señor firmemente todo lo que cree y confiesa nuestra Madre la Iglesia de vuestra Majestad y grandeza, Dios y Hombre verdadero con todos los artículos de vuestra Divinidad y Humanidad y misterios y pasos de vuestra muerte y pasión santísima, en que fuisteis por mí azotado, coronado de espinas, abofeteado, escupido, clavado y muerto en una Cruz. Y que Vos Criador y Señor mío en cuanto Dios estáis en todo lugar; y que aquella Majestad infinita, que está en el Cielo, esa misma está aquí presente conmigo.” Y luego haz este acto de resignación con las mayores veras que pudieres.

Acto de resignación y petición

“Y así Señor (a imitación de mi Maestro y Redentor Jesucristo, y de su total resignación y conformidad

¹ Lib. 1, cap. 2.

que tuvo con vuestra voluntad santísima) todo me pongo y entrego en vuestra divina voluntad, para que me enseñéis a cumplirla y para que de mi alma, vida y todas mis cosas hagáis y deshagáis ahora y siempre lo que quisiéreis en todo y por todo. Y así ellas, mi entendimiento, mi voluntad y todas mis potencias y discursos y consideraciones, y cuantas cosas hay criadas, todo lo pongo a vuestros pies, y no quiero más que a Vos, y que se haga vuestra voluntad en mí; y os pido humildemente, que si por estar pegado mi corazón a las cosas terrenas, no puedo entregarme tan de veras como debo en vuestras manos, que Vos Señor os lo toméis y os apoderéis de todo, como dueño y Señor, que sois de ello. Y asimismo os suplico humildemente por todas las criaturas del mundo universo vivas y difuntas; para que a cada una de ellas les deis aquello, que ha de ser de mayor gloria vuestra y bien suyo: y esto lo suplico tan particularmente por cada una y con el mismo afecto, que por mi propio, de que en todas se haga vuestra santa voluntad.”

Y advierte que no es necesario repetir siempre todas estas razones, que aquí se han puesto, porque todo esto se lo puedes decir en una palabra para ahorrar de razones. “Señor en vuestras manos me pongo para que en todo y por todo se haga en mí vuestra voluntad”; y luego quédate callando. Y si por estar enfermo, o por otra razón, no quieres hablar, díselo con el corazón solamente, que si aquí se ponen estas palabras, no es porque sean menester ellas, u otras, sino por darles algún modelo a los que no saben y que sepan lo que hacen allí: Y con este acto de fe, que hiciste creyendo los misterios y pasos de la Pasión de Cristo nuestro bien al principio de la oración, estás todo el demás discurso de ella en verdadera contemplación de Cristo Dios y Hombre contemplándole en fe sencilla y pura, mucho mejor, que con cualesquiera meditaciones; y esto sin formar dentro de ti formas, ni imágenes de Cristo de esta suerte, o de la otra, sino sólo creyéndole como es El en sí; porque para este acto de contemplación, no tienes necesidad de esas meditaciones, formas o imágenes, sino sólo de creerle como es en sí. Y dicho esto, no tienes que decirle más a Dios, sino como quien ya no es dueño de nada,

quédate allí callando con esa fe de que está Dios contigo; y resignado en su voluntad, sin hacer más discurso, ni consideración alguna de propósito; porque como luego verás, todas cuantas tú pudieras hacer, están encerradas en lo que has hecho. Y si te vieres divertido de la presencia de Dios, cuando cayeres en ello, no hagas más que desechar los pensamientos que te vinieren, con blandura, no haciendo caso de ellos, como se dirá después; y vuélvete a la presencia de Dios en que estabas; y estáte así los ojos cerrados o abiertos y como mejor te hallares, una hora o media, o lo que pudieres, según te dieren lugar las ocupaciones forzosas de tu estado: si pudiere ser una hora, sería gran cosa; y si no pudieres por algún estorbo estar ese tiempo de una vez, estálo en dos, o más veces; de manera, que si te llamaren, o estorbaren estando en la oración con algún negocio preciso, torna después a suplir lo que te faltó en otro rato.

Y en acabando no te despidas de Dios, sino dile: "Señor, es mi intención andarme todo hoy con Vos resignado en vuestra voluntad y si me olvidare de que estáis conmigo, protesto, que no es de propósito." Y luego vete a lo que tienes que hacer; y con esa intención, mientras no te desdices de ella de propósito, o voluntariamente, siempre te andas con Dios, aunque no lo echas de ver. Y nota esto, que te será de gran importancia el hacerlo.

Y ves aquí te he puesto en cuatro palabras todo lo que hay que hacer y todo lo que anda en mil libros escrito: que ni son menester más reglas y documentos, ni aun tantas; por lo cual todo lo que digo desde aquí adelante, no es decirte cosa alguna, que tengas que hacer más de lo dicho, sino sólo explicar lo mucho que negocias con Dios con esta diligencia. Mira, pues, qué fácil es, y qué poco hay que hacer para negociar con Dios. ¿Pues qué hombre habrá tan perdido y bárbaro que no dé un rato a su Dios, que le crió, de cuanto tiempo echa a mal? Pues hasta los animales y aves en el modo que pueden alaban a su Criador en amaneciendo. ¡Oh grande desatino el nuestro!

Otro tanto has de hacer a la noche, o a la tarde, y que dure otro tanto tiempo; y esto aunque más te cargue el sueño, que suele ser tentación, y aunque te

quedes allí dormido, y aunque te parezca, que todo es dormir, y que no te aprovecha, estáte quedo, y cumple tu tiempo señalado, que eso te servirá de oración.

Torno a decirte para que no te halles embarazado con todas las palabras, que hemos puesto en esos actos de fe, y resignación, que si no quieres, no tienes necesidad de decirlas todas; porque con sola una, y aun sin ninguna está todo dicho: "Señor, en vuestras manos me resigno, hágase en mí vuestra voluntad en todo y por todo." Que si se pone ahí, es por darles algún modelo y forma: Y por la misma razón en otros libros se suele decir, que digan tantos Credos en cruz, al principio de la oración y que hagan examen y otras cosas así: lo cual aunque es bueno, y santo, pero no hay necesidad de ello, porque la cifra de este negocio en lo que consiste es, "en resignarse allí totalmente en manos de Dios, a imitación de Cristo, que estuvo toda su vida resignado en la voluntad de su Padre" ora se haga diciendo palabras, ora no se digan; antes mientras se ahorrare de ellas es mejor.

Capítulo III

ADVERTENCIA ACERCA DEL MODO DE OÍR MISA, COMULGAR Y OTROS EJERCICIOS

Y porque podrás dudar, cómo te has de haber en los ejercicios de oír Misa y asistir al Coro y otras devociones, te advierto, que cuando oyeres Misa y asistieres a otros oficios divinos del coro, que aunque es bueno y santo el estar rezando o meditando aquellos misterios, que allí se celebran; pero es mucho mejor sin comparación el estar sólo atendiendo a Dios y a que estés en su presencia en la oración de contemplación ya dicha, que es aquella noticia general de Dios en común, sin meditar, y callando y sin hacer otra consideración. Pero esto de callar y no rezar en el Coro y Oficios Divinos, se entiende quien no tiene obligación de rezar, que quien la tiene claro es ha de rezar, no sólo con la boca, pero con el corazón atender a que está en presencia de Dios, que es la mejor mane-

ra de atención. Porque como enseña Santo Tomás¹ y con él todos los Doctores, de tres maneras, que hay de tener atención en el Oficio Divino, que son: a las palabras de El, o al sentido de las palabras, o a Dios solamente; de éstas, la más principal, y la mejor es la tercera en que se atiende sólo a Dios, que está presente: y así ésta es la que tú puedes tener, cuando oyeres Misa estándote en oración en la presencia de Dios, resignado en sus manos: y éste es el más alto modo de oírla y con el cual cumples con el precepto de oír Misa en día de fiesta, mucho mejor que si rezaras o meditaras; y de la misma manera, cuando te dispusieres para comulgar o decir Misa, la mejor preparación que puedes hacer, después de haberte arrepentido de tus pecados, o confesándote, si tuvieres de qué, es, recogerte un rato en tu oración, resignándote en sus manos, para que obre en tu alma, lo que El fuere servido, para que le recibas con la disposición que El quisiere darte.

Y después de haberle recibido, las mejores gracias, que puedes darle y más agradables a sus ojos santísimos, es tornarte a recoger otro rato en oración y silencio y resignándote en sus manos, y en su divina voluntad, para que con su sangre y cuerpo santísimo con que se ha dignado de honrar tu pobre morada, se digne de obrar en tu alma aquellos efectos con que has de ser más agradable a sus divinos ojos. Y con este entregarte y resignarte en sus manos, para que haga y deshaga de ti a su gusto como de hacienda suya, le das las verdaderas gracias con la obra y con el efecto: que las gracias, que algunos le dan con la lengua, son gracias de palabra y no más, como luego explicaremos.

Y finalmente, en otro cualquier ejercicio que hagas, o ya sea de disciplina, o ya estar en cruz, o ya sea otra cualquiera obra, u ocupación que tengas, el mejor modo de estar en ella y la cosa en que mejor te puedes ocupar es, estarte en la oración, en la presencia de Dios, en fe, silencio y resignación; porque aunque es verdad, que el rezar algo, o el meditar alguna buena consideración, es bueno y santo, pero lo más perfecto y mejor incomparablemente es, estarte entonces como hemos dicho.

1 2-2, q. 83, a 13, c.

Capítulo IV

DEL DESAHOGO Y LIBERTAD DE ESPÍRITU CON QUE SE HA DE USAR ESTE EJERCICIO

ADVIÉRTOTE, que cuando estás en este ejercicio de contemplación en fe y resignación, no estés ocupándote en considerar que tienes a Dios en el corazón, o en tu alma, o que está delante de ti o en alguna parte determinada; porque aunque ésta es muy buena consideración, pero es corta y limitada, respecto de su grandeza e inmensidad, y en cierta manera parece que era apocarle y estrecharle; pues El no sólo está en ésta o aquella parte, sino en todas las cosas del mundo con una inmensidad infinita: como sería limitar la potencia del Rey de España, si estuviésemos considerándole solamente como Rey de la ciudad de Toledo, siendo así, que es Rey de todas las Ciudades y Lugares de España: porque aunque es bueno, considerarle como Rey de esa Ciudad, pero es más digno de su grandeza considerarle como Rey de todas. Así también parece sería limitarle a Dios y estrecharle con nuestra consideración, si le considerásemos en el alma, corazón u otra parte limitada; siendo así, que El está en todas las del mundo y en sí mismo, que es más que todo. Y así el modo mejor de considerarle, no es dentro de ti, ni fuera de ti, ni en ninguna de las criaturas, sino creerle generalmente como está en todo lo criado, y en sí mismo.

Y esto es lo que dice la Santa Madre Teresa de Jesús,¹ donde maravillosamente explica, que el buscar a Dios dentro de sí, no es, como algunos lo entienden, considerarle que está acá dentro, sino, no buscarle por las criaturas meditando por ellas. "Para buscar a Dios dentro de sí (dice la Santa) en lo interior, que se halla mejor y más a nuestro provecho, que en las criaturas, no penséis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí: bueno es esto y excelente

1 *Moradas cuartas*, cap. 3; loc. cit., págs. 384-385.

manera de meditación, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos, mas no es esto." De manera, que no está el caso en considerarle dentro de sí.

Esto mismo es lo que dice el Autor de la *Vía de perfección*, que fué un varón raro en estas materias, y de la Orden de San Francisco: el cual, pues, dice así: ² "Digo, que entonces está el alma dentro de sí, cuando tiene su pensamiento apartado de cosa criada y ocupado en orden a Dios. De manera, que entonces es dicha el alma estar dentro de sí, cuando en la intención ninguna otra cosa se mezcla, sino es Dios: y todas las otras ocupaciones son dichas fuera de Dios." Estas son sus palabras.

Así, que el modo cómo has de buscar a Dios dentro de ti, y recogerte dentro de ti; no es considerarle, que está allá dentro solamente (si bien ésa es buena consideración) sino creerle generalmente, como está en todo lo criado, y como sé es en sí mismo, sin meditar, ni discurrir en cosa alguna, ni rastrearle por las criaturas, sino, no más, que ese simple creerlo.

También te advierto, que no estés cuidando de repetir: aquí está Dios, aquí está Dios como algunos que todo se les va en repetir eso con su pensamiento y otras consideraciones a esta traza. Tampoco cuides de saber si estás recogido, considerando cómo te va, ni consideres lo que estás haciendo: ni si obras las virtudes y lo demás, que después te diré, ni otra cosa alguna de las criaturas; porque eso ya fuera estar ocupado en esas consideraciones, y estar haciendo reflexiones, divertido en ellas, y no fuera estar en Dios derechamente, como si uno estuviera leyendo, o estudiando, que si cuidase de considerar, leyendo estoy, estudiando estoy; eso ya era ocuparse de ese cuidado, y divertirse

² Falconi cita así: "Cap. 10, fol. 18". — A esta misma obra, y a este mismo autor, volverá a referirse el Mercedario en el capítulo 16 del Libro tercero. Le llama "santo varón, de gran virtud... que por humildad no quiso poner su nombre". E. P. Daniel Ros piensa que esta obra sea la misma que *Via Spiritus*, escrita por un fraile converso llamado Bernabé de Palma, impresa en Flandes por el Duque de Béjar, Francisco de Sotomayor, hacia 1533-1534; y cuyo título Nicolás Antonio y Escudero transcriben al español: *Camino de la perfección espiritual del alma*, Sevilla, 1532. (Confr. *Un inspirateur de Sainte Theresé: Le Frère Bernardin de Laredo*, París, 1948, pág. 153.)

de lo que hacía: por lo cual dice el Santo Padre Fray Pedro de Alcántara: ³ “De sí mismo y de lo que hace se había de olvidar el que está en oración; porque como decía uno de aquellos Padres, aquélla es perfecta oración, donde el que está orando, no se acuerda que está orando.” No te estés, pues, ocupado en nada de eso, porque ahí no vas a tener cuidado de cosa alguna de todas éstas, y mucho menos de ti mismo; y si de alguna cosa se había de cuidar, había de ser de no cuidar de nada, sino súfrete, y ten paciencia en perseverar, como que no vas ahí más que a estarte a tu placer en la presencia de Dios, resignado en El. Y porque te digo a tu placer, no entiendas estás ocioso, que no lo estás en lo secreto de tu alma, ni en sus potencias, como luego verás, aunque lo estés en lo sensible de las potencias corpóreas, etc. Y dígotelo así, porque no te estés matando, por saber lo que haces allí, como algunos, que se están pudriendo por ver lo que hacen; sino que hagas el ánimo a que allí no vas tú a hacer algo sensible, o a advertir lo que haces, sino que Dios haga en ti y de ti lo que fuere servido. Y así en acabando de hacer aquel acto de fe y de resignación, no tienes más que hacer sino perseverar en él; porque a ti, mientras estás allí, no te toca el hacer alguna cosa sensible, que tú la veas y sientas, fuera de lo dicho, mas de cuando cayeres en que estás ocupado con tu consideración en cualesquiera pensamientos, que los deseches con muy gran blandura y te vuelvas a la presencia de Dios, en que estabas, no haciendo caso de ellos, esto es, no quererlos voluntaria y advertidamente, aunque ellos más perseveren en tu imaginación, atormentándote; y con eso persevera quedo en fe, resignación y silencio, el tiempo que pudieres en la presencia de Dios.

Pero adviértote como lo he hecho otras veces, que estando en ese silencio, y sencilla presencia de Dios, te ocurriese alguna devota consideración de la Pasión de nuestro Redentor, o algún otro buen sentimiento, que echares de ver, que te causa amor, humildad o deseo de padecer, o cosa tal; y que parece que ello mismo se te viene ahí sin diligencia tuya, sino enviado de

3 Falconi cita así: “Avis 8. de orac. y medít.” Es la misma cita anteriormente traída en el cap. 3 del Libro 1; así como en la *Carta a una hija espiritual*.

Dios; estáte, si te viniere, ocupado en ese afecto, y sentimiento bueno el tiempo que durare: porque entonces parece voluntad de Dios, que no estés en la contemplación sencilla, que estabas, sino que sigas, y te dejes llevar del afecto, que él te envía: y en viendo, que se acaba, y como que se seca, te podrás tornar al silencio, y presencia de Dios en que estabas.

Capítulo V

PÓNESE UNA ADVERTENCIA IMPORTANTE ACERCA DE POR QUÉ NO SE HA DE DISCURRIR, NI QUERER NADA EN ESTA ORACIÓN

PERO porque te digo algunas veces, y diré adelante, que puesto allí delante de Dios en aquella noticia general de fe de todo Dios en común, no tienes que admitir otros pensamientos, o consideraciones que te ocurran, ni que desear cosa alguna particular, más de que se haga la voluntad de tu Dios en todo, y por todo: te advierto, que no por dejar de admitir eso se le quita el fruto de esas buenas consideraciones, que ahí pudieras tener, como dije en la *segunda Cartilla*,¹ porque en ese querer, que se haga la voluntad de Dios en todo y en esa noticia general de fe de todo Dios, tienes encerrados, cuantos deseos, consideraciones, pensamientos e intentos buenos pudieras tener; pues no puedes tú desear cosa más acertada, ni tener tan alto pensamiento, como de que se haga la voluntad de tu Dios en todo y por todo.

Y de la misma suerte teniendo noticia general de todo Dios, creyéndole presente como El se es en sí mismo, tienes con eso la consideración más levantada que puedes. Y no puedes tú tener tan alta consideración de ese Señor, aunque le consideres obrando las mayores maravillas del mundo en sus criaturas; y aunque formes los más altos conceptos, que pudieras formar de El, como la noticia de fe que tienes creyéndole todo como se es en sí mismo, un mar inmenso y

1 Tratado tercero.

un piélagos inapeable de toda perfección, grandeza, hermosura y otros atributos de infinita perfección; lo cual todo si se considera en sus criaturas y se rastrea por ellas con todos los discursos y conceptos que de El se pueden formar, no se conocerá sino muy limitado y cifrado en ellas; al fin como en vasos cortos y como cosa conocida con conceptos limitados; y creído en sí mismo, como lo propone una fe simple (aunque oscura) de todo Dios se cree, y se conoce por fe tan infinitamente como es en sí, sin límite ni tasa; y con el conocimiento negativo que los Santos nos enseñan, como más perfecto, que es creyéndole inapeable, inconceptuable, incomprendible e ininteligible.

Y entender, o creer el entendimiento a Dios en esta noticia general de todo Dios en sí mismo, sin particularizar atributos, ni consideraciones particulares, y en amar la voluntad, que se haga la de Dios general, y universalmente, sin querer esto o lo otro en particular; es estar la voluntad y el entendimiento ocupados en su objeto adecuado, y en el lleno de lo que pide el alma. Porque, como dice Santo Tomás² el objeto del entendimiento, y de la voluntad es una razón universal, que encierra todo ser, ente, y toda bondad en común; y como cualquiera criatura, por alta que sea, es sólo una particular razón de ser, ente y de bondad; de aquí es, que sólo Dios, que es un ser, ente y bien universal, llena el entendimiento y voluntad bastantemente; y así, sólo cuando entiende, o cree el entendimiento la razón universal de todo Dios en la noticia general que dijimos y cuando quiere y desea la voluntad que se haga la voluntad de Dios universal y generalmente en todas las cosas, sin particularizar ninguna; sólo entonces está el alma en el lleno, que pide su inclinación; porque el entender en consideraciones particulares, y el desear bienes en particular, no es ocuparse en la razón universal de todo ente, ser, y de toda bondad, que es el objeto adecuado, que apetece el alma. Por lo cual explicando el Padre Suárez este lugar, dice³ que para que el que ora dé a su alma en la contemplación el lleno, que pide, "ha de creer el entendimiento a Dios,

² I. q. 105, a. 4 c.

³ Falconi cita: "Tom. 2, lib. 2 de Relig. cap. 13." Confr. lo que dijimos en el cap. 8 del Libro 1.

no según algún atributo, o consideración particular, sino a Dios en común en una eminentísima y simplicísima razón, la cual encierra en sí todas las razones posibles y excogitables, que en Dios hay, para ser conocido y amado; y así (dice) que le ha de considerar, no debajo de algún atributo particular, sino como en sí es amable infinitamente” y todo esto se considera creyéndole en aquella noticia general de fe de todo Dios, como es en sí mismo.

Y de aquí viene, que los que no le consideran, sino con particulares razones y consideraciones, que le conocen corta y limitadamente, y a remiendos; y así le aman cortamente, y los que no tienen aquel querer de toda la voluntad de Dios, su caridad no se ensancha porque no andan su entendimiento y voluntad dilatados en esta generalidad. Pero los que le conocen y aman con esta general noticia de fe y resignación, dando al alma el lleno y universalidad, que ella apetece de todo Dios; su caridad es grande, ensanchada, dilatada y llena de libertad de espíritu de hijos de Dios.

Esta misma doctrina de que el mejor modo de conocer a Dios en la oración es en esta generalidad, sin formar concepto de algún atributo particular, y que de aquí saca el alma un amor y caridad grande y dilatada, mucho más que de las particulares consideraciones, la enseña maravillosamente el Ilustrísimo y Venerable Padre Fray Bartolomé de los Mártires del Orden de Santo Domingo, Arzobispo de Braga a quien citamos ya, el cual dice⁴ que se ha de buscar este conocimiento más puro, y sin concepto alguno, sino sólo con modo negativo, cuyas palabras, aunque quedan ya referidas, con todo he de tornar a referir lo más sustancial de ellas. “Cómo sea cosa cierta (dice) y recibida de todos, que todos los conceptos positivos, que puede formar de Dios, nuestra fragilidad, son imperfectos y que no pueden bastar para tener pleno conocimiento de Dios, sino que antes son medios y velos entre nuestro entendimiento y Dios; por tanto el más levantado grado de conocer a Dios es, cuando nuestro entendimiento suspende todos los actos, conceptos, o atributos que formó de Dios en la meditación y entonces se

4 Véase libro 2, cap. 10.

anega en una cierta ignorancia, en la cual confiesa, que no hay inteligencia, que baste a conocer quién es Dios: ésta, pues, hermosa y lúcida oscuridad, es más aventajada, y se ha de anteponer a todos cualesquiera conceptos positivos, que de Dios se pueden formar. Y el efecto de este modo de conocer en esta oscuridad, es una libertad y desahogo, que queda en la voluntad, con el cual libre y sueltamente puede espaciarse y andar en amor en aquel piélago de bondad y dulzura divina: porque mientras el entendimiento estaba ocupado en los conceptos positivos, que formaba de Dios, estaba tan atada la fuerza afectiva de la voluntad, que no podía pasar a amar de los límites del dicho conocimiento; y como estos conceptos nuestros den imperfectamente a conocer quién sea Dios, de ahí es, que la voluntad amaba menos desahogada y perfectamente; porque en el amar se acomodaba con el corto conocimiento de los conceptos. Pero desechados los tales conceptos queda la voluntad libre y dilatada para entrar a amar con eficacísimos actos de amor, en aquél piélago de la Divina Bondad." La misma doctrina nos enseñan todos los Santos referidos en los Capítulos del Libro segundo, como lo verá el que los leyere con atención.

Capítulo VI

ADVERTENCIA EN QUE SE EXPLICA, CÓMO EL CONCEPTO, QUE SE HA DE FORMAR EN LA CONTEMPLACIÓN HA DE SER NO SÓLO DE LA DIVINIDAD, SINO TAMBIÉN DE LA HUMANIDAD

CON lo dicho queda bastante declarado, cuánto más le importa al alma esta noticia general de Dios en común, que otras particulares consideraciones, o discursos, que pudieran hacer: sólo quiero advertir, que todas las veces, que empezares la oración, y formares esta noticia general de Dios, siempre lo hagas considerando con la fe, que ese Señor, que está ahí contigo, no sólo es Dios, sino Dios y hombre verdadero. De manera, que esta noticia general de todo

Dios en común, como El se es en sí, no sólo ha de ser de la divinidad, sino de la humanidad y divinidad así en común, y en general, mirándole con una simple vista, Dios y Hombre, haciendo este acto simple de fe: "Creo que este Señor, que es mi Dios, es Dios, y Hombre verdadero." Y para esto no tienes necesidad de formarle, ni figurarle en la imaginación con esta figura de hombre, o la otra, sino sólo un sencillo y simple creerle con la fe, en común, y en confuso, que es Dios, y hombre, sin particularizar este paso, o el otro de su Vida, y Muerte. Y hecho este concepto de Dios y Hombre al principio de la oración, ése dura, por lo menos virtualmente todo el tiempo, que estás en ella, aunque no se esté figurando en la oración, y aunque no se sienta, ni echas de ver: porque aquel primero concepto, que se hizo al principio de ella, de Dios, y hombre está influyendo en toda ella, y durando secretamente. Las razones que para esto hay parecen claras. Lo primero, porque según vimos en el capítulo antecedente, y enseña el Padre Suárez, el mejor modo, que hay de contemplar a Dios, no es según esta razón particular o atributo distinto, sino según el lleno de todo Dios en común y según que El se es en sí mismo en toda sustancia y naturaleza. Ahora, pues, Dios de hecho, como El es en sí, y después de la Encarnación, no sólo es Dios en su sustancia y naturaleza, sino Dios y hombre: quiero decir, que el ser de Dios, y el ser de hombre entrambos son naturalezas sustanciales de Dios (que es lo mismo que decir, que el ser de Dios, es naturaleza sustancial de Dios, en cuanto Dios; y el ser de hombre es naturaleza sustancial de Dios, no considerado en sí mismo, sino según que es hombre), y tan verdaderamente es hombre como Dios; y así supuesto, que el mejor modo, que hay de contemplarle es, según todo El es en sí, y según el lleno de todas sus dos naturalezas; deberá el alma considerarle; según que es Dios y hombre todo junto; pues hoy de hecho tiene naturaleza de Dios y de hombre. Y este concepto habrá de hacer siempre que hiciere nueva memoria de El, para que la consideración tenga todo el lleno, que pueda tener de todo Dios, como es en sí; pues no se entiende al ser de la humanidad, que también hay en Dios después que encarnó.

Lo segundo: porque con esto se le da al alma el mejor modo de conocer a todo Dios, y hombre como es en sí, que se le puede dar según el estado en que está de contemplación. La razón es, porque así como antes en el estado de meditación (porque podía meditar) se le daban consideraciones distintas de Dios, y hombre, meditando en este paso, o en el otro (y éste era el mejor modo, que en ese estado de meditar se podía tener para considerar este Señor), así ahora, supuesto ya, que no puede meditar en particular, ni se aplica a otras cosas más, que a considerar a Dios en común, el mejor modo que se le puede dar para considerar este Señor, que es Dios, y hombre es, que se ocupe en la consideración de Dios, y hombre todo junto en común; pues no se aplica a meditar según sus misterios en particular. Lo tercero porque como Cristo y su humanidad es la puerta por donde entra el alma a los secretos de la Divinidad, parece, que el modo más derecho de entrar en la oración a tratar con Dios, es entrando por esta puerta, Cristo Dios, y Hombre; que claro está, que para entrar en una casa, el mejor modo es entrar por la puerta, y no subir por las ventanas, o paredes; que esas entradas son sospechosas: y así dijo el mismo Cristo,¹ que el que no entraba por esta puerta, que es el mismo Cristo, no entraba por camino derecho, sino como ladrón sospechoso.

Pero advierto, que esto de formar expresamente concepto, y hacer actos acerca de Dios, y hombre, se entiende con las almas, según lo común, y ordinario, que pasa; porque otras hay, que las trae Dios en una noticia más oscura de Dios en común, y que casi no las deja formar con facilidad este acto formal, y expreso de Divinidad, y humanidad, sino que apenas se han puesto de rodillas en la oración, y entre día, cuando ya se hallan con Dios pacíficamente, sin tener necesidad de hacer nuevos actos al principio de la oración. A estas tales, pues, no tiene que darles pena, que bien van; y en este modo tienen en virtud, y en sustancia a Cristo: y esta noticia de Dios en que están, es tam-

¹ Joa. 10, 1. — Compárese esta idea de Falconi con la misma de Antonio Molina en *Instrucción de sacerdotes* (Madrid, 1771), adición del oficio divino, cap. 9, pág. 304.

bién virtualmente de todo Dios, y hombre, aunque ellas no lo advierten por reflexión por entonces: y échase de ver también, que esta noticia es en virtud de todo Dios, y hombre porque su intento es atender a todo Dios, como es en sí, sin excluir nada de lo que hay en él; y así, pues en El hay el día de hoy Divinidad, y humanidad, mientras no se excluya expresamente la humanidad, siempre queda allí virtualmente incluída en aquella noticia de todo Dios, como es en sí, pues El en sí es hoy Dios, y hombre.

Véase acerca de esto lo que más abajo decimos en un capítulo en que se trata del modo más perfecto que hay de usar la oración de contemplación, que allí se explica, como hay muchas almas, que casi no pueden hacer estos actos expresos al principio de la oración, porque los obran con otro modo virtual, y más secreto.

Capítulo VII

QUE ESTE EJERCICIO LO PUEDE HACER CUALQUIER PERSONA EN CUALQUIER ESTADO, OFICIO U OCUPACIÓN QUE TENGA

Y si por las ocupaciones forzosas de tu estado, o por estar en alguna parte pública, o yendo de camino, no pudieres estar aquel rato con quietud en oración: no por eso dejes de hacer la misma diligencia dicha de procurar tener algunos ratos de oración; porque el oficial en su trabajo, en el campo, o en el lugar, o en la tienda; la mujer en su labor o haciendas caseras, y el caminante; y finalmente en cualquier parte, que se halle, puede hacer lo mismo, que es, persignarse, hacer un acto de contrición, creer que está Dios allí con él, y entregarse en su Divina voluntad, para que haga de él lo que quisiere, y luego desechar cualesquiera discursos, y consideraciones que ocurrieren, quedándose simplemente en la presencia de Dios. Y díganle: “Señor, este rato, o esta legua os dedico para estarme con Vos tal cual fuere, distraído o indevoto, recibid mi pequeño deseo.” Y estáte así en silencio haciendo tu

hacienda, y si te sintieres distraído, o muy seco, dile a Dios una, u otra razón amorosa, como decir: “¡Oh mi Dios, y mi Señor, tened misericordia de mí!” Y tórnate a quedar en silencio, desechando pensamientos; y haz el ánimo a que estás con Dios: ¡Mira qué fácil es tratar con Su Majestad! Con lo cual no podrás dar por excusa para no tener oración, el decir que estás ocupado todo el día en tu oficio; pues en cualquiera que sea, en la tienda, en el campo, en la calle, o en las haciendas caseras, y en cualquiera otra ocupación, puedes estarte en la presencia de Dios: y aunque el cuerpo y las manos estén ocupadas exteriormente, puede muy bien el corazón interiormente estar levantado a Dios y acordarse que está en su presencia, y con eso estás en oración.

Esto es cierto, y no tiene excusa alguna: el caso de ello es, que no quieras tú, como flojo y descuidado de tu salvación, poner siquiera un mediano cuidado en ello; que si tú quieres, no hay cosa que te lo estorbe. No quieres, pues, tú sino dejarte estar todo el día embebecida tu alma, y todas tus potencias en los cuidados terrenos, y hecho un bárbaro, sin acordarte que hay Dios, ni que estás delante de El: lo cual es una grosería y descomedimiento, al fin como tuyo; pues siendo así, que está Su Majestad siempre contigo, dentro de tu alma, a tu lado, y donde quiera que estás, haciéndote mil favores y mercedes, sustentándote la vida, que pudiera aniquilarte y siempre mirándote a la cara para proveerte de todo cuanto has menester con un amor increíble, y con entrañas amorosísimas de Padre. Siendo esto así, ¿con todo eso eres tú tan descomedido, que no vuelves el rostro siquiera para mirarle con los ojos de la fe y considerar que estás delante de El, ni haces más caso de su real presencia, que de una persona vil y baja?

Capítulo VIII

QUE LO QUE MÁS NOS AYUDA, PUESTOS ALLÍ DELANTE DE DIOS PARA NEGOCIAR QUE NOS LLENE DE SUS BIENES Y MISERICORDIAS, ES, EL RESIGNARNOS TOTALMENTE EN SU VOLUNTAD

Lo que más nos ayuda, pues, es lo que enseña San Agustín, que es, vaciarnos de todo lo que somos, para que Su Majestad nos llene de lo que es El, de su misericordia, y de sí mismo. Como el que tuviese una vasija llena de vinagre, que para llenarla de buen vino, era fuerza vaciarla antes el vinagre: Si tú estás, pues, lleno de voluntad, y amor propio, de mil apetitos, y deseos, vacíalo todo, y llenarte ha Dios de sí mismo. Y así, procura despegarte de ti todo cuanto deseas, y quieres en todas las cosas, dentro y fuera de ti, o que de cualquier suerte pertenezcan, sin querer en nada más de que se haga la voluntad de Dios, y lo que El fuere servido en eso; y así de todo cuanto pudieres desear de bienes eternos, o temporales para ti, o para tus padres, hijos, hermanos, o amigos, procura desear no más de que se haga la voluntad de Dios, y lo que El fuere servido en eso, y en todo; porque deseando lo que Dios quiere, deseas todo cuanto hay bueno, que desear; pues no hay cosa por buena, y alta, que sea, que no la quiera Dios; y de esta suerte lo deseas con perfección, y resignación en esa voluntad divina. Y deseando esto, o aquéllo en particular, puede haber peligro de amor propio; y cuanto más cercenares de esos deseos para ti, o para todos ellos, y estuvieres más sin voluntad en cosa alguna, tanto más le obligas a Dios, que con mano liberal te llene a ti, y a todos ellos de muchos más bienes, y misericordias, que tú, ni ellos aun no pudieras imaginar.

Por lo cual dijo muy bien el Santo Fray Juan de la Cruz:¹ Que los apetitos, y deseos, que uno tiene le cansan, y fatigan el alma, porque son como unos hijuelos inquietos, y de mal contento, que siempre están

¹ *Subida del Monte Carmelo*, lib. 1, cap. 6; loc. cit., pág. 578.

pidiendo uno, y otro, y nunca se contentan: así son nuestros deseos, que siempre están pidiendo uno, y otro: deseo honra, deseo hacienda, deseo salud, deseo descanso, deseo gusto, y nunca están contentos; por lo cual, si uno se pusiese a considerarlo, vería bien cuán cansada cosa son, y cuánto más cansada fuera el querer estos importunos hijuelos de nuestros deseos. Y aun llega a ser mayor el daño de nuestros deseos, y amor propio (para que veas cuánto te importa despegar de ti todo querer, y desear algo) que aun el apetecer, y desear con demasiado ahinco las obras buenas, como orar, ayunar, azotarse, comulgar, y oír Misa, viene a ser ya amor propio, rebozado con capa de virtud, y parecen ansiosos deseos de servir a Dios, y no son a veces, sino del gusto, paz, y quietud, y comodidad, que en ello hay.

Por lo cual, si quieres acertar en todo, desnuda, y despegas de ti todos cuantos deseos hay, aunque te parezcan buenos, y no quieras más, que la voluntad de Dios en todo; que pues su voluntad quiere, y desea todo cuanto bueno hay que querer, y desear, deseando tú que se haga esa voluntad, lo deseas todo. Y porque esa sola es la que es cierto, e infalible nos está bien, y todo lo demás es dudoso y peligroso: fuera de que si últimamente, como advertí en la *segunda Cartilla*² ha de venir a ser lo que Dios quiere, mal que nos pese, ¿no es mejor desde luego querer, y desear eso, para que todo se haga fácil? Y así, concluyo con decirte, que cuanto más echares, y despegares de ti todos los deseos dichos, por buenos que te parezcan, resignándote totalmente en las manos de Dios, y no queriendo más de que se haga su voluntad en todo: tanto más negocias con Dios, cuando te pusieres delante de El: Veslo ahí en una palabra.

Que si bien es verdad, que es bueno y muy acertado modo de orar el pedirle a Nuestro Señor ésta o la otra merced, y el desear éste o el otro bien en particular para ti, o para tus prójimos; pero es incomparable mejor, y más agradable a Su Majestad el no desear nada en particular, sino resignarse totalmente en sus manos del modo dicho. Pero dirásme: Si el querer, y

² Trat. 3, cap. 1 y ss.

no querer, y la libertad que tiene la voluntad en eso, es natural perfección suya; ¿por qué ha de ser mejor el privarse de esa libertad del querer propio y carecer de esa perfección, que el usarla, queriendo esto, y deseando lo otro; cuando los deseos son buenos, y justos? Respondo, que aunque ésa es perfección natural de la voluntad, pero es mayor perfección espiritual suya el carecer voluntariamente, de esa libertad de querer, y no querer, por dársela a Dios, y por no tener voluntad en nada, más que la de Dios; que aún acá dice el proverbio: “No bien por el oro todo la libertad es vendida, más bien por Cristo es vendida aquesa libertad misma.” Y así, aunque es perfección natural el usar de esa libertad, pero es mayor perfección espiritual el privarse de ella por Dios. Y esto se ve claro en el voto que hacen los Religiosos de nuestra Sagrada Religión de nuestra Señora de la Merced de quedarse cautivos, y perder su libertad por rescatar los que lo están en tierra de Moros; que aunque fuera bueno, y santo el gozar de su libertad, y servir a Dios, gozando de ella, como lo hacen las otras Religiones (en el modo que con el voto de obediencia puede dicha libertad comparecerse en ellas), pero es más perfección el hacerse cautivos, y perder esa libertad voluntariamente por Dios. Así acá, aunque es bueno, y santo el usar de su libertad, y tener voluntad, y deseo de este bien, o del otro; pero es más perfección cautivar esa voluntad por Dios, y no tenerla en nada, ni querer nada más de que se haga la voluntad de Dios en todo, y como El lo ordenare, y quisiere, y no como la persona pudiere quererlo.

Capítulo IX

CONTINÚASE CUÁNTA ES LA ALTEZA DE ESTA RESIGNACIÓN ¹

Y tiene tanto fondo esto del resignarse totalmente en la voluntad de Nuestro Señor, y esle de tan sumo agrado a Su Majestad sobre todos otros cualesquiera ejercicios que se hagan, que como dije en la

¹ En este capítulo ahonda más el autor en la noción de *resignación*. Como hemos expuesto, la *resignación* para Falconi es

segunda Cartilla,² puede un alma resignada serle agradable a sus ojos, aun cuando está llena de defectos, falta de virtudes, y con mil imperfecciones, y contentándose, y ajustándose con no tener más perfección de la que Nuestro Señor quiere darle por entonces; y así decirle: "Señor, hágase tu voluntad, y no la mía, que yo por ser un hediondo escarabajo no merezco que me des nada; y no sólo no merezco eso, antes merecía mil infiernos por mis desacatos, y maldades; y a quien eso merece, cualquiera cosa que le den le viene muy ancho."

Con este resignarse, pues, en todo aquello que Nuestro Señor le permitiere al alma, séase lo que fuere, tuerto, o derecho, aunque sea dejársele estar mil años en sus flaquezas, e imperfecciones, viene a agradarle tanto, que en cierta manera grangea por aquí lo que pudiera ganar con otros muchos actos de virtudes, y buenas obras. Por tanto, pues, procura anegarte en total resignación en las manos de este Señor, para que haga de ti en tiempo, y en eternidad, todo aquello, que El gustare, aunque sea padecer eternamente, y aunque sea aniquilarte, quitándote el ser, y tornándote a la nada, que eras antes que le tuvieses: Y está muy cierto, que nunca mejor aseguraste el agradarle, y todas las medras, y aumentos de tu alma, que por este camino.

algo positivo, dinámico: consiste en *hacer* perfecta y totalmente la voluntad de Dios, en *conformarse activamente* a la voluntad divina a imitación de Cristo Jesús. En esto consiste la perfección evangélica. Quiere el autor que el alma cristiana se penetre profundamente de esta verdad fundamental, teniendo siempre presente que no hay mejor cosa para su santificación y perfección que el cumplimiento de la voluntad divina. Para recalcar esta verdad emplea ciertas expresiones y frases hiperbólicas, que no han de interpretarse en su sentido obvio, sino dentro del sentido que quiere darles el autor. Dios no quiere las "imperfecciones", ni los "vicios", "inmundicias" y "flaquezas" del alma y mucho menos el que "padezca eternamente" o su "aniquilación"; pero el alma debe estar dispuesta a conformarse y a cumplir perfecta y totalmente *en todas las circunstancias* la voluntad de Dios, que en todo busca el mayor bien del alma. Por eso, concluye Falconi: "Y está muy cierto, que nunca mejor aseguraste el agradarle (a Dios), y todas las medras y aumentos de tu alma, que por este camino."

Es la misma indiferencia de S. Francisco de Sales que se extiende a nuestras propias faltas, las que hemos de odiar y reprimir, pero aceptando a la vez la humillación que nos reportan y doliéndonos de ellas con arrepentimiento profundo.

Capítulo X

DE OTRA MÁS PURA Y DESNUDA RESIGNACIÓN, QUE HAN DE PROCURAR LAS PERSONAS MÁS APROVECHADAS

Es tan necesaria esta total resignación y este no querer más que la pura voluntad de Dios, que no sólo ha de procurar un alma echar de sí todo querer de las cosas de gusto, y comodidad, salud, riquezas, honra, y otra cualquier cosa deleitable, sino que también se ha de desnudar del querer, y deseo hasta en las cosas, que son de pena, cruz, y mortificación: esto es, no quererlas, ni desearlas con asimiento, y amor propio (y aquí se habla con la gente más aprovechada, y que parece que ya se van conformando con la cruz, y con el padecer, y para que no lo quieran con la imperfección del apegamiento del amor propio), porque es tanto el veneno de nuestro querer, que hasta con las cosas de tormento tiene apegamiento, no del sentido, ni de la parte inferior, sino de la voluntad, y de la parte superior, que se apega al provecho, y útil propio que allí topa; y así hay personas tan pegadas, y asiduas a sus achaques, a su falta de salud, y otras penas, como si fueran deleites: y es la razón: porque como saben de la Escritura, y todos los Santos, y de la experiencia, el gran bien, y provecho, que hay en el padecer, de ahí les viene el apegarse a ello, y cebarse el amor propio en el interés, y provecho, que de aquel padecer se sigue; no porque el sentido lo apetezca, sino porque, como dije, la voluntad lo ama, como cosa que le está bien; y como hay en esto del padecer tan buen título y color, para que parezca perfección; de aquí es, que sea dificultosa de conocer la imperfección, que hay en este género de querer, y de apegamiento a los trabajos.

Así, que ni ha de haber querer, ni no querer en ninguna materia, ora sea de gusto, ora sea de pena, porque ni se ha de apegar la voluntad al gusto de las cosas deleitables, ni al provecho de las penosas, sino estar en medio con el fiel del peso, sin inclinarse más a lo uno, que a lo otro, sino a que desnudamente haga Dios su voluntad, y no se haga la nuestra: porque aunque sea

verdad, que es bueno, y santo el amar la cruz, y el padecer; pero es mucho mejor el no querer nada, ni inclinarse a nada. Y así, preguntándole a cierta persona espiritual, ¿que a qué se inclinaba más su espíritu? Respondió: "Inclínome a no inclinarme:" Dijo muy bien, y es mucho de advertir esta doctrina, porque hay muchas personas detenidas en ese género de apegamiento, por ser cosa no fácil de advertir. Y principalmente en los que padecen (que son muchos) un género de enfermedades, no tanto naturales, cuanto causadas por el demonio, que levanta, y revuelve los humores del cuerpo, y causa mil géneros de achaques, y dolores de estómago, cabeza, pecho, perlesía, sordera y calenturillas, y otros muchos, de que hace mención la Santa Madre Teresa de Jesús, y más a la larga el *Malleus maleficorum*, y algunos Autores Místicos, de que quizá haré un particular tratado.¹

En estas personas, pues, que padecen este género de males por orden del demonio, es menester más advertir no haya este apegamiento, asiéndose a ellos con amor propio a título del provecho, e interés particular, que en ese padecer hay, porque como ese enemigo es el Autor de estos males, lo que él más procura es apegar la voluntad, e inclinarla a ellos con asimiento, que casi no quisieran que se les quitaran, porque con ese consentimiento, y querer, que halla en la voluntad, tiene él mejor entrada para proseguir en sus tormentos, y enfermedades; y así detener, e impedir las almas con sus dolencias, y con el título de curarse de ellas, para que dejen los ejercicios virtuosos, y se estén detenidas en esas enfermedades, y en el cuidado de curarlas; siendo verdad que no bastarán todos los Médicos, y medicinas del mundo a sanarlas; porque como las tales enfermedades no son naturales, o naturalmente causadas, son preternaturales; y así no aprovechan medicinas naturales. Porque el curarse de ellas ha de ser teniendo fe, y obediencia el Padre espiritual, a quien

1 La famosa obra *Malleus maleficorum*, a que alude Falconi, tuvo muchas ediciones. Solamente en Lyon conocemos las de 1519, 1584, 1596, 1604, 1614, 1620, 1669, todas ellas en la Biblioteca Nacional de Madrid. Contenía, entre otros, el *libellus de probatione Spirituum*, de Gerson.

Ese "tratado" que Falconi desearía hacer, pensamos que no lo ha realizado nunca,

Dios le diere luz para conocerlas, y creerle en todo lo que le ordenare, y teniéndolas por enfermedades de tentación de Demonio, y no naturales, porque en teniendo fe, y creyendo esto así, se vence este género de males; porque la tentación conocida está ya medio vencida. Con este género, pues, de males es menester tener más cautela de no apegarse a quererlos por el útil propio, que se cree se ha de seguir de ellos por la razón dicha: sino no querer nada, ni ese padecer, ni no padecer, sino que se haga la voluntad de Dios desnudamente. Y para que mejor veas con cuánta seguridad puedes dar de mano a tus deseos, y resignarte en Dios, y fiarte todo de El, repara en el siguiente capítulo.

Capítulo XI

QUE UNA DE LAS MÁS PRINCIPALES COSAS, QUE EN ESTE EJERCICIO SE HA DE HACER ES FIARSE DE NUESTRO SEÑOR

UNA de las más principales cosas a que se endereza esta oración de fe, y resignación, es, a que el alma ponga toda su confianza en Dios, fiándose de El: que eso también significa fe. Esto es tener fe, y confianza de este Señor: y así lo principal, que ha de procurar el alma, es, en su oración, como fuera de ella, entre día, y siempre, andar muy fiada de que Nuestro Señor dispondrá de todas sus cosas aquello que mejor le esté en todo y por todo. Y esta gran fe, y confianza nos manda tengamos, cuando dice:¹ “no tengáis ansias cuidadosas, ni solicitud por nada, sino fiad de mí, que cuidaré de vosotros como Padre” pero el caso es, que fiamos más de nuestras diligencias en todo, que de Dios.

Cosa es ésta de que no acaba de maravillarse el Gran Padre Augustino,² y con razón por cierto. “Maravíllome (dice) que los hombres quieran fiar más de sus fuerzas enfermas, y flacas, que de la firmeza de la promesa de Dios. Pero dirásme (prosigue Augustino)

1 I Petr. 5, 7; Mat. 6, 25.

2 Falconi cita de esta manera: “Lib. de Prædest. Sanct, capítulo 11.” Exactamente. Como puede comprobarse en *Obras de San Agustín*, tomo VI, B. A. C., Madrid, 1949; *De la predestinación de los santos*, cap. 11, págs. 517-518.

¿qué sé yo lo que Dios hará de mí, si me fío de él, y me resigno en su voluntad? Y así siendo ésta incierta, no me acabo de fiar totalmente de ella. ¿Pues por ventura estás seguro, y cierto de tu voluntad? (prosigue el Santo) ¿estás cierto, que será en tu favor, y que te procurará, y diligenciará lo que te estuviere bien? No por cierto, pues antes debes temer de ella lo que dice el Espíritu Santo: que el que le parece se tiene fuerte, mire bien no se pierda, pues es tan inconstante su voluntad. Ahora, pues (dice el Santo) si de entrambas voluntades de Dios, y de la tuya, de ninguna estás cierto, si serán en tu favor: pues en ese caso, que de ninguna tienes certeza, ¿no será mejor fiarte de la voluntad de Dios, que de suyo es más segura, y firme, que no de la tuya, que es tan flaca, y miserable? ¿y poner toda tu confianza, esperanza, y amor en la voluntad de ese Señor? (dice divinamente el Santo): Yo confieso (dice) que no sabes lo que hará de ti la voluntad de Dios; pero tampoco sabes lo que harás tú con tu voluntad; pues es tan ruin, e inconstante a cada paso: pues en caso de duda, ¿no es mejor que te fíes de la voluntad de Dios, que no de las diligencias, y cuidados de la tuya?" Es razón concluyente.

¿En qué reparas, pues, para no fiarte todo de Dios? ¿o tienes, o no tienes fe? ¿o crees firmemente, o no crees lo que Dios te dice? Pues si te dice que todo cuidado y diligencia se la fíes a El, porque de lo que tú descuidares, por confiarte de El, de todo eso tendrá El cuidado: y en otras mil partes, como ya se dijo en la *segunda Cartilla*³ en que empeña su palabra de cuidar de ti en todo, y por todo, si te fías de él; y haces confianza de su voluntad. ¿Por qué, pues, viendo estas palabras reales, no te fías de Dios? ¿Estas palabras no son proposiciones de fe católica? ¿Pueden acaso faltar? No por cierto, que antes faltará el Cielo, y la tierra, que falte la palabra, que Dios tiene dada. ¿No ves como el no fiarte de Dios, y de estas palabras es falta conocida de fe?

Dime, si tuvieras una letra de mil ducados aceptada de un Mercader poderosísimo, o si tuvieras un censo de dos mil de renta, ¿qué tan confiado vivirías?

¿Pues cuánto mejor letra, y censo, y más seguro es la palabra de este Señor, a que no puede faltar, que cuántos censos hay? Créeme, pues, que lo demás es falta de fe, y que una de las mayores faltas, que hoy hay (y que quizá tiene tu alma, y por lo cual no aprovecha mucho) es por no fiarse de Dios: sino que fías más de tus diligencias, que de la providencia paternal de este gran Padre, y que si pusieras toda tu fe, y esperanza en Dios, que todo lo alcanzaras. Y así aquel Venerable Padre Juan de la Cruz traía muy ordinariamente en su boca estas palabras: “¡Oh esperanza del Cielo, que tanto alcanzas, cuánto esperas!” Y decía muy bien, porque en habiendo fe firme, y confianza en Dios, todo se alcanza.

Capítulo XII

RESPÓNDESE A UNA OBJECCIÓN, CON QUE SE EXPLICARÁ
MÁS LO DICHO EN EL CAPÍTULO ANTERIOR

DIRÁME alguno, ¿no fuera mejor poner diligencias de nuestra parte, solicitar nuestras cosas, y valernos de los medios humanos para las cosas, así temporales, como espirituales, poniendo cuidado, y solicitud en cómo se cumplirán las obligaciones, haciendo propósito, e intentos de ser muy puntuales en todo, y de acudir con todas veras a los prójimos, y hacer otros actos, discursos, consideraciones, y propósitos, con que inclinar la voluntad a las obras buenas? ¿No fuera, pues, mejor eso, que no este resignarse en la voluntad y providencia divina? Porque parece, que eso es fiárselo todo a Dios, y dejárselo todo a Él, y buscar las cosas, como de milagro. Digo, pues, y confieso, que no es justo aguardar milagros, ni dejarnos tan totalmente a Dios, que no hagamos alguna diligencia: porque eso ya fuera temeridad: pero junto con eso quisiera, que entendiésemos, que la cosa con que Dios se da por más obligado para hacernos bien, y cuidar más especialmente de nosotros, es, con que nos fiemos de Él, y creamos de sus paternas entrañas, que puede, sabe, y quiere hacernos todo bien; y así habíamos de tener por cosa muy asentada en nuestros corazones, que a

un adarme de diligencias nuestras habíamos de juntar una arroba de fiarnos de Dios, resignándonos todos en su divino querer. Y porque yo no sabré decir esto, como ello pasa, ni quiero que me creas a mí, sino al Santo, y Venerable Esquio. Oye lo que enseña acerca de lo que importa hacer esta total resignación de todas nuestras cosas, diligencias y cuidados en las manos de Dios. Dice, pues, así en sus ejercicios divinos, y revelados por el Maestro de la verdad Cristo, como afirma Laurencio Surio: ¹ “No temas (dice) de hacer esta resignación y abnegación, pensando has de caer en muchas faltas contigo, y con tus prójimos y mayores; antes te aviso, y certifico, que sin temor, y recelo te puedes arrojar en su fidelísima providencia a ti, y a todos tus cuidados, y obligaciones, y a todas tus cosas, siempre, y en todas las ocasiones, y peligros con plenísima confianza, atendiendo que Dios dispone todas las cosas con suavidad a su gloria, y a tu provecho, como tu amantísimo Padre, y como tal peleará por ti, y volverá por ti en todos tus conflictos; porque habiéndote abnegado a ti por El, y renunciándote, le has obligado a que mire por ti, como lo hace con su Maestro el novicio, que no habla, ni vuelve por sí, ni tiene otra boca, ni otra providencia, y amparo, sino la de su Maestro. Este es el ejercicio, que Cristo enseñó por San Mateo, diciendo: si alguno quisiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Y si lo pusieres por obra hallarás en El grandes, y secretos favores de tu Dios, ilustraciones y amores, y el Maná escondido, que ninguno conoce, sino el que lo gusta.” ¡Divinas palabras por cierto!

Esto dice este Santo Varón, y tiene razón; porque nadie sabrá decir los grandes tesoros, que hay escondidos en esta resignación, sino es quien lo hubiere experimentado, y hubiere acostumbrado a perder el modo, que el corazón humano tiene. Porque si lo hiciere arrojándose confiadamente en la providencia paternal

1 La primera edición de *De probatis sanctorum historiis*, de Lorenzo Surio, tuvo lugar en Colonia, 1570. Desde entonces, Surio fue haciendo cada año un volumen, hasta el 1575. La edición príncipe es la de Venecia, 1581. Luego tuvo otras varias, como la de Colonia, 1610. — Falconi cita así: “Ejercicio. 4.” — Esta obra de Surio fue muy aprovechada, en España, por Villegas y Rivadeneira.

de Dios, verá su corazón tan dilatado, tan desahogado, tan seguro, y confiado en cualquier suceso y acacimamiento, que nada le inquiete ni dé cuidado. ¡Oh gran Señor! ¿qué no tendrá de bien, de seguridad y de felicidad, quien se pone totalmente en vuestras manos? ¿Qué le puede faltar, a quien se fía de Vos, haciendo más confianza de vuestro paternal amor, que de todo lo que su discurso, y consideración le puede ofrecer? Sabe un chicuelo ir desalado huyendo de quien le hace mal, y arrojarse con toda confianza en las faldas de su madre, y quedarse allí dormidillo, sin acordarse más, ni cuidar de sí, sino sólo fiado en que se puso en manos de su madre, y con esto queda su corazoncillo quieto, y pacífico, de que nada le puede dañar, ¿y no sabré yo arrojarme en Vos, y fiarme de tan buena madre, creyendo, que cuando durmieren mis diligencias y discursos, entonces velaréis Vos en mi remedio? Conténteme yo dulcísimo Padre mío, cuando estuviere en vuestra presencia con creer en Vos, fiarme de Vos, y resignarme en Vos.

Capítulo XIII

QUÉ ES LO QUE SE COLIGE DE LO DICHO EN ESTE CAPÍTULO, Y EL ANTECEDENTE

POR tanto, pues, hágote saber, que este ponerte en oración en fe, delante de Dios no consiste tanto en estar creyendo, que estás en su presencia, cuanto en fiarte allí, y en todo tiempo de ese Señor. Haz cuenta, que desde el día, que lees esto, te pones en sus manos, y te entregas todo en ellas, haciendo confianza de El, para que haga de ti, y de tus cosas, lo que más bien visto le fuere; y que no corren ya por tu cuenta, sino por la de Dios, de quien las ha fiado, y que por la tuya no corre más de no salir un punto de su voluntad, no queriendo más, de lo que El quisiere hacer de ti: y así fíate de ese Señor, fíale tus cuidados, y diligencias, y cree, que mientras más fe, y confianza hicieres de El, tanto más le obligas a que cuide de ti. Y no temas el fiarte todo de Su Majestad, sino pierde ese miedo, y confía más y más: y cuando te pareciere que

has fiado mucho, fíate aún más de El, que te aseguro que por mucho que te fíes, no llegarás a tener toda la fe y confianza, que se debe tener en Su Majestad; y que en materia de fiar de Dios, nunca puede haber exceso, ni demasía, con tal, que no peques confiando de su misericordia.

Y así si renunciases las diligencias de tus meditaciones, y discursos (cuando ves que ya no te aplicas a eso) por estar en tu oración en una simple confesión de la fe, y fiado de Su Majestad; está cierto y seguro que le obligas con eso, a que cuide de ti, y que te dará lo que más viere, que te conviene, aunque tú no cuides de premeditarlo, ni de solicitarlo. Que esto es lo que reparó divinamente San Agustín, sobre aquello que les mandó Cristo a sus discípulos, de que no meditasen, ni previniesen lo que habían de hacer, ni responder, cuando se les ofreciesen las ocasiones de defender la virtud. “No meditéis (les dice) lo que habéis de responder, sino fiaos de mí, que con eso correrá por mi cuenta el hacer vuestro negocio.” Pues, válgame Dios, dijera alguno, ¿no valiera más ir prevenidos de unas muy bien consideradas razones, y haber meditado mucho lo que allí habían de hacer, para que con esas consideraciones, y meditaciones se fortificasen los ánimos más en la virtud? No, que eso era ir fiados de sus discursos, y meditaciones; y porque no fíen de eso, sino de Dios, les manda, dice Augustino, “que no mediten, ni se prevengan de consideraciones, sino que confiesen la fe solamente, y se fíen de Dios, y de su gracia, arrojándose totalmente en El”.¹

Y esto de que no meditasen, sino que confesasen la fe, y se fiasen luego de Dios, no hay para qué decir, que fué sólo lección para los Discípulos, que no fué sino para los demás fieles también, como lo notó en el lugar citado San Agustín: “En los Discípulos (dice) enseñaba a los demás, y lo que entonces decía, lo dejaba escrito para los demás en adelante.” De donde verás, que puesto delante de Dios en la oración, que puedes hacer cuenta, que te manda a ti Dios lo mismo, y que te veda el meditar, y manda confesar la fe, y que te estés sin discursos en su presencia, pues te quita

1 Falconi cita así: “Serm. 43 de Sanct.”— Es la misma cita del cap. 14 (lib. 2). Véase allí.

la aplicación al meditar. Y así pues te atajan las meditaciones, quédate en contemplación en ese acto de fe, con que crees a Dios presente, y fíate de El, perseverando allí resignado en sus manos, que con eso verá Dios, que no presumes fiar de tus meditaciones humanas; y así te dará su gracia divina.

Ya que he dicho, cómo has de usar este ejercicio de contemplación, y en lo que consiste; quiero explicarte ahora cuánto negocias en El, puesto allí callando, y resignado en la voluntad divina, que es, en lo que muchos topan, y no acaban de conocerlo, porque para ello es menester especial luz del cielo, que se suele alcanzar con la experiencia: dénosla Su Majestad a todos, y a mí ahora gracia, para que acierte a explicar algo de lo mucho, que en aquel silencio, y resignación se negocia, y hace; y porque importa mucho el entender cuánto se hace allí, lo he de procurar explicar despacio en los capítulos siguientes, y alargarme algo con la mayor claridad, que yo pueda.

Capítulo XIV

CÓMO EL ALMA NO ESTÁ OCIOSA EN ESTA ORACIÓN, Y QUE CON ESTE EJERCICIO SE HACE A DIOS UN SACRIFICIO AGRADABILÍSIMO DE NUESTRA VIDA Y ALMA; Y SE TRIUNFA DE NUESTROS CAPITALES ENEMIGOS

Y para que mejor veas lo mucho que haces en esta resignación, quiero explicártelo, y empezar, por lo que parece, que es menos en ellas; pues cuando ahí no hicieres más, que estarte cada día dos horas de rodillas en soledad, y retiro de las criaturas, recogidos los sentidos, y muerta la naturaleza, era eso mucho, y más que mucho; porque, ¿qué otros mayores enemigos tenemos, y que más nos causen la muerte del alma, que nuestros cinco sentidos, y los apetitos corporales? Porque como dice el Espíritu Santo,¹ “ellos son las puertas, por donde entra la total muerte, y perdición de nuestra alma” por los ojos entra la liviandad de la hermosura torpe, y el apetito desordenado, con que se

1 ¿Jeremías 9, 21?

desea: por los oídos las murmuraciones, profanidades, y torpes palabras: por el olfato los olores suaves, incitamentos de la lujuria: por el gusto los manjares, y sabores, que son la leña, con que arde el fuego de la deshonestidad: por el tacto la molicie blanda, con que se relajan las obras ásperas de la penitencia saludable: y por la lengua, ¿quién dirá las miserias, y desventuras, que se acarrearán al alma? Pues todos estos sentidos, y sus apetitos se mortifican, y aprisionan, y se hace de todo un sacrificio agradabilísimo a Dios en aquel silencio, y resignación (en que parece que no se hace nada): porque allí los ojos cerrados están privándose del deleite de ver, y de espaciarse en los objetos: los oídos se hacen sordos, cuanto es de parte de la voluntad, a todo lo que podía darles gusto de oír: la lengua está muda, y atada, que no es poco tormento para ella: el olfato, gusto, y tacto no quieren allí cosa, que les dé deleite, ni gusto, y finalmente están todos los sentidos aprisionados. ¿Pues qué diré del no querer discurrir con la imaginación en nada de propósito? sino que está el alma resistiendo cuantas imaginaciones le vienen, contentándose con una simple fe, de que está en la presencia de Dios; eso sólo bastaba para prueba de lo mucho, que allí se mortifica. Porque, ¿qué cosa puede haber de más desahogo para la naturaleza, que la variedad de consideraciones, en las cuales suele como quiere, y cuando quiere deleitarse, discurrir y filosofar otras veces? Es sin duda que es de sumo gusto para ella. Pues de todo esto se priva allí, todo lo aprisiona, y con una muerte voluntaria se sacrifica una persona a sí, a toda su naturaleza, sentidos, y apetitos a los pies de Nuestro Señor, resignándolo todo en su divina voluntad, por estarse con Su Majestad a solas.

Y de la manera, que el mártir hace un sacrificio realmente de toda la vida natural, entregándola a la muerte por Dios, de la misma suerte un alma hace en aquella resignación un martirio voluntario, y un sacrificio afectuoso de sus sentidos, apetitos, discursos, querer y no querer, y de toda su naturaleza, resignándolo todo allí, y refrenándolo por Dios, y estándose dos horas de rodillas cada día, sufriendo mil dolores, padeciendo mil tentaciones, y una batería pesada de pensamientos importunos, de que no puede verse libre.

Supuesto esto, ¿hará poco el alma, que dos horas cada día está en batalla campal triunfando de los enemigos capitales de sus cinco sentidos, y de sus apetitos, y deseos? ¿Es no hacer nada el tener rendidos, y aprisionados estos tan crueles enemigos del alma? ¿Y el tener la naturaleza puesta en aquella muerte voluntaria? Tal no hacer nada nos dé Dios siempre, y nos conceda su gracia, para que perseveremos en esta nada, en que vive el alma en fe, resignada, y muere la naturaleza sensible. ¡Oh dichosa tal muerte! que ésta es sin duda de aquella de quien está escrito: “preciosa es la muerte de los Santos en la presencia de Dios”.² Esta es la muerte preciosa, de que Dios gusta, que es vernos rendidos en su presencia, aprisionados, y refrenados los sentidos, deseos, y potencias, que El nos dió, por amor de El, quedándonos en la oscuridad, y tiniebla de sola la fe.

Bien conocía San Buenaventura, cuán preciosa es esta muerte, cuando dijo, como ya vimos:³ “muramos, pues, y entremos en esta oscuridad de fe pura: muramos con esta muerte, en que se pone silencio a nuestras diligencias sensibles, a nuestras concupiscencias, y apetitos, a nuestros discursos de la imaginación, y a fantasmas”.

¿Ves, esto, que te he explicado que haces? pues con ser tanto como es, es lo de menos, que allí haces, porque estás también eficazísimamente orando, pidiendo, ejercitando todas las virtudes, como ya te diré, y otras mil cosas, que ahora irás viendo.

Capítulo XV

CUÁNTO MÁS SE NEGOCIA CON DIOS CON ESTE EJERCICIO DE CONTEMPLACIÓN, EN FE, Y RESIGNACIÓN, QUE CON HABLAR, REZAR, Y DISCURRIR

Y aunque te parece, que puesto allí en el silencio de la contemplación, ni haces, ni pides nada a Dios de lo que has menester para el remedio de tu alma (que es una de las partes de la oración) y que así

² Ps. 115, 5.

³ Falconi repite aquí la cita del lib. 2, cap. 6 Se refiere al *Itenerarium mentis in Deum*, cap. 7. Véase lo que allí dijimos (lib. 2, cap. 6).

es perder tiempo, y que valiera más rezar algo con la boca, o procurar discurrir en algo bueno; engañaste, y hágote saber que este perseverar delante de Dios, del modo que te he explicado, es un altísimo, eficaz, y humilde modo de pedir a Dios; y que negociarás con ese presentarte delante de El, callando, y resignado en su voluntad en ese acto de fe, y de amor, más, que si rezaras muchos Rosarios con el modo común, y de costumbre, con que ordinariamente se reza, y más que si estuvieras siempre pidiéndole. Porque como dijo divinamente San Agustín: ¹ “todos cuantos oramos somos como unos pobres mendigos, que se ponen a pedir limosna delante de la puerta del gran Padre de familias Dios”. Pues así como el pobre sólo con poner sus lastimosas llagas en la puerta de la Iglesia, y Casa de Dios, a la vista de todos, y sin hablar palabra pide más, y mueve a mayor compasión, que otro, que hablara mucho (y antes el que habla demasiado suele cansar) así nosotros sólo con ponernos delante de aquellas piadosas entrañas de nuestro Dios, cargados de nuestras miserias, y llagas, le pedimos más, y movemos a mayor compasión, con aquel humilde silencio, y resignación que con cuanto podemos pedir y desear.

Y esto es, como ya vimos, lo que enseña la Santa Madre Teresa de Jesús: ² “En esta obra del Espíritu (dice) quien menos piensa, y quiere hacer, hace más: lo que hemos de hacer es pedir como pobres, y necesitados delante de un grande y rico Emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad.” Además, que el pobre en pidiendo su limosna, luego calla, esperando se la den: calla tú, pues, en haciendo aquella resignación, y petición, y estate allí aguardando tu limosna. Porque Dios no tiene necesidad de tus discursos, y sabe, y desea más que tú lo que te importa. Y así dijo en su Evangelio, ³ “cuando oráis, no habléis mucho; porque vuestro Padre, que es Dios, sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis”.

1 Falconi cita: “Serm. 15 de Verb. Dom. in Math.” Corresponde al Sermón 83, en el nuevo orden. Véase P. L. 38, 514 ss. Falconi, como ya dijimos, usó la edición de las Obras de San Agustín realizada por los Teólogos Loranienses. Concretamente, esta cita, se halla en el tomo 10 (París, 1614), pág. 26 ss.

2 *Moradas cuartas*, cap. 3. Loc. cit., págs. 385-386.

3 Mat. 6, 6-8.

Es pues un altísimo y eficazísimo modo de orar el ponerse en la presencia de Dios, como un pobre mendigo, sin hacer más discursos, ni meditaciones. Por lo cual refiere Gerson,⁴ que cierto varón muy espiritual solía decir muchas veces, “que aunque por espacio de cuarenta años había asistido con mucho ocio a la lección, oración, y meditación; pero con todo eso, no pude topar (dice) cosa más eficaz, ni más breve modo para alcanzar la Mística Teología, que el que nuestro espíritu se ponga delante de Dios, como un niño, y pobre mendigo, imitando en eso al mismo Dios, que fué hecho niño por nosotros”. Porque le agrada mucho el vernos en su presencia simples, y sencillos, como niños, que aún no saben hablar, ni saben hacer otra cosa más, que dejarse estar en los brazos de su madre, para que ella los críe, los dé el pecho, los envuelva, y haga en ellos lo que más ve que conviene, sin que ellos tengan necesidad de decir palabra; porque es Dios amigo de pocas palabras, y así en toda su eternidad no ha hablado más, que una sola (que es el Verbo Eterno)⁵ por lo cual gusta mucho, de quien habla poco, y se cansa de habladores: lo que Su Majestad quiere es, que te pongas delante de El con voluntad humilde, y deseosa de agradarle, resignándola toda en la suya, para que haga en ti lo que fuere servido, y lo demás fíalo de sus manos, que El lo ha de hacer.

Procura, pues, ahí, que se haga en ti la voluntad de este celestial y amoroso Padre y ponte resignado en ella, para que se haga de ti lo que quisiere, que ése es el camino derecho. Y está cierto, que te quiere más, que tú te quieres; pues cuando tú no te acordabas de El, ni eras en el mundo, hizo por ti lo que tú no hicieras por ti mismo: pues ése que tanto te quiere, sabe lo que te conviene, porque es sabiduría infinita, y sabe lo que pasó, lo presente, y por venir, y todo lo tiene presente, y sabe, lo que tú quieres hacer, si te será de provecho, o daño, y sabe, lo que te conviene, y

4 Falconi pudo manejar cualquiera de las ediciones de *Obras Completas* de Gerson (latinas: Colonia, 1483, en tres tomos; 1484; tomo 4; Francesas: París, 1606, en 4 volúmenes). Aquí cita, de esta manera: “Mist. Theolog. consid. 4.”

5 Clara alusión al pensamiento de S. Juan de la Cruz, número 21 de *Dichos de luz y amor*. (Conf. *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, B. A. C., Madrid, 1950, pág. 1.290.)

estará bien; lo cual tú no sabes, aunque te parece que sí: y si te resignas en sus manos, fiándote de El, y dejando tu voluntad en la suya; claro está, que te enseñará, lo que te conviene hacer, y te ayudará, y dará, con qué lo hagas, y cómo lo alcances; porque también es Omnipotente, y puede todo lo que quiere; y es rico, porque en lo temporal es Señor de todo, y puede dar, y quitar por su voluntad, lo que ha menester cada uno para servirle, y alcanzar los bienes eternos.

Con otro ejemplo te quiero explicar lo mucho, que negocias, con ese presentarte delante de Dios callando. ¿No has visto en las casas de los Príncipes unos Pretendientes de alguna merced, los cuales llegan una vez, hablan, e informan de su negocio, y luego los demás días no hacen más, que ponerse delante del Príncipe, hacen su reverencia con humildad, y estánse allí a su vista callando, o vánle acompañando adonde fuere, sin decir palabra, sólo contentos con que se vea su asistencia? Y con eso el Príncipe, que sabe ya a lo que van, se da por obligado, y tiene cuidado a su tiempo de hacerles merced. ¿Y no has visto también unos criados, que se ponen delante de sus Señores sin hacer más, que estarse allí presentes con respeto, aguardando a ver, qué les mandan, y deseando darles gusto? Y los Señores sólo con ver, que los tienen allí consigo, como a gente de su casa, aunque ellos no digan palabra ninguna más, que estarse allí, para lo que los hubieren menester; con eso sirven a sus Señores, y ellos dándose por bien servidos, les dan sus gajes, ración y lo demás, que han menester.

Pues si la presencia del pretendiente, o criado delante de los cortos, y apocados señores de la tierra puede tanto, ¿qué te valdrá a ti el ponerte delante del Supremo Señor de Cielo y tierra, pretendiendo sólo agradarle, y que se haga su voluntad, y estándote ahí como criado humilde de su casa, y asistiendo en su presencia para lo que te hubiere menester? ¡Oh alma! no dudes de ello, que es hacerle conocido agravio a este Soberano Señor el no tener ésa, y mucho mayor confianza de su liberalidad, de su amor, y de lo mucho, que en él tenemos. Bendito sea tan buen Dios, glorifíquense los Angeles, y esperen en El los que conocieren la grandeza de su nombre. Desembarázate, pues,

de tus cortos discursos, y meditaciones, y arrójate en los brazos de este gran Señor, arrójate como el chicuelo en el regazo de su madre, arrójate en sus brazos, y fiáte de El, y no de tus diligencias, que a buen seguro, que si tú te pones en sus amorosas manos, que no te deje El de la suya.

Capítulo XVI

PROSÍGUESE CUÁNTO IMPORTA RESIGNARSE EN LAS MANOS DE DIOS

Y no pienses, que porque no le estés pidiendo expresamente esto, o lo otro, que por eso no tendrá El cuidado de dártelo y todo lo demás, que El viere, que te conviene, si te resignas en sus manos; porque eso es hacer poca confianza de este Señor, o por decir, es desconfiar de Su Majestad, como dice San Ambrosio, al cual cité ya a este mismo propósito en la *segunda Cartilla*.¹ Y como dice muy bien un Santo Varón de gran virtud en un libro que escribió, llamado *Vía de Perfección*, que por humildad no quiso poner su nombre, y sólo dijo, que era del Orden de San Francisco. Dice,² pues, que este pensar no pedimos nada puestos en aquel silencio, que no nos comunicará Dios sus misericordias, porque no le pedimos; que aquello nace que juzgamos de Dios tan bajamente, como de nuestra baja, y apocada condición, y como si El fuera, como nosotros. La causa de esto es, dice este varón, si bien lo quisieres mirar, la poca fe, y creencia, que de Dios tenemos, que juzgamos de El según la estrechura, y poca caridad de nuestro corazón: porque así como nosotros no tenemos cuidado diligente, y amoroso de comunicar nuestros bienes con los otros, sino que es menester pedirnoslo, y que nos rueguen, y muestren sus necesidades, o que lo hayan merecido; así pensamos ser la condición de Dios, y que si no hacemos las cosas sobredichas, pidiéndolo, rogándolo, y mostrando expresamente nuestras necesidades, o que

¹ Trat. 2, cap. 2.

² Véase lo que dijimos en el capítulo cuarto (de este mismo libro 3), sobre el autor de esta obra, citada también allí por Falconi. — Aquí el Mercedario cita así: "4 Estad. cap. 18."

lo hayamos merecido, que si no hacemos esto de nuestra parte, que no tiene El cuidado, ni voluntad de comunicársenos; lo cual en todas maneras es falso, y muy por el contrario, porque sin merecerlo, sino por su bondad, se nos comunica sin cesar. Y esto es lo que dijo San Pablo,³ que las misericordias, que Dios usa con nosotros no es porque hagamos para ello obras de justicia, sino por su gran bondad, liberalidad y misericordia. Y esto es también lo que dijo el Espíritu Santo,⁴ no es esto del que quiere, ni del que se apresura, sino del misericordioso Dios. Según esto no pienses, que estás ahí en balde, y aunque te parece no pides, sí haces, y más de lo que piensas: fíate de este Señor, y resignate en su divino querer; que ésta es la cosa, con que ahí más le agradarás.

Demás, que pues tú te pusiste delante de Dios con deseo de agradarle, y de que se cumpliese su santísima voluntad en ti, o con deseo del bien de tu alma, y del remedio de ella, ese mismo deseo, por secretísimo, y callado, que esté allá en lo íntimo de tu corazón, aunque no despegues tu boca, ni pidas nada, ese deseo está Dios viendo, y no sólo el deseo, que tienes, sino lo que desearas, y pudieras tú desear: ese deseo, pues, está clamando a Dios, y pidiéndole. Porque como dice San Gregorio,⁵ el deseo del alma es una voz penetrante, que está clamando delante de Dios, y como el pedir y clamar consiste en el desear, tanto menos pedirá, cuanto menos desear, y tanto mayores clamores mete en los oídos de Dios, cuanto mayor deseo tuviere de Su Majestad. Porque las palabras, con que el alma habla, son los deseos, y si el deseo no es con lo que se pide, no dijera el Profeta: el deseo de tu corazón oyó tu oído. Y así, pues tú estás ahí con ese deseo, de que se haga la voluntad de Dios en ti, y del bien de tu alma, ya le pides, y clamás con él, aunque no le digas nada. Y Santo Tomás dice,⁶ que las gracias, y misericordias de Dios se nos multiplican al paso, que tenemos buenos deseos. Y no dice, que se multiplican, si multipli-

3 Ad Tit. 3, 5.

4 Rom. 9, 16.

5 La cita de Falconi: "Lib. 2. Moral. cap. 4", no corresponde. Véase P. L. 75, 557-558.

6 Falconi cita así: "Super cap. 4 de Divin, nom." — Véase loc. cit. lib. 1, cap. 3), pág. 424 ss.

camos las palabras, y las peticiones, y consideraciones, sino multiplicando nuestros deseos.

Además, que el estar perseverando en su presencia, y puesto delante de sus ojos de misericordia, resignando sus peticiones en su voluntad, para que te dé, o no te dé, lo que él quisiere, eso es estarle pidiendo apretadísimamente, aunque no le expreses tu petición, y con este ejemplo lo entenderás. ¿No has visto una madre rodeada de hijuelos, que le están sacando los ojos, pidiéndole pan, o algún regalillo, que tiene en la manga, y que entre éstos hay uno, que aunque los demás están clamando a su madre, él se está arrinconadillo de puro humilde, callando, sus ojitos bajos, y sin despegar su boca; y entonces la madre piadosa, no sólo no se olvida de él, antes primero que a los demás alarga la mano, diciendo — toma tú, que no pides? Pues hágote saber, que lo mismo pasa en su modo con nuestro gran Dios, que es más amorosa madre para contigo, que la misma, que te parió; y que por el mismo caso, que no le pides expresamente, le obligas con ese resignar tus peticiones en su voluntad, a que alargue aquellas liberales manos, y diga: toma tú, que no pides; y así cuando menos pienses te hallarás lleno de mil misericordias, y beneficios.

Mas si te pareciere que estás demasadamente distraído, duro y seco, dile a Dios una, u otra razón devota. “¡Oh bien mío, dónde podré ir, que esté mejor, que en Vos! ¡Oh bondad infinitamente amable, aborrezca yo cuanto hay en este mundo! ¡Doleos Padre de misericordia de mi miseria, y perdonad mi torpeza! En vuestras manos me resigno, para que se haga vuestra voluntad en mí:” o si nó aviva la fe, de que está allí Dios. Creo firmemente Señor, que estáis aquí conmigo; o haz algún recuerdo de lo que por tí pasó nuestro Redentor en su Pasión, o alguna consideración devota de sus dolores, y amor: esto es, si pudieres, porque los que están en este estado de contemplación, casi no pueden hacer ningún discurso: y en viendo el efecto avivado, tórnate a quedar en resignación, creyendo, y amando a tu Dios presente. Pero si pudieres acabar contigo no decir nada, te será más meritorio, y muy más importante de lo que tú puedes pensar el estarte callando, sufriendo esa sequedad, y todo lo demás, que

allí padecieres, porque es voluntad de Dios, que lo sufras, imitando en eso a tu Maestro Jesucristo, que estuvo perseverando en su oración del Huerto en suma agonía, sequedad, y desamparo, hasta reventar sangre por todo su Santísimo Cuerpo, sufriendolo todo, porque era voluntad de su Padre, en cuyas manos se resignó. Hazlo tú, pues, así también, y estáte ahí padeciendo, y resignado en la voluntad de ese Señor, sin despegar tu boca, ni buscar esos consuelos.

Capítulo XVII

QUE CON ESTE EJERCICIO SE NEGOCIA TAMBIÉN POR LOS QUE SE HAN ENCOMENDADO EN NUESTRAS ORACIONES, Y CÓMO CON ESTA RESIGNACIÓN SE ADQUIEREN LAS VIRTUDES

Y si tuvieres algún negocio tuyo, o ajeno, que te hayan pedido encomiendas a Dios, con ir allí con ese intento, y deseo de pedir eso, que fuere, ten por cierto, que aunque no lo digas con palabras, que no por eso dejas de haber hecho tu petición. Porque Dios penetra los corazones, y está leyendo en el tuyo el deseo, que llevas, y lo que quieres pedir; fuera de que en el acto de resignación, que hiciste antes, pediste en particular por todas las personas del mundo: y así consiguientemente lo hiciste también por esas necesidades particulares: pero aun cuando más lo quieras especificar (lo cual no es necesario para con Dios) dile con David: “Señor, delante de Vos está todo lo que deseo, y no se os esconde el gemido, y petición de mi corazón, doleos de estas necesidades, como sabéis que ellos lo desean, y sobre todo hágase vuestra voluntad.”¹ Y con ese modo breve, y humilde de pedir, le obligas a Dios más que con cuanto pudieras decir.

Demás, que cuando te olvidares de pedirlo, no por eso dejarás de alcanzar lo que se te había encargado, como se lo enseñó Nuestro Señor a Santa Gertrudis,²

¹ Ps. 37, 10.

² Falconi cita así: “Apud. Blos. fol. 94.” — Comprobé la cita en *Obras de Ludovico Blosio* (Sevilla, 1598, pág. 112. En *Joyel espiritual*). Pero esta edición no es la usada por Falconi, pues no corresponde al folio, tanto en esta cita, como en otras que se harán más adelante, y otra que se hizo en la *Cartilla primera* (part. 3, capítulo 1). Desde luego, tampoco usó Falconi la edición de Zara-

diciéndola: “Cuando alguno se encomienda en las oraciones de otro, confiando que por sus merecimientos podrá alcanzar la divina gracia, realmente le hace bien Dios a aquél, conforme a su deseo, y fe, aunque el otro, en cuyas oraciones se encomendó, se haya descuidado de rogar a Dios por él.”

Con la doctrina, que señalé en la *Cartilla segunda* y en la *primera*,³ diciendo, como en este silencio, y resignación se ejercitan la fe, esperanza, y caridad, con todas las demás virtudes, queda respondido a una dificultad, que es la que algunos tienen en entender cómo, o de qué manera, con este ejercicio de contemplación, en el cual no se está pensando en el modo, con que se adquirirán las virtudes, sino sólo se están resignados en las manos de Dios. ¿Cómo, pues, con esto ha de venir un alma a adquirirlas? A esto está fácil la inteligencia: porque si, como ya viste, puestos en este ejercicio, se están ejercitando la fe, esperanza, caridad, humildad, obediencia, y las demás virtudes, claro está que con eso se han de ir adquiriendo ellas, y engendrándose en el alma; porque no hay mejor modo de adquirir las virtudes, que es ejercitándolas; y así, si en este ejercicio se están ejercitando todas las virtudes; vístose está que con él vendrá una persona a hallarse adornada, y enriquecida de ellas. Y de aquí viene, que después te hallarás crecido en la fe, esperanza y caridad, humildad, obediencia, y en todas las demás de por junto: y esto cuando menos pienses, y cuando no aguardabas en ti nada.

Demás, que cuando aquí no se ejercitaran más, que las tres Virtudes teologales, fe, esperanza, y caridad, ese ejercicio era bastante para que se alcanzasen las otras, porque de ellas, como de raíz, y pipita nacen las demás; pues como dice el Padre Fray Miguel de la Fuente, trayéndolo de San Gregorio,⁴ son como tres

goza, 1602, ni la de París. 1622. ¿Se valdría, acaso, de la edición definitiva (*Lud. Blosii opera omnia*, Anvers, Plantin) del año 1632?

³ *Cartilla segunda*, trat. 2; *Cartilla primera*, part. 3.^a, capítulo 10; *Carta a una hija espiritual*.

⁴ Debe referirse (como en el cap. 23, de este mismo libro 3) al *Libro de las tres vidas del hombre*, escrito por el carmelita Miguel de la Fuente, impreso en Toledo, año 1623. Es también la misma cita de *Carta a una hija espiritual*, pero allí, no dice que la toma de Fray Miguel de la Fuente. Lo dice aquí. El Mercedario aquí cita de esta manera: “Lib. 1, cap. 8.”

fuentes, de donde nace toda la perfección del alma y sus virtudes: que así como la vida eterna del Cielo (dice él) nace de conocer las tres personas de la Santísima Trinidad, así la vida espiritual verdadera, y llena de virtudes, nace del ejercicio de estas tres virtudes, fe, esperanza, y caridad. Por lo cual, quisiera yo mucho, que acabasen de entender los que desean adornarse de virtudes, que el verdadero camino para tenerlas, no es el pensar en las virtudes, ni el estar discurriendo sobre ellas, ansiándose, y angustiándose, como que las quisieran alcanzar a fuerza de brazos y diligencias; ni tampoco es el estar imaginando tengo de humillarme en tal, o cual ocasión, tengo de sufrir, o hacer esto, o esto otro, imaginando en cómo lo harán de esta suerte, o de la otra; que todo eso, aunque son buenos propósitos, pero no son virtudes más, que imaginadas, y pensadas, y piensan que ya está la virtud en casa, porque se ven con el conocimiento, y buen sentimiento interior, que tienen de ella, cuando están en la oración; y en llegando la ocasión de ejercitarla no tenemos nada, ni vemos que salen a las manos aquellas virtudes tan imaginadas, y consideradas. Por lo cual sepan, que el verdadero camino de alcanzarlas es acogerse a Dios, conociendo que Su Majestad es el que las ha de infundir; y así resignarse en sus manos, despegando la voluntad de todo deseo criado, que con eso, aunque nuestras diligencias sean pocas, tomará Dios la mano en las ocasiones, que se hubiesen de ejercitar, y peleará en nuestras contiendas, y nos infundirá las virtudes a pesar de nuestros enemigos, como lo enseña maravillosamente la Santa Madre Teresa⁵ por estas palabras: “Vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con sólo el Criador, y no dándonos nada por todo lo criado, Su Majestad infunde las virtudes, de manera, que trabajando nosotros poco a poco, lo que es en nosotros no tendremos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios, y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensáis hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas a él todo sin

5 *Camino de Perfección*, cap. 8. — Loc. cit., págs. 98-99.

hacernos partes? Pues en El están todos los bienes juntos, como digo.”

De manera, que en este darnos todo a Dios, y resignarnos en sus manos, está todo; que con eso Su Majestad, viéndonos fiados de El, y puestos en que haga lo que quisiere de nosotros, El tiene cuidado de reñir nuestras pendencias en las tentaciones, que nos permite; y como dice la Santa Madre a un poco de diligencia nuestra, y de sufrimiento, toma Dios la mano, y hace lo demás. Bendita sea su caridad, y denos por su amor, que ejercitemos esto, y experimentemos lo mucho que en ello hay encerrado. Y así, lo que importa es, perseverar en la oración, que con eso se disponen las almas para alcanzar todas las virtudes, como se lo enseñó Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena.⁶ “Hija (le dijo) razón es que sepas, que el alma que persevera en una humilde y fiel oración, alcanza todas las virtudes.”

Capítulo XVIII

QUE APROVECHA MÁS ESTA RESIGNACIÓN MUCHAS VECES,
QUE LAS MEDITACIONES, Y QUE CON ELLA HAY VERDADE-
RA DEVOCIÓN, AUNQUE HAYA SEQUEDAD

Y no pienses, que por estar seco, y sin sentir devoción, ni jugo, que por eso dejes de tener la verdadera, y sustancial devoción; pues estás entregado, y resignado en Dios, porque esa devoción sensible, que tú echas menos, no es la devoción verdadera, y esencial: antes esa ternura, y afecto sensible no suele ser más que un afecto de la naturaleza, y de la carne, como dije,¹ y no de la voluntad pronta, y determinada a agradar a Dios. Ya te dije en el mismo capítulo lo que es devoción verdadera, más no obstante quiero volver a repetírtelo aquí para que se entienda de todos, con tanta autoridad, como la del Angélico Doctor Santo Tomás, qué es devoción verdadera, y qué deja de serlo. Dice pues el Santo: ² Devoción es un entregarse

⁶ Loc. cit., *Joyel espiritual*, cap. 3, pág. 110. — Falconi cita de esta manera: “Apud Blos. fol. 92.”

¹ *Cartilla primera*, part. 3, cap. 4.

² 2-2, q. 82, a. 1, c.

a Dios: y así aquéllos están devotos que en alguna manera se ofrecen a Dios, y se entregan, y sujetan totalmente a El: por lo cual la devoción no es otra cosa, que una voluntad pronta de entregarse en Dios, para hacer lo que fuere de su servicio. Ahora pues, si la devoción es entregarse a Dios, para todo lo que fuere de su servicio, luego si tú estás ahí entregado en las manos de Dios, y rendido a su voluntad, para que se haga de ti lo que fuere servido, y con voluntad pronta de acudir a todo lo que fuere de su servicio, aunque por otra parte estés seco, ¿luego eso es estar verdaderamente devoto? Y así no te dé cuidado el verte seco, y sin jugo, que antes eso te servirá de que sea más verdadera la devoción, si te resignares en sufrir eso, porque se haga la voluntad de Dios en ti, pues en esa resignación consiste la devoción fina.

Esta misma doctrina dicha, de que la verdadera devoción consiste en la resignación de la voluntad en las manos de Dios, y cómo la verdadera oración consiste en la resignación total de la voluntad, aunque no haya consideraciones, ni meditaciones, se colige claramente de lo que enseña Rusbroquio, Varón raro en santidad: Dice, pues, en el folio último de sus obras: ³ “Cierta virgen daba cuenta de su oración a su Padre espiritual, que debía de ser gran siervo de Dios, y de mucha oración; y queriendo ser enseñada de él, le dijo; que su oración era en la Vida y Pasión de Cristo. Díjola el Confesor que bueno era aquello, pero que sin mucha virtud podía uno sacar compasión, y ternura de la Pasión de Cristo: y así, que no bastaba eso; porque también acá por sólo el amor, y efecto natural, que uno tiene a su amigo, puede sacar compasión de sus trabajos. Preguntóle la Virgen: ¿Y llorar una persona sus pecados cada día, será verdadera devoción, y oración? Respondióla: Bueno es eso, pero eso puede proceder de un afecto sólo natural, porque lo malo, y vicioso

³ ¿A cuál de las muchas ediciones de Rusbroquio se refiere?

Dejando a un lado las ediciones de Colonia, 1552, 1555; podemos asegurar que, desde luego, a la *opera omnia* (Colonia, 1609) preparadas por el cartujo Lorenzo Surio, que he manejado mucho, no se refiere. Existen frases de idéntico contenido (ex. gr. páginas 335, 334, et alibi). Quizás puede referirse el Mercedario a aquella edición (año 1624), en que Gabriel de Bruselas incluye *Bo-das espirituales*. Más bien, parece indicar que Falconi se refiere a una *opera omnia* de Rusbroquio.

naturalmente es aborrecido. Tornó ella a preguntar: ¿sería verdadera devoción pensar en las penas del infierno, y en la gloria, deseándola ardentísimamente? Respondióla: Bueno es eso; pero no es lo más aventajado, porque la naturaleza misma naturalmente aborrece lo que le da pena, y busca lo que le puede ser de contento, y gloria; como si le pintasen a uno su patria en la cual ha de vivir con sumo gusto en llegando a ella, no fuera maravilla el desearla. La Santa virgen fuese con esto muy desconsolada, por no saber cómo tendría su oración, que más agradase a Dios. Y de allí a poco aparecióla un niño muy hermoso, que por la cuenta era nuestro Redentor, el cual diciendo ella su desconsuelo, y que nadie parecía podía consolarla, respondió, que no dijese aquello, porque El podía, y quería consolarla; y así la dijo: Vé a tu padre espiritual, y dile, que la verdadera devoción consiste en la abnegación entera en las manos de Dios, y resignación en su voluntad, así en lo próspero, como en lo adverso, conformando enteramente su voluntad con la de Dios en todas las cosas. Ella fué entonces muy alegre a su Padre espiritual, y díjole, esto; el cual la respondió: Ahí está el punto, porque en esta resignación consiste la verdadera caridad, y amor de Dios, y nuestro aprovechamiento, y perfección.”

Así, que aunque en la oración no se medite, ni se esté con devoción, o fervor sensible, no hay que dar cuidado; porque como haya advertencia, a que se está con Dios, y resignación en su voluntad, y se sufra la sequedad, e inquietud por amor de Dios, con eso hay la verdadera y finísima oración, y la perfecta, y esencial devoción. Y con esa resignación negocias más, que con otra cualquiera diligencia, que pudieras hacer; y ése es el camino derecho de traer a Dios, a que more en nuestras almas; y si no mira cómo la Santísima Virgen nunca llegó a concebir a Cristo, ni a traerle en sus entrañas, hasta que se resignó diciendo: Ve aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Lo cual no llegó a alcanzar en todo el discurso de la alta contemplación en que estaba, ni en la alteza de sus virtudes, ni en todo el tiempo, que le duró el coloquio con el Angel; porque ni la contemplación más alta, y delicada del entendimiento, ni los coloquios angélicos no

traen a Dios al alma, mientras no hay resignación en la voluntad de Dios, y en habiéndola, todo está hecho.

Mirando al desengaño de esto dice Alberto Magno en el *Libro*, que trata *de llegarnos a Dios*:⁴ “No cuides mucho de tener actual devoción, y sensible dulzura, o lágrimas, sino solamente de estar unido con Dios interiormente con el entendimiento, y buena voluntad.” Nótese mucho esto; porque en esta resignación está la esencial devoción, y no en los fervores sensibles, que algunos tanto desean, con lo cual cesarán las quejas; que es graciosa cosa ver algunos muy quejosos: ¡Oh Señor!, que cuando me quiero recoger un rato estoy tan seco, tan sin devoción, tan sin lágrimas, que me causa grande desconsuelo (y las mismas quejas son con la Comunión). Pues pregunto, ¿esto de la devoción es guante, que se ha de traer en la faldriquera, que cuando se les antoja se le ponen, y cuando quieren se le quitan? ¿No hay más sino estar devotos cuando quieren, y a la hora y punto que a ellos les da la gana de tener oración? De manera, que si ellos quieren recogerse a las ocho, a esa hora ha de estar aguardándoles Dios con la devoción, para dársela luego, y si no quieren a esa hora, sino dilatarlo para después, ¿para entonces les han de tener la devoción aparejada luego allí? ¡Donosa cosa! ¿No tendrán un poco de paciencia, y aguardarán a que Dios se la dé, cuando fuere servido? Y mientras no se la da, sufran su sequedad, que más le agradan con ella.

Capítulo XIX

RESPÓNDESE A UNA OBJECCIÓN, DE POR QUÉ RAZÓN NO SE HA DE DISCURRIR, NI MEDITAR EN ESTA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

DICEN algunos; si Dios nos dió la imaginación, el entendimiento y el discurso para que imaginásemos, discurriésemos, y formásemos razones, ¿no será mejor ocuparnos en eso en la oración, y no estar sin

⁴ De no tomar la cita de San Alberto Magno a través de otro autor (por ejemplo, de Fr. Luis de Granada, como lo hace en la *Cartilla primera*, part. 3, cap. 3), es probable que Falconi se valiese de la siguiente edición: *De adhaerendo Deo libellus. Accedit ejusdem Alberti vita; Antverpiæ* 1621.

esos actos? Respondo: lo primero, que todas las cosas tienen su tiempo, como dice el Sabio;¹ y así en el tiempo de meditar (que es el de principiantes) entonces es verdad, que se ha de discurrir, e imaginar, porque eso con todo lo demás, toca a la meditación; y ya dijimos se había de perseverar en ella, hasta que se quitase la gana, y aplicación al meditar, y que antes de las señales, que ya quedan en el libro primero, que no se había de dejar de meditar. Pero en el tiempo que se ha de contemplar, entonces no ha de haber eso, sino procurar atender a Dios con una noticia general, sin consideraciones, ni meditaciones; no porque sea malo el meditar, sino porque entonces no es tiempo de eso, sino de contemplar, que es un simple creer, o mirar el objeto sin discurrir: lo cual se impide por los discursos de la meditación; porque claro está, que si se discurre acerca de una cosa, que eso no es creerla, y meditarla simplemente. Y así digo, que si bien los principiantes han de meditar, y procurarla todo el tiempo que pudieren, y también los aprovechados algunos ratos entre día; pero en estas horas, en que se ha de procurar contemplar, es cosa cierta, que no se han de admitir consideraciones, ni meditaciones, sino, no más, que un simple creer, y amar, resignando la voluntad, porque eso es contemplar; y así es llano, que si no se hace eso, que no es procurar contemplar. Y si se procura contemplar ha de procurar no meditar. Y ésta es doctrina común de los Santos, como veremos en el capítulo siguiente.

Lo segundo respondo: que Dios nos dió los discursos de la razón e imaginación, no para que siempre obrásemos con ellos, y a todas horas y tiempos, sino para que discurriésemos lo necesario, y forzoso; y cuando no lo fuere, pudiésemos privarnos de sus actos, y de lo gustoso, que en ellos hay por amor de El: que como también nos dió la vista, el oído, el gusto, y los demás sentidos y potencias, para que usemos de ellos; pero no a todas horas, sino lo necesario y preciso, y cuando no lo fuese, dejásemos de ver, oír, gustar, etcétera, por amor de El, haciéndole un sacrificio de todo eso. Así también nos dió el imaginar, y discurrir, para

1 Eccl. 3, 1.

cuando fuese forzoso el valernos de ello; y cuando no lo fuere, podemos sacrificar esos discursos a su amor, que no es pequeño sacrificio, ni poca mortificación.

Ahora pues, para amar a Dios no es necesario siempre meditar, y discurrir, que eso ya se hizo a los principios el tiempo que se pudo, y fué necesario; pero ya que no hay aplicación a la meditación, basta creer, que es Dios bueno, que me crió, que me redimió, etc., y esa fe simple da bastante luz para amarle, y aun mejor, que el discurso y meditación, como después veremos, y como ya queda dicho en el Libro segundo. Y así podremos privarnos de los discursos en estos ratos, y hacerle ese sacrificio a su amor, pues en otro tiempo se puede usar de ellos, y también se ha ya usado en el tiempo de meditar. Por lo cual podremos poner tasa y límite en el discurso, e imaginar; y contentarnos con un simple creer, esperar, y amar; que sólo en el amar a Dios es en lo que no ha de haber tasa, ni límite, ni se ha de dejar de hacer nunca; pero dejar de discurrir, e imaginar, ¿por qué no?

Y no sólo podemos, antes tengo entendido que este ejercicio, en que niega un alma sus discursos, su querer, o no querer, y todos sus apetitos y sentidos, no queriendo nada suyo, sino resignándose totalmente en la voluntad divina, y llevando la cruz del padecer sequedades, tentaciones, pensamientos importunos, y otras penas; que nos le enseña Cristo nuestro bien, y Maestro, cuando dijo: ² “El que quisiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, lleve su cruz y sígame.” Donde es muy de notar la palabra niéguese a sí mismo, que no dijo, niegue su hacienda, sus dineros, sus casas, sus posesiones, sino a sí mismo; para significarnos, que lo que nos pide que neguemos y dejemos en este lugar, no son esas cosas exteriores, porque eso ya lo ha dicho en otra parte: ³ “Vende todas las cosas, que tienes.” Y así, lo que pide es, que neguemos lo que somos. El hombre, pues, no es casas, ni viñas, dinero, etcétera, ni ésa es su naturaleza humana, sino alma, y cuerpo; y según el alma es investigador, discursivo, amigo de ponderar, y especular, y de querer esto, y lo

² Mat. 16, 24; Marc. 8, 24.

³ Mat. 19, 21.

otro, y de tener voluntad en todo: y según el cuerpo es, sentidos, potencias, imaginación, fantasía, y apetitos, etc., pues, esto es lo principal, que nos pide que neguemos y aneguemos lo que somos, el discurrir, el querer, o no querer, imaginaciones, y apetitos, contentándonos con creer y amar, y llevando nuestra cruz, y padeciendo todo lo que allí Su Majestad fuere servido de sequedades, y pensamientos, etc., con total abnegación, y resignación en su voluntad.

Esto mismo nos pide también, que renunciemos, cuando dice: ⁴ “El que no renunciare todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” ¿Pues qué es lo que el hombre propiamente posee? Claro está, que no es la vida, salud, honra, riquezas, etc., porque de eso no es propiamente dueño, ni lo posee, sino que lo tiene prestado, y al quitar; pues hoy se lo dan; y mañana se lo quitan; por lo cual, lo que él propiamente posee, y de lo que es dueño, es de su voluntad, y de su querer, o no querer; eso es sólo lo que no tiene prestado, ni al quitar, sino que se la dió Dios en esta vida, y le hizo dueño, y metió en posesión de ella, para que hiciese lo que quisiese, y ni el mismo Dios, ni nadie, se la quitará. Y así, supuesto que ésa es su posesión, ésa es la que le pide, que renuncie por su amor, cuando le dice: Si alguno no renunciare todas las cosas, que posee, no puede ser mi discípulo: esto es; no teniendo voluntad en nada, ni querer, ni no querer, sino abnegándose, y resignándose totalmente en las manos de Dios, sin querer nada, sino sólo su voluntad; porque si quiere algo, por mínima que sea la cosa, aunque no sea más que querer gustar de hacer un discurso, o un concepto suave, ya eso es querer algo, tener voluntad, y no haberla renunciado del todo.

4 Luc. 14, 23.

Capítulo XX

RESPÓNDESE A UNA OBJECIÓN CONTRA LO DICHO EN ESTOS CAPÍTULOS ANTECEDENTES, CON QUE DEL TODO QUEDA CLARA LA DOCTRINA DICHA

No obstante que lo dicho es tan cierto, y llano, como hemos visto, hay algunos, que se les hace duro el decir, que se han de desechar las consideraciones buenas; y así dicen, que es cosa recia, y dura el decir, que un alma, cuando está en oración, no haya de hacer algún discurso acerca de la pasión de nuestro Redentor, o de la grandeza de Dios, u otra cualquiera, sino que sólo ha de perseverar en esta fe simple, y resignación dicha. A lo cual respondo: lo primero, que no es duro, sino muy fácil de entender, supuesto, que como hemos visto en los capítulos antecedentes, es mejor, y más perfecta esta noticia general de fe de todo Dios en común con modo negativo, que otra cualquiera consideración, concepto, o discurso, que acerca de Dios pudiéramos formar; y así no será duro el decir, que hagamos lo más perfecto, y mejor, dejando lo que no lo es tanto, Lo segundo, que esas consideraciones, discursos, y conceptos son ejercicios para la meditación, pero no para la contemplación propia, y verdadera, que es de la que ahora tratamos, como ya queda dicho en el capítulo antecedente, porque en ésta no hay discurrir, ni considerar, sino una fe simple, con que se mira el objeto, desechando cualesquiera consideraciones, y conceptos, que se ofrezcan en aquella sazón, como lo enseñan comúnmente los Santos ya referidos en el segundo Libro, cuyas autoridades, y palabras referimos bien despacio: y bastaba sólo lo que allí quedó dicho para que quedase llana, y clara la duda aquí propuesta, y otras cualesquiera, que se pudieran ofrecer.

Pero, no obstante, quiero ahora renovar la memoria al lector de algo de lo que allí referí, y con otras nuevas, y aún más claras autoridades, y palabras de Santos, con que del todo quedará asentado, y cierto, como ellos enseñan, que en la oración de contemplación, de que vamos hablando, no ha de haber discurrir

sos, ni meditaciones, sino un sencillo creer a Dios presente, procurando unir la voluntad con la suya, rindiéndola, y resignándola toda en sus manos. De los que más claramente hablan en esta materia es el Santo Fray Pedro de Alcántara, como ya dije en el Libro primero, el cual dice así: ¹ “Cuando el hombre llegare al reposo de la contemplación, debe luego dejar todos los discursos, y pensamientos, por muy altos, que parezcan, no porque sean malos, sino porque son impeditivos de otro bien mayor (que no es otra cosa, que dejar la meditación por amor de la contemplación) en este tiempo, pues acalle el entendimiento, quite la memoria, no especulando por entonces cosas particulares de Dios, conténtese con el conocimiento, que de El tiene por fe, y aplique la voluntad.” Lo mismo dice Ludovico Blosio por estas palabras: ² “Cualquier imagen o pensamiento, aunque sea de los mismos Angeles, y ni más, ni menos el pensamiento de la Pasión del Señor, y cualquiera pensamiento intelectual le impide al hombre en esta vida, cuando se quiere levantar a unirse con Dios, que es sobre toda sustancia, y entendimiento.” (Para la perfecta unión, y contemplación perfecta quiere decir que impide; que para la menos perfecta, claro es que no impide.) “Al punto, pues, que quisiere hacer esto, se han de dejar, y despedir semejantes imágenes, y pensamientos santos, que en otra ocasión con grandísimo provecho se reverencian, y conservan, porque ponen algún medio entre el alma, y Dios.”

Y Ruperto Liconiense ³ dice: “Que en esta oscuridad, en que el alma está en la contemplación de fe, que no sólo ha de estar vacía de cualquier acto aprensivo; sino que las influencias, que la mueven a hacer algunas aprensiones en su consideración, que no las ha de recibir, sino estarse en una actual, y perfecta ignorancia de todas las cosas criadas, y de todas las increadas divinas.” De manera, que ni aun de ninguna cosa divina ha de hacer discurso, sino sólo estarse en

¹ Véase lib. 1, cap. 3. — Aquí Falconi vuelve a citar: “Avis. 8 de la Orac.”

² *Institución espiritual*, cap. 12; loc. cit., pág. 32 ss. Falconi cita exactamente: “*Instit. espirit.* fol. 475.”

³ Falconi cita así: “Sup. cap. de *Mistic. Teol. Etenim.*” — Véase lo que dijimos de Ruperto Linconiense en el Libro 2 (cap. 2).

la oscuridad de la fe sencilla, y simple, a que llama él caligo, e ignorancia.

También enseña lo mismo Ricardo de Santo Victore, a quien refiere el Padre Fr. Bartolomé de los Mártires;⁴ el cual define, qué cosa sea contemplación, diciendo: “Contemplación es una libre inteligencia de Dios: y dicese libre, porque ha de ser libre, no sólo de todas, y cualesquiera imágenes temporales, sino también de los discursos, y consideraciones, aunque sean buenas; porque en la contemplación ha de descansar el alma en una simple, y sencilla vista.” Y San Gregorio también dice lo mismo;⁵ enseñando de qué suerte se ha de haber un alma en la contemplación; y así dice, como ya vimos en el capítulo sexto del Libro segundo: “El primer paso, que ha de dar es recogerse dentro de sí, para que se dedique a contemplar su Autor invisible. Pero de ninguna manera se recogerá si no hubiere aprendido a desechar las imaginaciones, ahora sean terrenas, ahora sean buenas y celestiales: porque cuando medita en estas cosas, mete dentro de su alma unas como sombras corporales. Hanse, pues, de desechar todas estas cosas, y cuando se hallare sin estas imágenes, ya entró la primera puerta del conocimiento de Dios. Bien claramente, pues, dice que el primer paso, en que como cosa asentada, y cierta, se ha de fundar el alma en la contemplación es, no cuidar de discursos, ni meditaciones, sino recogerse dentro de sí a contemplar en fe, y conocimiento sencillo a su Criador.”

Y San Dionisio (a quien después hemos de volver a citar) dice lo mismo, enseñando cómo el alma en la contemplación no ha de procurar noticias, y consideraciones, que le ocurrieren por altas y celestiales que sean, quedándose sólo con la noticia oscura, y sencilla, que la fe da: y dice, que si no se hace así, no llegará al verdadero conocimiento de Dios. “Es menester entender, dice el Santo,⁶ que la causa universal de todas las

⁴ El Ms. cita exactamente: “2. p. *Compend.* cap. 24”. — Véase Libro 2 cap. 10 de *Camino*.

⁵ La cita de Falconi: “Hom. 27 sup. Eccech. lib. 2 al medio”, no es exacta. Refiérese a la Homilía 7, lib. 2. Véase: P. L. 76, 1.012 siguientes.

⁶ Falconi cita: “Cap. 1 de *Mist. Teol. oportunum.*” — Loc. cit. P. G. 3, 999.

cosas sólo se manifiesta, y deja conocer con verdad de aquellos que trascienden, y dan de mano todas las cosas inmundas y puras, y que desechan todas las luces divinas, y las locuciones, y noticias celestiales, y se entran en la oscuridad de la fe." Y lo mismo dice el Venerable Padre Fray Bartolomé de los Mártires, que en la contemplación se han de desechar cualesquiera conceptos, y consideraciones por buenas que sean, quedándose en una simple fe, como ya se dijo en el Libro segundo: Véanse allí sus palabras, que son muy para notar.

Luego si todos estos Santos, y comúnmente todos, según vimos en el Libro segundo (que fuera largo el referirlos) enseñan, que en la contemplación pura, y propia, no se han de procurar consideraciones, ni discursos, sino quedarse sólo con la noticia oscura, y simple, que la fe nos propone de todo Dios en común (la cual es mejor que otras cualesquiera especulaciones nuestras), no hay para qué se le haga a nadie esto dificultoso; y si a alguno se le hiciere, no obstante esto, échase la culpa a sí, y no a otro ninguno.

Capítulo XXI

SATISFÁCESE A OTRA DUDA COMO LA PASADA CON UNAS
PALABRAS MUY NOTABLES DEL ANGÉLICO DOCTOR
SANTO TOMÁS

TODAVÍA habrá alguno que diga: bien está que no se haya de meditar, ni discurrir en este ejercicio de contemplación, sino estarse en una simple noticia de fe, como lo enseñan los Santos. Pero ya que no se haga eso, ¿no será mejor en la oración buscar a Dios con suspiros, y con ansias, darle voces, y clamar a él, que no estarse en esa simplicidad sencilla de la fe? Respondo, que no es mejor eso, sino que antes es muchos quilates más aventajado el estarse en esa sencillez y quietud de estar creyendo, y amando a Dios presente, gozando de ese reposo, que no andarle buscando con esos suspiros, y clamores, pues le tienen en sus almas presente. Y si no oigamos con cuán notables

palabras lo enseña Santo Tomás.¹ “Grandísima ceguedad, y necedad crecida es (dice el Santo) la de muchos contemplativos, que siempre andan buscando a Dios, suspirando por El continuamente, muy frecuentemente le desean, y de ordinario le dan voces en la oración, y pudiéndole gozar, no le gozan, como sea verdad, según el Apóstol, que son Templo de Dios vivo, y que habita Dios verdaderamente en ellos, y que su alma es asiento de Dios, en la cual continuamente descansa. Porque ¿quién sino algún necio busca jamás fuera de su casa la joya, que sabe tiene encerrada en su arca? o ¿quién recibió esfuerzo, y sustento con sólo apetecer, y buscar el manjar, pero no lo gusta? Pues de esta manera pasan la vida algunos justos, y virtuosos, que todo se les va en andar siempre buscando a Dios, y nunca quieren sosegar en el reposo de la contemplación para gozarle en quietud: por lo cual todos sus ejercicios son imperfectos.”

No pudo en el mundo decirse con palabras más claras, cuán faltos de luz perfecta andan los que gastan el tiempo de la oración (de contemplación hablo) en buscar a Dios con discursos, meditaciones, y clamores; pues le tienen en su alma, y pueden gozar de su presencia dulce con quietud, y sosiego, cercenando todos los actos exteriores, e interiores, y discursos; y contentándose con mirar en fe a su Dios, y Señor, y amarle con amorosa, y sosegada resignación.

Capítulo XXII

CÓMO SEA DE MÁS IMPORTANCIA EL ESTAR ENTREGADO EN LA VOLUNTAD DE DIOS, QUE EL ESTAR DISCURRIENDO

PERO de lo dicho bien sé que te queda una dificultad, y es, el entender cómo puede ser, que sea de más importancia para el remedio, y medicina de las miserias, el estar resignada tu voluntad en la de Dios, y callando tus discursos, que el estar haciéndolos, y

¹ Falconi cita bien: Tom. 17, opúsc. 63, cap. 3, in fine. Véase la edición de Obras del Angélico, ya antes citada, vol. 28 (París, 1875), opúsc. 54 *De Beatitudine*, cap. 3, pág. 418.

considerando las grandezas de Dios, u otra cosa así. A lo cual te quiero responder fácilmente con este ejemplo: Considera un hombre, que tiene una pierna cancerada, de que padece crueles dolores, y que deseoso de su salud, va a buscar un gran cirujano, que hay en un lugar, y que habiéndole topado se pone muy despacio a hablar con él, y decirle; cierto, Señor, que me han dicho, que sois una persona muy rica, y muy bien emparentado, y que tenéis muchas posesiones, y casas en este lugar, y que así deseo saber, si esto es así, y conocer de raíz vuestra nobleza, y buenas partes: y ocupado en estos coloquios se está el tiempo, que había de gastar en que le curase el cirujano. Pregunto, ¿este tal no se ve, que pierde tiempo? ¿y que aquel hablar con el cirujano, y todo su hablar, no fué más que estorbarle, para que no le curase; pues al tiempo, que había de ponerle la pierna en las manos, y dejarse curar, a ese se está hablando? Eso dicho se está: y que lo mejor era llegando saludarle, y luego ponerse en las manos del que le había de curar.

Pues lo mismo pasa acá, que cuando vas a la oración, cancerada la voluntad con mil males, y miserias de malas inclinaciones, y apetitos, y a que te cure este sapientísimo Médico, y Dios nuestro, si te pones entonces a considerar, cómo Dios es Omnipotente y Sabio, y a querer investigar sus partes, y perfecciones, y gastas el tiempo en eso, aunque ello es santo, y bueno; pues el entendimiento recibe ese conocimiento, pero la voluntad quédase por curar, tan dura, tan rebelde, y mal inclinada como se vino: y así lo derecho, y más importante es saludar a ese Sapientísimo Médico, y luego quedarte acallando los discursos, y consideraciones, y entregándole la voluntad en sus manos, para que él te la cure, como ve, que ha menester; y estarte en silencio, y resignación, dejándote curar con las medicinas interiores, que él obrará secretamente en tu alma, y con otras exteriores de sequedades, tentaciones y desabrimientos, que él sabrá permitir para tu remedio.

Capítulo XXIII

QUE LA RAZÓN QUE HAY FUERA DE LAS DICHAS, PORQUE NO SE SIENTE LO QUE ALLÍ SE HACE, PROCEDE DE QUE ENTONCES ES VERDADERA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

TAN lejos va de la verdad el decir que no obra, ni ama el alma, cuando no siente lo que obra, que antes todas las meditaciones sensibles, todas las obras de la imaginación, todos los actos, y efectos, que se obran sensiblemente, y finalmente, toda obra, que sienten, no puede ser sustento perfecto en la contemplación perfecta, con que quede satisfecha el alma, ni el obrar puro, que ella pide en la oración; ni con ese modo de obrar puede quedar en el lleno, que pide su inclinación, si no es que llegue a obrar actos puros, y espirituales, y no sensibles, que se obran con la parte superior del alma. La razón es llana, porque el alma es un puro espíritu simplicísimo; luego no puede quedar satisfecha, si no es con obras puras espirituales, y que no sean sensibles; porque lo demás es no darle el sustento, que pide su natural, ni el manjar proporcionado a su inclinación. Y sería en su modo el darle al alma esas operaciones sensibles, como lo que le sucedió al Angel con Tobías, que le daban pan, pescado, y cosas sensibles; porque como lo veían por de fuera con forma corporal, pensaban, que se sustentaba con aquellos manjares sensibles, por no haberles dado Dios luz, para que conociesen, que dentro de aquel cuerpo había un espíritu purísimo, cuyo sustento no eran cosas sensibles. Y así les desengañó él, diciendo: ¹ mi sustento no es sensible, y material, sino invisible, y espiritual, que es Dios. Pues lo mismo pasa acá, que muchos dan al alma pan, y pescado, esto es, consideraciones sensibles, y obras de la imaginación, porque no acaban de entender, que en el hombre corporal, y sensible hay un alma pura, y espiritual: y que si bien por la parte, que es racionativa, y parte inferior del alma, por ésa se sus-

1 Tob. 12, 19,

tenta con manjar inferior, y sensible de discursos, y meditaciones de la imaginación; pero por la parte superior de ella, que llaman la porción suprema, es purísima, y espiritualísima, y así su manjar proporcionado, no es discurso, o meditación, sino una simple inteligencia de la fe, y una pura afección de la voluntad, lo cual de suyo no es sensible.

Y que en el alma haya estas dos partes, suprema, e inferior, o estos dos oficios, y modos de obras (aunque ella es una simple esencia, y espíritu) ¿quién hay, que lo dude? Y de ello están llenos los Santos, de los cuales refiere copiosamente muchas autoridades el Padre Fray Miguel de la Fuente:² y prueba con mucha claridad estos dos modos, que el alma tiene de obrar, uno sensible, y que se percibe, y otro espiritual, y no sensible. Allí lo puede ver quien quisiere, que yo no me quiero detener, sino suponerlo, como cosa tan enseñada, y cierta de los Santos. Y así, supuesto esto, bien se ve, que si bien el hombre, según la parte inferior, y sensible de su alma ha de obrar con modo sensible de discurrir, y meditar, mientras es principiante; pero después en el estado de contemplación ha de venir a obrar con la parte superior del alma, que son obras de puro espíritu, no sensibles: y a no ser así, nunca llegará a obrar espiritualmente, ni a tener el sustento proporcionado a su natural, que es puro espiritual, como ella lo es. Y así, no hay para qué decir, yo no siento, que obro en la oración: yo no siento, que amo, ni siento, lo que mi alma hace: luego no hago nada; porque ese modo de obrar, que entonces tiene el alma; no es sensible, sino insensible y puramente espiritual; y así claro está, que no se ha de sentir, lo que se hace. Y antes por el mismo caso, que ellos sintieran el modo, que tenía de obrar el alma, entonces, ya no fuera obrar con la parte superior, sino con la inferior.

Y maravíllome mucho, que haya quien dude esto (aliás versado en estas materias). Pues es ordinario, cuando el alma está en esta verdadera contemplación, no conocer, ni sentir, que ama, siendo así, que no cesa un punto de amar, como lo notó muy bien el Autor de

² Falconi cita así: "Introd. de las 3 vid. del hom. lib. 3." Véase lo que dijimos de esta obra del P. Miguel de la Fuente, en el capítulo 17 de este mismo libro 3 del *Camino*,

la *Subida del Monte Sión*.³ “Hase de notar (dice) que la potencia de nuestra libre voluntad en este modo de pura contemplación, no cesa un punto de obrar, empleándose en el amor; pero en esta su obra no se siente, ni se entiende, ni un quilate de bullicio; ni hay, en qué se conozca la perfección de esta obra.” Y que no sólo no es menester sentir los actos interiores del alma, por obrarlos en este modo de oración de contemplación, antes bien lo más connatural es no sentirlos, cuando se obra (como en la meditación es lo natural, el sentirlo). Colegiráse también con facilidad de una doctrina de Santo Tomás⁴ cierta, y asentada, en que enseña, que el alma el contemplar lo hace con la parte o porción superior, que en ella hay. “La parte, y porción superior del alma, dice el Santo, está deputada para la contemplación.”

Ahora, pues, como las obras de la parte superior del alma son tan puramente espirituales, y tan insensibles, como se dijo, de aquí viene, que no se sienta el acto de contemplación, por hacerse con la parte superior: y así por no sentirlo dicen, que no hacen nada, y que están ociosos en la contemplación: pero engáñanse manifiestamente, porque antes en eso, que a ellos les parece nada, y ocio, está encerrada la contemplación; pues como dijo el mismo Santo Tomás,⁵ la vida contemplativa consiste en una como ociosidad, y quietud, según aquello del *Salmo*: “Vacad, y veréis, como yo soy Dios.” Y por eso San Bernardo llamó a este ocio, negocio de negocios. De donde se ve, que antes lo más connatural en la contemplación es el no sentir lo que se obra, respecto de estar el alma entonces en este ocio, y vacaciones de lo sensible. Pero la meditación es el contrario; porque como dijo San Agustín,⁶ la parte inferior del alma, ésa es con la que se obra la ciencia del discurso. Lo cual bien se ve, que es propio de la meditación, pues su oficio de ella es discurrir, y considerar, como el que quiere adquirir una ciencia de

3 Loc. cit., part. 3, cap. 8, pág. 323.

4 2-2, q. 182, a. 4, c.

5 2-2, q. 182, a. 1, c.

6 Falconi no precisa la cita de S. Bernardo. Pero, sí, la de San Agustín: “Tom. 4, lib. 83 quæst.”—Se refiere al tomo 4 *operum D. Aurelii Augustini...* per theologos Iovanienses, Parisiis 1614. *Liber de diversis quæstionibus octoginta tribus*, pág. 229 ss.

las cosas de Dios. Pues como el meditar se hace con la parte inferior del alma, que de suyo es tan sensible, y toca tanto en las potencias sensibles de la imaginación, y fantasía, que de aquí nace, que se siente, y percibe tanto la oración de meditación; y como la contemplación se obra con la parte superior del alma, que de suyo, no es sensible, sino pura y espiritual; de aquí viene, que no se sienta, ni perciba la operación de la contemplación.

Capítulo XXIV

EXPLÍCASE, CÓMO CUANDO UNO PIENSA A SU CORTO ENTENDER, QUE NO HACE ALLÍ NADA Y QUE VA PERDIDO, ENTONCES HACE MÁS, Y VA MÁS GANADO: Y QUE ESTAS MATERIAS NO SE HAN DE ENTENDER Y QUERER PALPAR CON LOS OJOS, SINO FIARSE DE DIOS

Y si te pareciere, o causare duda el ver que no entiendes, ni alcanzas, si te va bien, o mal; sino que estás, como embelesado, y como en unas tinieblas, donde ni sabes, lo que haces, ni lo que no: y antes, piensas, que te vas echando a perder, de ningún modo te dé eso cuidado, antes muy gran aliento; porque ese no entender, ni saber, lo que haces, ni si estás en Cielo, ni en tierra, proviene de que, como se pasó ya el tiempo de hacer aquellos actos sensibles de meditaciones; y ya, obra el alma con otro modo más delicado, espiritual, y secreto; de aquí es, que habiendo perdido aquel modo antiguo, que tenía de obrar, piensa, que va perdida, y que no hace nada, como no siente, ni ve en sí los actos pasados; siendo así verdad, que nunca más ganada, que ahora: porque perdiendo aquel modo sensible antiguo, gana otro modo espiritual, y más perfecto: y así ese parecerte, que estás ahora más perdido, que cuando meditabas, es gran señal, que caminas para Dios, y que se va apartando tu alma de todo lo que no es Dios, como lo enseña maravillosamente el Venerable Padre Fray Juan de la Cruz.¹ “Comúnmente, dice,

¹ *Noche oscura*, lib. 2, cap. 16; loc. cit., pág. 891.

cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo, y aprovechando, es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa, que se va perdiendo; porque como ella nunca ha experimentado aquella novedad, que hace deslumbrarla, y desatinar de su primer modo de proceder; antes piensa, que se va perdiendo, que acercando, y ganando, como ve, que se pierde acerca de lo que sabía, y gustaba, y se va, por donde ni sabe, ni gusta; así como el caminante, que por ir a nuevas tierras no sabidas, va por nuevos caminos no sabidos, ni experimentados, sólo por el dicho de otro, y no por lo que él sabía; que claro está, no podrá venir a nuevas tierras, sino por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía: así de la misma manera el alma, cuando vamos aprovechando, va a oscuras, y no sabiendo; por tanto, siendo Dios aquí el Maestro, o guía de este ciego del alma, bien puede ella con verdad alegrarse, e ir segura": mira qué qué claro te lo ha dicho.

Añado a lo dicho, lo que referí poco ha, que es muy ordinario en las almas el pensar que van perdidas, y que cada día van peores; y esto suelen pensarlo de sí, cuando van más aprovechando; porque en estas tinieblas se las quiere dejar estar nuestro Señor, para humillarlas, y purificarlas. Demás, que ¿quién te mete a ti, en querer saber, ni sentir, lo que Dios obra en tu alma, cuando estás allí en oración? Lo que importa es estarte quedo, y dejar a Dios, que obre, que después andando el tiempo, lo verás. Y a este propósito explicó maravillosamente el mismo Padre² lo que dijo Nuestro Redentor.³ "No sepa tu siniestra, lo que hace tu diestra" que es como si dijera: lo que pasa en la parte diestra, que es el alma, no lo sepa, ni lo alcance la siniestra, que son los sentidos, imaginando, o sintiendo, lo que allí se hace. Y hágote saber, que el camino para el Cielo, dijo Nuestro Redentor a Santo Tomás,⁴ era creer, y no ver, ni sentir. Porque las cosas de Dios, y que nos llevan a Su Majestad, no las percibe, ni siente todas veces el hombre animal, como lo enseña San Pablo.⁵ ¿Ves tú acaso, cómo se te perdonan los pecados

² *Ibíd.*, cap. 25; loc. cit., pág. 911. — Aquí cita Falconi el "folio 476".

³ Mat. 6, 3.

⁴ Joa. 20, 29.

⁵ I Cor. 2, 14.

en la confesión, ni sientes cómo se te da allí la gracia? ¿ni cómo está Cristo en el Sacramento? no por cierto; y con todo eso lo crees, porque Dios, la Iglesia, y los Santos te lo dicen: luego tampoco será buena razón; yo no veo, ni siento, que hago algo puesto allí delante de Dios: ¿luego de poco provecho me es; pues los Santos Maestros, y Doctores, que Dios tiene en su Iglesia te enseñan lo mucho, que te aprovecha? Y es menester, que adviertas, que el camino derecho para llegar a entender estas materias, es creer a los principios, y fiarte de Dios, y en nombre suyo obedecer, al que te enseña; y si no lo haces así, nunca llegarás a ser buen Discípulo, ni buen obediente, ni permanecerás en cosa, que sea buena; porque como dijo el Espíritu Santo, si no creyeres, no entenderéis.

Capítulo XXV

CÓMO ALLÍ SE CREE, Y AMA A DIOS PUESTOS EN AQUELLA RESIGNACIÓN Y SEQUEDAD

ALGUNO habrá, que no acabe de persuadirse a que puesto allí delante de Dios, le está amando, sino que siempre piensa, que no hace nada, y que está allí en balde; y colegirálo quizá, de lo que dije, que no se hiciese discurso, ni consideración alguna de propósito; y así para que vea, que se engaña, quiero advertirle, que este no hacer nada de propósito el entendimiento, ni la voluntad, no decimos, que es estar totalmente suspensos, sin pensar en nada, como algunos lo entienden, porque eso fuera disparate, el procurarlo, ni el aconsejarlo: no se dice, pues, eso, ni que están suspensos, sin pensar en nada, sino que no están repitiendo algunos actos, o discursos. Porque el obrar simple de la fe, con que cree, que está allí Dios, o con que se cree otro artículo, o misterio de la Vida, o Muerte de Cristo, con que cree a este Señor todo junto Dios, y hombre, abstrayendo de éste, o aquel misterio, o conforme hubiere sido, lo que propuso al principio de la oración; ese acto, pues de fe, acerca de esas materias, y la aprensión, que de ello hizo, ése no falta, antes si hi-

ciera algunos discursos, ya no tuviera acto puro, y simple de fe; pues en la fe no hay discursos, ni tampoco falta el acto de la voluntad, con que se quiso entregar en la de Dios por amor, mientras quiere estarse allí, y no muda en contrario el acto primero de fe, que hizo; como el que entró en una sala, mientras no muda la voluntad en contrario, y quiere salirse, siempre le dura aquella primera voluntad, con que entró, de estar en la sala; de tal manera, que para que la voluntad no cese de estar queriéndolo, no ha menester tornar a repetir, quiero estar, quiero estar en la sala sino dejarse estar que antes aquel estarse sin decirlo es mucho mejor, y más fino, que el repetirlo, y decirlo, cuanto es mejor el hacer, que el decir.

Pues así en nuestro caso, aquel estarse allí quedo, creyendo, y resignándose, es estar con el hecho entregado en Dios, y queriendo estar con El, que el tornar a decir, que se entrega en sus manos, y otras jaculaciones a esta traza; que eso es decirlo, y lo otro es hacerlo, y estarle amando; porque obras son amores. y no buenas razones.

Veráse mejor, cómo no está el entendimiento suspenso acerca del misterio, que al principio de la oración propuso, aunque no medite acerca de él; si se repara una doctrina clara, y cierta, que advertí en la *segunda Cartilla*, donde dije¹ como el entendimiento, y la voluntad, estando el hombre despierto, no pueden estar suspensos, sino que han de estar en Dios, o en la criatura; y es, que como dije, el entendimiento tiene tres modos de obrar; la una es por simple aprensión de la otra, la otra es componer, o dividir en ella, y la otra es raciocinar, o discurrir acerca de ella; y todas tres maneras de obrar son del entendimiento, y tan verdaderamente obra con la una, como con las otras; y con cualquiera de estos modos con que obre, no se podrá decir, que está ocioso. Ahora, pues, si el alma al principio de la oración hace una simple aprensión de algún misterio, que es la primera operación del entendimiento, y persevera en esa simple aprensión de la verdad, no se podrá decir, que está ociosa, ni que está sin pensar en nada, aunque no discurra, ni medite.

1 Trat. 2, cap. 7.

Pues aquella simple aprensión es tan verdadera obra del entendimiento, como las otras dos de componer, y discurrir: luego aunque no se medite, ni discurra, no por eso estará el entendimiento ocioso, mientras estuviere en la simple, y sencilla aprensión de alguna verdad. Esto es una cosa tan clara, que no cae bajo de duda, sólo es el caso, que como este simple, y sencillo aprender el misterio, es más sutil, y delicado modo de obrar, que los otros dos del componer, y discurrir; de aquí es, que casi no se percibe, ni siente, y por eso piensan, que es no hacer nada, y estar ociosos. Pero no es, sino obrar propio, y verdadero del entendimiento, y el que basta para mover la voluntad al amor divino, como lo advirtió el Venerable Padre Fray Bartolomé de los Mártires, el cual queda ya citado a este mismo propósito.²

Así, que no está el entendimiento ocioso en la contemplación, aunque no medite; pues está ocupado en el simple, y sencillo conocimiento del misterio, que cree; ni menos la voluntad está ociosa, pues está queriendo aquel objeto, y rendida a la voluntad divina, sin que para eso tenga necesidad de hacer nuevas repeticiones, y resignaciones, mientras no se sale de la primera. Y aun parece era sólo amarle con palabras (y aun supérfluo) el estar repitiéndole a Dios: Señor en vuestras manos me entrego, en vuestra voluntad me resigno: como lo fuera si tú le hubieras dado una joya a un amigo, y entregándosela ya; que si después le estuvieras cada rato repitiendo, como dije en la *Segunda Cartilla*:³ Señor, esta joya os entrego, tomad esta joya; eso era supérfluo, porque una vez dada, para qué era menester estar repitiendo, que se la dabas, sino dejársela en su poder, que ese es el fino dársela. Así, pues, una vez dada, y entregada tu voluntad en la de Dios, mientras no te sales de esa entrega, y resignación, y te distraes

² Lib. 2, cap. 16.

³ Trat. 3, cap. 9, *Carta a una hija espiritual*. Esta es la comparación de la joya, repetida por Miguel Molinos, e inexactamente interpretada por otros varios autores. Tomada siempre — por los dichos ligeros intérpretes —, de la *Carta a una hija espiritual*, porque desconocen las restantes obras de Falconi. En realidad, pasma la enorme imaginación de Bossuet, al querer fundamentar toda una teoría absurda sobre una sencilla y mal entendida comparación (confr. *Ouevres*, Lieja, 1767, tom. 7, págs. 13-21. — *Instruction sur les états d'oraison*).

de propósito, o voluntariamente, no has menester estarle repitiendo, que se la tornas a entregar, sino, no se la saques de su poder, y estáte quedo, que amándole estás; porque verdaderamente para estarle amando, y para resignarte en su voluntad, no tienes necesidad de decirlo, sino de hacerlo, y callar.

Demás, que todas las veces, que te vienen algunos pensamientos, o tentaciones cualesquiera, para apartarte de que te estés allí con Dios, si los desechas, o resistes (aunque no hicieras más que eso) todas esas veces tornas a conformar aquella primera voluntad, que tienes de estar allí con Dios resignado en su voluntad, y amándole; porque ese mismo desecharlo todo, o por lo menos, no admitirlo voluntariamente, es decir, que no quieres nada más que a Dios, y estarte con El. Y así perseverando tú en el primer acto de fe y resignación, no tienes necesidad de hacer nuevos actos; antes es mejor perseverar en uno continuado, el tiempo, que pudiere durar poco, o mucho, que hacer muchos en ese mismo tiempo, como queda dicho. Pero si se descontinuare el hilo de aquel primer acto, por haberte distraído de propósito, o voluntariamente, desecha ese, en que te ves distraído, y vuélvete a tu primera fe, y resignación en las manos de Dios. Pero adviértote, que no pienses, que el primer acto de fe y resignación, se quiebra, por más que te atormenten pensamientos, mientras tú no los admitas voluntariamente; y así no tienes para qué repetir nuevos actos por la batería, que te dan los pensamientos.

Capítulo XXVI

CONTINUÁSE EL INTENTO PASADO, DE QUE EL ALMA NO ESTÁ OCIOSA EN LA CONTEMPLACIÓN, Y CÓMO ADORA A DIOS EN ESTE EJERCICIO, Y CUÁNTO IMPORTA QUE LA ORACIÓN SEA DE RODILLAS

DEMÁS, que si una persona hiciese acá un acto de adoración a Dios, hincando las rodillas, por breve, que fuese, era un acto perfecto agradable a Dios, y de merecimiento: luego si un alma está allí delante de Dios, no un instante, sino dos, tres, y cuatro horas

adorándole de rodillas, luego no está ociosa. Y así, cuando más no le concediéramos, por lo menos ¿no estaba ocupada en un acto de adoración, con que reverenciaba a su Dios, y le reconocía por supremo Señor, digno de semejante adoración, y así por criatura sujeta, rendida, y arrodillada a sus pies? luego no estaba allí en balde. Y no sólo adorándole, sino con uno de los más supremos, que hay de adoración, que es el de rodillas: como advirtió muy bien Lesio.¹ Que por esto siente tanto el demonio, el que estén en oración de rodillas, y no hay dolor en ellas, en la cabeza, estómago, ni achaque, que no levante para estorbarlo, persuadiendo casi, que se van a morir, si no se sientan; no es ordinariamente sino tentación, que en no haciendo caso de ello a cuatro días se quita; por eso, pues, lo siente tanto por quitarle a Dios la adoración debida, para que ya, que tienen oración, pero que no la tenga con toda la reverencia debida a tal Señor: y yo aseguro, que si hubieran de estar delante de él, les aconsejara, que estuviesen de rodillas, aunque se cayesen de rendidos por aquellos suelos. Y si no miren cómo se atrevió a decírselo así al mismo Señor de Cielo, y tierra. Todo esto te daré si postrado me adoras:² le dijo a Cristo ¡Oh astuto, y atrevido! ¡y cómo que sabes tú, que esto es así, y por eso echas tantas capas a tu negocio, diciendo, que se pierde allí tiempo en estando con trabajo, y que no hay unión en la oración si no se acomoda al cuerpo (y eso llámolo yo acomodación) como si la unión consistiera en más, que en una total resignación en la voluntad de Dios, aunque haya trabajo, y dolor: y como si Cristo nuestro Dechado, y Maestro, no hubiera estado orando en el Huerto con agonía, ansia, y dolor, y postrado de rodillas, para ejecutoriar con su sangre esta verdad, y enseñarnos a orar! (y esto se entiende no habiendo enfermedad, o achaque verdadero, o no siendo muy demasiado el dolor; que en esos casos bien será levantarse, o sentarse un rato, y el enfermo estarse en la cama). Tornando, pues, a mi intento, digo: que no hay para qué decir, que allí se está

1 Falconi cita: "de adorat. cap. 38, dub. 1 núm. 5". — Véase la obra de Leonardo de Leys, o Lessius, *De justitia et jure, cæterisque, virtutibus cardinalibus*, Lovaina, 1605; que tuvo seis ediciones en menos de treinta años.

2 Mth. 4, 9.

en balde; supuesto que a lo menos, se está adorando, y reverenciando a Dios.

Fuera de que, se están obrando los actos de virtudes, que hemos dicho, y diremos de fe, esperanza, caridad, resignación, y las demás virtudes, como se va explicando, y están obedeciendo al Padre Espiritual, que les mandó se pusiesen allí delante de Dios: y cuando no hicieran más, que obedecer al Ministro de Dios, y estar allí quebrantando su voluntad, y mortificando su juicio, con el cual juzgan, que no hacen nada; y con todo eso están por pura obediencia: cuando no hicieran pues más, hacían un acto de obediencia. Y cuando diéramos caso, que todas esas virtudes, y actos buenos no se obraran actual, y formalmente todo el discurso de la hora, que allí se está, como algunos lo piensan, porque dicen no lo echan de ver (lo cual ya vimos, y veremos, que no es menester sentir, que se hace, para que con efecto se obre) cuando diéramos, pues, eso, por lo menos no hay duda, que se obra virtualmente en virtud de aquel primer acto, que al principio se hizo de fe, resignación, obediencia, etc. y en virtud del intento, que entonces se tuvo; porque aquellas primeras palabras, y actos de fe, resignación, y obediencia, aunque no se digan más, que al principio, mientras no se retracta, y se muda la intención, tienen siempre su fuerza, y dan valor a aquella obra; y en virtud de aquella actual resignación, fe, y obediencia, que se hizo al principio de la oración duran por lo menos virtualmente todo el tiempo, que allí se está; la cual es obra santa, y meritoria de gracia, y gloria para el alma, que está en amistad de Dios. Y es también oración, como el que empezó a rezar con intención de rezar, que mientras no muda la intención voluntariamente (como he dicho muchas veces, así en la *primera*, y *segunda Cartilla*, como en el discurso de esta obra) siempre está orando; porque para ser verdadera oración no es menester atención, ni intención actual, sino basta la virtual.

De manera, que para que el alma esté en oración verdadera todo el tiempo, que está allí, y para que con ella merezca gracia, y gloria, y para que alcance lo que desea, no es menester, que tenga todo aquel tiempo actual atención a Dios, ni que esté siempre pensando

en él; sino que basta, que al principio de la oración tuviese esa atención, y pensamiento, aunque no la tenga actual todo el demás tiempo, que allí está (con tal que no se divierta de propósito) porque como dice Santo Tomás:³ sola aquella primera atención, y pensamiento en Dios, que al principio tuvo, tiene valor, y fuerza para que todo el demás tiempo sea oración verdadera, meritoria e impetratoria, aunque todo ese demás tiempo que dura la oración no haya actual consideración en Dios; de modo, que mientras aquella primera intención no se retracta, siempre hay oración, aunque no haya el demás tiempo actual consideración en Dios; luego según esto, el que al principio pone allí su fe y atención a Dios (aunque diéramos caso, que todo el demás tiempo no atendiera a Dios, lo cual no es así, supuesto, que su intento es ése, y que no se divierte de propósito) este tal manifiestamente estaba en oración buena, meritoria, e impetratoria, mientras él no mudaba la intención de estar con Dios, aunque más el pensamiento, y la consideración anduviesen de aquí para allí: luego siempre, que está allí, está en oración, ni se puede dar caso, en que no esté en ella, si no es, que se vaya, y la deje, o mude el primer intento, no queriendo estar con Dios, sino divertido de propósito en la criatura, y objeto, que por entonces, se le ofrece: luego es frívolo el decir, que el alma está allí ociosa, y que aquello no le sirve de nada. Bien podrá ser, que algunas veces inadvertidamente deje de estar en actual contemplación; pero dejar de estar en oración, y en virtual contemplación, eso no puede ser, mientras no muda la intención primera con que allí se puso.

³ En la *Cartilla segunda*, trat. 2, cap. 10. La cita de Santo Tomás es: 2-2, q. 83, a. 13, c.

Capítulo XXVII

QUE AUNQUE UNA PERSONA PUESTA EN AQUELLA RESIGNACIÓN, NO ESTÉ IMAGINANDO EN DIOS, ESTÁ CON TODO ESO ENTONCES MÁS LLEGADA A DIOS SU ALMA POR LA FE; Y QUE EL MÁS ALTO MODO DE CONOCER A DIOS ES NO IMAGINÁNDOLE CON FIGURAS, SINO CREYÉNDOLE COMO ES EN SÍ MISMO

ALGUNOS piensan, que fuera mejor modo de comunicar con Dios en la oración el hablar con El, y pensar, o discurrir en algo para amarle; y que eso fuera llegarse más a Dios, que no quedarse creyéndole presente no más; pero eso es tan al revés, como ahora veremos; porque con aquel acto de fe en que se queda un alma de que está allí Dios con ella, aunque el acto es secreto, y casi imperceptible, con todo eso está más llegada a Dios, y más embebida en El, que con cuantos discursos, y consideraciones pudiera hacer, porque como dijo el Apóstol: ¹ por la fe caminamos, y nos llegamos a Dios, más que por nuestras imaginaciones, y discursos. Y la razón de esto parece clara: porque como este gran Señor es un simplicísimo, y purísimo espíritu, mientras más dejamos las consideraciones, y semejanzas sensibles, y corporales disponemos más nuestra alma, para que con el acto puro, y simple de la fe, atienda a aquella purísima esencia divina, y esté más llegada a Dios para amarle mejor; pues quitamos de en medio las consideraciones sensibles, que eran como unos velos, que había entre nosotros, y Dios, estorbándonos el llegarnos a El perfectamente. Porque como enseña Santo Tomás: ² los actos de las potencias sensitivas, como es el imaginar, impiden según su naturaleza el perfecto entender, y amar de nuestra alma. Porque el camino grosero de lo sensible, es fuerza, que entorpezca la pureza de las potencias espirituales de

¹ Gal. 3, 24.

² En la edición citada, de las obras de Santo Tomás, vol. 15 (París, 1875), *De Veritate* q. 13, a. 4, pág. 5 y ss. Falconi cita exactamente.

ella; y así, si no quitamos aquellos actos sensibles, bien se ve, que está con ellos el alma menos llegada a Dios, y que así le amaré menos. Y así también como para levantar los ojos, y ponerse a mirar al sol es menester cerrarlos, así también para levantar los ojos del entendimiento a Dios, el mejor medio, que hay es cerrar nuestras consideraciones, y ponernos con los ojos cerrados, y oscuros de la fe a creer a aquel Sol Divino para amarle; que eso es lo que dijo San Dionisio.³ Que en dejando sosegar las obras discursivas de nuestro entendimiento, nos levantamos mejor con sola la fe a conocer el rayo de la divinidad.

Demás, que el verdadero, y más digno modo, que hay de conocer la grandeza de Dios es con fe, y creyendo lo que El nos dice de sí; porque lo que nosotros discurremos, y pensamos de El, es corto, e imperfecto, y muy al revés de como pasa en Dios: y para que mejor entiendas esto, te hago saber, que todo cuanto tú, y el hombre más sabio, y entendido del mundo pudiere tirar la barra a imaginar cómo será este Dios, todo eso no es así, sino que hay de ello a Dios infinita distancia: de manera, que aunque le consideres el más hermoso, sabio, poderoso, prudente, y finalmente toda la soberanía de majestad, y grandeza, que se puede imaginar en un hermosísimo trono de perlas, y de oro, con más luz, que el Sol, etc., todo eso respecto de lo que El es en sí es nada, es asco, suciedad, ficción tuya, que tu imaginación finge, porque Dios ni es, ni puede ser nada de todo eso: y en verdad, que tuviéramos buen Dios, si El tuviera alguna de esas figuras; y así dijo el Apóstol: ⁴ no debemos estimar, ni tener a Dios por semejante al oro, o a la plata, o a la piedra figurada por el arte, o a lo que el hombre puede fabricar con la imaginación. Por lo cual sólo es verdad cierta lo que te dice la fe, que es Dios, Trino, y uno, Omnipotente, Eterno, Infinito, Criador, Salvador, Glorificador, etcétera.

Supuesto, pues, que sólo esto es verdad fija, e infalible, y que todo lo demás a que le comparas, y como le consideras, y finges, es al fin ficción; pues es Dios

3 *De divinis nominibus*, cap. 1, § 2. P. G. 3, 587.

4 Act. 17, 29.

sobre toda imaginación, y consideración criada, y no tiene figura, ni modo, ¿para qué te quieres detener tanto en la oración en esas ficciones, y consideraciones, que finges? ¿para qué empleas tu voluntad con tanta ansia en amar esas ficciones, que no son verdad? ¿no ves que en eso eres como el niño, que se paga, y satisface de un oropel vistoso, y deja el doblón provechoso? Bueno es, y santo figurar una imagen de Dios dentro de ti; pero mejor es creer, y amar a Dios como El es en sí mismo: ceba, pues, tu entendimiento, y voluntad, y empléate en creer, y amar aquella sustancia infinita, e incomprendible como ella se es en sí misma, real y verdaderamente, que es como te lo dice la fe, y como está en todo lugar por esencia, presencia, y potencia; que claro está, que aunque es muy bueno, y santísimo ocuparse en figurar un retrato de Dios; pero es mucho mejor sin comparación, ocuparse en creer el original, que es a Dios en sí mismo: y así permanece en la oración en creer a Dios presente en todo, y como es en sí mismo, sin hacer otra consideración, o imaginación; pues ya no estás en el estado, que a los principios de meditaciones, y discursos, que cuando se está en este estado bien es, e importante el procurar esas consideraciones, y meditaciones; pero ya que no puedes meditar, persevera en el acto sencillo de fe, y advertencia de que estás con Dios, pues no te aplicas a otra cosa; que con eso está puesto tu entendimiento en la misma verdad como se es en sí misma, y ocupado en el original verdadero; e imaginándole de esta manera, o de la otra no está puesto en la misma verdad, sino en un retrato, o imagen, que finges, la cual es al revés de lo que es Dios en sí.

Esta doctrina de que se conoce a Dios al revés de lo que El es, cuando se conoce, y considera con las formas, y figuras, que la imaginación forja, es muy digna de ser advertida, para que se vea cuánta merced le ha hecho Dios al alma, que le ha quitado el conocimiento antiguo, que tenía de meditar a Dios en la oración con formas, y figuras imaginarias, para traerla al conocimiento más propio de cómo es Dios en sí mismo, creyéndole, y contemplándole en la oración con una sencilla fe, como El es en sí; y para que se vea cuánto debe conservar la el alma, y dejarse llevar de

esta vocación de Dios, y no resistirla con porfiar a meditar, e imaginarle a su modo antiguo; pues ya Dios la quita la gana, y aplicación para meditarle así: porque eso será impedir el conocimiento legítimo, y nunca llegará a conocerle en la verdad pura, que El es en sí. Y la razón es llana; porque cuando le consideramos en la meditación con esta forma, y figura, y le formamos con ésta, o la otra imagen interior, todo eso es andarle considerando al revés de como El es; pues ni Su Majestad tiene esa figura con que le fingimos, ni es representable con verdad, como se es en sí, con ninguna imagen, o figuras de cuantas se pueden imaginar en el mundo; y así supuesto esto, todo el tiempo, que se ocupa en estas consideraciones, figuras e imaginaciones, o comparaciones, a que le asemeja, todo ese le gasta en conocer a Dios al revés de como El es. Pues considere ahora cualquiera, ¿cómo, o cuándo llegará un alma al verdadero conocimiento de Dios, ni al verdadero aprovechamiento, si gasta su oración en conocer a Dios al revés de como El es en sí mismo? Y colíjase de aquí, cuán fuera de modo perfecto andará el que no pasare de este modo imaginario de conocer a Dios, y cuánta lástima es el que haya quien tanto detenga las almas, enseñándolas se estén siempre, y toda la vida en este modo corto de imaginar a Dios, pues es al revés de como Su Majestad es en sí, impidiéndoles el llamamiento divino, a que Dios las llama, para que le conozcan, no con figuras, sino como El es en sí. Cierto, que es una cosa ésta lastimosa, y que desengaña harto claramente cuánto importa cuando Dios llama a ello, y quita la gana del meditar, el no porfiar entonces, sino dejar estas meditaciones imaginarias para quedarse en una fe simple, y pura de los misterios, que se quisieren contemplar, creyendo sencillamente como la Iglesia los propone, ora sea creyendo la divinidad sola, ora creyendo algún misterio de la humanidad, que en cualquiera de éstos se puede estar en la oración creyéndolos sencillamente sin añadir otra imaginación o discurso, como ya dije al principio del tercer Libro donde puse el modo, cómo se ha de practicar esto en la oración; porque de esa suerte, y no de otra, llegaremos al conocimiento legítimo, y perfecto de Dios; porque sola la fe es con la que conocemos infaliblemente, y

con toda verdad las cosas divinas, y con todas las demás imaginaciones, o figuras las conocemos cortamente, y muy al revés de como son. Esta doctrina la enseñan todos los Santos referidos en el Libro segundo, y todos los demás Autores, que allí viste, los cuales dicen, que en la propia, y verdadera contemplación se han de dejar todas las consideraciones, discursos, conceptos, imágenes y formas, que nuestra fragilidad puede formar de Dios en la oración, quedándose sólo con una fe simple, y sencilla de Su Majestad, y creyéndole como es en sí sin modo, y sin figura.

Capítulo XXVIII

EXPLÍCASE MÁS CÓMO SE AMA A DIOS MÁS DE VERAS EN ESTA RESIGNACIÓN, QUE CON DISCURRIR Y MEDITAR; Y DEL GRAN PROVECHO QUE CAUSA EN LAS ALMAS, SACÁNDOLAS DE SUS VICIOS, Y PECADOS

Es tanto mejor este silencio de resignación, que todas las cuantas consideraciones, y discursos hay, cuanto es mejor el estar amando a Dios sólo, que el estar amándose a sí mismo, o a alguna cosa criada; la razón es, porque el estar queriendo aquellas consideraciones, y deleitándose en ellas, es estar amando, y queriendo su mismo interés, y cebando, y ocupando la voluntad en quererse a sí, y a ellas; y todo lo que tiene de gusto, y voluntad en sí, o en ellas, todo eso se lo quita a Dios, y deja de estar amando a Su Majestad. Y cuando más, y más me diga, que si gusta de ellas, y las quiere, es porque son de Dios: responderéle, que por lo menos no puede negar, que tiene repartida la voluntad, y el amor; y que aunque ame entonces a Dios, también está amando esas consideraciones, y su propio interés: pero el que se pone allí delante de Dios, diciendo: Señor, no quiero nada más que a Vos, y que se cumpla vuestra voluntad, y así cuantas cosas hay criadas las pongo a vuestros pies; y como quien se sacude de todas, desecha de sí cuantas consideraciones, y discursos hay, por tiernos que sean, y no quiere nada

por estarse con Dios solamente, resignado en su voluntad: este tal, bien cierto es, que no ama otra cosa más que a El; pues no quiere cosa criada, ni aun un pensamiento, ni a sí mismo, sino sólo estarse con Dios a solas, y lo que Su Majestad quisiere hacer de él.

Es tan grande la utilidad que trae este modo de oración, que no sólo aumentará en virtud a los que de veras desean servir a Dios, sino que por pecador, y metido que esté uno en sus vicios, y torpezas, le mudará, y hará que lo deje todo, si trata algunos días de ello. Y cuando no le dijera a Dios más de esto: “Señor aquí vengo con deseo de que troquéis mi voluntad, y me ayudéis para que deje ésta mi mala vida: hágase vuestra voluntad, y no la mía.” Y se estuviera así callando un rato, resignado en las manos de Dios, para que hiciera de él lo que más conviniese; tengo por sin duda, que antes de muchos días, si lo continuara, que se había de ver tan otro, y tan mudados sus deseos, y malos intentos, que no se conociera. Y digo, que me atrevo a ofrecerle a cualquiera en nombre de Dios, y de parte suya, que le había de suceder así.

Y para que claramente veas ésto, preguntote: ¿Si fueras madre, o padre de un hijo, que amaras mucho, y éste (aunque hubiera sido de mala, y perdida vida) se pusiera a tus pies, cargado de miserias, y desventuras, desnudo, muerto de hambre, y lleno de asquerosas llagas, y te dijera: Padre, y Señor mío, doleos de mí; ayudadme para que salga de esta miseria en que estoy, y no perezca en tanta desdicha”: y se quedara luego con toda humildad callando, y se estuviera de esa suerte media hora arrojado a tus pies, para que hicieses de él lo que quisieses, es posible, que acabaras contigo el dejar de ayudarle? Y dado caso, que ese día no se lo concedieras; si tornara el día siguiente, y se echara a tus pies, y hiciera lo mismo un día, y otro; ¿fuera posible, que pudiendo remediarle, tuvieras corazón tan duro, que le dejaras perecer? No es posible, pena de no ser padre, sino fiera. Pues mira ahora: nuestro Dios es solamente el verdadero Padre, pues nos manda: ¹ “No llaméis a nadie padre sobre la tierra, que uno solo es vuestro padre, que está en el Cielo”; y en tanto gra-

1 Mat. 29, 9.

do, que aunque se juntaran todos los afectos, y amor de cuantos padres hay en el mundo, no equivalen, ni montan tanto como el amor ternísimo, y paternal con que Dios ama a las almas: y es también amorosísima Madre, como viste ya, según lo que dice por el Profeta Isaías: ² Pues este Señor es tan Padre, y Madre de cada pecador, que si se le pone a los pies uno (aunque malo, y ruin, al fin es hijo suyo) cargado de miserias, y desdichas, le dice: Señor, y Padre mío, y Madre mía, muy amorosa, ayúdame, y remediarme, para que salga de este cieno miserable en que estoy metido, y se está así a sus pies, callando con humildad un día, y otro día, ¿cómo será posible, que Dios no le asista, y remedie? No dudes de ello alma; qué, ¿no es creíble tal cosa! Porque si tú, siendo hombre apocado, de corto corazón, y menos piedad no lo hicieras con tu hijo; ¿cómo es posible que lo haga él, que es la misma liberalidad, y clemencia? Sea Su Majestad bendito para siempre, y nos dé a conocer lo mucho que tenemos en él. ¡Oh mi Dios, y mi Padre, y mi Madre amorosísima! Quién me diera, que estas verdades penetraran el corazón de quien las lee.

Y más te digo, que si te pusiste un día a pedirlo, y Dios te inspiró para que volvieses otros días, que ya tienes buena prenda de tu remedio; porque quien dice que le pidan, gana tiene de dar. Acuérdate de aquel hijo pródigo, a quien a la primera vez que le pidió, sin esperar la segunda, le dió, y enriqueció de su gracia, y favores: y lo ha hecho así con otros muchos, como verás luego. Pero ¿quién será, mi Dios, y Señor, el hombre tan perdido, que prometiéndole tanto bien lo desprecia? ¡Oh Cristiano! ¡Mete en tu alma estas verdades, ámalas, y ponlas en ejecución por la sangre de Jesucristo; mira que te va la vida en ellas; mira que te va tu salvación! Arrójate a los pies de tu Padre Dios, resígnate en sus manos; y después de haber hecho tu petición, estáte con humilde silencio en su presencia, y verás con la experiencia lo que te voy diciendo. Y si no, prueba unos días, y no tengas empacho por más malo, e insolente que hayas sido: llégate a este Señor, arrójate en sus brazos, que aunque más pecador

2 Isai. 66, 13; 49, 1.

seas, te recibirá en ellos de muy buena gana: prueba a hacer esta diligencia, que si no te hallares bien, nadie te fuerza a que prosigas; que en probar unos días no puedes perder nada; pero si te hallares bien, no lo dejes, y verás en ti maravillas, y trocados tus malos deseos, e inclinaciones.

Es cierto que ha habido algunas experiencias de esto que digo en algunas personas. Yo supe de cierto hombre de esta Corte, el cual había acostumbrádose a hacer este ejercicio; pero después dejándolo cayó en un gran vicio: y preguntándole cierto amigo, que le vió distraído, ¿qué si hacía todavía su ejercicio antiguo? Respondió: pues si yo lo hiciera, es bien cierto que no estuviera metido en este vicio que ando; porque en tratando algunos días de ponerme allí resignado delante de Dios, parece que se me consume, y deshace cuanto afecto, e inclinación tengo al vicio. Y así no quiero continuarlo ahora, porque tengo gana de divertirme, y si lo continuara otra vez, tengo por sin duda, que había de tornar a dejarlo.

Otra persona de cierta Ciudad tenía amistad con un hombre tres años había, la cual era con hartos pecados mortales siempre que se veían, y era cada día dos veces: y aunque deseaba esta Señora salir de la tal amistad, nunca acababa de hacerlo, porque era la ocasión terrible: y cierto religioso de mucha virtud, y letras la dijo, que hiciese a la mañana, y tarde este ejercicio, y que fuese confiada, que Dios la libraría, y que volviese dentro de cuatro días. Fué ella, y hízolo así, y volvió al cuarto día, y dijo, que Dios la había dado valor para defenderse, y no tornar a ofenderle, de tal manera, que con haber porfiado el galán más que otras veces, nunca llegó a hacer ofensa de Dios. Y perseverando en el mismo ejercicio, nunca más trató de ofender a Su Majestad, y vino muy contenta de allí a unos días, diciendo, que ya se había librado, y acabándose de todo punto la amistad con aquel hombre: y dentro de un año murió ejemplarmente.

Un mancebo hubo también en cierto lugar de España, que era de los perdidos mozos, que había en él, travieso, atrevido, y de vida muy suelta, tanto, que adonde vivía, en oyendo decir, fulano viene, temblaban, y se escondían de él: éste vino a los pies “de cierto

Religioso”,¹ el cual le instruyó en que hiciese este ejercicio, y dentro de quince días, reventaba ya el hombre de dolor, por el conocimiento que Dios le había dado de sus pecados; y era tanto lo que castigaba su cuerpo con penitencias, que fué menester irle a la mano, y moderarle el paso, porque no acabase muy presto con su vida. Hizo una confesión general, y fué tanta su mudanza de vida, que era para admirar. Otros innumerables sucesos, y bien particulares pudiera contar del gran provecho, que han experimentado muchos con este ejercicio, pero déjolos para no alargarme.

Capítulo XXIX

DE ALGUNOS INCONVENIENTES QUE TIENEN LAS MEDITACIONES EN LOS POCO CAUTOS, Y QUE CON USAR ESTE OTRO EJERCICIO SE LIBRAN LAS ALMAS DE MUCHOS ENGAÑOS DEL DEMONIO

Y para que acabes de entender cuán alto es este ejercicio, quiero advertirte de algunos peligros, que tienen las personas muy dadas a la oración de meditar, e imaginar, como lo advirtieron¹ muy bien el Venerable P. Fr. Juan de la Cruz, y el P. Fr. Juan de los Angeles, y es, que como aquellas consideraciones se hacen con la imaginación, y sentidos, que son potencias corporales, en las cuales tiene el demonio tanta mano para entrar, y salir, y arrojar su ponzoña, usando este enemigo de su astucia, ingiere allí entre aquellas consideraciones mil revelaciones falsas, y luces, haciéndoles creer, que son de Dios, que ven a Jesucristo en su espíritu, o a alguna imagen, o cruz suya con mucho resplandor, y que les habla interiormente; y aun dice San Buenaventura, que llegan algunas personas a estar tan cansadas con sus imaginaciones, que ellas mismas se hacen Dios, se preguntan, y se responden, y hablan

¹ Este “cierto Religioso” pudiera ser el mismo Falconi. Pues en el Ms., a renglón seguido de este caso del mancebo, aparece otro ejemplo de una mujer que Falconi, dice ya expresamente que le sucedió a él, en la Corte. ¿Por qué se suprimió ese ejemplo?

¹ Falconi cita: *Trat. de la Pres. de Dios*, fol. 76. — Véase lo que dijimos en el Libro 2, cap. 5.

con su imaginación, pensando que es con Dios: ¿Señor, haré esto? Y dicen, sí, hazlo. ¿Sucederá tal cosa? Sí: y aquello piensan que se lo dice Dios; con lo cual se desvanecen a sí, y a otros. Y hay otros mil engaños, que como vienen con buena capa, y entre algunas verdades envueltos, no son fáciles de conocer: y así ha habido mil ilusiones, y errores en muchas personas tenidas por espirituales. ¡Ojalá no hubiera tanta experiencia de esto! Y particularmente es mayor este peligro en los principiantes, que como poco advertidos, y experimentados se pagan mucho, y dan fácilmente crédito a lo que ven en su imaginación, y no hay quien les saque de la cabeza, que vieron esto, y lo otro; siendo así, que lo ordinario es todo ficción de su imaginación, y no más. Y tienen otro inconveniente estos discursos sensibles de la imaginación, que como ellos son tan dulces, y regalados, y sabrosos, y tanto lo que se pega el natural a ellos y lo que se ceba, y va gustando el apetito sensible en ellos, que viene ya la oración las más veces a convertírseles en carne, y sangre, y en afectos sólo naturales, y del apetito sensitivo, por el gusto, que allí tienen: y los regalos, y dulzuras, que les había de servir no más que de medio, en cuanto les podía ayudar para buscar a Dios, los toman como fin, y nunca quieren salir de ahí. Y así viene a ser, que la oración, que había de ser (a imitación de Jesucristo, y como El nos la enseñó en el Huerto) sólo para buscar la voluntad de Dios, mortificarse, y resignarse en ella, la usan, y van a orar engolfados en su dulzura, y sentimientos tiernos, y eso piensan que es amor de Dios, y que ya están muy en el caso; y no es sino una arroba de amor propio, y no sé si hay onza de amor de Dios: y vérase claro; pues en faltándoles esta dulzura, y devoción sensible, no saben, ni aciertan a estar en la oración. Y de este inconveniente se sigue otro no menor: y es, que como están asidos a su dulzura sensible del imaginar, y discurrir, y tan connaturalizados en eso, después no hay hacerles, que se apliquen a dejarlos en la contemplación (en la cual no hay meditaciones), ni hay remedio de desasirles de ellos, y aunque el mismo Dios los llame, a que los dejen, ellos no saben, ni pueden acabarlo consigo, sino que porfían a que han de meditar y si no, dicen, que no hay oración, ni se aco-

modan a otra cosa: con lo cual suelen muchas veces dejarle, en viendo que no meditan: todo lo cual, y su porfiar en que han de meditar, no es más que detenerse para no llegar nunca a la contemplación, sino es que el mismo Dios, después por su gran bondad los vuelva a ella.

De todos estos inconvenientes, pues, y de los lazos, que el demonio suele armar en las meditaciones, se libra quien deja todas las imaginaciones, y discursos, y se pone en aquella resignación delante de Dios, no queriendo más que su voluntad, y desechando cualesquiera consideraciones, y actos de la imaginación, que son en los que el demonio siembra sus mentiras. Porque como entonces no obra con potencias corporales, sino con el entendimiento creyendo, y con la voluntad amando, que son potencias espirituales del alma; seguro está, que no le engañará el demonio con revelaciones falsas, visiones, ni otras cosas; porque en esa región interior, y pura del alma, que es porción suprema, y levantada, no entra él, ni sale, ni tiene poder alguno. Y ésta es la razón, porque el demonio es tan enemigo de este modo de negociar con Dios, y procura con tantas veras el estorbar a los fieles, el que no le usen, persuadiéndoles, que allí no hacen nada, que es tiempo perdido, y que mejor fuera meditar en algo, que aquello no es para ellos; y aun persuadiendo a los Confesores, y Maestros se lo estorben a los penitentes; porque como ve le quitan su entrar, y salir en la imaginación, y sentidos donde él tiene sus percances, y hace sus engaños, desatínase con eso, y no hay traza, ni vereda, que no intente para estorbar esto.

Capítulo XXX

EXPLÍCASE POR QUÉ RAZÓN EN ESTE EJERCICIO NO HAY NECESIDAD DE FORMAR IMAGINACIONES PARA ENTENDER, NI CREER

UNA dificultad se pudiera poner acerca de lo dicho, y es, que cuando dijimos, se está en este acto de fe pura, y de contemplación, se ha de creer a Dios con una noticia simple, y general de fe, sin for-

ma, imagen, ni figura interiormente de Dios, ni considerarle de esta manera o de la otra sino sólo creerle como es en sí mismo, según que ya se dijo, y queda explicado: y esto parece dificultoso, porque mientras estamos en esta vida, las cosas, que entendemos, van primero registradas por la imaginación, la cual las quiere luego figurar en tal, o cual forma, y debajo de esa figura imaginada las entiende: por lo cual es común axioma entre los Filósofos el decir, que el que entiende ha menester atender con la imaginación, y que en ella mira las formas, e imágenes, que la fantasía representa, y así dicen: "Importa, que el que entiende mire los fantasmas." Y así, según esto, ¿cómo puede ser, que esté una persona en acto de conocimiento con que cree a Dios, sin que le esté figurando en su imaginación con alguna forma? A esta duda se responde con facilidad, que cuando se conoce una cosa de nuevo, es verdad, que entra la imaginación, concibiéndola con alguna figura sensible; porque como dicen los Filósofos: "Nada pasa al entendimiento, sin que primero haya estado en el sentido." Porque primero se concibe por algún sentido, viéndola, u oyéndola, o tocándola, y de allí pasa a la imaginación, y de allí al entendimiento, el cual en cuanto agente le quita aquella figura material; y en cuanto pasible lo entiende espiritual, e intelectualmente. Y todos estos arcaduces pasa cualquiera cosa primero, que llega a ser entendida por el entendimiento, y hasta que llegue a él, siempre percibimos la cosa con especie material, y sensible, formando la tal cosa en la imaginación con la tal, y cual figura: pero en llegando a ser entendida, ya esa especie se adelgaza, y espiritualiza, y deja de tener la forma, y figura, que antes tenía en la imaginación porque el entendimiento, como es espiritual, no puede entender por especies corporales, sino por especies intelectuales, como enseña Santo Tomás: ¹ "La visión, dice, intelectual no se hace según algunas semejanzas corporales, e individuales, sino según alguna semejanza inteligible."

De manera, que en llegando ya la cosa a estar conocida, y entendida, ya no hay necesidad de que la imaginación esté formando formas, ni figuras materia-

1 2-2, q. 173, a. 2, ad 2.

les de ella, para que el entendimiento atienda a ella; porque con las especies espiritualizadas, que allá le han quedado al entendimiento, con éstas puede ocuparse en su inteligencia, y conservarlas en su memoria mientras esas especies duraren: pero si no duraren, y se acabase la noticia que quedó en el entendimiento, y se perdiese la memoria de la tal cosa, en ese caso sería menester tornar a usar de la imaginación, para adquirir nuevo conocimiento de ella: pero mientras no se perdieren aquellas especies espirituales, y noticia, que quedó en el entendimiento, no es necesario formar figuras del objeto en la imaginación para entenderle; si bien ella siempre procura meter su cucharada, y formar el objeto con figura material: pero entonces se ha de desecharse la tal figura, y quedarse con sola la noticia intelectual, que quedó en él en el entendimiento. Y que no sean menester estas especies, y formas, que se figuran en la imaginación, mientras no se pierda la noticia intelectual, que quedó en el entendimiento, por las especies simples, y espirituales, es doctrina llana de Santo Tomás, que enseña: ² que por lo que son necesarias estas semejanzas, y figuras de la imaginación es, porque las especies simples, y espirituales suelen fácilmente borrarse del alma, y perderse la memoria del objeto: luego mientras no se borraren, ni perdiere la noticia intelectual de él, no será menester recurrir a la imaginación. Luego bien se infiere lo dicho; que mientras no se borrare la noticia del objeto, que no será necesario formar imágenes en la imaginación; pues la razón porque esas son necesarias es, porque, se suelen borrar las especies espirituales, con que se conservaba la noticia del objeto.

De lo cual se colige claramente, que ya una vez adquirida en el alma la noticia, y conocimiento de Dios, y de los misterios, y artículos, que enseña la fe acerca de la humanidad, y divinidad (ora se adquiera por el conocimiento de la fe sola, ora se añada a eso la consideración, y discurso de la meditación) pero una vez adquirida, y habituado ya el entendimiento en el co-

2 Falconi cita: "2-2, q. 45, a. 1, ad. 2". Es más probable que se refiera a la cita que trae más adelante, en este mismo capítulo: 1, q. 1, a. 9, ad 2.

nocimiento de estos misterios, mientras no se perdiere la tal noticia, y memoria intelectual, no tiene necesidad para conocerlos en adelante de formar figuras, o formas de ellos en la imaginación, sino que le basta la noticia intelectual, que quedó en el entendimiento: y así con esa sola puede perseverar en la oración, y estarse en aquel conocimiento, y acto de fe, creyéndolo, sin que tenga necesidad de formarlos con figuras en la imaginación; porque basta ya haber pasado por eso, cuando al principio se conocieron. Y la razón de esto es, porque los actos de las potencias sensibles, como son la vista, y oído, imaginación, etc., son medios para alcanzar el conocimiento del objeto; porque el oír, y ver son medios por donde pasan las especies del objeto a la imaginación, y el imaginar el objeto es medio para llegar a entenderle: luego en llegando a alcanzar el fin, que es haberle ya entendido, y tener noticia habitual de él, no será necesario usar de esos medios: como el que toma una Cartilla para aprender a leer, que aunque al principio importó pasar por la cartilla para saber leer, pero una vez sabido, no hay más necesidad de leer en la Cartilla.

Demás, que donde hay menos necesidad de formar en la imaginación el objeto para conocerle, es en el acto de creer a Dios con noticia general, y en común, como es en sí mismo, que es del que aquí voy hablando: porque como no le comparamos a cosa alguna, ni le rastreamos por las criaturas, no hay necesidad de formar figuras, ni semejanzas de esto, o lo otro para creerlo así (pues éstas entonces son necesarias, cuando se conoce la cosa por comparación a las criaturas) sino que basta decir, créoos, Señor, como sois en Vos mismo, sin meterse en si es de esta manera, o de la otra. Y como también creemos que Cristo está en la Hostia, sin formar imagen, o figura de cómo estará; pues la tal asistencia que allí tiene no es capaz de imaginarse. Y si bien es verdad, que como dije ya, siempre que el entendimiento entiende algo, quiere luego la imagen de ello, confusa, y distintamente, o como mejor puede; pero entonces lo que se ha de hacer es, no parar en aquellas figuras, o semejanzas, sino procurar desechárlas, y levantar el entendimiento al conocimiento intelectual de la cosa, como enseña Santo Tomás, el

cual dice: ³ “Que cuando se le propone al entendimiento alguna cosa, bajo de alguna figura, y semejanza sensible, que no se le ha de permitir al entendimiento, que se esté mirando aquella figura, o semejanza, sino que se levante al conocimiento intelectual.” Y como el que ve una redoma de agua clara, llena de agua de Angeles, que aunque al principio pone los ojos en la redoma; pero no se está ahí, sino que pasa a considerar el agua, que hay dentro, y ahí para la vista, y no en la redoma: lo mismo se ha de hacer acá. Y esto también lo enseña el Santo, el cual dice: ⁴ “Que aunque es verdad, que la contemplación en esta vida, no es sin fantasmas de la imaginación; pero que no consiste la contemplación en ellas, sino en contemplar la verdad inteligible de ellas.” Y pruébalo de San Dionisio, que dice: “Que las Jerarquías de los Angeles nos las da a conocer Dios (aunque ellas son sin cuerpo, y figura) bajo de unos símbolos, y figuras, y que en virtud de haberlas imaginado en aquellas figuras, pasamos de ahí, y somos restituidos al simple rayo, esto es, pasamos al simple conocimiento intelectual de la verdad, y a conocer esas Jerarquías.” Donde es mucho de notar la palabra, somos restituidos, en qué significa, que se le hacía agravio al entendimiento en detenerle en las figuras de la imaginación; y así se le debe restituir eso, pasándole de ahí al simple rayo del entender, y creer puramente.

De manera, que si bien al principio se ha de conocer el objeto imaginándole, y figurándole; pero ya conocido, no hay que detenerse en esas figuras de la imaginación, sino pasarse al conocimiento intelectual, y procurar desechar esas imaginaciones, y figuras. Que esto es lo que enseña maravillosamente San Gregorio, como ya se dijo, el cual dice así: ⁵ “La contemplativa alma todas las imágenes corpóreas las desecha, y con gran cuidado vela en eso, por no quedar engañada con lo que representa la imaginación (pues ella no representa la verdad, que se busca); y así por eso desecha

³ I, q. 1, a. 9, ad 2.

⁴ 2-2, q. 180, a. 5, ad 2.

⁵ Falconi cita inexactamente: “Lib. 23, Moral, capítulo 13.” Véase P. L. 76, 265 ss.

todas las imágenes corpóreas, que se le ofrecen." Donde es de advertir, que repite dos veces, que las ha de desechar todas sin excluir ninguna.

Capítulo XXXI

CÓMO SE HA DE EJERCITAR AÚN CON MÁS PERFECCIÓN ESTE SEGUNDO EJERCICIO DE RESIGNACIÓN Y CONTEMPLACIÓN

Es menester que adviertan los que estuvieren más adelante en este ejercicio, habiéndole ya ejercitado algún tiempo, que han de ir purificándole más, y ejercitándole con modo menos sensible, y más espiritual, para que de esa suerte vayan siempre caminando a mayor perfección; porque al paso que se fueren dejando los actos sensibles, a ese paso se va obrando más espiritualmente, como enseña maravillosamente el V. Padre Fr. Juan de la Cruz en todo su Libro: y así es menester, que se vaya el alma (cuando estuviere más adelantada en este ejercicio) acostumbrando poco a poco a ir cercenando, y dejando los actos sensibles, para obrar más espiritualmente; porque en esta materia, como en todas las demás hay sus grados, y hay bueno, mejor y más perfecto; que por eso nos enseña San Pablo,¹ que procuremos obrar conforme a la voluntad de Dios, no sólo lo que es bueno, sino también lo mejor, y lo perfecto. Ahora, pues, así como de la oración vocal, que es casi toda sensible, se sube a la meditación, y oración mental con la imaginación, que es menos sensible; y de esa meditación, y discurso se sube después a la contemplación, que es aún menos sensible, y más espiritual, pues no hay discurso formal, sino sólo el acto puro, y simple de la fe, y el de caridad; así también de esta contemplación, que es algo sensible, se sube a otra más pura, y que casi no se siente, ni experimenta; porque por ser tan puro, tan interior, y tan espiritual, casi no se advierte, lo cual consiste en presentarse delante de Dios con la intención, y deseo se-

1 Coloss. 4, 12.

creto, íntimo, imperceptible, que tiene el alma de estar siempre, y continuar aquella entrega amorosa, que ha hecho de sí, en sus manos; y esto lo hace con el mismo ponerse allí delante de El, sin que para ello haya menester hacer otro acto de nuevo, que sea sensible, más que sólo ponerse en su presencia. Y que no tengan necesidad de repetir acto sensible para proseguir con la entrega, que ha hecho de sí en Dios, y para estarle allí amando, consta claramente: porque claro está, que si se va allí delante de Dios, en virtud de que está ya resignado en sus manos, que el ir con ese intento, y deseo allá en su alma, y ponerse allí de esa suerte, que eso es ir continuando la resignación, que tenía hecha antes, aunque no haga algún acto nuevo sensible, o experimentable: porque Dios, que lee los corazones no tiene necesidad de ese acto para ver a lo que va allí el alma; ni el alma para estar amando tiene necesidad de hacer acto sensible, el cual se puede experimentar, y sentir, que se hace; porque como el acto de amar ha de ser en la voluntad espiritual, y pura, ése no es menester, que se sienta para hacerse; antes bien suele estar un alma muchas veces seca, dura, y sin sentir en sí nada de suyo, ni haciendo acto alguno sensible, y con todo eso está entonces amando a Dios. De manera, que si le preguntaran, ¿si admitiera entonces una ofensa de Dios? Respondiera, que quisiera antes perder la vida, que semejante cosa; y éste es el fino amor apreciativo, que nos pide Dios, y el que enseña la buena Teología, que el amor sensible, afectuoso, suele ser mucho menos sin comparación, y de menos importancia, aunque en lo sensible del corazón parezca mayor, como ya he dicho muchas veces; y que el alma esté amando sin hacer actos sensibles de nuevo, ya queda también bastante dicho arriba.

Infiérese, pues, de lo dicho, que habrá muchas almas, que cuando están ya más ejercitadas en este ejercicio de contemplación, se pondrán allí delante de Dios, sin hacer algún acto nuevo, afectuoso, y sensible; antes les sucederá en poniéndose allí, que no quisieran, ni aun despegar la boca, ni aun mover el corazón, sino sólo estarse allí en resignación callada, y secreta; y así podrán cuando se ponen en esta oración delante de Nuestro Señor, presentarse allí sin repetir nuevos actos

sensibles, sino sólo poniéndose con aquella fe, y amor secreto, que tienen en su alma; lo cual entonces no lo sienten, porque no hacen actos nuevos sensibles, y afectuosos, pero tiénelo infaliblemente, y estánse allí amando a Dios, y deseando se haga su voluntad en ellos; porque a no ser así, ¿qué habrían de hacer allí una hora a la mañana y otra a la noche? Que claro está, que no habrían de estarse dos horas de rodillas al aire. No están, pues sino amando a Dios; y esto vése; porque como dije en la *segunda Cartilla*,² la voluntad no puede estar ociosa mientras una persona está despierta, sino que ha de estar amando algo, y pues en el mundo no hay más que Dios, o la criatura; luego si aquella alma entonces lo deja todo, y no quiere admitir cosa criada, sino que se vacía de toda criatura, y hasta de los pensamientos, no queriendo, ni amando nada criado; y en fe de eso se presenta delante de Dios; bien se ve, que aquel mismo adorarle de rodillas, eso es ir a buscar ese Señor: y así síguese manifiestamente, que está amando lo increado, que es Dios; si bien esto, ni se siente, ni experimenta; porque los actos puros, y espirituales del alma, no caen bajo de la experiencia sensible; porque así como el alma no se siente por ser puro espíritu, así tampoco sus operaciones se sienten cuando es de suyo, cuando se obra con pureza. Verdad es, que este ponerse en la oración, con esta fe continuada, simple, y secreta, sin expresarla con acto sensible, que esto no es de muchos, porque lo ordinario en los más es empezar su oración con actos sensibles de fe, o con algunas aspiraciones jaculatorias, considerando algo de la Pasión de Nuestro Señor, para entrarse por ahí, como por puerta a la divinidad sola: pero otros hay, que están ya más adelante, que andan en una presencia, y fe de la divinidad simple, y sencilla, sin formar a Dios con figuras, e imágenes de la imaginación, sino sólo creyendo su divinidad en general, y entregados con resignación amorosa en sus manos divinas: y estos tales no tienen necesidad de empezar sus horas de oración con actos sensibles de fe, o aspiraciones, u otras consideraciones, sino presentarse delante de Dios con aquella fe pura, y noticia general, que tienen siempre asen-

tada en su alma, creyendo la divinidad, y entregados por una resignación general, y continuada en su voluntad santísima, con la cual andan siempre entregados, y resignados en Dios, para todo lo que quisiere hacer de ellos: y esta misma noticia de fe, y resignación la continúan allí en su oración, y en todas las partes, sucesos, y acaecimientos. Y dije, que no hacen acto nuevo de fe, o amor sensible, porque el acto espiritual de fe interior, y el de amor, por resignación, esos tiénelos sin duda ninguna, aunque ellos no lo sienten, por no ser sensibles, como ya dije; que claro está, que en fe de que creen, que está allí Dios, y con intención de adorarle, y resignarse en él, se hincan allí de rodillas, que a no llevar esa fe, e intento, para qué habían de ir allí.

De toda esta doctrina, de que las almas, que estuvieren más ejercitadas en esta oración, no tienen necesidad cuando van a ella de nuevos actos sensibles de fe, y de resignación, la razón es llana: porque todas las consideraciones, actos sensibles de fe, y jaculaciones, no son más, que medios para llegar a la unión de amor, que se hace por una total entrega, y resignación en la voluntad de Dios. Luego las almas, que estuvieren ya puestas en esa entrega, y resignación amorosa, no tendrán necesidad de aquellos medios, mientras no salieren de aquella resignación. Y si salieren voluntariamente por el pecado, o por otra cosa contraria a la voluntad divina, tornarse otra vez a ella. Verdad es, como dije, que esto no es para todos, pero a quien Dios hiciere esa merced camine muy consolada, que bien va. Y para testimonio de esto basta ser doctrina del Venerable Padre Fray Juan Sanz, a quien cité arriba, el cual la enseña así a un alma hija suya en una Carta, que refiere en su vida el Padre Fray Juan Pinto, por estas palabras.³ “Digo, que pues Dios te tiene puesta ya en su presencia divina y tu amor es ya la divinidad sola, que no tienes, que entrar en la divinidad por la puerta de la Pasión de Cristo, mientras Dios te tuviere dentro de sí; particularmente, que habiendo probado el discurrir por la Pasión del Señor, te perturbaba

³ Loc. cit. (lib. 2, cap. 5). — Aquí concreta Falconi: “folio 65”.

de ese amor reposado; y lo que más es, que las mismas aspiraciones, que son la escalera para subir a ese amor, le perturban también; y así te digo, que mientras durare esa misericordia (que es andar en la fe de la divinidad, y en la resignación de amor) que ni hagas discurso, ni aun meditación, ni aun comiences tu oración por aspiraciones. Pues como dices, al punto, que comienzas tu oración, ya te hallas en los brazos del esposo en ese amor reposado; porque la meditación es medio en la oración intelectual para encender el amor, como las aspiraciones son medio también en la oración afectiva para alcanzar el fin, que es el amor: pues si luego te da Dios el fin, que es el amor reposado, no son menester medios; como cuando ya está la brasa encendida, no es menester soplarla, porque sería desbaratar el fuego. Y así te digo, que no tienes para qué interrumpir el amor reposado con nuevos actos, sino continuar aquel mismo acto." En lo cual se ha visto bien claro, que no tienen necesidad de nuevos actos sensibles de fe, o de amor, para empezar la oración, sino continuar aquel acto de fe general, y espiritual, y de resignación amorosa, en que andan las almas, que están ya más ejercitadas en esta oración, y a quien Dios hace esa merced de que ande en esa presencia de fe de la divinidad.

Capítulo XXXII

QUE AUNQUE MÁS PENSAMIENTOS, DISPARATES, Y TENTACIONES VENGAN A LA IMAGINACIÓN, CUANDO SE ESTÁ EN ORACIÓN, Y AUNQUE MÁS SEQUEDAD, E INDEVOCIÓN SENSIBLE HAYA, NO NOS QUITA EL ESTAR ALLÍ NEGOCIANDO CON DIOS, Y AMÁNDOLE, NI DE TENER ORACIÓN

PORQUE es achaque común, o casi en todos los que tienen oración a los principios, el hallarse fatigados, y desabridos con los pensamientos, en queriendo estar un poco con Dios, por lo cual piensan no hacen nada, y que pierden tiempo, te advierto, que no se te dé nada de ellos, aunque más importunos sean, con tal, que no los quieras de propósito, ni estés advertidamente

pensando en ellos: y si te dan pena, y no quisieras tenerlos, es señal clara, que no los quieres de propósito. Y así en advirtiéndolo, que estabas divertido en algunos pensamientos, aunque hayan durado mucho, procura blandamente desviarlos, no haciendo caso de ellos, y sin hacerte fuerza; y si porfiaren más, y más, de manera, que no puedas desecharlos, no te aflijas, sino sufre con paciencia lo que te molesta y acuérdate, que el principio te pusiste, y ofreciste en las manos de Dios, para que hiciese en ti su voluntad; y así, pues Su Majestad te permite esos pensamientos, súfrelos, y cumple con la oferta. Y lo mismo puedes hacer si te sintieres seco, indevoto, e inquisito: porque allí no vas a estar recogido, o distraído, devoto, o indevoto, quieto, o inquieto, sino a que se cumpla la voluntad de Dios en todo, y por todo, como ya lo advertí en la *segunda Cartilla*.¹ Y para que más te consueles, quiero, que sepas, que no está siempre en nuestra mano el quitar los pensamientos de la imaginación, sino que imaginamos en veinte desatinos a más no poder, y contra nuestra voluntad: sólo lo que está en nuestra mano es no querer pensar en ellos de propósito; y así, mientras no los quieres de tu voluntad no hay, que afligirte, que ya haces en eso, lo que es de tu parte, que Dios no pide más: y siempre se hace hacienda. Y para que del todo te asegures de esto, haz al principio si quieres, esta protesta en tu corazón: “Protesto Señor, que si me vieren aquí cualesquiera pensamientos, disparates, tentaciones contra la fe, o de la carne, que no los quiero, ni es mi voluntad tenerlos; y así desde ahora los renuncio, y sólo quiero estarme con Vos, y que se cumpla vuestra voluntad en mí.” Y con esto, aunque venga todo el tropel del Infierno, no se te dé un clavo de él, porque nada de eso te quita el que estés negociando con Dios; ni las tentaciones te dañarán, y así, no hay que buscar otro nuevo modo de vencerlas, cuando se vengan allí: porque se están actualmente venciendo con ese acto continuado; sino estáte quedo sin hacer caso de nada.

Demás, que puedes estar cierto, y asienta mucho en tu corazón esta verdad, que te será muy más provecho-

1 Trat. 2, caps. 10-12; *Cartilla primera* (part. 3, cap. 10).

sa para tu alma estar en tu oración sufriendo toda esa batería de pensamientos, sequedades, y tentaciones, resignado en la voluntad de Dios, que quiere, que los padezcas, que si estuvieras muy quieto, sosegado, y sin que nada de eso te diese pena. Por lo cual antes debías dar a Dios muchas gracias, porque permite los tengas, que quejarte de ellas: y así por seco, y distraído, que estés, siempre negocias, como ya te dije; y no has de pensar, que consiste ello en estar jugoso, devoto, o recogido, que a ti sólo te toca no querer estar distraído de propósito: y en lo demás hágase la voluntad de Dios, y venga lo que viniere. Considera a una persona, que está dentro de una torre, cerradas puertas, y ventanas, y que por de fuera hacen mucho ruido, tiran piedras, dan golpes, y vocean; pero ella siempre se está dentro por más que hagan ese ruido: así tu corazón, y alma está encerrada con Dios, y tu voluntad queriendo estarse El; por lo cual, aunque por defuera dé voces la imaginación como una loca, con mil pensamientos y desatinos, y aunque más golpeen y tiren piedras de tentaciones, sequedades e inquietudes; no por eso dejas tú de estar encerrado con Dios, con tu voluntad y deseo.

Y para que con más fruto, y provecho deseches los pensamientos, que te vinieren, y sin perder tiempo de tu negocio, te advierto, que el mejor modo de desecharlos, que hay, es no hacer caso de ellos (de que también hice advertencia en la *segunda Cartilla*²) sino dejarlos pasar, y no admitirlos; de manera, que no hagas algún otro acto contrario positivo para resistirlos, ni con el corazón, ni con la boca, como algunos suelen hacer, diciendo, no lo consiento, Jesús sea conmigo, o apretando, o meneando la cabeza, o como que hacen fuerza con la imaginación para desecharlos, o finalmente haciendo otro acto de nuevo distinto, cualquiera que sea; porque aunque eso no es malo, pero nada de ello es menester, sino estarse quedo en fe, y en la resignación, que hiciste al principio, y no darte por entendido de cualquier pensamiento, que venga, aunque más malo sea. Porque con aquel primer acto de fe, y resignación, y sin hacer otro, están vencidos cualesquier malos pensamientos, y tentaciones, y queda todo desechado con

aquel acto continuado, y se está actualmente venciendo; supuesto, que la voluntad no los quiere admitir con pleno querer.

Y si te viniere escrúpulo, que ese no hacer caso de ellos es flojedad tuya, y que parece, que tú te lo quieres, y que tú gustas de estarte pensando, y vacilando en ellos; pues pudiendo hacerte fuerza, y poner conato no lo haces. No hagas caso de ese escrúpulo, que no es sino tentación del demonio, para inquietarte con esa fuerza, y ansia, que él quisiera, que pusieras; lo cual tú no lo has de hacer, sino resignarte en las manos de Nuestro Señor, y sufrir ese tormento; porque es su voluntad, y no hacer caso de esos pensamientos. Que éste es el modo con que David nos enseña, que apartaba de sí, y resistía a los que le querían apartar de Dios, y le hablaban al oído vanidades, y disparates, como los que tú tienes en el pensamiento, que era hacerse sordo, y mudo, y no darse por entendido: así tú cuando te hicieren fuerza los pensamientos, y te hablaren veinte vanidades, y disparates interiormente para apartarte de Dios, hazte sordo, y mudo, y no te des por entendido, y eso es lo mejor. Y la razón de ser éste mejor modo de resistir, es, porque si haces algún acto nuevo (aunque sea bueno) para resistir a los pensamientos es fuerza cesar del primer acto de fe, y resignación, que al principio hiciste, a la par, y juntamente no puede una potencia hacer dos actos número diversos, sino que para empezar el uno ha de dejar el otro: y así, para no discontinuar, ni perder el hilo del primer acto de fe, resignación, y amor, será lo mejor no resistir con acto de nuevo positivo, sino negativo, no haciendo caso de los pensamientos, y haciéndose sordo (que no hay peor sordo, que el que no quiere oír) y estarse en su primer acto de fe, y de amor continuado; pues es mucho mejor un acto continuo el tiempo que pudiere durar, que muchos particulares en aquel mismo tiempo: que claro está es mejor una capa de una pieza, que otra de muchos remiendos. Y que éste no hacer caso de los pensamientos sea mejor, y más perfecto modo de desecharlos, y más conforme a la cortesía debida al Señor, con quien estamos en la oración, que no desecharlos con acto nuevo de resistencia, explicaráse con este ejemplo claramente. Estamos dos amigos encerrados en

un aposento, tratando, y comunicando algo, y llega a la puerta un hombre, y llama; de dos maneras se le puede despedir, la una es, diciéndole idos de ahí señor, que estoy ocupado, la otra, es haciéndome sordo aunque más llame, y continuando mis negocios. Si hago lo primero, es fuerza dejar lo que estaba hablando con mi amigo, e interrumpir la plática, para ver de despedir al otro; pero si hago lo segundo haciéndome sordo, y no haciendo caso, aunque más llame, no dejo mi negocio ni interrumpo un punto lo que estaba haciendo, ni soy descortés en dejar a mi amigo. A este modo, pues, si yo hago acto de nuevo para resistir los pensamientos, cuando estoy con Dios; eso es hacer cara a ellos, y volver las espaldas a Dios (que huéle a descortesía) y pierdo el hilo de estar mirando a Dios, por aquel punto, y quien pierde un punto pierde mucho; pero si me estoy quedo, haciéndome sordo, y sin hacer caso de ellos, no pierdo el hilo de mi negocio, ni de estar mirando a Dios, ni uso la descortesía de dejarle, por hacer cara a los pensamientos.

Demás, que los pensamientos en la oración son como gozques importunos, a los cuales si les hacen cara, y resisten, se engrescan y ladran más; pero si no hacen caso de ellos, luego van callando, y dejan a un hombre: así son los pensamientos, que si se les hace cara, y muestran resistencia, parece, que se engrescan, y ladran más en la imaginación; pero si no hacen caso de ellos, luego se van apaciguando a pocos días, y no atormentan. Y así concluyo con decirte, que aunque te parezca que es muy poquito el tiempo, que tienes la actual vista de fe en Dios, respecto de que cada instante anda el pensamiento de aquí para allí, que no te dé pena eso, porque, por poquito, que dure la actual, y formal contemplación, que es de ese mirar a Dios con la fe presente, que es de grande importancia ese poquito para el alma. Por lo cual dice San Gregorio sobre aquellas palabras de los Cantares, que dicen: "Hallé al que ama mi alma."³ Que para hallar el alma al Esposo, bástale poner el ojo de la contemplación en El, aunque sea un poquito. "Dícese haber hallado,

³ *Super Cantica Canticorum expositio*, cap. 3. — P. L. 79, 502.

cuando en la claridad de su divinidad, contemplando, fija algún tanto el ojo de la fe” dice el Santo; donde es muy de notar esta palabra, algún tanto, porque ahí significa claramente, qué fácil, y ordinario es el divertirse de la contemplación actual, y durar muy poquito en la actualidad de la fe en el discurso de las horas de la oración: pero que junto con eso, en ese poquito de actual contemplación, y aunque sea como a sorbitos discontinuados en el tiempo que dura la oración, gana mucho el alma, pues halla al Esposo deseado.

Capítulo XXXIII

EXPLÍCASE MÁS CÓMO SE TIENE ORACIÓN CON UNA BUENA VOLUNTAD, Y DESEO DE TENERLA AUNQUE HAYA MÁS PENSAMIENTO

YA sé, que en otra parte,¹ y diversas veces, toco este punto, más nada me satisface; porque nada parece basta para darte a entender lo que deseo, y para que no te enredes, ni dejes persuadir de tu imaginación o del demonio, que muy solícito pretende disuadirte de lo que aquí se va tratando; y así finalmente te quiero hacer saber, para que veas cuán fácil es buscar a Dios, hallarle, y negociar con El, y tratar con Su Majestad, como de lo que se paga es de corazones, esto es, del buen deseo, y voluntad del alma, que como quiera, que tú te pongas delante de El, y te estés allí con Su Majestad, con una buena voluntad, y deseo de agradarle, ora estés meditando algo, ora no aciertes a meditar, ni a pensar en nada, como tú te estés allí en su presencia con esa buena voluntad, y deseo de agradarle, con eso tienes oración, y este Señor se da por servido, y agradado, y te estimará, y premiará el estarte allí con El, aunque más te den batería pensamientos, y aunque más parezcan, que te enredan la imaginación, sin poderte librar de ellos. Porque como tenga puesto su gusto, y deleite en estarse contigo, y se pague y alegre de ello, según afirma por su boca,² “mi regalo es estar

¹ *Cartilla primera*, part. 3, cap. 11.

² Prov. 8, 21.

con los hijos de los hombres” con sola esa buena voluntad, y deseo, que estás de estarte ahí con El, con esa le agradas, más de lo que tú puedes pensar, aunque por otra parte estés atormentado de pensamientos en tu imaginación, y de sequedades, y tentaciones: y así, quisiera mucho que acabases de entender, cuán fácil es este orar, y negociar con Dios, para que no te desanimas, ni dejes de hacerlo, pues te va tanto en ello, que depende de eso el remedio y bien tuyo.

Y para que veas mejor de qué poco se paga Dios, y cómo quiere más una buena voluntad, que cuantos discursos, consideraciones, y meditaciones tú pudieras tener, oye lo que le enseñó Nuestro Señor a un gran Letrado, bien deseoso de saber tener oración, el cual en sus horas de recogimiento meditaba, y discurría mucho con muy delicadas, y altas consideraciones; pero como después de mucho tiempo se viese poco aprovechado, y que parece no acertaba con este negocio, Nuestro Señor, como Padre, quiso dignarse de enseñarle cómo tendría oración, con que le agradase, y así le dijo. “Ve a tal parte, y en un rincón hallarás una viejecita, háblala, que ella te enseñará, cómo has de orar para agradarme.” Fué el Letrado adonde le dijo el Señor, y topó una viejecita hecha un ovillo, arrinconada, y como desechada de todo el mundo (que por la cuenta era una pobre mujer desarrapada, que se sustentaba de guardar unos porquezuelos) él de que la vió, empezó a admirarse de ver, que aquélla había de ser la que había de enseñar a él a orar, y preguntándola, ¿que qué hacía allí sola, y tan callando? ella respondió, que allí se estaba con Dios: ¿pues qué haces ahí con Dios, o en qué te ocupas? A lo cual respondió ella: Aquí le digo: “Señor, si hubiera unos puerquecitos destinados para con su valor hacerte fiestas en tu templo, yo los guardaría de muy buena gana.” En oyendo estas palabras conoció luego él, con la luz, que allí Dios le dió, de que era de lo que Dios se pagaba en la oración, que es de la voluntad, y deseo de agradarle; con que en ella se persevere; y que más le agradaba a Su Majestad el corazón, y buena voluntad con que aquella simple viejecita decía aquella bobería, que todos sus discursos, y altas consideraciones en que él se ocupaba. Con lo cual se fué muy consolado, y enseñado; cómo de allí

adelante tendría su oración estándose con Dios, entregándole la voluntad, y el corazón con deseo de agradarle, y cercenando de sus especulaciones. Y tú también lo quedarás con esto para hacerlo de la misma suerte estando en la presencia de Dios con esa buena voluntad, y deseo de agradarle, resignado en sus manos; pues con eso tienes oración, aunque más por otra parte te atormenten pensamientos importunos; procurando tener en la memoria lo que en este capítulo, y en otros te advierto, que creo te servirá de grandísimo alivio para no hacer caso de los tales pensamientos importunos, y para que no te den pena.

Capítulo XXXIV

EXPLÍCASE EN PARTICULAR CÓMO EL INTENTO Y FIN, QUE SE PRETENDE EN ESTE EJERCICIO, ES UNA PERFECTA, Y VERDADERA IMITACIÓN DE CRISTO REDENTOR NUESTRO, Y DE SU VIDA Y PASIÓN

BIEN claramente se colige de lo que hasta aquí hemos explicado de este ejercicio, que está en él encerrada una vida, y verdadera imitación de Jesucristo, nuestro Redentor, y Maestro. Porque, como El dijo de sí, a lo que vino al mundo (como ya también vimos atrás)¹ fué a no hacer su voluntad en nada, sino la de su Padre.² Y en el huerto dijo: ³ Padre mío no se haga mi voluntad, sino la tuya; no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres. Todo lo cual cumplió puntualísimamente, resignándose allí, y en todo el discurso de la vida, a padecer todos los trabajos, penas, y afrentas, y todo lo que fué voluntad del Padre Eterno, hasta dar el espíritu en la Cruz: pues con este ejercicio bien se ve verdaderamente, se van siguiendo estos pasos de la Vida, y Muerte de Cristo nuestro bien.

Lo primero porque todo el blanco a que se endereza esta oración, y lo que en ella se pretende es resignar nuestra voluntad, y conformarnos en todo, y por todo

1 Capítulo proemial.

2 Joa. 6, 38.

3 Luc. 22, 42; Mc. 14, 36.

en la de Dios, no queriendo, que se haga la nuestra en nada, sino la de Su Majestad, como lo hizo Cristo las tres horas, que estuvo en el huerto orando; pues allí toda su oración, se cifró en resignarse en la voluntad del Padre, y desear se hiciese su voluntad, y no otra cosa. Y así se hace en esta oración; pues ella es una total resignación en la voluntad divina, ora sea en salud, ora en enfermedad, en vida, o en muerte, asperezas, o amarguras, en padecer, o no padecer, en tiempo, o en eternidad todo aquello, que El fuere servido, y en todo lo que quisiere hacer de nosotros. Luego bien se ve, que es esto una verdadera imitación de Cristo, de su Vida, y de su modo de oración.

Lo segundo se imita el modo de orar de Cristo Nuestro Maestro; porque según el común, y verdadero sentir de los Santos, el modo cómo Cristo hoy día, y siempre ora en el cielo por nosotros (conforme aquello de San Juan: ⁴ tenemos por Abogado para con el Padre a Jesucristo) no es de otra suerte, más, que mostrando sus llagas al Padre Eterno, y poniéndosele delante para que las vea, y lo que por nosotros pasó, dejándose a su voluntad, y resignándose todo en ella, para que haga lo que más fuere servido; que esas mismas llagas están clamando apretadísimamente por nosotros, y con solo eso, sin hablar otra palabra, alcanza el remedio de nuestras miserias. Pues eso mismo es lo que se hace en la oración, y es el mejor modo, que podemos usar en ella, que es imitar a Cristo Nuestro Bien, poniéndonos en la presencia del Padre Eterno, mostrándole nuestras llagas, que ellas mismas están dando voces a Dios, y no tenemos necesidad de otras peticiones, sino quedarnos con toda resignación a que haga, o deshaga lo que fuere servido de nosotros.

Es también su imitación este ejercicio, y el mismo, que enseñó Cristo: porque pidiéndole los discípulos que les enseñase a orar, lo que les enseñó fué decirles; mirad, cuando oréis hacedlo así, y decid: ⁵ Padre nuestro santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. De manera, que la oración que les enseñó fué, que se resignasen en la vo-

4 Joa., cap. 2, 1.

5 Luc. 11, 1-5.

luntad divina, pidiéndole se hiciese así en la tierra como en el Cielo. Y porque no pensase alguno, que eso era menester repetirlo muchas veces en la oración, dice San Mateo en otro lugar: ⁶ Que les advirtió cuando les enseñó esta oración, que no gastasen muchas palabras; dándoles a entender en eso, que con sólo decir una vez a Dios: Hágase tu voluntad; en la oración, y sin hablar más; con eso basta para tenerla acertadamente, que eso es más conforme al gusto de su Majestad; y todo lo demás que durare, estarse en silencio, y resignación, pues no son menester más palabras, para quien sabe ya lo que le van a pedir.

E imítase también en esta oración la Vida, y Pasión de Cristo nuestro bien, y sus misterios, como ya queda dicho en la *segunda Cartilla*.⁷ Porque lo primero es una imitación de lo que pasó Su Majestad estando en el vientre de su Santísima Madre: porque este Señor estuvo aquellos nueve meses privado de oír, ver, hablar, gustar, conversar, andar, y espaciar su naturaleza, encerrados sus sentidos (véase Santo Tomás⁸ como hubo en Cristo la ciencia adquirita por conversión a los fantasmas: como en ella adelantó más, y más; aun con saberlo todo por la ciencia indita: porque no le faltase a Cristo esta perfección humana), y aprisionada su imaginación, y discurso, siendo así, que era perfectísimo en el uso de la razón, talento, y capacidad: porque desde que encarnó en aquel cuerpecito, desde ese instante tuvo tan perfecto juicio, uso de razón, y discreción, como si fuera de treinta años: y siendo esto así, estuvo privado del uso de su naturaleza, y sentidos, lo cual fué un tormento increíble. Y si no, considere acá un hombre perfecto, que le obligan a estarse en el vientre de su Madre, y estar allí sin oír, ver, hablar, conversar, y espaciar sus miembros por espacio de nueve meses, y verá, que es negocio para reventar de congoja en un solo día; cuanto más en nueve meses. Pues esto quiso padecer y padeció este Señor por todo ese tiempo; y eso imita el alma en esta oración: pues por el tiempo, que está en ella (que es toda la vida, que le dura) está como si estuviera encerrada en el vientre

6 Mat. 6, 7.

7 Trat. 2, cap. 12.

8 3, q. 12, a. 1; q. 9, a. 4.

de su Madre, privada voluntariamente de oír, ver, hablar, conversar, y del gusto, y desahogo del usar de la razón, y del discurso, aprisionada la imaginación; y lo que más es, la voluntad y el querer, y tiene como hecha un ovillo, envuelta, y mortificada toda su naturaleza, puesto en una muerte voluntaria, como queda dicho.

También imita el misterio de la adoración de los Reyes: porque así como en ella entraron solos tres Reyes a adorar al Niño, quedándose fuera todo el carruaje que traían de criados, camellos, y otros animales, y ofrecieron oro, incienso, y mirra, que significan las tres virtudes teologales; así aquí en esta oración entran los tres Reyes, que son las tres potencias, entendimiento, memoria, y voluntad, a adorar a Cristo; y dejando fuera el carruaje de los sentidos, criados, y demás potencias animales, le ofrecen fe, esperanza, y caridad: fe, creyéndole Dios, y Hombre; esperanza, pues la pone toda en El, confiándole totalmente todas sus cosas; y caridad, resignándose en su voluntad, y queriéndola más que cuanto hay. Imita también el misterio de ser presentado en el Templo; pues así como allí Cristo fué presentado en la presencia del Padre Eterno, dedicándose totalmente a su servicio, y al cumplimiento de su divina voluntad, le ofreció su persona, vida y obras para el cumplimiento de ella; así acá el alma se presenta en la presencia del Padre Eterno, ofreciéndose, y dedicándose, totalmente al cumplimiento de la divina voluntad; y si fuere menester a costa de su persona, vida, y de todo su ser. También imita a Cristo cuando se perdió de sus Padres temporales en el Templo, que aunque más le buscaron entre los conocidos, y parientes, no le hallaron entre ellos, por acá fuera, sino allá dentro, en lo interior del Templo, tratando el negocio, y cosas tocantes a la voluntad de su Padre Eterno: Esto imita el alma en esta oración con gran propiedad, porque, no una, sino muchas veces, suele perder el alma a sus padres, esto es, a todos los afectos sensibles, y terrenos, en que fué concebida, y engendrada, como entre padres, y los actos naturales de su discurrir, e imaginar, quedando de suerte, que a todo su entender, le parece está como perdida, y no en el cielo, ni en la tierra, en un vacío de todos los conocimientos viejos, y sin poder toparse entre los parientes, y conocidos an-

tiguos, de sus actos sensibles de remediar, ni afectos gustosos de fervores interiores: pero entonces está en lo interior del Templo, y parte superior del alma, tratando con Dios a solas los negocios del Padre Eterno, creyéndole, amándole, y adorándole en espíritu, y verdad. E imita también a Cristo perdido: porque en empezando el alma a creer algo en la oración, es lo ordinario parecerle, que ha perdido la humanidad de este Señor, viendo, que no puede meditar ya su Pasión: más a la verdad, aunque entonces parece se le ha perdido Cristo quanto al imaginarle, y figurarle sensiblemente, pero tiénele muy ganado en lo interior del templo de su alma por fe viva, creyendo todos sus misterios, y Pasión, y contemplándolos sencillamente, y sin discursos. Y así semejantemente imita a Cristo en todos los demás trabajos, y penalidades, que padeció en todo el discurso de su vida, como más largamente dije en la *Segunda Cartilla*; de suerte, que si se considera atentamente, se hallará con toda verdad, que este ejercicio es un verdadero cumplir lo que Cristo nos enseñó, que fué, que cada uno negase su voluntad, y tomase su Cruz, y puesto en ella le siguiese; pues todo él se endereza a negar nuestra voluntad, y resignarla totalmente en la de Dios, y a procurar una vivísima imitación de toda la Vida, y Muerte de Cristo afligido, congojado, atormentado, desamparado, crucificado, y con todo resignado totalmente en la voluntad de su Padre Eterno hasta expirar en la Cruz, donde consumó perfectísimamente su carrera, y quedó crucificado, y resignado en manos del Padre Eterno.

LIBRO CUARTO DE LA ORACIÓN

Capítulo Primero

SI ESTANDO DELANTE DE DIOS EN ORACIÓN, O FUERA DE ELLA, ENVIASE SU MAJESTAD ALGÚN REGALO, O TERNURA, ¿SI SERÁ BIEN ESTÁRSELE GOZANDO, O DESECHARLE POR DIOS? Y CUÁNTO BIEN HAY EN PADECER SEQUEDADES, DESABRIMIENTOS, Y PENAS, EN LA ORACIÓN

RESPONDO con distinción: los que no son principiantes en la virtud, desechen esos regalos, y dulzuras con humildad, no despreciándolos, sino con cortesía, renunciándolos por Dios, renunciando cuanto favor, y regalo hay por querer sólo a Dios; que pues esos regalos son criaturas suyas, y no son el mismo Dios, mejor es dejarlas todas, por querer sólo a Su Majestad. Pero a los principiantes será permitido recibirlos con el recato, y advertencia, que diremos adelante. Doctrina es del iluminado Taulero, y lo declara por estas palabras: ¹ “Ni por sí mismo, ni para sí le es lícito al verdadero amador de Dios buscar regalo, o deleite en la interior, y espiritual dulzura; si bien eso les será permitido a los imperfectos, y principiantes siervos de Cristo; pero a los perfectos no: porque el amor puro no le es concedido, que busque para sí mismo, y por sus intereses, consuelo, dulzura, sabor, devoción sensible, o el esfuerzo, que él quisiere en los espirituales ejercicios; porque eso más fuera pegarse a los dones de Dios, que al mismo Dios.” Digo, pues, que los que no son principiantes, que no los admitan; porque así como en los bienes, y regalos temporales es mejor dejarlos todos por Dios, aunque los haya dado Dios; así en los

¹ Falconi cita así: “Dom. 25. post. Trinit.” — Op. cit.

bienes, y regalos espirituales es mejor dejarlos todos por Dios, aunque el mismo Señor los haya dado: porque en el camino de la perfección, no sólo no se han de buscar los bienes, y regalos, sino que si los tuviéremos los hemos de dejar por Dios; y así los regalos espirituales no sólo no se han de buscar, sino que aun los que Dios enviare se han de dejar por Dios; y eso es amarle de veras; como lo enseña muy bien aquel Santo Varón, autor de la *Subida del Monte Sión*, por estas palabras:² “Este quiere a Dios, en lo demás nada quiere, de lo que le pueden dar, que no es Dios, aun de estos divinos dones; porque todo lo demás no solamente le conviene no quererlo, más aún lo ha con vehemencia de desechar muy voluntariamente. (Y añade más.) Hase de tomar el consejo de David, que dice (Psal. 76): que rehusó, y no quiso consolar su alma en alguna cosa.” Lo mismo enseña el V. Padre Fray Juan de la Cruz en su Noche Oscura, casi en todos los capítulos de ella, encargando mucho cuánto importa desechar todos estos gustos, dulzuras, y regalos sensibles, para que la voluntad llegue a unirse pura, y espiritualmente con su Dios, que es puro espíritu, y no sensible. Y la razón de esta doctrina es clara: porque lo demás sería no poner todo nuestro amor en Dios; pues el gusto, o afición, que pongo en ellos, poco, o mucho, eso dejo de poner en Su Majestad; pero si mi voluntad no quiere nada de ellos, toda estará puesta en Dios: si bien esto pocos lo saben dejar porque están en un engaño, que tienen por más provechoso lo que es más gustoso: lo cual es muy al revés, como ya viste citando a Ricardo de Santo Victore.³

No sólo por lo dicho se han de desechar los gustos, sabores, y sentimientos dulces, que le vienen al alma, sino porque muchas veces suelen ser causados del demonio, el cual le pone al alma para engañarla ese plato dulce, y sabroso, como dice la Santa Madre Teresa,⁴ y como también dice San Buenaventura.⁵ Pues dádi-

2 *Subida del Monte Sión*, pág. 3.^a, cap. 7; Loc. cit., pág. 321.

3 Véase lib. 2, cap. 16.

4 *Camino de perfección*, cap. 17; loc. cit., pág. 113 y ss.

5 Falconi cita: “2, p. Stimul. Amoris”.—Bajo el título de *Estímulo de amor* se publicaron (Alcalá, 1597) varios trataditos de S. Buenaventura. También se editó *Stimulus Amoris*, en Montserrat, año 1499; y en Zaragoza, 1571.

vas, regalos, te suelen ser enviados de tan venenosa mano, ¿para qué es bueno recibirlos, y regalarse con ellos? Y en caso de duda, si son de Dios o del demonio, lo más seguro es no admitirlos quien tuviere fortaleza para pasarse sin ellos: porque si son de Dios, no se pierde el fruto que Dios pretende causar con ellos, aunque se desechen (con humildad se entiende), como enseña el V. P. Fr. Juan de la Cruz en el lugar que cité luego; y si son del demonio, bien se ve cuánto veneno se puede creer, que traerán regalos de manos de quien desea bebernos la sangre. Que aunque no sepamos de cierto si este regalo o sentimiento, que viene en la oración, si es del demonio, o no: pero basta la duda de que pueda ser suyo, para dejarle, y no admitirle. Y sino dígame cualquiera, ¿si le pusiesen delante dos platos de comida, y avisasen de cierto, que uno de ellos tenía ponzoña, osaría por ventura comer de alguno de ellos? Claro está que no, porque el temor de encontrar con el de la ponzoña le haría dejarlos entrambos: pues si estos regalos de la oración, unas veces vienen buenos, y otras con ponzoña, como dados del demonio, ¿quién se atreverá a recibir cosa que puede ser venga emponzoñada? Y pues estas dulzuras suelen ser tan sensibles, engañosas, y carnales, ¿cuánto mejor será desecharlas quien tuviere fortaleza para pasarse sin ellas? Pero quien no la tuviere procure haberse con negación en ellas, resignándose en las manos de Dios hasta que sienta en sí brío, y fortaleza para servir a Dios sin gajes, y perseverar en la oración sin admitir gustos, y deleites, que muchas veces los envía Nuestro Señor para esforzar nuestra flaqueza, y aficionar el alma a la virtud.

Hay otro inconveniente en pegarse a estos regalos y dulzuras sensibles; y es, que con ellas no se purifica casi nada, o poco el alma de sus pasiones, vicios, y malas inclinaciones de soberbia, vanidad, etc., la cual purificación es la que se pretende en la vida espiritual; y así, y con estos medios no se alcanza, no hay para qué admitirlos. Y que no se purifique, verase claramente; porque a un madero, si le quisiesen desbistar, y pulir, claro está que no se haría eso untándole con manteca, o miel, sino acepillándole, metiéndole en prensa, y oprimiéndole. Y un caballo brioso no se doma bien

tampoco, trayéndole en la mano, y regalándole, sino cargándole, echándole un freno, y afligiéndole: así, pues, un alma hecha un tronco, y por desbastar sus inclinaciones, y desbocada, y briosa en sus pasiones, no se mortificará bien dándose a estas dulzuras, y ternuras, sino sufriendo sequedades, aflicciones, y crucificada, y resignada, como Jesucristo: Que con eso se humilla, se rinde, y conoce por vil, e indigna de otra cosa; y con aquellos descansos, y regalos se engríe, se lozanea, se hace regalona, y mal sufrida en las ocasiones de padecer. De donde se ve cuántas gracias debían dar a Dios los que pasan estas penalidades en la oración, y con cuánta conformidad debían admitirlas; pues con eso les va Dios labrando la corona de la gloria, y purificándoles de sus vicios, y pasiones. Y así les digo con toda verdad, que si supiesen conocer cuántas mercedes les hace Dios en esas sequedades y sin sabor, y cuántos bienes y encerrados en ese padecer a secas, sin querer recibir regalos, ni consuelos, que no se hartarían de darle gracias: sea El bendito por siempre, que así sabe hacernos bien, aun en aquello que más amargo nos es! Y así al que Dios hiciera tan gran bien como darle a gustar su Cruz en la oración, y a tener desamparos y desconsuelos, como los de Su Majestad tuvo en ella, y cuando estuvo en el huerto, dele mil gracias, y estímeselo en mucho, que en eso está el merecer, que no en el gozar, como le dijo un día Nuestro Redentor a la Santa Madre Teresa. Y hágote saber, que lo propio, y connatural de esta vida de acá es el padecer, y penar, y que el gozar es accidental, y como violento; a lo menos no se había de tomar de ello más de lo que bastase, para tener algún aliento, y no dejarse morir; y lo demás penar, y más penar (que el penar es el gozar de acá, cuando se hace por Dios); y así la Santa Madre Teresa en unos avisos, que dió a sus hijas después de muerta, el primero y más principal de todos dice así: “Los del cielo, y los de la tierra seamos unos en pureza, y amor; nosotros gozando, y vosotros padeciendo.” Refiérello el Maestro Gracián sobre los Cantares,⁶ y dice muy bien la Santa, porque esta vida

6 P. Jerónimo Gracián: *Conceptos del amor de Dios, escritos por la B. M. Teresa de Jesús, con unas anotaciones del M. F. Gerónimo Gracián*, Valencia, 1613.

de acá no nos la dieron para que gozásemos, sino para que trabajásemos, y por eso al mismo punto que crió Dios a Adán púsole en el Paraíso, dice el texto,⁷ para que trabajara, y le guardara, y el Sabio dijo,⁸ que el hombre nació para trabajar, como el ave para volar: de manera, que así como el ave le es natural el volar, así al hombre le es tan natural trabajar: trabajemos, pues, ahora, penemos, y padezcamos, que cuatro días son de vida, que después nos queda harta eternidad, en qué descansar, y gozar regalos.

Ya en la *primera Cartilla*⁹ dije algo de esto, para cuyo apoyo, te referí allí unas palabras del V. P. Maestro Avila: escucha, pues, ahora las siguientes en conformación de lo que voy diciendo, que son inmediatas a aquellas: Dice, pues, este gran Maestro así:¹⁰ “Mirad bien que esta dulcedumbre, y afectos de devoción, muchas veces los causa, no la abundancia, y muchedumbre de la gracia, sino la pobreza que de ella tiene el ánima: la gente, que no está embriagada, ni llena del vino de Dios, con mucha caridad, y gracia, tienen en tanto un sorbillo de devoción, que les parece, que ya tienen vivienda en la gloria; y dicen, que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y andan con mucha alegría; y en hecho de verdad es poco, o nada; y por ventura y aun sin ella (como dijimos), procede de poco amor; y de poco espíritu verdadero: mas el que está lleno de amor fuerte, y fino, no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tiene por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir las injurias.” Y más abajo prosigue así: “Esta obra es la verdadera muestra del siervo de Cristo, y éste es el verdadero título de los muy amadores de El y no dulcecillos, ni contentamentillos, sino grandes sufrimientos en los trabajos, en angustías, en infamias, testimonios, pobreza, necesidades, y cosas, que tienen por fin lastimar a la

7 Gen. 2, 15.

8 Job. 5, 7.

9 Tercera part. cap. 4.

10 *Obras completas del Beato Juan de Avila*, 1, B. A. C., Madrid, 1952, Epistolario, carta 184, pág. 876 y ss. Falconi concreta aquí: “En sus obras fol. 221.”

En el *Pan nuestro de cada día* (lib. 1, cap. 31) vuelve a citar Falconi este mismo pasaje del Beato Avila.

misma carne." Pues según esto, ¿qué hay que estimar tanto dulzuras, y sentimientos tiernos?

Hay también otro gran peligro en estos gustos sensibles, y es, que como está tan cerca la carne del espíritu, a título de gustos espirituales se va pegando la voluntad a ellos, y van tornándose en carne, y sangre, y de gusto sensible pasa a gusto carnal, y sensual: y poco a poco avivando el demonio estos gustos, los ceba con un deleite deshonesto, que causa en la boca, en el pecho, y en otras partes del cuerpo (el cual deleite es del mismo jaez que el que tiene deshonestamente una persona con otra, o consigo a solas); y como este deleite empezó por el espíritu, y se fué disimuladamente pegando a la carne, y aumentándose entreveradamente, ya con deleite sensible bueno, ya con deleite sensual, no le perciben fácilmente los tales; hasta que el demonio les embiste después con un espíritu de deshonestidad, y fornicación allá a solas, haciéndoles tener mil deleites, y movimientos sensuales (como advirtió muy bien el divino Rusbroquio);¹¹ y como esto les pasa en la oración, y al tiempo y cuando van a tratar con Dios, no distinguen si es suyo, o del demonio; y estánse de esta manera amigados consigo mismos: y suelen tener consigo mismo los mismos deleites sensuales, que tuvieran en deleitarse con otra persona; y otras mil inmundicias que ojalá no fuera esto tanta verdad, ni hubiera tanta experiencia de ello en hartas personas. Y todo esto vino originándose de la facilidad con que recibían aquellos gustos espirituales sensibles; de donde se verá cuánto peligro hay en ellos y cuánto se deben desechar.

¹¹ Alude aquí Falconi a la cita que de Rusbroquio trae en la *Cartilla segunda* (Trat. 2, cap. 13). Se refiere al *De ornatu spiritualium nuptiarum libri tres*, Paris, 1512; capítulos 68-71, folios 76-82.

Capítulo II

QUE LOS PRINCIPIANTES PODRÁN RECIBIR LOS REGALOS SENSIBLES EN LA ORACIÓN, PERO NO OTRAS VISIONES Y NOVEDADES

MAS los principiantes en la virtud podrán recibir esos regalos con humildad para ayuda de costas de otras sequedades que pasarán, y en cuanto estos regalos les pueden ayudar para fortalecerse en el amor. Y así, en viendo el Padre Espiritual, que están ya algo fortalecidos, y trabados del amor de Dios, váyales aconsejando, que lo vayan dejando, pero hasta tanto dejémosles se saboreen con esa melcochuela (como dice el Padre Maestro Avila)¹ de su devoción sensible, de sus dulzuras, y regalos y otros afectos tiernos, que allí les vinieren; pero no se lo busquen ellos: démosles, pues, esos regalos, y dijese con que le entretiene para que no se le vaya del lado.

Pero dirá alguno: ¿Si estos regalos, y dulzuras sensibles suelen tener a veces los inconvenientes que hemos dicho, de poco aprovechamiento, y aún de algún daño, y estorbo en el alma, para qué se les han de permitir a los principiantes? Respondo, que el común corriente de los Santos se lo permite, como los médicos permiten a los enfermos, que tienen grande hastío, el que coman la golosina, la fruta, y que piquen de la sardina, que no les es provechosa, para que les sirva de apetito y de salsa, con que abran las ganas de comer; pero no que hagan toda la comida de eso: Así también a los principiantes se les permite eso, aunque no es lo sólido, ni lo provechoso para el alma, para que les abra las ganas de apetecer las cosas espirituales; pero que no hagan la principal comida del alma de ello, sino de agradar, y amar a Dios. Y adviértese, que si los regalos, que allí vinieren, fueren visiones en la imaginación, o fuera de ella, de algún santo, o visión de Cristo, o su Madre, o resplandor, o conoci-

1 En el capítulo antecedente.

miento de alguna cosa secreta, o revelación de cosa por venir, o algunas palabras, o hablas interiores, u olor suave, u otra cosa así extraordinaria, que todo eso lo han de procurar desechar con todo cuidado, así principiantes, como aprovechados, y no detenerse en ellos, ni darles crédito, ni moverse por ello a obrar lo que las tales hablas, o visiones enseñan, aunque parezca bueno, hasta que estén primero muy vistas, y examinadas las tales revelaciones, hablas, y visiones. La razón de esto dala muy bien el V. P. Fr. Juan de la Cruz,² porque todo lo dicho muchas veces es del demonio, que transformándose en Angel de luz, como dice el Apóstol, causa estas cosas para engañarnos; como se le apareció en figura de Cristo Crucificado a San Ignacio de Loyola, y se ha aparecido a otros muchos Santos de que están llenas las historias, y así desechándolo todo, huimos de ese peligro: y cuando alguna vez fuere de Dios, no por desecharlo se deja de recibir el fruto, que Su Majestad quiere causar con eso en el alma: porque cuando tú lo adviertes ya ha obrado su efecto, porque es Dios muy presto en sus obras; y así como no dependió de tu querer el que viniese, así tampoco pende de él, que haga su efecto bueno. Y de este modo desviar estas visiones, y hablas, se ve bien cuánto gusta Nuestro Señor, pues como cuenta la Santa Madre Teresa de Jesús en su Vida³ habiéndola mandado su confesor, que a semejantes visiones no les diese crédito, antes bien les diese higas, y las echase de sí: haciéndolo un día así la Santa y haciendo higas a una visión verdadera que tuvo, en que se le apareció Nuestro Redentor, le respondió el mismo Señor: Muy bien haces hija, que así lo has de hacer, y obedecer a tu confesor. Deséchenlo, pues, todo, que con eso quedan libres de mil engaños del demonio. Y ojalá lo hiciesen así todos, y los Maestros, y confesores hubieran enseñado siempre este no hacer caso de semejantes cosas, que con eso no se hubiesen visto tantos alumbramientos, errores, y engaños del demonio, como se han visto en nuestro tiempo: pero si el demonio ve que hacen caso, y estimación de ello, y dan entrada, y

2 *Subida del Monte Carmelo*, lib. 2, cap. 11; loc. cit., pág. 632.

3 *Vida*, cap. 29; loc. cit., pág. 770 y ss.

oídos a admitir semejantes novedades, procura él traerles mil revelaciones falsas, y visiones, diciéndoles lo por venir, y avisándoles de algunas cosas, todo lleno de emblecos y mentiras, sembrando entre ellas algunas verdades, con que los asegura y trae embebidos, y los hace famosos con estimación, y nombre entre las gentes. Háceles también ocupar el tiempo en eso, y en andar en averiguaciones, de los que les revelaron y si será esto o estotro; de manera, que no bastan todos los teólogos del reino para desmarañar y entender sus espíritus. Y ve aquí en qué cifran su servir a Dios, los que se andan a admitir semejantes revelaciones, visiones y novedades. De lo cual todo se libran las almas con este llano modo de oración; pues desechando allí todos los pensamientos e imaginaciones, sin querer admitir algún conocimiento, o pensamiento, sino sólo la noticia, que la fe da de Dios; con eso no se da lugar a que el demonio entremeta sus revelaciones falsas, imaginaciones y desatinos; pues donde él los suele entrometer es entre las imaginaciones sensibles, aunque buenas, para que no se echen de ver como ya vimos más de raíz: y así desechándolas todas, no damos lugar a que él entremeta las suyas malas, que vienen con capa de buenas.

Pero diráme alguno, si estas revelaciones, visiones, etcétera, dejan en un alma deseos de humildad, conocimiento propio, facilidad en obrar bien, y otras señas así, que parecen indicios, de que aquellas visiones, revelaciones, fueron de Dios, ¿por qué se ha de presumir, que pueden ser del demonio entonces? Respondo, que aunque esas señas son las que se dan comúnmente, para que se presuma, que aquello vino de Dios; pero como advirtió muy bien el P. Fr. Miguel de la Fuente,⁴ también el demonio, como quien también sabe esas reglas de espíritu, contrahace esas señas, y persuade a un alma, a que sea humilde, que tenga paciencia, que se mortifique, etc. Y aún pone unos deseos ahincados de hacer obras buenas, y una terunra, y suavidad muy grande, y otras cosas así, con que asegura su hecho,

⁴ *Libro de las tres vidas del hombre*, Toledo, 1623. Falconi (que ya ha citado esta misma obra en los capítulos 17 y 25 del libro 3.º) concreta aquí: "En las tres vidas del hombre, lib. 1, capítulo ult."

y disimula su intento, para que piensen, que aquellas cosas vienen de Dios, y no de él. Y así no hay para qué tener esas señas por regla infalible, de que aquello vino de Dios; porque suelen estos afectos durar poco tiempo en el alma, y traer otro espíritu secretísimo de soberbia, que con el tiempo se manifiesta. y así lo que conviene es desechar todas esas visiones, hablas, y demás novedades; y asirse sólo a lo que enseña la fe y la Iglesia. Y yo quisiera mucho, que me dijese estos espirituales, ¿quién les mete a ellos en andarse en revelaciones, y novedades, de si será esto, o lo otro, si me dijo Dios esto, o no me lo dijo?, ¿o para qué quieren ellos eso, o para qué lo han menester para ser perfectos? ni Dios qué necesidad tiene de andarse revelando cuántas cosas hay, pues ya tiene revelado harto en la Escritura, y tiene en su Iglesia Maestros, y Doctores, para lo que es menester en ella. Ea, quítense de esas cosas, métanse en sus rincones, traten de ser muy humildes, amen a Dios, y al prójimo, guarden sus mandamientos, y consejos, y resígnense en la voluntad de su Dios, y Señor para que haga de ellos lo que quisiere, y para padecer lo que Su Majestad fuere servido; que ése es camino de espíritu, y perfección, y lo demás no es ordinariamente sino tentación, y lazo del demonio.

Demás, que fuera de los peligros dichos, que hay en apegarse a semejantes cosas, hay también otro inconveniente, que es el principal, y es, que mientras no se dejan semejantes noticias, y particulares visiones, no llega a tener el alma el conocimiento verdadero de Dios, como es en sí, que es como la fe lo propone; el cual conocimiento se alcanza dejando esas noticias, y luces particulares, y entrándose en las tinieblas, y oscuridad de una pura, y sencilla fe de Dios. La razón de esto es clara: lo primero, porque el más alto modo de conocer a Dios, no es imaginándole con figuras, cuales son, las que se aparecen en estas visiones, y revelaciones, sino creyéndole con la fe, que es sola la que dice lo que es Dios en sí mismo: por lo que, para llegar el alma al conocimiento legítimo, y puro de cómo es Dios, no ha de parar en esas representaciones, y figuras, que se representan en la imaginación, o a la vista de los ojos, sino pasar a creerle simple, y sencillamente, como le representa la fe, y como El es en sí mismo, sin forma

ni figura. Lo segundo porque como dicen los Santos, mejor conocemos a Dios negativamente, esto es, que no es esto, ni aquello, que no con particular noticia positiva de que es de esta manera, y de la otra. Así lo enseña San Dionisio: particularmente es menester entender, dice el Santo,⁵ que la causa universal de todas las cosas, que es Dios, es sobre todas las cosas, y que sólo se manifiesta, y deja conocer en verdad de aquellos, que prescinden, y dan de mano todas las cosas inmundas, e impuras, y que desechan todas las luces divinas, y las locuciones, y noticias celestiales, y se entran en la oscuridad, y tiniebla de la fe, donde se halla con verdad aquél que es sobre todas las cosas. Y el gran Padre Agustino en el tomo primero de sus Confesiones⁶ enseña también, cómo se debe dejar, y renunciar las noticias particulares, y revelaciones, y atender sólo al mismo Dios en sí mismo: "Callen (dice) las revelaciones imaginarias, toda lengua, toda señal, y cualquiera cosa que pasa, porque todas ellas dicen, nosotras no nos hicimos, sino hízonos el que permanece para siempre, y hable El sólo, no por ellas, sino por sí mismo, para que oigamos su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por enigmas, ni semejanza; sino que al mismo a quien amamos en estas cosas, a ése mismo le oigamos, no en ellas, sino sin ellas." Y el Padre Avila, llamado el Apóstol de la Andalucía, por su gran santidad, y don de enseñar almas, en una carta que escribe a la Santa Madre Teresa, la dice (tomándolo de este lugar de San Agustín ahora referido) cuán seguro camino para hallar a Dios, y para que el alma sea enseñada, es, que no haya estas noticias, y revelaciones imaginarias, y cuánto se han de desechan las revelaciones imaginarias, y el gran peligro, que tienen las almas de que las engañe el demonio, si dan oídos a ellas, y no las desechan. Y así la dice estas palabras:⁷ "El modo de enseñar Dios al alma sin imaginación, y sin palabras interiores, ni exteriores, es muy seguro,

5 Aquí Falconi no concreta la cita. Quizá se refiera al capítulo 2 de la *Mystica Theologia*. Loc. cit.

6 Como el capítulo tercero del Libro segundo, Falconi cita aquí: "Lib. 9, cap. 10." Exactamente. Véase loc. cit.

7 *Obras completas del Beato Juan de Avila*, 1, B. A. C., Madrid, 1952, Epistolario, tercera parte, carta 158, pág. 806. Falconi concreta: "Trat. 2, del epistol. epist. 2."

y no hallo en él que tropezar, y San Agustín habla bien de él: las hablas interiores, y exteriores han engañado a muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras: visiones imaginarias, y corporales son las que más duda tienen; y éstas en ninguna manera se deben desear, y si vienen sin ser deseadas, aún se han de huir todo lo posible, y debe el hombre suplicar a Nuestro Señor, no permita vamos por camino de ver, sino que la buena vista suya, y de sus Santos, se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano.”

Y en tanto grado se han de huir estas visiones, y revelaciones, que aunque se apareciesen claramente, no se han de adorar, ni hacer caso de ellas: y así prosigue en la Epístola dicha, más abajo. Así también conviene, no adorar visión de éstas, sino a Jesucristo en el Cielo, y en el Sacramento, y si es cosa de Santos, alzar el corazón al Santo del Cielo, y no a lo que se me representa en la imaginación. Y últimamente se advierta, que no sólo no se han de admitir semejantes revelaciones, y hablas; pero ni se han de regir por ellas para ejecutar, ni obrar lo que ellas dan a entender se obre, aunque parezca bueno. La razón de esto es clara, y que vencerá a cualquiera, que lo repare bien: porque estas hablas, lo que enseñan, o aconsejan, es conforme a lo que enseña el Evangelio, y la Iglesia, o no; sino es conforme a eso, claro es no se ha de hacer: y si es conforme a lo mismo, que enseña; ya la Iglesia, y el Evangelio lo enseña bastantemente; por lo cual no hay necesidad de regirse por otra regla, o enseñanza más, que ésa; y así el hacer, y ejecutar eso a que inclina, sea, no porque el habla interior lo dice, sino porque lo enseña el Evangelio, y eso es lo más seguro. Y con eso se quitan de mil peligros, y engaños, que hay en estas hablas: y así no hay que dar por razón para admitirlas, y gobernarse por ellas el decir: Oh Señor, que lo que me dicen, que haga interiormente es bueno, y santo, como que haga tal obra de caridad, que de tal consejo, que haga tal penitencia, u otras cosas así buenas, que todo es bueno, y conforme a la doctrina del Evangelio; porque a eso respondo: que si es bueno, y conforme al Evangelio, que se haga en hora buena (que aquí no se dice no se ejecuten los buenos deseos e ins-

piraciones) pero que no se haga en virtud del habla, o revelación interior, porque puede haber mil engaños, como hemos visto en eso, sino en virtud de que lo enseña el Evangelio, y la Iglesia.

Capítulo III

QUE ESTAS MATERIAS DE ORACIÓN, Y DE ESPÍRITU, NO SE HAN DE COMUNICAR, NI PEDIR PARECER, SINO ES A LOS CONFESORES, Y MAESTROS, QUE SABEN BIEN DE ELLAS, O TUVIEREN EXPERIENCIA, PORQUE ECHARÁN A PERDER LOS PENITENTES

Y si te hubiere hecho Nuestro Señor tan gran merced, que hayas ya empezado a seguir este camino de oración, toma el consejo, que da San Dionisio a San Timoteo, que después de haberle enseñado esta doctrina le dice así: ¹ Estas materias no las comuniqués a los no enseñados en ellas. Y así adviértote no comuniqués a todos, sino supieren bien de estas materias, y tuvieren experiencia de ellas, que es lo que más importa; sino ten un Padre espiritual docto, y de experiencia en ellas a quien le des cuenta de todo, fiándote de él en todo, en nombre de Dios; y en teniéndole, obedecerle en todo (como después te diré) y no te andes más de consulta en consulta, queriendo saber de este Confesor, y del otro, o Maestro, si va bien en este modo de oración, porque te dirá cada uno su consejo diferente, y aun te perturbarán harto, sino entienden mucho de ello, y te dirán, que vas perdido, y que es tentación, con que te harán gran daño (no digas después que no te lo avisaron) como lo advirtió maravillosamente el V. P. Fr. Juan de la Cruz, por estas palabras, que he resumido de muchas suyas: ² Con ser este daño tan grande, dice, mas que se puede encarcerar, es tan común, que apenas se hallará un Maestro espiritual, que no le haga en las almas; porque ¿cuántas veces tiene Dios al alma sin poder gustar, ni medi-

¹ Falconi cita así: "De Mist. Theol. cap. 1." Véase loc. cit.

² *Llama de amor viva*, canc. 3, n. 43 y ss. Loc. cit., página 1.237 y ss.

tar cosa de arriba, ni de abajo, porque la trae ocupada Dios en aquella unción solitaria, inclinada a la soledad, y ocio; y vendrá uno, que no sabe sino martillar, y macear como herrero, y porque él no enseña más que aquello, dirá: andad dejaos de eso, que es perder tiempo, y ociosidad, sino tomad, y haced actos, que es menester, que hagáis de vuestra parte actos, y diligencias; que estos otros son alumbramientos, y cosas de bausanas. Y así no entendiendo éstos, que aquel alma está en la vida del espíritu, en la cual no hay discurso, y el sentido cesa, y es Dios con particularidad el agente, sobreponen ellos en el alma otros unguentos de groseras noticias, y juegos en que la imponen, y quitan la soledad, y recogimientos, y lo que Dios en ella obraba. Adviertan estos tales, y consideren, que el Espíritu Santo es el principal agente, y movedor de las almas, que nunca pierde el cuidado de ellas, y de lo que las importa, para que aprovechen, y lleguen a Dios, con más brevedad, y mejor modo, y estilo, y no se opongan, ni soliciten otro modo, pensando, que no se hace nada; que antes para bien ser les conviene eso, que ellos les condenan, y que no se embaracen con inteligencias distintas, sino que caminen en perfecta fe. Y así su cuidado sea, no acomodar el alma a su modo, y condición propia de ellos, sino mirando (si saben) por dónde Dios las lleva; y si no lo saben déjenlas, y no las perturben.

No entendiendo, pues, éstos a las almas (prosigue) que van en esta quietud, y soledad, por no haber ellos pasado (ni aun quizá llegado) de un modo ordinario de discursos, y actos, pensando, que están ociosos (porque el hombre animal, esto es, que no pasa del sentido animal, como dice San Pablo) les perturban la paz sosegada, y quieta, que les daba Dios y les hacen meditar, y discurrir, y hacer actos, y persuadénlas a que procuren jugos, y fervores, como quiera que les había de aconsejar lo contrario: lo cual no pudiendo ellas hacer ni entrar en ello, porque no es para ellos eso, ni es ese su camino, desasosiéganse doblado, pensando, que van perdidas, y aun ellos se lo ayudan a creer, y quítanlas de la soledad, y tranquilidad en que Dios las ponía, y pónenlas del duelo y del lodo. Hacen a Dios grande injuria, y desacato, metiendo su tosca mano don-

de Dios obra; porque le ha costado mucho a Dios llegar estas almas hasta aquí; y aprecia mucho haberlas llegado a esta soledad, y vacío de sus potencias, y operaciones, para poderlas hablar al corazón, que es lo que El siempre desea. Y por eso se queja por Isaías, diciendo: “vosotros habéis destruído mi vida”.³ Todas son palabras de este Varón, de las cuales se colige bien claro, el gran daño, que hacen a las almas los Padres espirituales, y Confesores, que las quitan de esta oración en que en fe, silencio, y resignación buscan a Dios.

Capítulo IV

POR QUÉ RAZÓN NO SE HAN DE COMUNICAR ESTAS MATERIAS ESPIRITUALES CON TODOS LOS MAESTROS, AUNQUE SEAN DOCTOS, SI NO ES QUE SEAN EXPERIMENTADOS EN ELLAS

LA razón de esto se colige claramente de la doctrina de los Santos, que (como referimos luego) nos enseñan, que estas materias dependen más de la práctica y ejercicio, que de ellas hay, y de haber pasado por ellas, que de la conciencia humana, por más doctos, que en ella sean. Y si bien es verdad, que si son doctos, y experimentados, es esmalte sobre oro; pero si no son experimentados, es cosa cierta, que no podrán alcanzar con su discurso natural aquello, que es tan sobrenatural como lo son estas materias: Y así, si los tales Maestros no tienen experiencia, y práctica de ellas, mal podrán entenderlas bien. Y para que mejor se entienda, lo que quiero decir, es menester, que no es todo un ser docto en teología escolástica, y en las materias que ordinariamente se lee en las escuelas, o ser docto, y Maestro en esta otra Teología de las cosas espirituales, que llaman mística; porque cosa llana es, que hay cuatro materias de teología, una escolástica, otra expositiva, otra moral, y otra mística: la escolástica trata las materias especulativas que se leen en la Cátedra: la expositiva trata la inteligencia de la Escritura, para predicar, y enseñar en el Púlpito: la moral trata lo tocante

a las costumbres, y casos de la conciencia: y la mística trata las materias espirituales, que pasan entre Dios, y el alma allá a solas, y en lo interior; y no todos los que son tenidos por doctos, saben todas estas materias de manera, que sean maestros en ellas; antes hay hombres muy doctos en la Cátedra, y que no son en la Escritura, ni saben de Púlpito, y otros muy grandes predicadores, y Escriturarios, y que saben poco de la Cátedra, y aun casi nada y menos de Teología Moral, y mucho menos de la Mística, y de las materias espirituales; que si bien es verdad que la Teología Escolástica es la piedra de toque, se prueban las verdades especulativas de la Mística, y donde se enseñan principios, y doctrina, para conocer si son contra la fe, o contra la doctrina de la Iglesia, para no ir uno engañado contra ella (que fué lo que la Santa Madre Teresa dijo¹ que nunca hombre muy docto la engañó), pero no puede haber en ellas reglas, ni principios ciertos, donde se conozcan todos los tratos interiores, que el alma, y el espíritu tiene con su Dios a solas, y otras cosas, que suceden cada día a las almas, secretísimas, y diferentísimas de lo que la razón, y el discurso humano alcanza; porque como estas materias espirituales son las más espirituales (esto es sobre la naturaleza, y la razón natural; porque eso quiere decir sobrenatural, id est supra rationem naturae) y como el discurso, y lo que el entendimiento humano alcanza ordinariamente, o las más veces, es no más, que unos discursos naturales, aunque fundados a veces en lo sobrenatural de la fe, de aquí es, que suelen no alcanzarse con discursos, ni con razones, sino con la experiencia, en la cual da Dios luz para conocerlas; que claro está, que con el discurso de la razón, y la naturaleza no se puede alcanzar aquello, que excede la razón, y la naturaleza: y así bien habrá muchos Maestros, y doctos en Teología escolástica, que no lo sean en la mística, por ser diferente Teología, y que depende tanto de la experiencia.

Y para que mejor se vea, que estas materias no se alcanzan bien con la Teología Escolástica, si no hay práctica, y experiencia de ellas, tratando muy de veras

1 *Vida*, cap. 13. Loc. cit., pág. 662 y ss.

de espíritu; consultemos lo que los Santos nos enseñan, que si ellos nos dijeren lo mismo, quedará llano, y cierto lo que voy diciendo. San Buenaventura,² pues, dice así: “Si me preguntares, y quisieres saber, cómo pasan estas cosas espirituales, y cómo se hacen, pregúntaselo a la gracia, no a la doctrina de las escuelas; al deseo del alma, no al entenderlo; al gemido de la oración le pregunta, no al estudio, que se aprende leyendo; al esposo, que es Dios, no al Maestro Letrado; a Dios, no al hombre; pregúntalo a la tiniebla del creerlo, no a la claridad del entenderlo con razones; pregúntalo, no a la luz de la razón, sino al fuego del amor de Dios, que inflama. Porque ni la doctrina de las Escuelas, ni los estudios, ni sus Maestros, te darán razón bastante de qué trato secreto es éste con Dios, sino sólo Dios, y su gracia, entrándote en la oscuridad de la fe; esto es, practicándolo, y usándolo.” Y esto es también lo que enseña San Bernardo, tratando de la conversión secreta, en que el alma está con Dios en quietud de potencias sensibles, sin discurrir, ni meditar, sólo mirando a Dios en oscuridad de fe secreta, dice así: ³ “En vano, y sin causa consultas la ciencia escrita, para entender esta contemplación; si quieres entenderla, procura experimentarla, porque esto es un maná escondido, que nadie le conoce, sino el que le ha recibido: porque esto no lo enseña la erudición de las letras, sino la unción secreta del Espíritu Santo; ni lo alcanza la ciencia, sino la conciencia.” Luego según esto, bien se ve, que no se alcanzan del todo estas materias espirituales con la ciencia, sino con la experiencia. Y la razón porque esta ciencia mística de la contemplación secreta espiritual, y que no se siente, no se alcanza con ciencia de escuelas, ni los doctos, por más que lo sean en todas las ciencias, la acaban de entender, es, porque, como dice San Buenaventura: ⁴ Dios quiso reservar para sí la doctrina de esta ilustre sabiduría. Estas son sus palabras: “Para que sepa toda mortal criatura, que hay en el Cielo Maestro, que en-

² Vuelve a citar Falconi el *Itenerarium mentis in Deum*, cap. 7. Véase lo que dijimos en el lib. 2, cap. 6.

³ *Sermo de conversione ad clericos*, P. L. 182, 833 y ss. Falconi cita: “Lib. de Conver. ad cler. cap. 21.”

⁴ Falconi concreta así: “Cap. 3, pág. 4 de *Mist. Theol. post medium*.” Véase lo que dijimos en los capítulos 3 y 9 (lib. 1).

seña esta sabiduría verdadera a sus estudiantes, y discípulos, dándoles luz clara de estas verdades: y esto para confusión de todos los doctos, y letrados del mundo; pues una triste viejezuela, y un rústico sin letras, llega a conocer perfectamente esta sabiduría celestial, y secreta, y un letrado por docto, que sea en todas las ciencias, y Maestro de ellas, no llega a tocar, ni aun las extremidades, y fimbrias de esta sabiduría, sino es que se humille, y como niño quiera empezar a aprenderla (esto es sin razones, y discursos); porque esta ciencia la conoce el alma, levantándose sobre el entendimiento discursivo, y puesta en oscuridad de fe.”

Estas palabras últimas, en que dice no se aprende esta Teología mística, sino es haciéndose niños, concuerdan mucho con la doctrina del Evangelio, en que dice Cristo, que estas cosas espirituales las esconde Dios de los sabios, y prudentes, y las da a conocer a los niños; y con la que otra vez dijo nuestro Redentor, que si no se tornaban niños, no entrarían en el Cielo: en las cuales palabras da a entender lo que dice San Buenaventura, que estas cosas espirituales no las alcanzan la ciencia, y las letras, sino que se aprenden, *per viam puerilem*; esto es, como los niños aprenden, no arguyendo, ni disputando, sino humillándose, y ejercitándolas: que claro está, que un niño no se pone a decir razón a su Maestro, cuando le enseña a leer, de por qué es esto, ni lo otro, ni a pedir razones de por qué le enseñan de esta suerte, o de la otra, ni por qué le enseñan primero el A.B.C. y después a leer, ni por qué primero le hacen que escriba de esta suerte, y luego de la otra, sino que con humildad de niño baja su cabecita, y va haciendo como le dicen, sin entenderlo muchas veces, sino sólo creyendo a sus maestros, hasta que después, cuando tiene más conocimiento de las cosas, vuelve los ojos atrás, y conoce la razón, por qué le enseñaban de aquella suerte. Pues así pasa acá verdaderamente en esta ciencia, que como ella no se aprende en escuelas, sino como niños *per viam puerilem*, por eso muchos Teólogos, por no querer humillar su saber, y su ciencia, a los que saben de la mística, y por no querer confesarse ignorantes en esa materia, por eso no llegan a gustar, ni saber, qué cosa es esta divina contemplación. Por lo cual preguntando Gerson, ¿por

qué los Teólogos ⁵ no entienden esta contemplación? Responde, que la causa es, porque no se humillan, ni confiesan su no saber en esta materia. Si alguno preguntare, dice él, ¿por qué los teólogos no son contemplativos? Dirélo en una palabra: que es, porque no entran por la puerta de la humildad, que enseñó San Pablo diciendo: si alguno entre vosotros es sabio, humíllese, y téngase por ignorante; téngase, pues, por tal, respecto de la divina sabiduría mística. Es, pues, menester, como niños ignorantes, humillarse, y cautivar su entender, y las razones, y discursos, y creer a los principios, y obrar como se les dice simplemente, sin dar oídos a los argumentos, que la razón natural trae en contrario; hasta que después con la experiencia, vayan conociendo la verdad de esta celestial, y secreta contemplación. Porque en humillándose la ciencia, y lo que alcanzan las letras a la obediencia, del que lo enseña en nombre de Dios, diciendo; yo no lo alcanzo con la razón, ni con el discurso teológico; pero sujeto mi saber al parecer contrario: es cierto, que a esta humildad de niños evangélicos, y a esta ignorancia voluntaria, que ha de acudir Dios, dando luz de la verdad; porque se precia de dar luz, y enseñar a los niños, y humildes.

Y si me dijere alguno, ¿por qué hemos aquí de usar aquello, que no entendemos? ¿Y por qué hemos de sujetar los entendimientos, y cautivarlos, a que ejerciten aquel modo de oración, que no se comprende con la luz de la razón, y del discurso? Responderéle fácilmente, que porque así nos lo enseñan los Santos, como ya vimos, que esto no se alcanza con la razón, y discurso, sino con obrarlo, y experimentarlo; y esto basta por respuesta. Porque si acá en Teología moral, cuando un Doctor no es de una opinión, sino antes de la contraria, de tal suerte, que no halla razón, ni principio intrínseco para seguir la otra; puede no obstante eso lícita, y cuerdamente, regido sólo porque se lo dice otro hombre letrado en la facultad, sujetar su entendimiento, y acomodarse, y seguir la contraria opinión, como lo enseñan graves Doctores, y decir: yo no veo

⁵ Aquí cita Falconi la obra maestra de la teología mística gersoniana: "Tract. de Mont. contempl.;" o sea: *Montaña de la contemplación*. Véase lo que dijimos de las obras de Gerson (libro 3, cap. 15).

razón intrínseca, que me obligue a seguirla; pero yo quiero rendir mi entendimiento, y lo que yo no alcanzo con él, creerlo, y conformarme con el parecer de este hombre docto. Si esto, pues, es lícito, cuerdo, y humilde en materias, que se alcanzan todas con razón; ¿cuánta cordura, y humildad será en otra materia, que está menos sujeta a la razón natural (pues es materia sobrenatural) y que los Santos, como ya vimos, enseñan, que no se sabe con la ciencia, sino con la experiencia; sujetar el entendimiento, y aunque la razón natural no alcance del todo cómo sea esto, rendir su juicio al parecer de tantos hombres tan peritos en esta altísima ciencia, y de tantos Santos, que de ella tuvieron experiencia, como ya antecedentemente referimos? Que para hacer este juicio y dictamen probable, bastaba la autoridad de uno, o dos Maestros, que la enseñen, cuanto más de tantos, como hay; y para conformarse con este parecer, y practicarlo, y ejercitarlo, que es el medio, que hay para llegar a entenderlo.⁶

Desengañense, pues, que esta soberana ciencia mística, y secreta, no se sabe bien, sino es practicándola, y ejercitándola, y que la ciencia humana no la alcanza; porque ésta es ciencia de amar, y así se aprende amando, y obrando. Por lo cual dijo San Juan,⁷ el que no ama no conoce las cosas de Dios: dijéranle esto a algún Filósofo, y luego nos hiciera mil argumentos, de que cómo podía ser que para conocer una cosa, era menester primero amarla, que antes de ser al revés, primero conocerla y después amarla; porque nada puede ser amado, sin ser primero conocido, y a esta traza nos hicieran mil argumentos; y no obstante eso, dice San Juan, que el medio, que hay para llegar a saber, y conocer de Dios, es el amar, el que no ama no conoce. Pero verdad es, que si bien para amar a Dios, sea

6 Recomienda el autor el espíritu de humildad y sumisión, que Dios tanto bendice. No da su juicio acerca del valor de la probabilidad extrínseca para resolver las dudas morales. Hace sólo mención de la sentencia, que en su tiempo enseñaban graves Doctores y que hoy es sentencia común, como puede verse en cualquier Manual de Teología Moral: que *en algunos casos* un solo autor puede hacer opinión verdaderamente probable, si dicho autor es grave y de gran nota, si ex profeso ha estudiado la cuestión y ha aducido razones y resuelto suficientemente las objeciones contrarias.

7 Joa. 4, 8.

necesario, que el objeto divino sea conocido con la fe, mas para esta altísima ciencia del conocimiento místico de Dios, no es menester más luz, que el conocimiento de esa fe, sin otro discurso; y presupuesta esa, se camina por la caridad, y por las obras al conocimiento altísimo de las cosas de Dios. Y así dijo la Interlineal⁸ sobre este lugar: al conocimiento de estas cosas de Dios no se llega, si no es amando. Y así el Venerable P. Fr. Luis de Granada⁹ en el tratado del amor de Dios, dice, la diferencia grande, que hay entre la Teología escolástica, que se aprende en las escuelas, y esta soberana ciencia espiritual; porque la Teología se aprende con actos de entendimiento, con razones, y discursos; pero esta otra ciencia del espíritu, no se aprende, sino obrándola, orando, amando, y practicándola; y quien pensare alcanzarlo con ciencia de escuelas, por más Teólogo que sea, vive muy engañado; sus palabras son éstas: “Este ejercicio es el propio de la verdadera sabiduría, y mística Teología, la cual no se aprende leyendo, ni disputando, sino orando, y llevando la afección pura a Dios, para que con el mismo gusto, y experiencia de su bondad, y suavidad, y nobleza, conozca el hombre por experiencia, quién es Dios, por haber participado, y recibido en sí los beneficios, y efectos del mismo Dios: así como sabe uno de un Príncipe, que es liberal, y bien acondicionado, no porque lo leyó, ni aprendió de otros, sino porque él mismo le trató, y conversó mucho tiempo, y experimentó con los muchos beneficios, que recibió de la grandeza de su liberalidad, y nobleza. Porque la escolástica se aprende con actos de entendimiento, y la mística con afectos amorosos de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento, de cuán bueno, y cuán suave es el Señor. Pues según esté el camino para alcanzar esta sabiduría, es tratar siempre con Dios, y conversar día y noche con El.” Todo esto es de este Varón.

8 Se refiere Falconi a la *Biblia Sacra cum glossa ordinaria et interlineari...*, de Nicolás de Lyra, Pablo de Burgos y Mateo Thoring. Es muy probable que usara la edición de Anvers, 1634; 6 volúmenes en folio.

9 Falconi cita: “Part. 2, cap. 10, § 1.” Exactamente. Véase: *Obras del Venerable P. Maestro Fr. Luis de Granada*, tomo 4, Madrid, 1769; *Adiciones al Memorial de la vida cristiana: Del amor de Dios*, part. 2, cap. 10, párrafo 1, págs. 97-98.

De donde se colige claramente lo que vamos diciendo, que estas materias espirituales, no se comprenden con la ciencia, por más docto, que uno sea, sino es que tenga experiencia práctica, y uso de ellas; porque como dijo San Bernardo: ¹⁰ Aunque es verdad que las letras, y la ciencia ayudan para esta sabiduría secreta (que es lo que dije arriba, de que la Teología escolástica es la piedra de toque, donde se saben las verdades especulativas de la mística), pero no es ella ciencia de letras, no de argumentos, no de disputas, sino espiritual, pacífica, con estudios de humildad, y para los humildes de conciencia.

Capítulo V

PROSÍGUESE LA RAZÓN DEL CAPÍTULO PASADO

SUPUESTO, pues, que el saber estas materias depende tan poco, como hemos visto de las letras, y ciencia humana; y que no hay buen conocimiento de ellas, sino es experimentándolas, y practicándolas, bien se sigue lo que antecedentemente dije y advertí, que se mire, a quién se comunican, y consultan, que sea persona, que tenga experiencia, y uso de estas cosas espirituales; porque si no la tiene, aunque sea docto, echará a perder un alma haciéndola perder mucho de su aprovechamiento, pareciéndole a él que no va bien y que aquel modo de oración es no hacer nada: porque como él no sabe aquellos tratos interiores, y secretísimos, que pasan entre Dios, y el alma, ni jamás lo ha experimentado, ni aprendiéndolo en escuelas (porque en ellas no se enseña, sino en la escuela divina de la oración, que es donde Dios los enseña a sus estudiantes, como dijo San Buenaventura ya citado) ¹ viene a ser, que como no lo conocen, ni lo alcanzan con su razón, y discurso teológico, ni tampoco lo saben por experiencia; se desatentan, y pierden pie, y dicen a las almas, que van perdidas, y que no hacen nada; y en lugar de aprove-

¹⁰ Cita: "Epíst. ad Fratr. de mont. Dei. colum. 23", Loc. cit. P. L. 182, 833 y ss.

¹ En el capítulo antecedente.

charlas, las desaniman, y echan a perder, como lo enseñan, y advierte maravillosamente el V. P. Fr. Juan de la Cruz, cuyas palabras referí en el capítulo tercero de este libro, y el V. P. Fr. Josef de Jesús María en la vida que escribió ahora nuevamente² de este venerable padre por estas palabras, que las quiero referir por ser tan nobles a nuestro intento. “Entre los contrarios, dice, que en nuestro siglo tiene la vida espiritual, no es el amor, el que padece de parte de algunos Maestros de doctrina escolástica, que acostumbrados toda su vida, a ejercer los actos de la razón natural en sus argumentos, y silogismos, en oyendo decir; que en la contemplación divina se han de negar esos actos, y ejercitar sobre ellos la teología mística, que Dios comunica a los humildes en la cátedra del espíritu sencillo; extrañan esto, como si no fuera este camino enseñado por el Espíritu Santo, para comunicar a los hombres los dones divinos de nuestra perfección, que no se pueden alcanzar por los actos de la luz y caudal natural. Y como tienen opinión de Maestros, y las personas sencillas los oyen desacreditar, lo que los Santos como arcaduces de Dios enseñaron de la verdadera contemplación; se turban, y desaniman, y vuelven atrás en sus ejercicios. De lo cual se sigue, que habiendo estos Maestros de edificar con sus estudios en la heredad de Cristo, destruyen no sin gran ofensa, que la hacen, como el autor de nuestra perfección que ellos estorban: No advirtiendo lo que dice San Gregorio (Lib. I. hom. 17. sup. Ezeq.), Santo Tomás (I. p. q. 85. a 4.), San Buenaventura (Itin. dist. 7.), y otros Santos; que la luz sobrenatural no se admite en nuestro entendimiento con el ejercicio de la natural. No se recibe la infusión de la luz incorpórea, y sobrenatural, dice San Gregorio, cuando hay imaginaciones corporales; porque mientras se piensan las cosas visibles, no admite el entendimiento la luz invisible, y sobrenatural: porque el mismo Señor, que concedió a los hombres la luz de la razón, para aumentar, y conservar los bienes naturales, ordenó, que a los sobrenaturales se caminase con la luz sobrenatural de la fe sobre esa misma razón, y en

² Véase lo que dijimos acerca de esta obra de Fr. José de Jesús María (cap. 7, lib. 1). Falconi, aquí, en la cita de San Juan de la Cruz, se refiere a las *Canciones*, 3, 8, 9.

quietud, y negación de sus actos. Pues como prueba Santo Tomás en el lugar citado, así como un cuerpo no puede tener dos figuras diferentes en un mismo tiempo, así tampoco un entendimiento ejercitar juntamente los actos de dos formas tan diferentes, como son, la luz natural, y la sobrenatural: de donde viene, lo que en tantas partes de sus libros repite San Dionisio; que para la contemplación de las cosas divinas, y recibir los dones sobrenaturales, que en ella comunica Dios al alma, se han de dejar los actos de la razón, y todas las semejanzas de las cosas, por donde ella camina a su conocimiento." Todo esto es de este autor.

He referido todo esto en estos capítulos, para que se vea, cuán diferente cosa es el ser docto en materias escolásticas, o en estotras espirituales; y el daño, y estorbo, que pueden hacer a las almas, los que no son versados en éstas, y para que los mismos penitentes no se desanimen, viendo a algunos Maestros, que desacreditan, lo que no entienden; sino que busquen otros más experimentados; que es a quien se debe dar más crédito en todo aquello, que no contradice a la fe, y a las costumbres. Porque aunque es verdad que las letras ayudan mucho para la mística teología, porque con ellas se saben las naturalezas, y esencias, de las cosas, como qué es contemplación, qué es vida activa, qué es vida contemplativa, y todas las demás verdades especulativas, tocantes a eso: pero hay mucha diferencia del entender eso en especulación, o entenderlo en práctica, y en ejecución; porque las ciencias prácticas tienen eso, que es muy diferente saber la especulación, y las verdades de ellas, que saber la práctica. Como se ve en la medicina, que es ciencia práctica; porque habrá Médico, que sepa más textos, que Galeno, y todas las naturalezas de las enfermedades; y con todo eso en llegando a curar en práctica, si no ha sido Practicante, y no tiene alguna experiencia en el curar, matará cuantos enfermos topare, especialmente si quiere ir atado al conocimiento especulativo, que él tiene de la medicina. Así también en las cosas espirituales, y místicas, que como es ciencia práctica, Teólogos habrá, que sepan todos los puntos especulativos de meditación, y contemplación, y las verdades, y especies de esas dos vías; y en llegando a tratarles, de cómo se practica esa

contemplación, y de la manera, que las almas entran en ella, y a qué sazón, y disposición, y los diferentes modos, y diversidad de medios por donde Dios las lleva; pierden pie en ello, y no acaban de entenderlo, ni de creer semejantes, y tan secretos tratos interiores, como pasan entre Dios, y el alma: y dicen, que aquella oración es estar ociosos, y no hacer nada, y que es perder tiempo, con que destruyen, y echan a perder muchas almas. Y particularmente sucede esto en algunos muy letrados, que se quieren atar mucho a las definiciones, y discursos de la Teología, los cuales no alcanzan a conocer los particulares caminos, y sobrenaturales, por donde Dios lleva a las almas: y como por otra parte no han pasado por ellos, ni tienen práctica de eso (que es con lo que se alcanza, lo que no alcanza la especulación) no saben, qué decirse, mas de quello no debe de ir bueno, pues no lo alcanza la razón teológica, y el discurso; como si Dios estuviera atado a aranceles, y arte de la especulación teológicos, para comunicarse con amor, y familiaridad secreta a las almas. Y si no díganme, ¿quién le puso al amor, y a sus tratos, leyes, y arte por donde se gobernase para amar? ¿Y cuánto menos las habría, ni límite, ni tasa en el amor de nuestro Dios, para atarse a modos en el comunicársenos? Luego no hay para qué extrañar nada, que no fuere contra la fe, y buenas costumbres, que lo demás será caer en al falta, de los que dice Santiago: ³ que lo que ignoran, lo blasfeman: sino hagan lo que enseña el Ilustrísimo Padre Fray Bartolomé de los Mártires en su *Compendio espiritual*.⁴ En viendo los doctos, no experimentados (dice así) lo que a algunas almas devotas les pasa; y que ellos no entienden aquello, que les comunican, y que aquel modo de oración no le alcanza su especulación, y discurso, y que por otra parte ello no es contra la fe, y buenas costumbres, remitan aquellas almas a otro más experimentado en la materia; y no desacrediten lo que no entienden, ni las aflijan, y perturben a las pobres almas.

Y no se espante nadie, por docto que sea, de que

³ No es Santiago, sino S. Judas, en su *Epístola católica*, versículo 10.

⁴ Falconi concreta: "2. part. cap. 26". Se refiere, como indica, al *Compendio*. — Véase la misma obra, citada en el cap. 10 (libro 2).

haya muchos caminos, y modos de oración, que no los alcanzan las letras; sino la experiencia, o alguna particular luz, que Dios da ordinariamente a unos con pocas letras, y no a otros por más que tengan; porque como dijo el mismo Cristo, a quien Dios suele esconder estas cosas es a los sabios, y a quien las da a conocer es a los parvulillos, y simples, como ya queda dicho. Y si el mismo Cristo con ser la sabiduría misma aprendió algunas cosas con la experiencia, como es común doctrina de los Teólogos, de las cuales, aunque antes las sabía mejor, y más sustancialmente por la ciencia beata, e infusa; con todo eso tuvo un género de ciencia experimental, la cual no tuvo con todas las demás ciencias, que sabía, ¿de qué se espantan, que digamos, que hay ciencia mística, la cual no se llega a conocer bien, sino es con la experiencia, aunque por otra parte haya más ciencia? ¿Y San Pablo no dijo que había Cristo aprendido con la experiencia de las cosas, que pasaron por El? Aprendió, dice,⁵ de las cosas, que padeció. ¡Oh Señor mío! ¿qué quisiste darnos a entender con ese aprender Vos con la experiencia, siendo el tesoro de todas las ciencias? ¿Qué? Que se humillen los hombres, y sepan, que no lo alcanza todo la ciencia; y para confundir a los sabios, y doctos del mundo, como dijo San San Buenaventura citado arriba;⁶ y sepan que no lo alcanza todo la consecuencia, y el discurso teológico; porque hay algunos, que luego se arman de argumentos, y de discursos, contra aquello, que les dicen, que pasa en la oración, que ellos no entienden, y dicen luego: eso no es inteligible, ¿pues cómo puede ser eso? ¿Pues cómo puede haber oración, sin que sienta, y entienda yo lo que hago? ¿Pues la razón no dice, que eso no puede ser? Vengamos a las razones, vamos a la Teología, que en la *secunda secundae*, que es donde Santo Tomás, trata estas materias, nos dirán, qué es oración, y otras cosas a esta traza; porque quieren apear con razón natural, aquello que es sobrenatural, y no quieren acabar de persuadirse, que esto no se alcanza todo con razón, y con letras, sino con la oración, y con la experiencia. Que eso es lo que decía San Buenaventura citado ya;⁶ si pregun-

5 Hebr. 5, 8.

6 En el capítulo antecedente.

tas cómo sean estas cosas, pregúntaselo a la gracia, no a la doctrina; a la oración, no al estudio de la lección: Y lo que también dijo San Bernardo;⁷ excusado es consultar el libro, consulta la experiencia; porque esto no lo enseña la erudición, sino la unción; y no lo alcanza la ciencia, sino la conciencia.

Y así por estas razones se aconseja no se consulten estas materias con los no experimentados, a las cuales añade otra razón San Buenaventura.⁸ “La doctrina de esta sabiduría, no la manifestemos, dice el Santo, a los sabios hinchados de este mundo; porque con esto, a ellos mismos hacemos mucho provecho, estorbándolos, que por su soberbia no impugnen a Dios, y merezcan más penas: porque midiendo con su ciego saber, y queriendo penetrar con su propio ingenio las tinieblas divinas, y comprender lo que (resistiéndolos Dios) no pueden alcanzar, piensan ser falta de luz, lo que es falta suya, y escarnecen lo que no alcanzan, y por consiguiente a Dios, que lo comunica, a quien quiere.” Estas son todas palabras del Santo. Con lo cual no hay para qué alegrarnos más en este punto. Sólo quiero advertir, que toda esta falta de experiencia, y todo lo que con ella se alcanza, lo suele Dios dar a entender al Maestro espiritual, dándole el don de discreción de espíritu, que es una luz especial, instinto, y conocimiento del estado, en que están las almas, que le comunican, y del camino, que llevan; que como dijo el Apóstol, algunos tienen este don: otros, dice,⁹ tienen discreción de espíritus. Y el que le tiene, entiende con él mucho mejor, que con la experiencia, y ciencia los espíritus, y el estado de ellos: antes bien la experiencia sola, sin él, no puede dar al Maestro noticia de la variedad de espíritus, que con él pueden tratar; porque claro es, que no puede haber experimentado él, todas las cosas, que pasan por otros: y así, si no tiene algún género de este don, no podrá entenderlo. Por lo cual el común Magisterio, que suele haber en los Maestros, es parte de alguna experiencia, que ellos tienen; y lo demás

7 En el capítulo antecedente.

8 Falconi cita así: Cap. 8 de vía unitiva, f. 19 de su *Mística Teología*. Véase lo que dijimos sobre las ediciones en romance de la *Mística Teología* (Lib. 1, cap. 9).

9 1 Cor. 12, 10.

súpelo Nuestro Señor, dando luz, y don de espíritus, al que El quiere para Maestro de este arte: pero el que no tiene experiencia, ni don de discernir espíritus, aunque más ciencia, y teología sepa (si le hablan en estas materias, y tratos interiores, que suele Dios tener con las almas en la oración, y otras comunicaciones particulares) dará una en el clavo, y ciento en la herradura, y todo será andar alucinado.

Capítulo VI

QUE AL TRATAR DE TENER ORACIÓN ES IMPORTANTE SE
ENSEÑE A LOS DE PEQUEÑA EDAD TAMBIÉN

No quiero dejar de advertir, que a los de pequeña edad les será muy importante el que les enseñen, a que por las mañanas, y a la noche traten un poco de oración, y comuniquen con Dios, o con palabras devotas, y tiernas, o con consideraciones buenas, si acertaren, o como mejor viere el que les enseñare, que se les pega el tratar de oración; que no es menester aguardar, a que sean grandes, para que les enseñen la virtud: pues no aguardan a serlo para el vicio, que antes es mejor siendo niños, como lo enseñó nuestro Redentor, diciendo,¹ que dejasen a los niños, que llegasen a El: dejad los niños, dice, que vengan a Mí: lo cual se hace con esta diligencia maravillosa. Y en otra parte dijo,² como ya vimos, que aun los grandes se habían de hacer niños para entrar en el Cielo: si no os hiciéredes como este niño, dijo, no entraréis en el reino de los Cielos: porque aquella inocencia pueril está muy acomodada, para que Dios obre en sus almas mil misericordias. Y para esto de la oración, teniendo la luz de la fe, no es menester saber mucho, ni allí hay, que hacer algo con entendimiento maduro; que antes a veces ayuda más allí el no saber, ni hacer. Impóngalos pues luego en eso; que en siendo capaces de confesar, y comulgar, lo son también para tener oración, y para levantar el corazón a Dios, y

1 Mat. 19, 14; Marc. 10, 14.

2 Mat. 18, 3.

acordarse que los crió, que los redimió, que pasó por ellos tanta, y tan afrentosa pasión, que hay Infierno para el que peca, y Gloria para los buenos; que eso es tener oración: para gastar, pues, en acordarse de estas cosas unos ratos, no es menester más, de que tengan algún uso de razón. Y así no dejen, que la naturaleza tome bríos, que hará después corcobos, y tirará coces: si no den a Dios sus criaturas, que les será de gran importancia, cuando después se hallen crecidos, porque tendrán sus almas echadas raíces en Dios; que por eso dice el Espíritu Santo, que le está bien al hombre llevar desde su niñez el yugo de la Ley de Dios.³

Capítulo VII

QUE PARA SERVIR A DIOS NO ES MENESTER ANDARSE MATANDO CON PENITENCIA, Y AYUNOS, Y DE LA DISCRECIÓN, QUE HA DE HABER EN ESTO

No te pide Dios grandes rigores, sino que no entretregues la voluntad, como bestia en los apetitos de los sentidos: y eso no es mucho pedir, pues a un bárbaro, y a un animal se le pone alguna tasa en la cebada. ¿Pues será mucho, que a una persona de razón se le pida, que no viva como bruto, sino que coma, y beba con moderación? Y así, dejando aparte el cumplimiento de los preceptos de la Iglesia, y ayunos de obligación, y lo que a cada uno le mandare su regla, y constitución (si fuere Religioso) que todo eso ha de ser en primer lugar; en todo lo demás guarda lo que dice Blosio, gran Maestro de virtud.¹ El que desea aprovechar, dice, en la vida espiritual conténtese con su suerte, ninguna cosa intente más de lo que pueden sus fuerzas, no niegue a su cuerpo la comida, bebida, y sueño necesario, ni siga fácilmente al rigor extraordinario de abstinencia, si no tuviere cierta revelación del Espíritu Santo, de que eso agrada a Dios. Y así guarda ordinariamente una templanza prudente, y paso, que

³ Thren. 3, 27.

¹ *Institución espiritual*, cap. 2. — Loc. cit., Falconi concreta: "folio 181".

dure, como dijo San Teodoreto divinamente: ² La continua abstinencia es un ayuno verdadero, y suele valer más eso, y es más fácil, que no andar aventregadas ayunando unos días, y otros aventregadas comiendo, o no ayunando: y eso suelen traer consigo los ayunos a pan, y agua.

Haz, pues, aquello, que tus fuerzas, y salud pudieren llevar, guiado siempre por la voluntad de tu Padre espiritual, como te diré después; que no pienses, que la virtud está cifrada en eso, y es mucho de sentir cuán engañados andan muchos, que porque ayunan, se azotan, y hacen otras obras exteriores, se tienen ya por Santos, y Justos, y muy adelantados en virtud: y cuánto lo andan también los que los canonizan en vida por tales, por verles hacer esas obras penales; como si no hubiera muchos esclavos del demonio, y aun bárbaros idólatras, que ejercitarán ésas, y otras más ásperas. La santidad, pues, no consiste en eso; y así no pongas toda la proa en ello, ni pienses, que sin esos rigores, no podrás servir a Dios de veras. No digo, que no ayudan a la virtud, que la penitencia buena es muy útil y para todos provechosa; y así quien sin daño de su salud, y sin que le impida otro mayor bien, la puede usar, bien es, que no la deje. Pero en ella no consiste la perfección; que el caminar en la virtud más consiste en la mortificación de la propia voluntad, y del amor propio, que en la multiplicidad de las penitencias.

¿Quieres, que te diga unas muy buenas penitencias de menos ostentación, y más provecho? Pues sufre la palabrilla picante, que te dicen: no te disculpes, cuando te imputen alguna falta: lleva con paciencia, el que no te se hagan las cosas, como quieres: sufre por Dios las enfermedades, achaques, el faltarte lo necesario, y los trabajos, que se te ofrecieren; y obedece también en todo lo que te mandaren tus superiores, que no hay tal penitencia como la obediencia. Y éstas todas es cierto, que son penitencias, que vienen de la mano paternal de Dios; y así estímaselas mucho; que con amor de Padre te las envía, para excusarte otros mayores castigos (sea por siempre bendito tan buen Padre):

² Falconi cita así: "Apud flor. Doctr." — ¿A qué se refiere? ¿A una copilación, o florilegio; o, *excerpta Theodoretii* (P. L. 48, 1.067 y ss.)?

y las que tú haces nacen las más de tu antojo, y amor propio, que si las examinásemos, y metiésemos en la fragua, se vería, qué de escoria tiene todo. Y hágote saber, que el buen disciplinar es en la voluntad; quiero decir, en no hacer tu gusto en nada, aunque sean cosas muy ligeras; no es por lo que ello es en sí, sino por no dejar salir nuestro natural con lo que él quiere, aunque sea en coger una flor. Carga, pues, la mano en disciplinar la voluntad, que aquí está la llave de todo sin duda ninguna, que aunque el mortificar, azotar, y castigar el cuerpo es bueno; pero todo el mal está en la voluntad, pues de ella nacen todos los males del alma: y así sería, como el que tuviese enferma la cabeza, y se curase los pies. Y créeme, que de una onza de penitencias corporales, y de una libra de mortificación de propia voluntad, y propio juicio; se hace un jarabe provechosísimo, y es un sánalo todo, que ayuda grandemente para crecer en la virtud.

Y más te digo, que si no tuvieres salud, o comodidad para hacer penitencias, que no te hará eso falta, si lo trocades, en que dure más aquel estarte resignado con Dios a la mañana, y a la noche, negociando con El en la oración; que hay harto provecho, y más fruto de penitencias de lo que piensas, porque en la oración hallarás muchas veces, que están encerrados los dolores, y penas, que se suelen pasar con las penitencias corporales; y así, si sintieres pena en estarte allí con batería de pensamientos, sequedad, desabrimiento, o dolores, y otras cosas, que allí se padecen, recíbelo, y súfrelo, haciendo cuenta que estás pasando los dolores, y sentimientos, que tuvieras en las otras penitencias. Una penitencia te quiero decir con todo eso, de gran fruto para el alma, y de gran tormento para el demonio, y que con ella se deshacen mil tentaciones tuyas de pereza, flojedad, cansancio, sueño, y casi las más, que él suele causar. Y es, que procures estar algún rato cada día los brazos tendidos en forma de cruz: y sino, sea algunos días en la semana: y para que puedas estar con menos pena, si te cansares mucho de tenerlos en el aire, podrás poner en la pared dos clavos, así al descuido, como que están para otra cosa, y que estén apartados, de manera, que tendidos los brazos, alcances con las manos a asirte de ellos; y

puesto ahí te podrás estar media hora, o un cuarto, un rato asido a ellos, y otros sin asirte, para que no sea todo comodidad, como quien se crucifica, y resigna en Jesucristo, en reverencia de lo que Su Majestad lo estuvo por ti en la Cruz. Y ten por cierto, que es un gran modo de vencer al demonio el estar puesto en Cruz; y así como Cristo le venció en la Cruz, así es eficaz medio para vencerle nosotros el ponernos en ella, y principalmente aceptar con resignación lo que Su Majestad nos pone en los hombros. De donde podrás colegir, lo primero, cuán del gusto de Dios es este modo de penitencia. Lo segundo, cuánto agradas a Su Majestad, cuando en la oración a tus horas, o en otras ocasiones entre día (ya que no estés crucificado de esa manera) lo estás con otra mayor cruz de sequedades, dolores, tormentos, pensamientos importunos, etc., está, pues, muy contento, cuando te vieres así, pues imitas en eso su Cruz.

Capítulo VIII

CUÁNTO IMPORTA EL SILENCIO Y HABLAR POCO

EN lo que te encargo tengas gran cuidado (y nota mucho esto) es tener cuenta con tu lengua, huyendo mucho de conversaciones; que esto del hablar, y hablar es un grande desaguadero, por donde con suavidad, y sin sentirlo, se hallará una persona vacía de mil bienes en su alma, y llena de dos mil daños en ella: porque es con lo que más fácilmente se peca, con palabras inútiles, mentiras, murmuraciones, maldiciones, etcétera. Pon, pues, en esto gran cuidado (que te lo ruego así) y echa un candado a la lengua, porque en el no hablar, va más de lo que piensas: y aunque veas, que se hunde el mundo, si no eres Prelado, o corre por tu cuenta el negocio, callar, y más callar, y hacer cuenta, que en el mundo no hay más que tú, y Dios.

Capítulo IX

QUE VALE MÁS TENER POCAS DEVOCIONES, Y REZARLAS BIEN, QUE MUCHAS SIN ESTA CALIDAD: Y QUÉ ES LO QUE SE HA DE REZAR, O QUÉ TANTO PARA HACERLO BIEN

POR qué piensas, que les es a muchos pesado, y dificultoso el tratar con Dios, el rezar, y las obras de virtud? Yo te lo diré; porque lo hacen con mal modo, y regidos por lo que a ellos les parece, y no por la razón; y así se afanan mucho, en lo que no importa, y no hacen lo que es más necesario, y más útil para sus almas, y aún más fácil; y así se encargan de rezar rosarios, Psalmos, y otras devociones, que por ser tanto, lo rezan mal, y con poco fruto; siendo así, que fuera mejor, y más suave el rezar poco, y bien, con lo cual sacaran mayor fruto en sus almas, y a menos costa de sus cabezas. Y así, ten esta regla, que es de los bien experimentados en estas materias: no te cargues de devociones, y oraciones, si no las has de rezar bien, y como se debe hacer, que aunque son buenas, si se hace como se debe; pero como ordinariamente se rezan, son de poco fruto; porque el rezar, como ya dije en el primer capítulo de esta obra, lo toman por tarea, y así por concluir, van despachando, como pueden, para quedar desembarazados: y algunos cuando oyen Misa, o están en el Coro, todo su cuidado es concluir allí con su carguilla, y devociones, rezando Rosarios, Psalmos, y Oficios de Difuntos, menor de Nuestra Señora, y otras cosas; y ni el estar en el Coro a los Oficios, ni el rezar, nada, hacen bien, si no es todo harto mal: y luego quedan muy contentos, y pagados, que han acabado con sus devociones; y eso yo se lo confieso, que han acabado; pero también les sé decir, que Dios, ni queda contento, ni pagado, sino es muchas veces con ellos disgustado, por el mal modo con que lo rezan sin advertir, que hablan con Dios, ni atender a ello, más que a una tarea; y así se les luce en el poco fruto que sacan: es pues sin duda ninguna cierto, que les sería de grande importancia estarse atentos a la Misa, y oficios, sin rezar palabra por entonces.

Aunque esta materia la toqué en el primer capítulo de esta obra, y también en la tercera parte de la *primera Cartilla*, no puedo dejar de decirte aquí, que reces en primer lugar lo que es de obligación de horas canónicas, o voto, que hayas hecho, o conmutación de él, o penitencia, u otra obligación, que obligue a pecado; y para rezar eso bien, no te se dé nada de faltar a todas las demás devociones, antes te aconsejo, que si no las habías de rezar muy bien, y muy despacio lo uno, y lo otro, que todo el tiempo que habías de gastar en ellas, le gastes en rezar tu obligación, para que así lo reces, y cumplas mejor: y lo demás no es dar a cada caso su lugar; y la razón es clara: porque primero son las cosas de obligación, que las de devoción, y hay algunos, que por tener lugar para sus devociones, dan priesa a lo que es de obligación, lo cual es manifiesto yerro; y aún es cosa vergonzosa ver, que algunos rezan, y hablan con Dios tan apriesa, y tan mal dicho, que no lo hiciera el más descortés, y grosero hombre del mundo, con otro hombre particular; y no les sufre el corazón detenerse un instante más con Dios, siendo así, que se estarán dos horas parlando vanidades, y disparates. En lo que toca a lo que has de rezar por sola devoción, digo, que reces poco, y muy bien; que no está el negocio en rezar mucho, sino en rezar bien: y así dijo Nuestro Señor a Santa Brígida: ¹ Hija cualquiera que con fe, y voluntad perfecta, dice estas palabras: Jesús habed misericordia de mí: me agrada más, que el que sin atención dice mil oraciones. Y San Francisco mandó a sus Frailes en el principio de la Orden, que rezasen solas tres Ave Marías, y tres Padre nuestros, y no fuesen obligados a más.² Y así digo, y advierto esto, que no te mates mucho por rezar con la boca todos tus Rosarios, ni todas las devociones, que tienes de menor, Difuntos, o lo que fuere, si no lo has de rezar muy despacio, y muy bien, sino que echés el cómputo, cuánto sueles tardar en rezar todo eso, si es media hora, un cuarto, o lo que fuere, y todo ese tiem-

¹ *Joyel espiritual*, cap. 3. — Loc. cit. — Falconi precisa aquí (como en lib. 3, cap. 17): "Lud. Blos. fol. 94."

² Falconi puede referirse al *Testamentum Beatissimi Patris nostri Francisci*, que aparece en la *Bibliothecae Patrum et veterum Auctorum ecclesiasticorum*, tomo V, Parisiis, 1624, páginas 829-30.

po gástale sólo en rezar una parte de Rosario; y aun sólo un diez sería mejor, y rézalo muy bien, y muy poco a poco, y advirtiéndolo, a lo que vas diciendo, ya que hablas con Dios: y aún más te digo, que aun si no rezaras en todo ese tiempo de media hora, o una, o lo que fuere, más que un Padre nuestro, dicho más despacio, y con más consideración, te fuera sin comparación mejor, cuanto mejor es un doblón, que un puño de blancas: y ese Rosario, o un diez, o un Padre nuestro, o lo que fuere, y todo ese tiempo ofrécelo por los difuntos, o por las demás devociones, y Santos, o por quien quisieres.

Y no te dé pena el no acabar todas tus devociones, con aquel tu atareado modo, y poco provecho de rezar, que antiguamente tenías, sino haz lo que te digo, está muy cierto, que la Virgen, los Santos, y los Difuntos, gustarán más de eso; que hay muchos, que en diciéndoles esto, luego se afligen, y responden. ¿Pues tengo yo de dejar mis devociones de la Virgen, Difuntos, y los demás? Aquí no te decimos que dejes la devoción de la Virgen, y los Santos, sino antes, que les seas muy devoto con el alma, y con la vida, porque ella es la única medianera de todo nuestro bien, y ellos fidelísimos amigos para con nuestro Dios: lo que te decimos es que les seas devoto con muy mejor modo, que es el que te hemos dicho de rezarles poco, y muy bien, el cual le agrada más a esta Soberana Señora, y a ellos. Y aun te digo, que el serlos de veras devoto, no consiste tanto en rezarles, cuanto en imitar sus heroicas virtudes, su fe, su caridad, su humildad, etc. Por lo cual es grande terquedad e ignorancia querer regirte por tu parecer en rezarlo mal, por rezarlo todo como tú te lo tienes de costumbre, y no como es razón, y como Dios gusta que se haga, que es rezar bien, aunque sea poco. Y la verdad es, que sospecho, que al demonio no se le da mucho, que tú reces muchas cosas; porque sabe él, que mientras más rezas, sueles hacerlo peor: lo que él siente sumamente, y no puede esperar es, que reces un Padre nuestro bien rezado, y despacio, eso es lo que a él le hace despulsar. Está, pues, certísimo, que el hacerlo así te será de sumo provecho, y que es cosa ésta con la cual han llegado muchos a ser muy siervos de Dios, y librádose de muchos pecados: y la razón de

todo lo dicho es manifiesta; porque el negociar con Dios, que nos haga mercedes, no consiste en decir muchas razones, sino en pedirle con humildad, tratando con él con el respeto debido a Su Majestad, y considerando con quién se habla.

Demás, que el rezar estas cosas es por devoción, y así se podrán dejar sin pecado alguno; pero el rezarlas bien, ya que se rezan, es obligación de precepto: y así aunque lo que se reza sea por devoción, será pecado no hacerlo bien, como dice Cayetano, y con él los demás Sumistas, por lo cual será muy mejor rezar poco, y bien, que no mucho sin esta calidad. Y adviértote, que si no pudieres esa media hora, o lo que fuere estarla de una vez rezando, que lo hagas en dos veces: y aunque por irte despacio te vengan pensamientos, divertimientos, y tentaciones, no te dé pena eso, con tal que no lo quieras de propósito, como ya queda dicho. Pues dime ahora, si este rezar poco, y bien es mejor sin comparación, y más provechoso para tu alma, y más fácil, y no gastas más tiempo, que en tus tareas de rezos, ¿no se ve, que el no hacerlo así es ignorancia, y falta de consideración?

Capítulo X

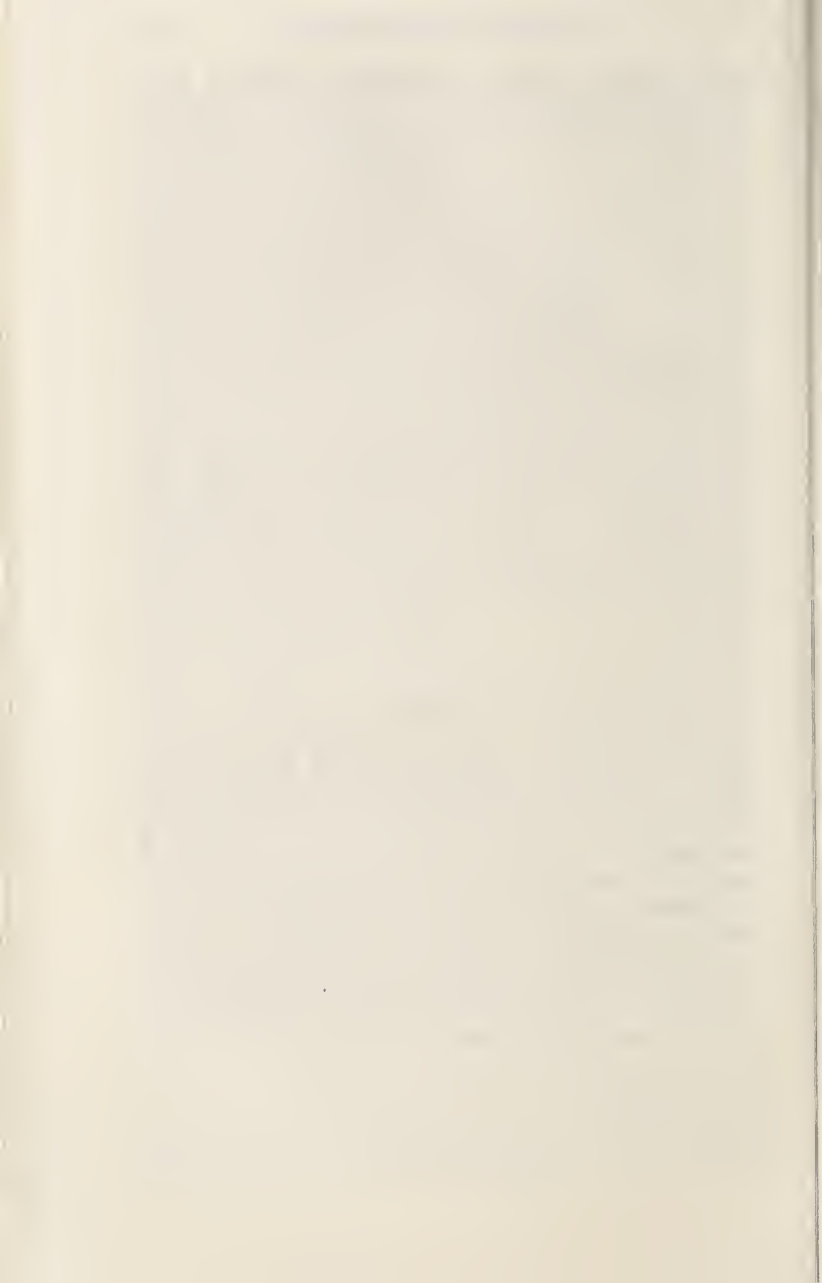
CÓMO SE HARÁ UNA PERSONA PARA VENCER LAS TENTACIONES; Y EN OTRA CUALQUIER COSA BUENA, O MALA

PARA vencer cualquier tentación, que se ofreciere de mundo, demonio, o carne, vuélvete a Dios, y dile: "Creo, Señor, que estás aquí conmigo, hágase en mí tu santa voluntad en todo, y por todo, y no la mía; pelead por mí esta tentación" y con esto queda muy confiado, que Dios te sacará de ella; y si te apretare mucho torna a hacer lo mismo con mayor confianza; porque al paso, que desconfiases de ti, y confiases más de Dios, resignándote todo en su voluntad, para que te atormente, o no te atormente la tentación, o haga de ti lo que fuere servido, a ese paso te ayudará más: porque claro está, que si acometiese un león a un muchacho, que sería temeridad ponerse a luchar con él,

sino conocer, que él no podía nada, y arrojarse en los brazos de su padre, que él le defendería: pues eso mismo has de hacer tú, cuando te acometa el Leonazo del demonio; desconfiar de tus diligencias, y arrojarte con resignación en la voluntad y brazos de tu Padre Dios; a buen seguro, que si lo haces así, que El te defienda. Que por eso el Apóstol San Pedro nos dice: ¹ Vuestro enemigo el demonio anda, como león, bramando por tragarnos; resistidle con fe: no dijo, resistidle con diligencias; y luchando con él, sino con fe: esto es, acogiendoos a Dios con gran confianza y fé. Y también el Evangelista San Juan, como quien tenía experiencia qué cosa es acogerse al pecho, y brazos de Dios, nos dice: ² “Esta es la victoria que vence al mundo nuestra fe, esto es, nuestra confianza en Dios.” Y así, toma esta regla general para toda tu vida, y no la olvides, que en cualquier atribulación, desgracia, o miedo, u otro cualquier suceso de bien o mal temporal, o lucha de tentaciones, u ocasión de practicar alguna virtud, te vuelvas a Dios, y hagas lo mismo, diciéndole: “Señor, en esto, y en todo hágase vuestra santa voluntad, y no la mía, y haced de mí lo que más fuéreis servido.” De manera, que las tentaciones, y trabajos te han de servir de un despertador, con que te vuelvas a Dios, y te resignes en su voluntad, que ése es el mejor modo, que hay de negociar con Dios, para que nos saque bien de todo; porque el negocio no se ha de hacer a fuerza de brazos. Y aunque más seco y tibio te veas, y que parece se lo dices de mala gana, no por eso dejes de hacerlo, que como el acto de conformarse con su voluntad es tan perfecto de suyo, por mal que le hagas te aprovecha más de lo que piensas: y con eso hallarás suma paz, y consuelo en cualquier trabajo, o tentación, y en acostumbRANDOTE a esto, vendrás a tener tan gran paz en tu alma en cualquiera cosa que te suceda, que nada te dará pena. Sea Su Majestad bendito, y alábenle todas las criaturas por siempre, que por tantos caminos nos llama, y atrae a sí. Amén.

1 1 Petr. 5, 8.

2 1 Joa. 5, 4.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Agustín*, S. — Lib. 2, cap. 3 y 16; Lib. 3, cap. 11, 15, 23; Lib. 4, cap. 2, pp. 126, 170, 206, 215, 239, 291.
- Alberto Magno*, S. — Lib. 3, cap. 18. Introducción, pp. 227, 44.
- Alonso*, Matías. — Introducción, p. 11.
- Alvarez*, Baltasar. — Lib. 1, cap. 4, 17; Lib. 2, cap. 7, 8, 9. Introducción, pp. 77, 119, 139, 142, 145, 44.
- Ambrosio*, S. — Lib. 1, cap. 11; Lib. 2, cap. 12, 16, pp. 102, 159, 175.
- Andrés de la Madre de Dios*. — Introducción, 13.
- Antonio de Santa María*. — Introducción, pp. 12-14.
- Arintero*, Juan. — Introducción, pp. 24, 34.
- Arnaya*, N. — Lib. 1, cap. 6, p. 85.
- Astrain*. — Introducción, p. 45.
- Ávila*, P. Maestro. — Lib. 4, cap. 1, 2. Introducción, pp. 285, 291, 45.
- Baltasar de la Concepción*. — Introducción, pp. 9-11.
- Bartolomé de los Mártires*, Fr. — Lib. 2, cap. 10, 16; Lib. 3, capítulos 5, 20, 25; Lib. 4, cap. 5. Introducción, pp. 44, 150, 175, 194, 233, 244, 305.
- Bernardo*, S. — Lib. 1, cap. 3, 8, 9; Lib. 4, cap. 4 y 5, pp. 71, 91, 93, 297, 306.
- Blosio*, Luis. — Introducción. — Lib. 2, cap. 2; Lib. 3, cap. 17 y 20; Lib. 4, cap. 7 y 9, pp. 45, 123, 221, 232, 309, 314.
- Bossuet*. — Lib. 3, cap. 25, p. 244.
- Brígida*, Santa. — Lib. 4, cap. 9, p. 314.
- Buenaventura*, S. — Lib. 1, cap. 3, 9 y 11; Lib. 2, cap. 3 y 6, Lib. 3, cap. 14; Lib. 4, cap. 4 y 5. Introducción, pp. 8, 10, 18, 69, 94, 102, 125, 138, 214, 297, 303.
- Buenaventura*, Fr. Luis de S. — Introducción, pp. 9, 11.
- Carlaal*, Enrique. — Lib. 2, cap. 3, p. 124.
- Catalina de Sena*, Santa. — Lib. 2, cap. 2; Lib. 3, cap. 17, pp. 123, 224.
- Ciapini*, Aniceto. — Introducción, p. 11.
- Colombo*, Felipe. — Introducción, pp. 17-19.
- Diadoco*, S. — Lib. 2, cap. 16, p. 174.
- Dionisio*, Areopagita, S. — Lib. 2, cap. 2, 5, 6, 16; Lib. 3, cap. 20, 26; Lib. 4, cap. 2, 3, pp. 122, 132, 136, 175, 233, 291, 293.
- Dionisio* Cartujano. — Lib. 2, cap. 10, p. 150.
- Erice*, Juan de. — Introducción, p. 24.
- Esquio*, Vble. — Lib. 3, cap. 121, p. 208.
- Estefanía de la Encarnación*, Sor. — Introducción, p. 46.

- Francisco*, S. — Lib. 4, cap. 9, p. 314.
Fuente, Fr. Miguel de la. — Lib. 3, cap. 17, 23; Lib. 4, cap. 2. Introducción, pp. 46, 222, 238, 289.
- Galeno*. — Lib. 4, cap. 5, p. 304.
Garí y Saumell. — Introducción, pp. 6, 22.
Gerardo de San Juan de la Cruz, P. — Introducción, p. 23.
Gerson. — Lib. 3, cap. 15; Lib. 4, cap. 4, pp. 216, 299.
Gertrudis, Santa. — Lib. 3, cap. 17, p. 221.
Gracián, Fr. Jerónimo. — Lib. 1, cap. 8, 9; Lib. 4, cap. 1. Introducción, pp. 43, 89, 93, 284.
Granada, Fr. Luis de. — Lib. 2, cap. 4, 12, 16; Lib. 4, cap. 4. Introducción, pp. 44, 128, 157, 175, 301.
Gregorio Magno, S. — Lib. 1, cap. 8, 10; Lib. 2, cap. 6; Lib. 3, capítulos 16, 17, 20, 30, 32; Lib. 4, cap. 5, pp. 90, 97, 137, 219, 222, 233, 263, 272, 303.
- Hardá y Mújica*, Ambrosio. — Introducción, p. 6.
Hernández, E. — Introducción, p. 45.
Huarte y Jáuregui, Melchor. — Introducción, p. 30.
- José de Jesús María*, Fr. — Lib. 1, cap. 7; Lib. 2, cap. 4; Lib. 4, capítulo 5. Introducción, pp. 7, 87, 131, 302.
Juan de los Angeles, Fr. — Lib. 1, cap. 1 y 3; Lib. 2, cap. 5, 10, 14; Lib. 3, cap. 29. Introducción, pp. 44, 61, 71, 132, 152, 166, 257.
Juan de la Cruz, S. — Lib. 1, cap. 4, 5, 6, 11, 15; Lib. 2, cap. 3, 4; Lib. 3, cap. 15, 24, 29, 31; Lib. 4, cap. 3, 4, 5. Introducción, pp. 29, 74, 80, 85, 101, 116, 126, 131, 216, 240. 257, 264, 293, 302.
Justiniano, S. Lorenzo. — Lib. 1, cap. 11; Lib. 2, cap. 15 y 17, páginas 103, 173, 179.
- Laredo*, Fr. Bernardino de. — Lib. 2, cap. 3, 16; Lib. 3, cap. 23; Lib. 4, cap. 1. Introducción, pp. 44, 124, 177, 239, 282.
Lessio, Leonardo. — Lib. 3, cap. 26, p. 246.
Lyra, Nicolás de. — Lib. 4, cap. 4, p. 300.
- Maleus maleficorum*. — Lib. 3, cap. 10, p. 204.
Martínez de Córdoba, Rafael. — Introducción, pp. 16, 18.
Matinangeli, Jacinto. — Introducción, p. 11.
Menéndez, Pedro. — Introducción, pp. 6, 8, 21, 22, 23, 46, 47, 48.
Molina, Fr. Antonio de. — Lib. 2, cap. 10; Lib. 3, cap. 6. Introducción, pp. 45, 153, 197.
Molinos, Miguel. — P. 244.
- Nicolás de Jesús María*, Fr. — Introducción, pp. 12-14.
- Osuna*, Francisco de. — Introducción. — Lib. 2, cap. 3, pp. 44, 127.

- Palma*, Bernabé. — Lib. 3, cap. 4, 16, pp. 190, 218.
- Palazzolo*, Julián. — Introducción, p. 11.
- Pedro de Alcántara*, S. — Lib. 1, cap. 3; Lib. 3, cap. 4 y 20. Introducción, pp. 44, 71, 191, 232.
- Pérez*, Ciriaco. — Lib. 1, cap. 9, p. 92.
- Pinto*, Fr. Juan. — Lib. 2, cap. 5; Lib. 3, cap. 31, pp. 134, 267.
- Fourrat*. — Introducción, p. 41.
- Puente*, Luis de la. — Lib. 1, cap. 4; Lib. 2, cap. 7, 8, 9, pp. 77, 139, 142, 149.
- Ricardo de S. Victor*. — Lib. 2, cap. 16; Lib. 4, cap. 1, pp. 177, 282.
- Rodríguez de Torres*, Melchor. — Introducción, p. 42.
- Rojas*, Antonio. — Introducción, pp. 5, 43.
- Ros*, Fidel. — Lib. 3, cap. 4. Introducción, pp. 44, 190.
- Ruperto Lincolniense*. — Lib. 2, cap. 6; Lib. 3, cap. 20, pp. 136, 232.
- Rusbroquio*. — Lib. 3, cap. 18; Lib. 4, cap. 1. Introducción, páginas 42, 225, 286.
- Salazar*, Pedro de. — Introducción, pp. 16, 19.
- Sanchís*, José. — Introducción, p. 19.
- Sancho*, Manuel. — Introducción, p. 42.
- Sanz*, Fr. Juan. — Lib. 2, cap. 5; Lib. 3, cap. 31. Introducción, páginas 43, 134, 267.
- Serrano y Sanz*. — Introducción, p. 46.
- Silverio de Santa Teresa*. — Introducción, p. 23.
- Suárez*, Francisco. — Lib. 1, cap. 8; Lib. 3, cap. 5, pp. 90, 193.
- Surio*, Lorenzo. — P. 42.
- Taulero*, Juan. — Lib. 1, cap. 4; Lib. 2, cap. 10; Lib. 4, cap. 1. Introducción, pp. 41, 76, 151, 281.
- Teodoreto*, S. — Lib. 4, cap. 7, p. 309.
- Teresa de Jesús*, Santa. — Lib. 1, cap. 4, 6, 14, 16; Lib. 2, cap. 4; Lib. 3, cap. 4, 10, 15 y 17; Lib. 4, cap. 1, 2, 4. Introducción, pp. 30, 76, 87, 114, 117, 130, 189, 204, 215, 223, 282, 288, 296.
- Tomás de Aquino*, Santo. — Lib. 1, cap. 3, 6, 10 y 16; Lib. 2, capítulos 6, 12 y 16; Lib. 3, cap. 5, 16, 18, 21, 23, 26, 27, 30, 34; Lib. 4, cap. 5, pp. 68, 84, 95, 117, 135, 156, 178, 193, 219, 224, 234, 239, 248, 249, 260, 277, 303.
- Tridentino*, C. — Lib. 2, cap. 12, p. 158.
- Vessels*, Gabriel. — Introducción, p. 14.
- Vía de Perfección*. — Lib. 3, cap. 4, 16, pp. 190, 218.
- Villarroel*, Mateo de. — Introducción, p. 42.
- Viller*. — Introducción, p. 23.
- Villiers*, Cosme. — Introducción, p. 14.

NIHIL OBSTAT: *Fr. Adolfo de la Madre de Dios, O. C. D.*, Censor. IMPRIMI
POTEST: *Fr. Antonio Ibarrodo, O. de M.*, Provincial de Castilla. IMPRIMATUR:
Fr. Francisco, Obispo de Salamanca. Salamanca, 8 de septiembre de 1959.





BV4813 .F18
Camino derecho para el cielo

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00127 8532